



LORENA A. FALCÓN

MATICES
DE LA
Magia

La magia que acumulas,
la maga que eres.

Contents

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Libros de la autora](#)

[Capítulo 0](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Última publicación](#)

[Otras obras publicadas](#)

[El despertar de las gárgolas \(extracto\)](#)

MATICES DE LA MAGIA

Lorena A. Falcón

Copyright © 2019 Lorena A. Falcón

Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Diseño de tapa: Alexia Jorques

Libros de la autora

Brujas anónimas

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales

Libro I - Un último conflicto

El reino entre las nieblas

Libro I - Un camino marcado

Novelas - Tomos únicos

La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados
Decisiones
Número privado

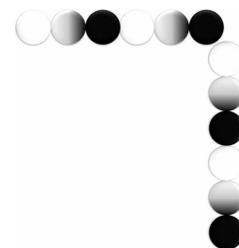
Cuentos

Por un par de alas
Todo o nada

No ficción

¿Quieres escribir una novela?
¿Quieres escribir un cuento?
Mi primera novela cumple diez años

Visita la página de [Lorena A. Falcón](#)



ELLA SE DESPERTÓ antes de que el sol siquiera pensara en salir. Sus libros de magia estaban desparramados por toda su habitación, pero a ella no le importó. Pasó por encima de algunos y pateó otros fuera de su camino. Su habitación era amplia y le daba la oportunidad de acumular bastante desorden. Se lavó la cara y se acomodó el pelo sin mirarse al espejo antes de salir. Los amplios pasillos de su casa todavía estaban vacíos. A esa hora, solo estarían llenos de gente la cocina y sus pasillos adyacentes. Nadie se cruzó en su camino hasta que llegó a la calle.

El día, todavía oscuro, era fresco para ser primavera. El sol todavía no visitaba la región. Ella se arremangó y caminó con decisión hacia la parte más comercial de la ciudad. Sin duda, allí encontraría algo ante lo cual actuar, cualquier problema le daría la oportunidad de practicar su magia buena. Sabía que podría hacerlo, llevaba semanas acumulando buenas acciones para poder lograrlo y en su casa no se respiraba nada más. El lugar comercial estaba lleno de gente que preparaba sus tiendas para cuando las familias adineradas salieran a hacer las compras, familias como la suya. Se quitó el flequillo de la frente. No podía pensar en ello, no estaba allí para eso. Entornó los ojos y buscó entre las personas que se apresuraban de un lado para otro. El aire estaba lleno de olores, pero uno se abrió camino entre todos los demás: el aroma a pan recién hecho que salía de una panadería cercana llegó hasta su estómago, que gruñó en respuesta. Tal vez debería haber desayunado antes de salir. Sacudió la cabeza.

—No, no, no —murmuró—, no debo desconcentrarme.

Volvió a fijarse en la gente frente a sus ojos. Un comerciante intentaba bajar por sí solo unos grandes muebles de una carreta.

—¿Dónde está su ayudante? —murmuró ella.

Pero no había nadie más por allí. El hombre se colocó debajo del mueble,

pero cuando cayó sobre su espalda, ella vio cómo se le torcía el tobillo y se balanceaba hacia un lado. Ella contuvo la respiración durante un segundo antes de ponerse en acción. Se adelantó con los dos brazos hacia delante, las mangas más arriba de los codos dejaban ver todos los tatuajes en sus antebrazos. Ella murmuró las entonaciones correspondientes para elevar el mueble por encima del hombre. El comerciante estaba sorprendido, pero antes de que pudiera verla a ella, su perro corrió hacia él. El mueble estaba justo sobre el perro. El comerciante lo corrió de lugar y ella hizo un esfuerzo para alejarlo más aún, pero de repente venía corriendo uno de los tantos niños.

—No. —Jadeó ella y volvió a mover el mueble, ya no podía sostenerlo mucho tiempo.

¿Qué hacer? No el niño, no, mejor el perro, pensó y dejó que el mueble cayera. Escuchó un grito que tardó en asimilar. Cuando pudo fijar la vista, vio al comerciante en el suelo, al niño llorando a un lado, el perro ladrando al otro y el mueble sobre la pierna del hombre.

—No —dijo ella y se llevó la mano a la boca.

—¡Levántalo otra vez! —exclamó uno de los hombres.

—Yo... Yo...

—¡Vamos!

Ella obedeció, pero la magia no actuaba como quería, sino que el mueble se hundía más en la pierna.

—¡Detente! —gritó una mujer.

Y ella bajó los brazos. Huyó bajo las miradas punzantes de los que estaban allí. Oyó cómo se llamaban unos a otros para intentar quitar el mueble. Pero no se quedó allí para verlo. Llegó a su casa y a su dormitorio cuando los demás todavía dormían. Pateó los libros antes de tirarse sobre la cama.

—¿Cómo pudo salir mal? Tenía suficiente magia acumulada, debería haber salido bien.

«Pero no tenías un plan», le pareció oír la voz de su maestro.

—Sí lo tenía —ella apretó los dientes—, pero el perro, el niño... Elegí la mejor opción, ¿no?

Se dio vuelta en la cama y hundió la cara en la almohada, no podía hallar la respuesta a esa pregunta. Solo sabía que había perdido la magia buena acumulada y había ganado de la mala. Suspiró y el aire caliente de su propio aliento le hizo perder la respiración.

«Lo intentaré otra vez —pensó—, lo lograré, se los demostraré a todos».

Pero ¿cómo conseguirlo? Tal vez si le preguntaba a él, pero sin que lo

notara.

Se puso de pie de un salto, no tenía sentido esperar: debía tratar de solucionarlo lo más pronto posible. Así que volvió a salir con sigilo y corrió hasta la casa de su amigo, lo encontró justo cuando estaba abriendo la puerta. Le gustaba salir temprano para ayudar a aquellas personas que habían pasado la noche en la calle. A ella no le gustaba especialmente esa tarea. Pero lo haría con él, no solo porque le ayudaría a acumular magia blanca, la cual siempre le escaseaba, sino porque quería demostrarse algo.

—¿No hay lecciones hoy? —preguntó él con una sonrisa.

—Mi profesor tiene que hacer algo con su familia. —Se encogió de hombros ella.

—Pensé que ya no se hablaban.

—No exactamente, pero creo que uno de sus padres está enfermo. —Él asintió con seriedad—. ¿Y tú?

—Hoy son por la tarde.

—Aunque ya no las necesitas, ¿no?

—Siempre se precisa seguir mejorando —dijo él y se mordió el labio—. ¿Vendrás conmigo?

—Sí —respondió ella y se forzó a mostrar una sonrisa.

Después de ayudar a unas pocas personas, ella le pidió que la acompañara a las afueras de la ciudad. Allí buscó algún árbol caído o algunas ramas que le sirvieran a su propósito. Encendía el fuego como nadie más podía hacerlo, era muy buena para ello, aunque no era así para todos los magos blancos. Él esperó sentado en el suelo, con tranquilidad, como solía hacer todas las cosas. Ella enseguida se puso nerviosa. Invocó la magia. Sus niveles de magia blanca aún eran bajos, pero los usaría de todas formas. Apenas comenzó, la magia negra se despertó y ella no pudo controlarla. Encendió el fuego, pero había un exceso. Estiró la mano y lo envió hacia el agua cercana. El agua se removió y salió humo, pero se confundió con el humo del tronco. Quedó casi quemado. Su amigo se levantó a observarlo, sin mirar nunca hacia el agua. Ella jadeó.

—No está mal. —Sonrió él, pero se alejó rápidamente del tronco, tenía el rostro rojo.

—Lo siento —dijo ella.

—No te preocupes, ya lo harás mejor. De todas formas, es muy fuerte para un mago blanco.

«Descontrolado —pensó ella—, como un mago negro».

Vaciló.

—Ven —dijo él—, vamos a almorzar.

Ella lo siguió, pero estuvo muy callada todo el tiempo.

—Tengo que decirte algo —comentó cuando se separaron en la casa de él.

Ella bajó la mirada después de contarle. Él solo sonrió.

—Ya lo harás mejor la próxima vez, no te preocupes.



AMBAS IBAN DE REGRESO a la ciudad después de haber pasado medio día en el pequeño lago que estaba cerca de allí. Sus aguas eran tibias, según algunos, por el abrazo de la montaña en que se apoyaba. Iban charlando con alegría, todavía con el cabello mojado y la ropa semipegada al cuerpo. Se separaron poco antes de entrar a las puertas de la muralla. Su amiga vivía en las afueras, en una casa pobre que había heredado de la mujer que la crio cuando sus padres fallecieron. Ella había atravesado las puertas cuando recordó que llevaba consigo los restos del almuerzo que habían consumido ese día. No tenía sentido que se los quedara ella, tenía mucha más comida en su casa. Alzó la vista, el sol todavía no intentaba descender, así que se dio la vuelta y corrió hacia donde había dejado a su amiga y luego un poco más allá. Se detuvo cuando vio a un grupo de personas. No entendió lo que estaba sucediendo hasta que oyó el grito de su amiga. La joven estaba siendo tirada de unos brazos a otros entre risas. Ella miró cómo rebotaba entre los diferentes hombres, quienes todavía no habían notado su presencia. Tenía que hacer algo.

«Pero ¿qué?», se preguntó mientras revisaba en su mente lección tras lección que había leído en su libro.

No tenía ningún plan para ese tipo de situaciones. Ni para ningún otro, diría su maestro: su principal problema era que solía guiarse por sus instintos. Y ella trataba de no ser así, de poder guiarlos hacia donde quería que...

Un grito más fuerte de su amiga la regresó a la realidad. Uno de los hombres había hundido su boca en su cuello y ella chillaba como un marrano. Ella se arremangó y elevó los brazos. Entonó la encantación para levantar un fuerte viento. Encontró a los demás hombres distraídos, pero no podía voltear a uno de ellos, no mientras aún tuviera a su amiga en sus brazos. Tendría que encontrar otra magia. Todavía tenía más acumulada, había estado juntando durante días y esta era una buena acción también, tendría que acumular un remanente. Su amiga gritó su nombre, pero ella vacilaba aún. ¿Qué hechizo

usar? Los demás hombres ya comenzaban a revolcarse en el piso, mientras el viento que los retenía allí perdía fuerza. Su amiga golpeó en las espinillas al hombre que la retenía y él le cortó la pierna con un puñal. Ella elevó los brazos sin vacilar y lanzó un encantamiento que tiró a ambos al piso. Su amiga rodó hacia un costado y su ropa y pelo semihúmedos la salvaron del fuego que consumió al abusador. Ella no reaccionó cuando el resto de los hombres huyó entre alaridos de terror, ni cuando su amiga reclamó su atención, sino cuando se le acabó la magia, cuando sintió el cosquilleo de una nueva acumulación, una mala. Bajó los brazos y jadeó con fuerza.

—Debemos irnos de aquí —dijo su amiga y tiró de ella hasta lograr que sus piernas reaccionaran.

La llevó hasta su pequeña choza, sin una sola mirada al tronco chamuscado que dejaban atrás.

—¿Estás bien? —preguntó su amiga cuando lograron sentarse y tomar un poco de agua algo turbia.

Ella pestañeó con fuerza.

—No —musitó—. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

Revisó y palpó a su amiga.

—Estoy bien —dijo ella y trató de sonreír.

—Tu pierna.

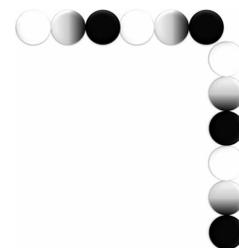
—Es solo superficial, no te preocupes. Por suerte, no habían llegado a... —le tembló la voz—, gracias, gracias por salvarme.

—Volvía a darte la comida. —Ella se miró las manos vacías como si recién notara que estuvieran así—. Te vi... Los vi a ellos. —Negó con la cabeza.

—Hiciste bien —opinó su amiga.

—Pero ese hombre... Yo lo... —Apretó los labios. No podía decir la palabra en voz alta. Ni siquiera podía pensar en ella. ¿Qué había hecho? Había acumulado maldad con una acción buena. Lo había perdido todo. ¿Realmente era mala?

«No, no, seré buena, lo lograré».



Capítulo I



JOHANNA SE LEVANTÓ con una nueva decisión en la mente. Debía acumular buenas acciones, esa era la única forma de elevar su cantidad de magia blanca y debía hacerlo como siempre lo había hecho su familia: ayudando a la comunidad. Ella nunca había sido buena en eso, ni siquiera le interesaba, pero siempre que Primus la llevaba a algún evento, no le costaba tanto seguir sus indicaciones. Esta vez tendría que hacerlo por sí misma. Pero ¿a dónde ir? De pequeña siempre había ido al orfanato, no se le ocurría otro lugar.

—Pero sí una persona —se dijo mientras terminaba de vestirse.

Bajó a desayunar, todavía era temprano para que los demás estuvieran en el comedor principal, a cada uno le gustaba permanecer un tiempo a solas antes de comenzar las actividades diarias. Johanna pasó por la cocina y se llevó un rápido desayuno y un poco de comida de más para compartir con su amiga.

Afuera el clima era templado, un poco fresco, pero no tardaría en levantar la temperatura. La primavera estaba cada vez más metida en el aire. El sol estaba elevándose en el cielo como si fuera la primera vez que subía. Johanna se dirigió con bríos hacia las afueras de la ciudad. Ysabel estaba viviendo en la casa de una vieja costurera que le estaba enseñando el oficio. A medida que se alejaba del centro, las casas se hacían más pequeñas, más grises y con las ventanas más selladas. Nunca antes había prestado mucha atención, pero ahora buscaba algo, buscaba alguna oportunidad de hacer algo bueno. Sin embargo, después de un rápido vistazo, la gente tendía a alejarse de ella. Muchos de ellos miraban hacia otro lado, como si no quisieran reconocer su existencia. Johanna comenzó a sentirse incómoda; después de comprobar que no había ningún otro mago alrededor, bajó la vista y apresuró el paso.

La casa de la vieja costurera no era más que un cuadrado con dos habitaciones: el dormitorio y una humilde sala donde Ysabel dormía, comía y cosía. La cocina no era más que un pequeño fogón cerca de una de las paredes mohosas. Allí dentro hacía tanto frío que la primavera parecía haberse olvidado de entrar por esos rincones. Ysabel la hizo pasar, la mujer no se encontraba en ese momento, había ido a visitar a una de sus viejas amigas, que estaba muy enferma.

—Traje el desayuno —anunció Johanna y le tendió el bulto a Ysabel, a la vez que sentía que se sonrojaba.

Pero su amiga no se inmutó, sencillamente lo agarró y lo sirvió en la mesa, en los pobres platos y tazas que poseía la vieja. Le hizo una seña para que se sentara.

—¿Qué haces por aquí tan temprano?

Johanna miró alrededor y frunció la nariz.

—Vine a visitarte.

—¿Tan temprano? Suelen tener clases a esta hora o al menos estar practicando para la próxima elección.

Johanna se removió en su silla, no había tocado la parte del desayuno que Ysabel le había puesto delante. Era una pequeña porción, pero Johanna siempre se preguntaba por qué su amiga insistía en repartirlo cuando sabía que ella ya habría comido y podía conseguir mucha más comida en su casa. Era algo que nunca había entendido.

—¿Por qué haces eso?

—¿Qué cosa?

—Darme la mitad del desayuno.

Ysabel se encogió de hombros.

—Es costumbre, no lo piensas. En el orfanato —se le ensombreció la expresión—, nos obligaban a compartir; sobre todo, los magos que venían a ayudar.

Johanna frunció los labios.

—Menos tú. —Sonrió Ysabel.

Pero Johanna seguía seria.

—¿Qué te pasa?

Johanna miró alrededor.

—Para mí no es tan espontáneo, si no está alguno de mis hermanos presionándome o recordándome...

—¿Para qué quieres ser como ellos?

Johanna apretó los labios.

—Hay muchas formas de ser bueno, tu problema es que lo piensas demasiado, debes dejar que todo fluya más naturalmente.

—Por eso estoy aquí.

Ysabel enarcó las cejas.

—Necesito..., tengo que acumular un poco de buenas acciones.

—Bastante, por lo que me parece.

Johanna se removió ante la mirada insistente de Ysabel, no le gustaba saber que ella podía verla, que en verdad podía verla.

—Necesito tu ayuda.

—¿Cómo?

—Seguro que sabes de oportunidades por acá que me puedan servir para... —Dejó que la voz se hiciera un susurro mientras Ysabel la miraba con fijeza—. ¿Ves?, ahí estoy otra vez, oportunidades que me puedan servir a *mí*

—Johanna sacudió la cabeza—, siempre pienso lo mismo.

—No está mal pensar en uno.

—Sí, lo está, si quieres acumular magia blanca.

Ysabel se mordió el labio y desvió la mirada. El desayuno se había terminado, había comido toda su parte y envolvió la que dejó Johanna para después compartirla con la vieja costurera.

—Oportunidades, está lleno de ellas por aquí, pero de ahí a que puedas tomarlas...

Johanna levantó una mirada herida.

—Tú sabes que lo intento.

Ysabel alzó la mano con la palma hacia afuera.

—No me refiero a eso, sino que aquí no hay mucha confianza en los magos.

Johanna frunció el ceño.

—¿Cómo que no? Los magos son parte del reino, del estado, son un eslabón importante, a todo el mundo le gusta tener un amigo mago que pueda...

—Otra vez dejó que su voz se perdiera ante la presión de la mirada de Ysabel.

—No *todo* el mundo piensa así, en realidad, son los magos quienes piensan eso. Habrás notado cuando venías por aquí que no había muchos magos.

—Sí, también noté que me evitaban, pero creí que...

—¿Porque eras tú? —Ysabel rio—. Sí que te sientes perseguida. Pero no, ni siquiera creo que sepan quién eres, al menos no la mayoría. Lo que no les gusta es que seas maga.

—Pero puedo ayudar.

—Tal vez —dijo Ysabel y se puso de pie. Miró alrededor y suspiró—. No perdemos nada con intentarlo, pero tenemos que irnos ahora, dentro de poco volverá la costurera y hoy tenemos mucho trabajo que hacer.

Johanna se puso de pie de un salto.

—Gracias.

El barrio era bastante pobre, pero estaba lleno de actividad, casi no había mugre en las calles y Johanna no podía creer que no lo hubiera notado antes. Sin embargo, la gente no era amable, o por lo menos mantenían la distancia de ellas. En una de las angostas calles, vio a un niño que lloraba en el suelo mientras la madre intentaba hacerlo callar y examinar su pierna a la vez.

—Eso es fácil —se dijo Johanna—, debe haberse fracturado o tal vez un esguince.

Se acercó a ellos con decisión. Ysabel amagó a detenerla, pero se contuvo. La mujer no se dio cuenta de lo cerca que estaba Johanna hasta que esta se agachó a su lado. Pero apenas la vio, se alejó instintivamente de ella.

—Solo quiero ayudar —explicó Johanna a la vez que acercaba las manos a la pierna del niño, que había dejado de llorar para mirarla con atención.

«Debe de ser solo un esguince», pensó Johanna y reprimió una sonrisa, si no, el niño seguiría llorando.

Cerró los ojos para invocar la magia, pero entonces sintió un tirón del hombro y cayó hacia atrás en el piso. Cuando abrió los ojos, vio allí a un hombre que estaba discutiendo con Ysabel. La mujer se apresuró a alejar de allí a su hijo.

—¿Qué sucede? —pestañeó Johanna a la vez que se ponía de pie.

—Nos vamos —determinó Ysabel mientras la tomaba del brazo con bastante brusquedad.

—Pero todavía no lo curé.

—Como si pudieras —dijo el hombre que había estado discutiendo con Ysabel y se puso en su camino—. Es mejor que te vayas, no te queremos aquí.

—Pero puedo ayudarle —insistió Johanna a la vez que se resistía a los tirones del brazo de Ysabel.

—¿Como lo ayudaste a él? —preguntó el hombre con una sonrisa torva—. Ya no podrá volver a caminar, ¿sabes lo que eso significa para su familia?

Johanna agrandó los ojos.

«¿Acaso se refiere a...?».

—Yo..., yo... —balbuceó y dejó que Ysabel la arrastrara de la calle.

Los ojos de los vecinos las siguieron durante varias cuadras. Ysabel la guio de vuelta hacia la ciudad.

—No fue a propósito —murmuró Johanna—, el perro se metió en el camino, ¿cómo podía saber yo que él intentaría salvar al perro? ¿No era mejor el perro que el hombre? —Miró a su amiga con ojos acuosos.

Ysabel suspiró.

—No entiendes a las personas, creo que ahí está tu problema.

—Pero, Ysabel, iba a salvarlo a él, ¿qué importaba el perro?

—A él le importaba.

—Arriesgó su vida.

—Sí, eso hacen las personas.

Ysabel se detuvo en las puertas de la parte interna de la ciudad.

—Es mejor que te vayas a casa.

—No, no puedo, no puedo... —Johanna levantó los brazos y los dejó caer con fuerza y frustración—. No lo entiendes, yo tengo que... —Inspiró con fuerza y se alejó a grandes zancadas. Pero su amiga la alcanzó poco después.

—Me parece que el problema es que tú no entiendes.

—Entonces, dime qué es lo que hago mal. Nadie parece poder decirme eso.

—¿A cuánta gente le preguntaste?

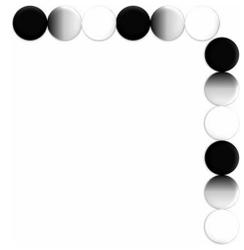
Johanna desvió la mirada.

—Mira, ahora no puedo quedarme, la vieja costurera seguro está de regreso, debo volver.

—¿Podemos hablar más tarde? —preguntó Johanna, sin sostenerle la mirada—. Necesito entender, necesito...

—Está bien —la empujó Ysabel—, después, más tarde... iré a buscarte donde siempre.

Johanna asintió y regresó a su casa, esperaba que ya no hubiera nadie allí.



Capítulo II



SI BIEN ELLA SIEMPRE ESTABA cerca de magos y siempre presenciaba charlas sobre magia, lo cierto era que la mayoría de la población del reino no era mágica. No fue hasta que conoció a Ysabel que se percató de todo lo que existía fuera de la magia. Aunque no era justo decir eso, ya que la magia estaba en todos lados y todo el mundo la acumulaba. Aunque muy pocos, los magos, podían acceder a ella y usarla.

—Es que nunca lo entendí bien —reconoció Ysabel.

—Es fácil —dijo Johanna—. ¿Cómo describirías a alguna persona buena? ¿Qué la hace buena?

—Hacer cosas buenas.

—¿Ves? Es fácil.

—No, no lo entiendo.

—Cada cosa que haces gasta energía y a la vez acumula, eso es la magia: acumulación de energía que luego puedes canalizar. Esa acumulación depende de tus acciones —frunció el ceño— y también de tus intenciones.

—Entonces, cada buena acción acumula magia blanca. ¿Por qué? ¿Por qué es blanca? Si es acumulación de magia, ¿no debería ser simplemente energía?

—No —dijo Johanna—, porque tiene la misma firma que la acción que la generó y, por lo tanto, sirve solo para hacer magia de ese mismo tipo.

—Entonces, solo se pueden hacer ciertas cosas con la magia blanca.

—Sí, como curar, proteger, cultivar, no se puede hacer nada que cause daño.

Ysabel vaciló otra vez.

—Entonces..., no entiendo para qué sirve la magia negra, por qué la dejan existir.

Johanna se encogió de hombros.

—Porque no todo lo peligroso es malo. Por ejemplo, el fuego, solo un mago negro puede hacerlo crecer y quemar cosas, ya que eso es malo, pero a veces necesario.

—No se me ocurren muchos usos para la magia negra —insistió su amiga.

—A mí tampoco, pero es que no nos enseñan mucho de ella. —Recordó las palabras de su padre—. Sin embargo, se acumula como la blanca y es mejor no ignorarla.

—Pero entonces, cuando haces algo bueno con la magia, acumulas otra vez, por lo tanto, ¿no deberías tener reservas siempre?

—No funciona así —sacudió la cabeza Johanna—, se acumula solo por la acción en sí, no por la energía que le hayas agregado.

Ysabel apretó los labios.

—Sea como sea, los magos siempre son raros y es mejor no confiar en ellos.

—¿En serio los demás nos odian tanto?

—No es odio, más bien incomodidad. Se meten en todo, en el cultivo, en las construcciones, en la creación y mantenimiento de la comida y algunos gremios ya se están quejando de que ahora también están en la confección de ropa. ¿Por qué?

Johanna se encogió de hombros.

—Supongo que para hacerla más durable, ¿no es eso bueno?

—Sí, pero lo que no convence es que se necesite un mago —bajó la voz a un murmullo—, muchos temen que, si seguimos así, se requerirá un mago para cada tarea y entonces, ¿para qué se necesitará a los demás?

Johanna parpadeó.

—No somos tantos magos.

Ysabel frunció los labios.

—Nunca suelen ser muchos los tiranos.

Siguieron caminando por la ciudad. Por primera vez, prestó atención a cómo la miraban. Sus ropas la marcaban como maga y la mayoría de la gente desviaba la mirada de ella. Aunque no había agresividad, se notaba cierta tensión. Le preguntó a su padre cuando regresó a su casa.

—Siempre hay aprensión hacia lo desconocido o lo que no se entiende bien, pero la magia siempre estuvo aquí. No te preocupes, terminará acomodándose.

Johanna abrió la boca y la cerró sin decir nada. La cuestión era ¿cómo?

—¿Por qué de repente estas preguntas? ¿Fue por la visita?

Johanna frunció el ceño hasta que entendió.

—No, solo por la forma en que me miran cuando saben que soy maga.
¿Qué sucedió con la visita?

—Nada de lo que debas preocuparte —sonrió su padre—, tampoco de cómo te miran los demás, eres lo que eres y punto.

Él continuó caminando como si ya hubiera dado por terminada la conversación. Johanna lo siguió, todavía pensativa, y se quedó parada en el umbral de la siguiente habitación.

El salón era enorme, aunque no el más grande que hubiera visto. Sin embargo, era demasiado para una familia tan pequeña. Ella siempre se había preguntado cuál era la necesidad de cenar en aquella mesa que los situaba tan lejos unos de otros que tenían que levantar la voz para hablar entre ellos.

—No te quedes allí parada —dijo su madre—, ven a sentarte, ya han servido la cena.

Ella se acercó a su lugar, al lado de su hermano mayor y frente al hermano del medio, que se sentaba junto a su madre.

—Estamos pensando en una nueva división de la institución.

—¿Como algo separado? —preguntó Sixtus, el hermano sentado junto a su madre.

El padre tomó un trago antes de contestar.

—No estamos seguros, la práctica todavía es demasiado pequeña para mantenerse por sí sola, pero ya no es algo que pueda hacerse por magos no especializados, dedicados a ello.

Ella comió su cena sin levantar la vista. No tenía idea de qué hablaban, pero los demás parecían saberlo y no quiso demostrar su ignorancia. No era la primera vez que la dejaban fuera de sus decisiones.

—Tal vez si pasaras más tiempo con nosotros... —sugirió su madre.

«¿Es que acaso lee la mente?».

—¿Perdón, madre?

—No sabes de qué hablamos porque no pasas tiempo con tu familia.

—Ella debe practicar —comentó el menor de sus hermanos—, ya falta menos para su elección.

—No veo la hora de que te separes de ese profesor.

—Él es bueno.

—No lo dudamos, querida —dijo su padre—, pero su familia... Sabes que caridad o curación es la única razón por la que nos relacionamos con los

magos negros.

—No sé para qué curarlos si no los queremos —murmuró ella.

—Porque es lo correcto —dijo Primus, el hermano mayor, con su voz algo alta en el registro.

—Esos son los comentarios por los cuales no me gusta tu profesor — explicó su madre—. ¿Por qué no un buen modelo de mago blanco?

—Está Tomás... —dijo ella con algo de esperanza en la voz.

—Es muy bueno —agregó Primus.

—Sí —dijo la madre—, buena familia, deberías pasar más tiempo con él, ¿pensaste alguna vez en...?

—Ahora no —intervino su marido.

Ella se sonrojó. Sabía lo que su madre iba a preguntar y llevaba meses, incluso años, ignorando las alusiones, solo era un amigo para ella, ¿por qué no podía tener un amigo?

—También está Ysabel—dijo su hermano con una sonrisa.

Ella se lo agradeció en silencio, A veces tenía esos ataques de bondad salvadores, aunque la mayor parte del tiempo la ignorara.

—Ella no es maga —aclaró la madre.

—La caridad siempre es buena —dijo Primus.

—No digo que no, solo que le falta relacionarse más con magos, eso es lo que ella es.

—Regresando al tema de la caridad —agregó el padre—, ¿qué piensas?

El hermano mayor parecía estar meditándolo. Ella lo observó. ¿Por qué tendría que pensarlo? Él era un curandero, toda su vida se había enfocado en eso. Ya quisiera ella tener tan claro lo que deseaba ser.

—No lo sé —admitió Primus—, no puedo dejar mis responsabilidades.

—A él le gusta curar —dijo Sixtus—, ¿por qué sacarlo de su pasión?

El padre enarcó las cejas.

—¿Entonces tú?

El menor se encogió de hombros. Ella cada vez entendía menos y no pudo evitar preguntar.

—La nueva división necesitará alguien que la dirija —explicó su padre—, debemos proponer candidatos.

Ella frunció el ceño.

—¿No crees que tu hermano pueda? —preguntó su madre.

—No, no es eso, es que, no sé, siempre pensé en alguien mayor. —Bajó la vista.

—No estaría solo —dijo el padre—, alguien con experiencia debería acompañarlo.

—Creo que debería hacerlo yo —propuso Primus.

Ella murmuró su aprobación. Sus hermanos, solo pocos años mayores, ya estaban encaminados. «¿Y yo? —Miró al mayor—. Ojalá fuera como él. Tal vez debería observarlo más».



PRIMUS ERA EL PRIMERO que se levantaba en la casa, poco antes del amanecer, incluso antes que varios de los criados. Johanna, todavía pegada al sueño, lo siguió a la cocina, donde su hermano consumió un rápido desayuno y se llenó un bolso de provisiones. Lo siguió por la calle hacia las partes más alejadas de la ciudad, pero todavía dentro de los muros interiores. Caminaba como si no tuviera ningún destino fijo y cada tanto se detenía, a veces para mirar alrededor, otras para acercarse a alguien que parecía haber dormido a la intemperie y ofrecerle un poco de comida.

No tardó en llegar a uno de los asilos para aquellos que no tuvieran trabajo ni familiares que cuidaran de ellos, todavía tenía un poco de provisiones y se apresuró a llevarla a la cocina, donde estaban preparando el desayuno. Johanna intentó seguirlo con sigilo, allí había mucha gente y pocos magos atareados que iban de un lugar a otro. Se le ocurrió que podría haber muchos más, ¿por qué no estaba allí lleno de magos blancos? Tal vez hubiera más asilos como ese, no sabía cuántos podría haber en el reino. Se había quedado perdida en sus pensamientos cuando sintió que le tocaban el hombro.

Con un salto, dio la vuelta. Su hermano le sonreía.

—¿Por qué me seguías?

—Yo no..., yo no... —suspiró—, solo quería..., mmm..., ayudar.

—Pues me hubieras avisado, siempre se necesitan manos por aquí. Ven —le hizo un gesto—, primero les daremos de desayunar y luego veremos quién necesita curación.

Johanna asintió.

«Sí, ¿por qué no había pensado en pedirle ayuda? —Contuvo un suspiro—. Porque, en realidad, no quería, quería hacerlo por mí misma».

Pero incluso entonces, cuando copiaba todos los movimientos de Primus, incluidas las sonrisas que les dedicaba a las personas, sentía que vestía una máscara y creía que cada una de esas personas lo notaba, que la miraban como

en aquel callejón cuando intentó ayudar al niño. No sentía que estuviera haciendo nada bueno, más allá de los constantes ánimos de su hermano.

Solo entrada la tarde se animó a detenerse un poco y revisar sus reservas de magia. Con miedo, extendió sus sentidos, sí, por suerte había logrado aumentar su caudal. Suspiró y dejó caer los hombros. Solo un poco, pero estaba allí. Escuchó pasos que se acercaban y, por instinto, se ocultó tras una puerta. Era uno de los magos que dirigía la institución de caridad y otro que estaba con la de la sanación. Iban hablando ensimismados en su charla.

—Esto no puede continuar así —dijo uno de ellos—, cada vez hay más resentimiento en las afueras, debemos controlarlo.

—No somos suficientes —advirtió el otro.

El primero lo miró.

—Sí, lo somos, pero la mayoría no quiere salir. Y entonces solo logramos la desconfianza de los demás, no podemos permitirnos eso, no si queremos lograr nuestro segundo paso.

—La gente sin magia es desconfiada por naturaleza.

—Tal vez... —se quedó pensando—, tal vez si...

—No —lo cortó el otro—, la magia es clara, es blanca o negra, no hay otra forma.

—A lo mejor si dejáramos...

—No, ¿por qué insistes? Perderíamos mucho si dejáramos abiertas tantas opciones.

—Pero ¿y lo que podríamos ganar?

—El siguiente paso está claro, no te desvíes, debemos seguir con el plan. Tal vez haya que reforzar entre las personas comunes de afuera la idea de que pueden y deben confiar en la magia. Prepararemos unas excursiones para la semana que viene.

Se oyeron otros pasos y los magos se callaron. Era Primus el que se acercaba.

—Ah, Primus —dijo el mago de la caridad—, justo hablábamos de un nuevo proyecto y creo que eres el indicado para llevarlo a cabo.

Le puso una mano en la espalda y se alejaron de allí. Desde detrás de la puerta, Johanna los observó alejarse. ¿Qué era lo que había escuchado? ¿Era esa la razón por la cual los demás desconfiaban tanto de los magos en las afueras de la ciudad? ¿Eran esas las cosas que Ysabel decía que ella no sabía y que no tenía idea de lo que sucedía? ¿Cuál era ese segundo paso?

Sacudió la cabeza. Eran demasiadas preguntas, demasiadas dudas que no

eran importantes para su propio destino. Tenía cosas más urgentes en las que pensar. Volvió a controlar sus reservas de magia, la buena tremolaba, pero la negra había crecido otra vez. ¿Por qué? Se mordió el labio.

Claro, había escuchado conversaciones ajenas. Tal vez debería hablar con su hermano, tal vez si hiciera lo correcto... Pero ¿qué le diría? No había sido capaz de comprender todo lo que habían dicho, ni la mitad siquiera. Tendría que investigar un poco más.

—Pero no tengo tiempo para esas cosas —suspiró—, tengo que pensar en mí.

Apretó los labios y miró alrededor. No era bueno pensar de esa manera egoísta, sintió ganas de volver a comprobar sus reservas, pero le dio miedo lo que pudiera encontrar, así que se abstuvo.

Salió del asilo sin avisarle a su hermano. Afuera ya comenzaba a anochecer y, de repente, sintió un dolor en el estómago, no había comido en todo el día y ni siquiera lo había notado. Decidió regresar a su casa y llevarse comida para encerrarse en la habitación, mientras seguía debatiéndose entre hablar sobre ello o no.

«Tal vez con Ysabel —pensó— o con Iván, él debería...». Pero no, sería peor con él, tenía esa tendencia a mirarla más allá de sus preguntas.

Pasó por la institución donde trabajaba su madre y se preguntó si todavía estaría allí. A ella sí que no podría preguntarle nada, terminaría más acosada de preguntas y con ninguna respuesta. Incluso cuando era niña, su madre parecía querer interrogarla todo el tiempo, como si tuviera que comprobar a cada rato que no se le olvidaran las más básicas lecciones. No se dio cuenta de que se había detenido a observar el edificio. Era una de las instituciones más grandes y con más magos blancos, se ocupaba de coordinar todas las tareas de caridad y curación y comida. Sin embargo, a ella nunca le había quedado clara su función. Sí sabía que era uno de los nexos con el gobierno civil de la ciudad. El edificio se erguía por tres pisos, cada uno de los cuales tenía el alto de dos, por lo cual le ganaba en estatura a todos los demás, incluso estaba a la par de la Casa de Gobierno.

Los recuerdos fluyeron con facilidad.

—¿Quién es él? —preguntó Johanna mientras veía a un hombre, seguido por otro, entrar apresuradamente en la oficina del director.

Estaba en la institución central de magia blanca. Su madre la había llevado allí porque básicamente no tenía dónde dejarla.

—Es el regente de la ciudad —dijo ella con desaprobación—, deberías

saberlo, ¿qué es lo que te enseñan?

Johanna se encogió de hombros.

—Me dijeron que hay un regente, pero no me mostraron su foto. ¿Y quién es el otro hombre?

—Su secretario.

La madre la miró con intensidad. Ella comenzó a ponerse incómoda.

—Dime cómo es nuestra forma de gobierno.

Ella bufó.

—Johanna.

—Está bien —puso los ojos en blanco—, no sabía que habría examen hoy.

—Deberías estar en la escuela —echó un vistazo a la puerta cerrada del director—, no veo ninguna razón para que estén cerradas hoy.

Se volvió hacia su hija, a la espera. Johanna puso los ojos en blanco nuevamente, pero recitó:

—Somos una ciudad estado, regida por un regente votado por la asamblea, compuesta por los nobles, los magos y un representante de los comerciantes y otro de los gremios, aunque estos no siempre tienen voto. El regente no puede ser mago.

Se calló. La madre la seguía mirando.

—¿Más?

—¿Y por qué ciudad estado?

—Porque hace mucho *mucho* tiempo nuestra ciudad se separó del reino.

—¿Y las otras?

—Son ahora nuestras vecinas.

—¿Y cómo son nuestras relaciones?

Johanna miró hacia la puerta del director a su vez.

—¿No muy buenas?

La madre apretó los labios.

—Pueden ser algo tensas, todavía hay bastante por definir.

—¿Y por qué el regente no puede ser mago? —preguntó Johanna a su pesar.

—Demasiado poder —replicó su madre sin prestarle atención.

Su padre se acercaba a ellos. Era un hombre alto y delgado. Su expresión siempre parecía indicar que estaba cansado, pero ella sabía que era una muestra de indolencia poco real. En pocos años, había ascendido hasta un puesto bastante jerárquico dentro de la institución.

—Tendremos visitas.

—¿De quién?

—Los reinos vecinos. Vendrán los regentes y algunos magos.

La madre se sentó.

—¿Por qué no solemos hablar con ellos? —preguntó Johanna.

Su madre la miró con irritación.

—Tendré que hablar en la escuela, cada vez enseñan menos.

—Regina —dijo su esposo y se volvió con expresión plácida hacia su hija

—. Sí sabes por qué nos separamos, ¿no?

Johana se mantuvo en silencio. La madre gruñó por lo bajo, pero su padre no se inmutó.

—Hubo diferencias entre los diversos grupos sobre la magia y su acumulación.

—Es la razón por la que dejamos que haya magos negros —dijo Johanna.

—Sí y no —respondió su padre—. Primero, no es que *dejamos* que haya, la acumulación de magia negra existe, se quiera o no, y es mejor no ignorarla. Pero no fue la única razón. Sabes que no todos tienen magia ni todos en la misma cantidad. Fue difícil conseguir un gobierno conjunto y todavía más mantener sus relaciones con los vecinos, que también son inestables internamente.

—Pero ellos también tienen magos blancos y negros como nosotros, ¿qué tan diferentes pueden ser? —Johanna frunció el ceño.

—Hay matices.

—Esposo, todavía es muy joven.

Johanna miró de uno a otro sin estar segura de lo que se decían en silencio. Entonces, apareció Tomás con sus padres.

—Hola, ¿quieres ir a ver la procesión? Podremos mirar desde lejos.

Sus padres la dejaron ir y ella se fue con su amigo.

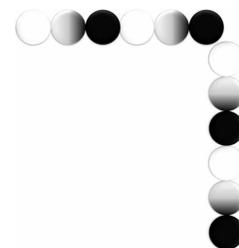
—¿Tus padres también están preocupados?

—Todos lo están —replicó Tomás con gesto serio, miraba al horizonte.

Allí, cerca de los muros, había grupos de magos. Y Johanna sabía que debía de haber tanto blancos como negros, por la forma en que estaban separados unos de otros.

—Ven —dijo Tomás—, podemos hacer algo para ayudar a las personas que esperan bajo el este sol tan fuerte.

Johanna apretó los labios para no contestar y lo siguió. Ella también sufría calor, pero no le vendría mal subir sus reservas de magia blanca, que siempre estaban bajas.



Capítulo III



ESE DÍA estaban en las afueras de la ciudad, la muralla exterior se veía a lo lejos y solo había algunas pocas casas salpicadas en la parte más pobre del reino, ni siquiera eran granjas, sino que vivían de los desperdicios de la ciudad. Johanna no les prestó mucha atención, concentrada como estaba en las preguntas que quería hacerle a Iván. Su profesor estaba frente a ella, pero inmerso en sus propios pensamientos; tenía un libro abierto en sus manos, aunque hacía rato que no les prestaba atención a sus páginas. Se suponía que Johanna tenía que estar practicando la magia de la restauración con una pequeña planta seca a sus pies, pero las hojas no querían llenarse de agua, se rehusaban a volver a recibir el sustento del suelo y ella veía cómo poco a poco seguían menguando sus limitadas reservas de magia blanca. Se sopló el flequillo de la frente y, de repente, sintió la mirada de Iván sobre ella.

—No entiendo para qué tengo que hacer esto —le dijo al mirarlo y tratar de llenar el silencio con algo más que la presión de los ojos de él.

—Tienes que aprender todos los usos de la magia blanca para que puedas elegir a qué institución unirte.

—¿Acaso importa? —murmuró—, una institución es igual a cualquier otra. Iván sonrió.

—No deberías decir eso frente a ellos, muchos magos se toman con orgullo su pertenencia a ellas y no les gusta creer que no son importantes.

—A ti no te importa. —Johanna dejó el comentario en el aire, sabía que Iván pertenecía o había pertenecido a una institución, pero no sabía a cuál, nunca había podido averiguarlo y él no quería decírselo.

Iván cerró el libro y se puso de pie.

—Si no vas a intentarlo más, es mejor que volvamos a la ciudad, va a

oscurecer pronto.

Johanna sonrió.

—Recién pasa del mediodía.

—Entonces, deberíamos comer algo.

—¿Qué te sucede?

—¿A mí? Nada. Mi único problema es lo que te sucede a ti, estás a pocas semanas de tener que elegir y no tienes idea de qué hacer, ni creo que te importe.

—¡Claro que sé lo que voy a hacer! —Johanna se puso de pie a su vez.

—¿Sí? ¿Y qué será?

—Me uniré a una institución.

—¿A cuál?

—No importa.

—¿No importa?

—No, no importa, con tal de que sea...

—¿Blanca? Sí, sé lo que es eso. —Suspiró—. Supongo que harás lo que quiere tu familia.

—Es lo que yo quiero también —aclaró Johanna y se odió porque le temblaba la voz.

Iván volvió a mirarla con fijeza, sus ojos recorrieron todo su rostro. En general, no solían bajar de allí. Johanna se había preguntado si alguna vez había pensado... No era mucho mayor que ella y...

Sacudió la cabeza.

—En realidad, no importa.

—Claro que sí.

—Solo porque tú hiciste lo contrario a lo que quería tu familia no quiere decir...

—¿Crees que es así de sencillo? ¿Hago lo que quiere mi familia o actúo en contra? Ese es un pensamiento de niños, ya tienes más de veinte años, ¿cuándo vas a madurar?

Johanna apretó los puños y las mandíbulas.

—¿Entonces por qué no me lo explicas? Dime exactamente qué elegiste — se acercó a él hasta tener su rostro a pocos centímetros, tenía que inclinar la cara hacia arriba—, dime exactamente lo que es ser tú. Tú podrías explicarme tanto, ayudarme a entender lo que siento... —Se llevó las manos a su corazón.

Iván se aferró a ellas y Johanna trastabilló, pero se mantuvo firme a pocos centímetros de él, sin quitarle la vista de encima.

—No sabes lo que pides, ¿por qué me obligas a revivir...? —Se quedó callado mientras la contemplaba, sus ojos se movían a un lado y otro del rostro, como si buscaran algo, con ansiedad, y no lo encontrarán.

La soltó y retrocedió unos pasos.

—Esto no es sobre mí, es sobre ti, sobre lo que elegirás.

—¿Qué quieres que elija?

Él levantó la vista de repente y volvió a avanzar un paso, había algo extraño en sus ojos y Johanna sintió que le subían los colores al rostro. No pudo evitar desviar la mirada.

—No me corresponde a mí escoger —dijo en un susurro Iván.

Johanna dejó pasar unos segundos antes de volver a mirarlo, él todavía tenía la mirada clavada en ella, pero se veía algo triste.

—Háblame de las instituciones, nunca comentas mucho sobre ellas.

Iván levantó el libro del suelo, ese que ella no había visto caer, y lo limpió mientras hacía tiempo antes de responder.

—¿Qué quieres saber?

—Dime qué hacen en ellas, más allá de las magias de curación y otras que son obvias, ¿qué hace la que regula la relación con el estado? ¿Por qué no hay magos ahí?

Iván frunció el ceño.

—¿Por qué quieres saber eso?

—¿Por qué no hay más magos en las afueras? Nunca lo había pensado.

—No hay nada que pensar, los magos están donde deben estar y nada más. No todo es magia, hay otras cuestiones en el reino y otras formas de solucionarlas.

—¿La magia negra también tiene una institución que se relaciona con el estado?

Iván la miró durante un largo rato antes de contestar.

—¿Por qué preguntas eso?

«Entonces, la respuesta no es no», pensó Johanna. ¿Para qué querría el estado relacionarse con los magos negros? ¿No era que solo los soportaban? De repente, sintió un escalofrío. ¿A cuáles magos pensaban mandar a las afueras?

Sacudió la cabeza. No, esos eran blancos, no harían nada con los negros. Pero el profesor seguía...

—¿Sigues hablando con tu familia?

—Debes olvidarte de todo esto y concentrarte en lo que harás en los

próximos días, elije de una vez la institución y haz feliz a tu familia.

—¿Es eso lo que quieres?

—Quiero que estas lecciones terminen —espetó Iván y se puso en marcha hacia la ciudad.

Johanna tardó unos momentos en reaccionar y ya Iván iba varios metros por delante. Pero cuando lo hizo, no dudó en correr hacia él y agarrarlo del brazo, forzarlo a darse la vuelta.

—¿Por qué dices eso?

Iván la tomó por los brazos con fuerza, su boca a milímetros de su mejilla.

—Esto fue un error, nunca debí acceder a ser tu maestro.

—Pero nosotros —le tembló la voz a Johanna y la bajó hasta casi un débil hilo— somos iguales.

—No, no lo somos, tú —infló las narices— no eres igual a mí.

—Somos los únicos.

Iván rio y la soltó.

—Claro que no.

Johanna frunció el ceño.

—No sé de nadie más que...

—¿A cuántas personas conoces? ¿Con cuántas hablas? Solo tienes dos amigos y una de ellas ni siquiera es maga. No sabes nada porque nunca te importó, no te preocupas por entender lo que sucede a tu alrededor, solo importas tú y ni siquiera eso.

—Sí que intento entender lo que me sucede.

—No —Iván volvió a acercarse—, solo buscas reprimirlo, solo intentas que alguien te diga cómo sacarlo de ti, como ser... solo una parte.

Volvió a suspirar y se alejó.

—No se puede suprimir lo que uno es en realidad, no por siempre.

—Tú eres bueno, lo sé. —Johanna miraba la espalda de Iván, vio cómo este bajaba la cabeza.

Él no contestó nada, pero tampoco se movió.

—¿Hay otros? —preguntó Johanna con un hilo de voz.

—No —dijo Iván con tono cansado—, solo magos blancos y negros, magos y gente común, solo eso —suspiró—, no puede haber más, este reino todavía no se acomoda a ello. —Se dio la vuelta brevemente—. Regresemos, se hace tarde.

El sol todavía estaba alto, pero Johanna le hizo caso. Lo siguió a la ciudad en silencio. A poco de atravesar las murallas exteriores, se separaron sin decir

ni una palabra.

Johanna lo miró irse durante unos momentos, hasta que se perdió en la cantidad de pequeñas casillas que inundaban esa zona. Luego siguió hasta su casa. Estaba todavía más confundida ahora. ¿Por qué Iván no podía darle respuestas sencillas? ¿Podía ser que él también dudara? ¿Por qué ahora, después de tantos años?

No había podido contestar ninguna pregunta para cuando llegó a su casa. Miró la imponente construcción durante unos minutos antes de animarse a entrar. Por suerte, a esa hora, no se cruzaría con nadie, salvo algún que otro criado. Se apresuró a llegar a su habitación y encerrarse en ella. Se dejó caer en la cama y miró el techo, permitió que las preguntas volvieran a inundar su mente.

¿Qué era lo que tenía que hacer? ¿Debía simplemente elegir lo que quería su familia y quedarse en un lugar cómodo, seguro? No tan cómodo, en realidad. ¿Tendría que hacer lo que quería su madre o buscar una alternativa? No le gustaba la magia negra, sabía que no era ella, pero...

—Solo quiero un lugar donde encajar —murmuró—, tiene que haber uno.

Buscó los folletos que le había dejado su hermano y volvió a repasarlos, durante toda la noche. Ni siquiera cenó. A nadie pareció importarle.

Miró los folletos y recordó a su hermano.

Hacía unos días, ella había regresado a su casa después de otra larga jornada de estudio y entrenamiento. Su profesor nunca se lo hacía fácil, aun cuando ya estaba próxima a terminar su primera etapa de estudios. Le quedaba ahora asociarse a alguna de las diferentes instituciones de magia de su ciudad. Se sopló el flequillo de la cara. Cada vez le quedaba menos tiempo y tenía que decidirse. Un ruido desde los pasillos cercanos le llamó la atención. Creyó que estaba sola. Con aprensión, fue a ver de quién se trataba.

Era Primus, el mayor de sus hermanos, el que estaba a punto de casarse. Ya estaba bien establecido en la más prestigiosa de las instituciones de curanderos. Se debía acumular mucha magia buena para poder curar a alguien. Estaba concentrado en la lectura de un grueso libro y tenía otro a los pies, tal vez ese fuera el golpe que había escuchado. Ella trató de irse sin hacer ruido.

—Justo quería hablar contigo —comentó él sin levantar su mirada ceñuda de las páginas—, ¿terminaste tu estudio de hoy?

Ella suspiró y entró en la gran habitación.

—Sí —contestó y miró alrededor.

El decorado siempre le había parecido recargado.

—Ven, acércate —dijo él y se sentó en el sillón, dejó los libros a un lado. Ella se aproximó de mala gana y se sentó a su lado.

—Creo que todavía no te has decidido, ¿no? —Sonrió él con benevolencia.

Ella sintió la irritación crecer dentro, pero se contuvo.

—Todavía no, hay tiempo.

—Lo sé, pero creo que nunca es demasiado temprano para comenzar. ¿Cuándo los visitarás?

—La semana que viene.

—¿Quieres compañía?

Ella vaciló. Él volvió a sonreír.

—Está bien, no te preocupes. —Se inclinó para sacar algo de su bolso—. Te traje algunos folletos.

—Gracias —dijo ella y los tomó sin mirarlos.

—Tal vez podríamos repararlos después de cenar.

—¿Te quedas a cenar?

—Sí —dijo la madre, a quien ella no había escuchado entrar—. Ve a asearte.

Ella se puso de pie de un salto, asintió, murmuró algo por lo bajo y corrió hacia su habitación. Tiró los folletos sobre los demás que tenía allí. Ya había revisado los requisitos de todos ellos y simplemente no tenía la suficiente magia buena acumulada. Abrió los compartimentos secretos bajo su cama y revisó los otros folletos. Inspiró una gran cantidad de aire y lo dejó salir con lentitud. Tampoco tenía la suficiente cantidad de magia negra para aspirar a ninguna de las otras.

—¿Cómo puede ser que no sirva para ninguna de las dos?

Observó los folletos otra vez y los hizo a un lado. Su familia se volvería loca. Llevaban años acumulando magos buenos uno tras otro. Era natural para ellos acumular magia buena.

—Al menos para algunos —murmuró ella.

Golpearon a la puerta.

—La cena estará lista en diez minutos. —Era la voz de su otro hermano.

Ella respondió de prisa y fue a asearse, no habría forma de evitarla. Seguramente, le preguntarían lo mismo que en las últimas semanas. Era una suerte que ninguno de ellos pudiera saber en verdad cuánta magia acumulada tenía. Suspiró. Tendría que mentir otra vez. Como consecuencia de lo que había sucedido hacía unos días, había perdido mucha y acumulado de la otra.

Suspiró una vez más. Tendría que acumular otra vez de la buena y no sabía cómo. Cuando salió, se cruzó con su hermano curandero.

«¿Tal vez unas prácticas de curación? ¿Qué tan difícil puede ser?».

Se apresuró detrás de él. Si tenía que dejar de dormir para acumular la suficiente magia, al menos trataría de ser como el resto de su familia.

Ni siquiera notó haberse quedado dormida, solo entró en un suave sueño, que era un recuerdo.

La primera vez que había visto a su maestro había sido en una de las demostraciones en el centro de la ciudad. Le había llamado la atención que estuviera solo. No había muchos magos por su cuenta. Ella estaba con su familia. Llevaba un par de semanas intentando encontrar su mentor, aquel con quien completaría su educación antes de tener que elegir. Había probado con varios maestros propuestos por su familia, pero no sentía que pudiera hablar con ninguno de ellos, no realmente. Le cansaba mantener la pantomima de que le preocupaba lo mismo que a sus hermanos. Ese día, estaba sentada alejada de ellos. Lo miraba con intensidad mientras esperaba una presentación, hasta que él se dio la vuelta y la miró de frente. Sus ojos eran grises, un color poco común.

—No deberías mirarlo mucho —le advirtió su amigo al sentarse a su lado.

—¿Por qué no?

—A tu familia no le gustará.

—¿Por qué no? —volvió a decir ella y echó un vistazo al mago otra vez—.

Es mago blanco.

—Sí, pero su familia no lo es.

Ella volvió a mirarlo, con más interés todavía.

—Creí que no te importaba —murmuró ella.

—A mí no —dijo Tomás—, pero a algunas familias blancas...

—Él hizo su elección.

—Y admiro su valor, pero tal vez no deberías relacionarte mucho con él, al menos hasta que te hayas establecido.

Ella frunció el ceño y desvió la mirada. Cuando estaba regresando a su casa, se volvió a cruzar con él.

—Cualquiera diría que ya me habría acostumbrado a que me miraran así —dijo él y la sorprendió—, pero no es así. ¿Qué te han dicho de mí? No deberías creer todo.

—No lo hago, no es por eso que...

—Ah —dijo él con suavidad—, es la primera vez que ves un cruzado, no

me asombra, aquí les gusta ocultar lo que no cuadra.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó ella.

Él la miró por primera vez.

—No contestaré esa pregunta, es una decisión personal y no necesitas a nadie que te ayude con ella.

—Pero...

Él se alejó.

—Espera.

—Solo asegúrate de que sea tuya —le dijo él y volvió a alejarse.

—Espera —repitió ella—, estoy buscando un mentor.

Él se detuvo y se dio la vuelta.

—No tengo aprendices.

Ella sonrió.

—Entonces, no tengo competencia.

—A tu familia no le gustará, a nadie, en realidad. —Suspiró.

—Pero es mi elección, ¿no?

—Y mía —agregó él.

La miró especulativamente.

—¿Por qué no? —dijo al fin.

No le dijo nada a su familia hasta que fue a la primera clase. Él vivía cerca de las murallas exteriores. Algunas personas la miraron cuando llegó a su casa, pero ninguna le habló.

—Llegaste temprano —dijo él después de abrir la puerta y le ofreció un té.

Se sentó frente a ella.

—Supongo que quieres ser buena.

—Toda mi familia lo es.

—Eso no significa nada para mí. —Él clavó su mirada en ella.

Ella se movió incómoda en la silla, dejó el té a un lado.

—Sí, quiero ser buena —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque mi familia...

—¡No!

—Porque es lo correcto.

—¿Según quién?

Mi familia estuvo a punto de decir, pero se contuvo.

—Es lo que quiero —insistió.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Bien —se levantó de la mesa—, debes tenerlo claro, porque es muy difícil ir en contra de la naturaleza.

Ella agrandó los ojos, pero él no la estaba mirando.

—Mmm, ¿qué quieres decir?

—No tienes dudas —se volvió él—, no es por eso que estás aquí. A veces, acumulas magia negra.

«Más que a veces», pensó y bajó la mirada.

—Si no lo reconoces, no podremos trabajar en ello.

—No sé cómo sucede —musitó ella—, mis intenciones son buenas.

—Entonces, cambiaremos el foco. Empecemos.

Ella volvió cansada a su casa, pero feliz de poder hacer las preguntas que necesitaba, de entrenar como necesitaba. Decidió que sería mejor poner a su hermano de su lado antes de hablar con sus padres.

—¿Por qué él? Hay otros...

—Pero él eligió ser bueno, ¿eso no lo hace más fuerte?

Su hermano vaciló.

—Sí, es de admirar, pero... está bien, supongo.

Ella sonrió.

A la mañana siguiente, se despertó con un poco más de ánimo. Aunque lo perdió pronto. Seguir a Primus a todos lados no era tan malo, era aburrido, sí, pero no era en realidad tan malo. Johanna reprimió un bostezo mientras veía cómo su hermano se dedicaba a curar el brazo roto de una mujer, una granjera que había venido a la ciudad solo para eso, para ver a un mago. El asilo de curación recibía a todos, pudieran o no pagar los servicios del mago. Esta mujer había traído productos de su granja y Primus se aseguró de que después los llevaran a las obras de caridad para alimentar a aquellos que menos tenían. Mientras Johanna lo miraba curar el brazo de la mujer, se preguntó qué era lo que su hermano obtenía de aquello en realidad. Sí, supuso que la satisfacción de haber ayudado, pero ¿qué más? Su familia no tenía una casa de ese tamaño solo porque ayudaba a los demás, había dinero allí. Sabía que los magos recibían una compensación económica, pero ella nunca había preguntado y en la casa nunca se hablaba de ello. Ahora que lo pensaba, nunca se hablaba de ello en ningún lugar. Ni siquiera Tomás había mencionado aquello alguna vez.

Johanna creyó que lo mejor sería preguntarle a su otro hermano, Sixtus, ya que si bien tenía esa misma costumbre llena de bondad, no era tan ingenuo o por lo menos tan despojado de la realidad. A él le importaba encontrar más y

mejores usos para la magia. Esa era una institución pequeña, de la que no se hablaba mucho. Ahora que lo pensaba, se sorprendió de todo lo que no se hablaba en ese lugar ni en ningún otro. Y lo que más le sorprendía era que nunca se había dado cuenta. ¿Cuándo comenzó a hacerlo?

—¿En qué piensas? —Su hermano Primus estaba a su lado—. ¿Te preocupa la institución? Todavía tienes algo de tiempo para elegir, ¿quieres que repasemos las opciones otra vez?

—No —sacudió la cabeza Johanna y se forzó a sonreír—, estoy bien, prefiero ocupar mi tiempo en las buenas acciones.

Primus sonrió con anchura.

—Vas a tener más magia acumulada que cualquier otro.

—Lo dudo —murmuró Johanna mientras seguía a su hermano a otra habitación, donde esperaba otro enfermo.

No estaba ni cerca del mínimo de magia que se necesitaba para hacer una demostración decente, y eso que ni siquiera sabía qué era lo que le iban a pedir que demostrara. Estaba agotada, eso era todo lo que sabía. Reprimió un suspiro mientras oía la conversación de su hermano con aquel hombre y trataba de descubrir qué era lo que le molestaba.

En realidad, ella no había hecho mucho en esa práctica, más que asistir a su hermano y realizar alguna que otra actividad sola, no había querido usar su magia para nada.

Al mediodía, se separaron; su madre había insistido en que regresara a la casa, querían tener una reunión con su padre para volver a revisar las instituciones. Johanna se sentó en el despacho de su padre mientras los escuchaba hablar sobre los beneficios de asistir a una u otra. Regina y Héctor no parecían coincidir en qué era lo más adecuado para ella. Mientras los oía defender uno u otro punto de vista o hablar sobre a quién conocían en cada institución y dónde era mejor que hubiera más lazos, creyó por un momento que no estaban pensando en ella, sino en ellos mismos. Entonces, ¿para qué estaba ella ahí?

Se puso de pie y sus padres la miraron al unísono. Johanna vaciló, pensó que se habían olvidado de que ella estaba allí.

—Tengo que... ir con Tomás, quedé en encontrarme con él esta tarde.

—¿Qué van a hacer? —entornó los ojos Regina—, no pueden perder el tiempo en estos días, ya no son niños.

—Lo voy a acompañar a una de las caridades de las afueras de la ciudad —Johanna no sabía por qué mintió de repente—, hay una nueva iniciativa.

Su padre parecía sorprendido.

—No sabía que estuvieras al tanto.

—Sí, mmm, últimamente pasé bastante tiempo con Primus.

Regina apretó los labios.

—Sí, creo que eso te hizo bien, deberías haber empezado antes. Pero este proyecto en particular...

—Es importante —intervino Héctor—, déjala ir.

—Todavía no está decidido.

—Sí, lo está, aunque ustedes no quieran admitirlo.

Johanna los observó hablarse con los ojos, no le gustaba cuando pasaba eso, no tenía idea de qué podían estar diciéndose entre sí. Regina fue la primera en desviar la mirada.

—Ve —le dijo su padre y Johanna se apresuró a salir del estudio.

Vaciló sobre si pasar por la cocina antes de ir a la casa de Tomás, pero no tendría alternativa, allí no podía comer y seguro que su amigo estaría haciendo horas en alguna caridad, no tendría tiempo con él. Se apresuró a comer en la cocina, rodeada del silencio de los criados, y salió por la puerta trasera.

No tardó en llegar a la casa de Tomás y llamó a la puerta. Atendió un criado que la miró con la nariz fruncida y la hizo esperar en la puerta a que apareciera Tomás.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Ya comiste? —preguntó él con una sonrisa.

—Sí, ¿y tú? Perdona, no quise interrumpir.

—No te preocupes, ya había terminado, pero estaba a punto de salir.

—¿A dónde ibas?

—A generar comida a uno de los asilos.

Johanna vaciló, no tenía suficiente magia y no quería gastarla en eso.

—¿Quieres acompañarme?

—Mmm, claro... —respondió ella sin sostenerle la mirada—, pero eh... ya estuve toda la mañana con Primus en la sanación y...

—Si estás cansada, no te preocupes, también hay otras cosas por hacer que no necesitan magia.

Johanna suspiró y asintió para tratar de cubrirlo.

—Ya bajo —dijo Tomás y ella lo esperó fuera de la casa.

La tarde en el asilo de comidas fue todavía más aburrida que la mañana. No había nada que le gustara, tenía que reconocerlo. Ella quería ser buena, pero eso..., eso que hacían no la llenaba.

«Tal vez con Sixtus, tal vez... —pensó—, o tal vez debería buscar otras

cosas. ¿Qué tan mala puede ser la magia negra? Siempre tuve un poco y eso no me hace mala, ¿no? Debería averiguar un poco más, averiguar de verdad. Aunque no puedo decirle a nadie».

Tampoco hacía falta informarles qué institución elegía.



SE DECIDIÓ por la institución que solicitaba la menor cantidad de magia. No era prestigiosa, pero al menos a su familia le caería bien. Era una de beneficencia. Tal vez podría ayudar a gente como su amiga, ella no necesitaba tanto dinero de todas formas. La magia incluía maneras de mejorar las condiciones de vivienda y ayudar con ropa y comida, ninguna de las cuales se podía crear con magia, pero sí mantenerlas por más tiempo. Tomás le había dicho que era fácil. Pero claro, cualquier magia buena era fácil para él.

Decidió ir sin avisarle a nadie. Ni siquiera a su profesor, a quien solo le dijo que debía terminar más temprano allí. Cuando llegó a las puertas del edificio, ya había comenzado a anochecer. El lugar era sencillo y bastante pequeño. Al ver los folletos, se había preguntado por qué se pedía tan poca magia para algo que se suponía tan bueno. Lo supo en el momento en que vio el edificio. Las condiciones eran malas y no parecían aspirar a mucho. Bien, ella tampoco. Juntó fuerzas y abrió la puerta.

La llevaron a un cuarto con el resto de los candidatos. No pensó que ya hubiera otros y se sentó incómoda entre ellos. No estableció conversación con ninguno. Cuando la llamaron, algunos murmuraron su apellido cuando ella pasaba a su lado, pero Johanna mantuvo la mirada al frente. Lo primero fue una entrevista sencilla. La pasó sin problemas, tal vez porque no le hicieron muchas preguntas después de ver su nombre. Lo siguiente era evaluar su nivel de magia. Ella no preguntó cómo y se quedó de pie, con aprensión, en una sala vacía. Cuando salió, la recibió la coordinadora.

—Es un nivel un poco bajo, ¿has estado haciendo magia?

—Sí —tartamudeó bastante—, he estado practicando.

—Deberás contenerte un poco —sonrió la coordinadora—, si te la gastas toda, no tendrás la cantidad suficiente para entrar. Todavía hay tiempo... —Se detuvo y apretó los labios, la miró de arriba abajo.

—¿Qué sucede? —Ella dio un paso atrás sin darse cuenta.

—Lo último es que hagas un hechizo blanco, pero no sé si pedírtelo con un nivel tan bajo.

Se quedó en silencio y movía los labios sin decir nada. Ella contuvo la respiración.

—Está bien —dijo la coordinadora—, uno pequeño, no podrán calificarte de otra manera. Ven por aquí.

Ella la siguió con un andar tieso. Esa era la parte que más le preocupaba. «Solo uno pequeño —se dijo—, puedo hacer uno pequeño».

Le pidieron que mantuviera un agua limpia y pura.

«Es fácil», se dijo a sí misma e invocó las palabras en su mente.

La fuente de magia blanca que tenía dentro se removió, pero también lo hizo la otra.

«No», pensó con fuerza y la reprimió.

Se contuvo tanto que apenas un hilo de la buena salió junto con el hechizo. El agua se mantuvo igual. Ella la miró con frustración.

«Al menos, no pasó nada malo».

—¿Quieres intentarlo de nuevo? —preguntó la coordinadora con una sonrisa vacilante.

Ella asintió, lo volvió a intentar, invocó y reprimió a la vez y nuevamente no salió lo suficiente. La coordinadora frunció los labios.

—Debes dejar salir la suficiente magia blanca.

—Lo sé —replicó ella entre dientes y trató de vuelta.

Abrió el caudal y entonces se coló un poco de la mala. La reprimió y sintió a las dos removerse dentro de ella. Le dolió el pecho y dejó salir un poco. El bol con agua estalló. Esa vez, la coordinadora frunció el ceño y lo mantuvo así hasta que la acompañó hasta la salida.

—Por favor, puedo intentarlo otr...

—No lo creo, no tienes la suficiente magia blanca y ni siquiera puedes invocarla.

—Claro que puedo, deme otra oportunidad.

—Tenemos otros candidatos.

Ella intentó mostrar oposición, pero lo empujaba con más fuerza de la que parecía tener.

—Mire, si me da otra oportunidad, estoy segura de que no se arrepentirá.

—Se mordió el labio.

«¿En verdad podía mentir tanto?».

La coordinadora vaciló y la observó con los ojos entrecerrados.

—Tampoco es que se necesita mucho para lo que se hace aquí.

Supo que fue un error apenas lo dijo.

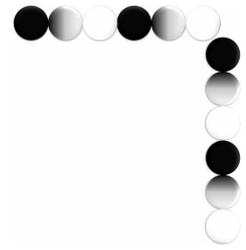
—Si piensas así, entonces no deberías probar con esta institución.

Ella se dejó llevar a la salida y merodeó por la ciudad hasta que fue lo suficientemente tarde para llegar a su casa y que todos estuvieran dormidos.

A la mañana siguiente, se levantó con más bríos y decidió probar con otra institución.

Llegó allí bien temprano. No había muchos candidatos, pero los pocos que había la observaron con miradas divertidas. Ella no supo por qué hasta que el coordinador que la llevó a la prueba le pidió que no explotara nada. Ella apretó los labios con furia y magia negra se filtró en su hechizo, que prendió fuego a la sala. Cuando le pidieron que se retirara, solo contestó con un insulto y se retiró con la cabeza en alto. Ninguna de las otras instituciones quiso recibirla. Las opciones se le habían terminado casi antes de empezar. Cuando llegó a su casa, fue directamente al estudio de su padre.

—Padre, necesito tu ayuda —murmuró.



Capítulo IV



HABLAR CON SU PADRE siempre la hacía recordar su niñez.

Ese día, esa semana, había visitas a las instituciones. Las habían estado estudiando durante meses. Había dos grandes institutos de magia, el de acumulación blanca y el de acumulación negra. Ambos participaban en las asambleas junto con el regente del estado y los representantes de familias y sectores, como el comerciante. Sin embargo, la institución blanca se dividía en diferentes instituciones, según la especialización de la magia que realizaban. Johanna las conocía casi todas, al menos las más grandes, ya que su familia participaba en ellas. Sus padres trabajaban en la institución principal, pero uno de sus hermanos estaba en la de curanderos y el otro pasaba semanas en diferentes de las otras. Algunas de ellas eran: protección, construcción, alimentos, cultivos, etc. En algunos también había grupos mixtos, como en el de protección, donde los magos blancos se ocupaban de las murallas del estado, mientras que los magos negros se ocupaban de las fuerzas de ataque. Aunque hiciera décadas que no había conflictos con los vecinos, se conservaba aquella fuerza como un ejército. Algunos decían que era una forma de mantener a los magos negros ocupados. Sin embargo, era difícil saber en qué se ocupaban ellos realmente. O, al menos, ella no lo sabía.

Frunció la nariz, estaba en una de las alas hospital de la institución de curanderos. Tomás estaba a su lado y no dejaba de hacer preguntas a los magos curanderos que andaban por allí. Johanna estaba bastante segura de que seguiría esa especialidad. Se le notaba en la voz cada vez que hablaba con ellos. Pero a ella no le interesaba especialmente.

—Es una pena que no hayan llegado más temprano —dijo uno de los magos—, tu hermano estaba por aquí.

Ella sonrió y se escabulló lejos.

¿Para qué querría ver a su hermano allí? Ya lo veía en su casa todos los días.

—Bien, agrúpanse —ordenó la maestra del día—, tenemos una última visita hoy. Iremos a las murallas.

Hubo murmuraciones a su alrededor. Era una visita que despertaba interés y rechazo en ambas partes. Allí trabajaban magos blancos para mantener la protección del estado, pero también podían verse patrullas de magos negros que se ocupaban de la protección en conjunto con los magos blancos.

—Uno para cada uno —dijo Tomás con una sonrisa a su lado, porque sabía que a ella le interesaban las murallas. Aunque no sabía por qué. Y ella tampoco estaba segura, aunque era la única visita que la ilusionaba.

El grupo avanzó despacio por las calles de la ciudad. Algunas personas los miraban, pero pocos les prestaban atención. Los magos no eran la mayor población del estado, pero sí estaban en todos los lugares de poder. Era casi imposible hacer algo que no estuviera teñido de magia. Johana se sorprendió, al igual que los demás, cuando atravesaron los muros internos y se dirigieron a las murallas exteriores.

—No sabía que iríamos tan lejos —comentó Tomás.

—Apenas es media hora más de caminata —dijo ella.

—Lo sé, me refería a que allí hay más magos negros.

Ella se mordió el labio y se mantuvo en silencio hasta que llegaron. Los magos blancos los recibieron y les mostraron cómo construían y mantenían las defensas. Entonces, la maestra se puso al frente con un gesto raro en la cara.

—Como es necesario que conozcan todas las caras, entraremos unos minutos en uno de los cuarteles de los magos negros.

Hubo agitación en el grupo y se juntaron más. Tomás la tomó de la mano, pero ella no tenía miedo, al contrario, le interesaba. Uno de los magos se le acercó y ella no podía dejar de hacerle preguntas, hasta que notó la mirada de su maestra. Entonces calló. Era mejor olvidarlo.



SU PADRE HABÍA OÍDO todo su relato en silencio y ahora estaba pensativo, con una expresión similar a la de su profesor. Johanna no pudo evitar verse envuelta en los recuerdos otra vez.

—Antes debo hacer una parada —dijo él mientras caminaban por el

centro.

Apenas llevaba unas semanas como su profesor y ella ya se sentía cómoda. Ya no le importaban las miradas de los demás, aunque algunos empezaron a hablar con él, como si el aval de su familia lo hubiera hecho más respetable. Aun así, ella no se había animado a llevarlo a su casa. No iba prestando atención a su camino mientras pensaba y se asombró de encontrarse en el lado de la ciudad reservado para los magos negros. En general, no se relacionaban mucho entre ellos, aunque se hablaran entre sí. Ella miró nerviosa alrededor.

—Serán solo unos minutos —dijo el profesor a la vez que entraba en la casa.

Ella lo siguió, más que nada porque no quería quedarse sola esperando fuera. El lugar era como una casa cualquiera. Muy similar a la suya.

—Espera aquí —ordenó él y se adentró en los pasillos.

Ella se quedó observando los cuadros.

—Así que tú eres la aprendiz.

Ella se dio vuelta para quedarse mirando a un hombre mayor, una versión envejecida de su profesor. Aunque sus ojos estaban llenos de energía. No parecía haber ninguna indicación de que fuera mago negro y ella no podía ver su acumulación. Él entornó los ojos.

—Ya veo por qué te eligió, tal vez todavía hay esperanzas para él.

Ella vaciló, intentó una sonrisa.

—Eh..., creo que lo buscaba.

—Sí —respondió él con un ademán—, ya lo alcanzaré, primero quería conocerte a ti.

—Ah —dijo ella y no supo qué agregar.

—Elegir el profesor correcto es el primer paso.

—Claro —repuso ella algo insegura.

Él sonrió.

—Puedo verlo.

—¿Qué cosa?

—Tú sabes.

Ella dio un paso atrás.

—No.

—No es malo, no para nosotros, tienes bastante magia negra allí.

—No —repitió ella.

Él volvió a sonreír.

—No debería hacerlo esperar, se irrita con facilidad y necesito que haga

algo por mí. Pronto nos veremos más a menudo —aseguró antes de irse.

Ella se quedó con la mirada clavada en el punto donde había desaparecido. Su profesor apareció poco después.

—No le hagas caso —susurró al pasar a su lado.

Ella vaciló

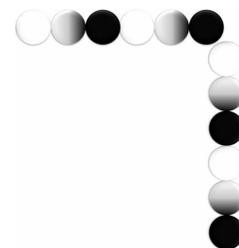
—Sígueme.

«Entonces es cierto», pensó esa noche en su cama, ella ya lo había sospechado antes, pero no, su corazón le decía que era buena.

—Lo seré —murmuró—, lo seré.

Y todavía lo seguía intentando, aún se repetía esa frase una y otra vez mientras su padre le explicaba lo que harían a continuación.

«Seré buena», se repitió Johanna.



Capítulo V



OTRA VEZ ESTABAN en las afueras de la ciudad, era el lugar donde Johanna se sentía más cómoda. Lejos de todas las miradas, lejos de los magos que la rodeaban y lejos de las presiones y expectativas de su familia. Estaban bastante cerca del lago, pero no iban allí con Tomás. No sabía por qué solo se acercaba a él con Ysabel, tal vez era algo que le gustaba compartir nada más que con su amiga.

Era media mañana y ambos estaban sentados a la sombra de uno de los árboles más grandes. El sol de primavera apenas era tibio y a la sombra corría una brisa que hacía que se le erizara la piel cada tanto. Tomás era bueno para mantenerse callada al lado de él, no había que decirle nada y él podía hacerle compañía. Pero tenía que decirle algo, tenía que hacerlo, para eso le había pedido que se vieran. Sin embargo, no sabía cómo empezar, no podía decirle todo lo que le sucedía, no como lo hacía con Ysabel. Él no lo entendería y si cualquier mago supiera que... Recordó la expresión del padre de Iván, la tenía en la mente desde que lo había conocido.

Suspiró y cambió de posición. Tomás levantó la vista, pero no dijo nada. Johanna volvió a cambiar de posición y se aclaró la garganta.

—Necesito tu ayuda —murmuró.

—Lo que necesites.

«Ni siquiera me pregunta por qué ni para qué». Ese pensamiento, en cierta forma, la enojó. ¿Es que no le importaba? ¿Le prestaría ayuda a cualquiera que se la pidiera? Ella no era diferente a cualquier otra persona. Sabía que sería así, ¿realmente ella era como cualquier otra?

—Harías eso por cualquiera, ¿no? —Había algo de filo en su voz.

Tomás parecía sorprendido.

—¿Qué cosa?

—Ayudar.

—Claro. —Sonrió.

Johanna apretó los labios.

—¿Entonces qué importa? —le tembló la voz—, ¿qué importa que sea tu amiga o no?

Johanna volvió a aclararse la garganta y desvió la vista. Tal vez, después de todo, no podría confiar en él. Tal vez no debería hacerlo tanto. Suspiró.

—No es lo mismo —dijo con lentitud y calma Tomás—. Ayudaría a cualquiera que me lo pidiera, si estuviera a mi alcance. Pero eso no quiere decir que tú seas como cualquier otra. Nos conocemos hace tantos años, ¿cómo puedes pensar así?

Johanna se volvió a verlo y donde pensó que encontraría alguien herido, vio una mirada decepcionada. Estaba decepcionado de ella, como todo el mundo, incluida ella misma.

Volvió a suspirar.

—Lo siento —dijo—, estoy un poco nerviosa.

Tomás asintió.

—Todos lo estamos.

Johanna se sorprendió cuando de su boca estalló una risa.

—¿Tú? ¿Por qué puedes estar preocupado? Seguro que las instituciones se están peleando por tenerte.

Tomás volvió a sonreír.

—No lo creo, hay muchos buenos magos y los ideales de mi familia... —Perdió un poco su sonrisa—. Mamá sigue enferma y papá, bueno, él está muy deseoso de que entre en la institución de curación, pero yo..., a mí me gustan más los asilos.

Johanna asintió y se estiró para palmear su brazo, no solían tocarse mucho, nadie lo hacía.

—Sí, la familia... Lo sé.

—¿Es eso lo que te preocupa?

Johanna vaciló.

—Sí, creo que no voy a poder cumplir con lo que ellos esperan de mí. No voy a poder ser como mis hermanos, jóvenes estrellas de la magia blanca.

—Nadie espera que lo seas.

—Mi madre sí.

—Los padres siempre desean eso, pero te querrán por lo que eres, no

importa qué decidas al final.

—Lo dudo —sonrió con amargura Johanna—, hay algunas opciones que no están disponibles y, sin embargo, creo que deberían estarlo.

Tomás frunció el ceño.

—¿Cómo?

—No importa —suspiró Johanna—, lo que quería decirte, pedirte, es tu ayuda.

—Claro, sabes que siempre la tendrás. ¿Qué necesitas?

Johanna sintió que le rechinaban los dientes y se obligó a aflojar la mandíbula.

—Necesito que me ayudes a ser buena.

—Ya lo eres.

—No —negó con la cabeza—, buena como tú o como mi hermano Primus.

—Cada uno es bueno a su manera.

—No es suficiente.

—Lo es.

—No lo entiendes. —Johanna volvió a cambiar de posición y dejó que su mirada vagara alrededor.

—Explícame entonces.

—No soy lo suficientemente buena, no puedo acumular magia buena —susurró.

—¿Cómo que no puedes? Claro que lo haces, yo te he visto hacer magia buena y tus acciones...

—Sí, pero es muy poca, no puedo... —Johanna se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro—, no puedo acumular como ustedes, siempre tengo muy poca.

—No creo entenderte, la magia se acumula por las buenas acciones, solo tienes que hacer eso.

Johanna rio.

—Lo sé y lo hago, pero no pasa nada.

—Eso no tiene sentido, siempre se acumula magia.

«Pero no siempre de la misma», Johanna tuvo que hacer un esfuerzo para no decirlo en voz alta.

Tomás se puso de pie a su vez y se acercó a ella, apoyó las manos sobre sus hombros.

—Creo que te estás presionando demasiado. Seguro no pasa nada más que eso, la magia está allí, debes abrirte a la fuente para encontrarla.

Johanna negaba con la cabeza y sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no podía explicarle, no podía confesarle que las fuentes de magia estaban ahí, las sentía, pero no siempre se llenaba la de magia blanca, también la de magia negra y no podía evitarlo. Ya bastante le costaba no dejarla meterse cuando invocaba la blanca. Pero cada tanto debía dejar salir un poco. ¿Qué sucedería si se le acabara por completo la magia blanca y solo le quedara de la negra? ¿Qué sería ella entonces?

Un fuerte escalofrío la recorrió y Tomás la abrazó con fuerza. No podía contarle lo que le pasaba, no podía contárselo a nadie. Solo a Ysabel, pero ella no comprendía, solo había una persona que lo hacía y él no quería hablar con ella.

—¿Por qué no hablas con tu familia? Primus sin duda querrá ayudarte, creo que sería lo mejor. Siempre es más fácil con alguien de la familia. —Le levantó el rostro para que lo mirara de frente—. Tienes que volver a lo básico, olvídate de los demás, de las instituciones —sonrió—, de lo que quiere tu madre, y solo focalízate en la magia. No te rindas, sé que lo lograrás. Solo es un bloqueo temporal.

Volvió a abrazarla con fuerza un minuto y luego la soltó.

Johanna se quedó parada inmóvil unos momentos antes de darse cuenta de que para Tomás probablemente el consejo había terminado. Eso era todo lo que había, tenía que volver con su familia, y ¿qué? ¿Pedirles que volvieran a enseñarle lo básico? No podía hacer eso, no podía hacer nada de eso.

Inspiró con fuerza y asintió. ¿Qué más podía hacer?

Tomás le sonrió y amagó con empezar a caminar. Ella lo siguió de regreso a la ciudad, se separaron poco después. Él se dirigió a los asilos de caridad y ella se dedicó a vagar por las calles. No quería volver a su casa, no todavía, aunque sabía que a esa hora todavía no encontraría a nadie allí. Tampoco quería verlo a Iván, no después de su última conversación. ¿Y qué importaba que no hubiera ido a clase? Seguramente él estaba feliz por su ausencia. ¿No era eso lo que le había dicho? Que deseaba nunca haberse convertido en su profesor.

Johanna se sorbió la nariz. Estaba dejando que la derrotaran. ¿Dónde había quedado la decisión con la que había salido hacía unos días para ir al centro a ayudar a alguien?

—Bajo la carreta que aplastó a ese hombre —murmuró y reprimió otro escalofrío a la vez que miraba alrededor para ver si alguien la escuchaba.

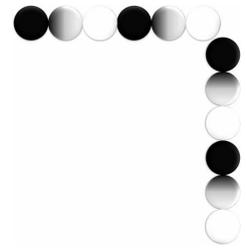
Pero nadie le prestaba atención. Vio a unos magos que se acercaban a unos

metros, concentrados en su propia conversación, y ella se desvió para alejarse de ellos. Tenía que haber una forma de hacer que las cosas funcionaran. Tomás pensaba que ella era buena, Ysabel también. Iván..., bueno, él no pensaba bien de muchas personas. Y sus padres, sus hermanos, ellos lo daban por descontado. Suspiró. Pero solo ella conocía lo que sentía y sabía que no era mala, pero tampoco era buena como Primus o Tomás.

«Cada uno es bueno a su estilo», recordó las palabras de su amigo. Bien, ella tendría entonces que encontrar su propio estilo de bondad. No podía ser tan difícil, la magia blanca estaba allí. Tal vez podría hacer algo para cambiar lo acumulado de una fuente a la otra.

Se detuvo de repente. Sí, eso era, ¿por qué no se le había ocurrido antes? Por fin, una luz al final de ese túnel de mareo e indecisión. Apretó el paso para regresar a su casa, quería pasar por la biblioteca de su padre antes de que llegara su familia. Tomás tenía razón: debía volver a lo básico. Aunque no a lo que le enseñara su padre (eso fue tan poco, lo recordó), sino que debía retornar a la explicación de lo básico, las fuentes.

Sonrió, por fin tenía un plan.



Capítulo VI



POCO ANTES DE LOS DIEZ AÑOS, los niños magos comenzaban a ser capaces de invocar la magia que llevaban dentro. Para esa época, ya tenían bastante acumulada dado que cualquier acción había generado un poco.

Johanna estaba nerviosa cada vez más ansiosa a medida que se acercaba la fecha. Aunque no había querido otra cosa que cumplir diez años, hacía unos meses que comenzó a pensar diferente. No creía que tuviera problemas para invocar magia —ya que no los tenía nadie en su familia—, pero entonces tendría que estudiar tanto como sus dos hermanos mayores y seguir todas las expectativas de su madre. Hasta entonces, se había sentido libre, había sido libre. Ella no quería participar en ninguna de las instituciones, se veían aburridas. Lo que quería hacer era...

—¿Qué? —le preguntó Tomás, un joven serio que había conocido en la escuela ese año.

Tenía unos años más que ella, pero se habían vuelto amigos. Algo que su madre veía con buenos ojos, y a ella eso la ponía nerviosa.

—No lo sé —dijo alargada sobre la cama—, no sé, pero quiero ser yo la que elija, ¿por qué tienes que ser lo mismo que tu familia?

—No tiene que ser así —replicó él.

—¿Tú qué quieres ser? ¿Lo sabes ya?

—Sí —dijo él con ojos brillantes, pero no agregó nada más.

Esa misma semana, su padre la llamó una mañana y la llevó al patio trasero. Ella sabía lo que le esperaba, pero no había forma de escabullirse. Había creído que estaría toda la familia allí y fue un alivio encontrar que solo eran su padre y ella.

—Cierra los ojos —indicó él.

Ella obedeció. Con voz calmada y firme, su padre la guio a encontrar sus reservas de magia. Podía sentir las en su estómago.

—¿Son dos? —murmuró ella.

—Es una —dijo él—, focaliza tu atención solo en la magia, olvida lo demás.

Ella apretó los labios, seguían siendo dos.

—La siento —comentó.

—Bien, ahora intenta tirar de ella, no pienses cómo, solo tira.

Ella lo hizo y sintió cómo se elevaban, pero sintió las dos, las empujó de vuelta hacia abajo.

—No importa, inténtalo de vuelta, debes sentir algo cálido subir por tu pecho.

«Las dos son cálidas, ¿por qué son dos?».

—Debe darte una sensación de tranquilidad.

Ella lo intentó otra vez, una fuente era distinta, se focalizó en esa y tiró con fuerzas. La otra se removió, pero quedó quieta.

—¿Y ahora qué hago? —dijo ella, con un poco de pánico en la voz, mientras trataba de aferrarse a la tranquilidad.

Su padre rio con suavidad.

—Nada, no te preocupes, solo abre los ojos.

Ella lo hizo y vio un pequeño fulgor alrededor de sus manos.

—Esa es la energía que tienes acumulada —explicó su padre—, tu magia. Hoy solo intentaremos esto, pero quiero que practiques todos los días. Después, probaremos darle forma —le acarició la cabeza—, ahora ve a estudiar.

Ella regresó corriendo a la casa y lo primero que hizo fue buscar en los libros todo lo referente a la magia y su fuente. Pero todas nombraban solo una. ¿Por qué ella sentía dos? Intentó ver cuál era la diferencia entre ambas, pero era difícil: solo una de ellas era un poco más agitada.

—¿Cómo se siente? —le preguntó a Tomás.

—¿Ya lo intentaste? —inquirió él.

—Sí, pero no estoy segura.

Él sonrió.

—Es una tranquilidad profunda, una calma fuerte, contenida.

Ella agrandó los ojos.

—¿Solo eso?

—¿Qué más esperabas?

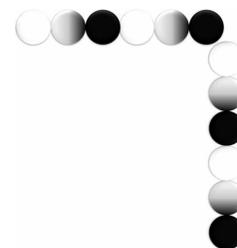
—No lo sé —se encogió de hombros—, es que la tranquilidad me parecía tan poco.

—Porque todavía no has hecho nada con ella. Ya lo verás.

Ella se mordió el labio.

Los días siguientes, practicó, como dijo su padre, sobre todo para poder diferenciar una de otra. Una vez, se animó a llamar a la otra y se miró las manos, no veía ninguna diferencia. Todos los días verificaba sus cantidades de magia, pero siempre encontraba de ambas. Se enfocó en hacer buenas acciones, hasta se ofreció a acompañar a sus hermanos. Ya faltaba poco para la ceremonia.

Cuando el día llegó, fue capaz de llamar a solo una de las fuentes, aunque la otra se removió. No tenía grandes reservas, pero solo su madre frunció los labios. No podía decirle que tenía más reservas de magia, pero de otra fuente. ¿Cómo hacerlo? Tenía sus sospechas de lo que podía ser y no quería confirmarlo, mucho menos decirles a sus padres.



Capítulo VII



SIGUIENDO SU PLAN, leyó libros de teoría de la magia hasta que los ojos amenazaron con caerse de su cara. Le dolía el cuello y ya no encontraba ninguna forma de estar cómoda durante la lectura, ni acostada, ni sentada, ni parada, ni caminando de un lado a otro por la habitación. Su familia no la molestó durante esas interminables horas; en general, no la molestaban mucho y eso siempre había sido una bendición o, por lo menos, eso creía ella entonces.

—¿Y si eso es lo que hace que no pueda juntar tanta magia buena? — levantó la vista de la página—, tal vez si me hubiera juntado más con ellos...

Sacudió la cabeza y suspiró.

—No, no tiene sentido, aun cuando estoy con Primus desde el amanecer, es lo mismo.

Tiró el libro sobre la cama y miró su habitación, estaba más desordenada que de costumbre, no había casi nada en su lugar. Había hurgado en todos los libros posibles, había practicado de todas las maneras disponibles, pero no había forma de pasar la magia acumulada de una fuente a otra. No es que hubiera información de ello en los libros, solo hablaban de una fuente única, pero ninguna de las características que nombraba le había ayudado y sus intentos habían sido banales. Por lo menos, al romper varias cosas de su habitación en sus intentos, había logrado bajar los niveles de la fuente de magia negra. Pero eso no la hacía sentirse mejor. Todavía no lograba apartarla del todo, solo por un breve momento. Si no le pedían hacer mucha magia blanca, podía mantener alejada a la otra durante las pruebas. Pero ¿qué le pedirían hacer? No había detalles de ello en ninguno de los folletos de las instituciones y nadie tampoco hablaba del tema. ¿Por qué no? Cada vez notaba

más y más cosas de las que nadie hablaba.

Frustrada, se dejó caer al piso a la vez que sonó un golpe a la puerta de su habitación.

—¿Quién es? —preguntó de mal humor.

—Tu hermano.

«Tengo dos», pensó, pero no lo dijo en voz alta, en verdad era fácil reconocer una voz de la otra, aun a través de la puerta. Primus siempre sonaba más serio, más formal, a pesar de la suavidad y amabilidad de sus maneras.

—Pasa —le dijo y se arrepintió al instante al volver a ver cómo estaba su habitación y todos los libros de su padre tirados alrededor. Sin embargo, no tenía fuerzas para levantarse y no llegaría a ordenarlo todo antes de que él entrara.

La puerta se abrió solo un poco y Primus asomó la cabeza, miró alrededor, pero no hizo ningún comentario.

«Sí, ese es mi hermano».

—La cena está lista, ¿vas a comer con nosotros? Sixtus también está aquí. Johanna vaciló.

—No pasa nada si estás cansada, pero tal vez te vendría bien distraerte un poco —volvió a mirar alrededor de la habitación—, mamá todavía no regresa.

La cabeza de Johanna se levantó de repente y no pudo evitar una sonrisa. Se apresuró a reprimirla y se puso de pie.

—Está bien, voy a asearme un poco y bajo.

Primus asintió y cerró la puerta con suavidad.

Johanna corrió al baño a intentar ponerse un poco más presentable. Ya arreglaría la habitación después. Que su madre no estuviera sería un alivio. ¿Le preguntaría su padre por los libros? El pensamiento la hizo detenerse en las escaleras durante un momento. Pero luego siguió: no, no lo haría y, aunque lo hiciera, no le molestaría que ella los hubiera tomado. Siempre había animado a sus hijos al estudio. Aunque tal vez le sorprendiera que fuera precisamente ella. Pero como las pruebas estaban cerca... Volvió a detenerse y sacudió la cabeza. Sonrió. Tomás tenía razón, pensaba demasiado. Tenía que relajarse un poco más, tal vez era ella misma la que estaba bloqueando la fuente de la magia. Terminó de bajar las escaleras y se reunió en el comedor con sus hermanos y su padre.

Héctor estaba sentado a la cabecera de la mesa con un hermano en cada costado. Johanna vaciló antes de elegir ubicarse al lado de Primus. Sixtus apenas levantó la vista cuando ella entró y la saludó con un movimiento de

cabeza antes de volver a enfrascarse en la conversación con su padre.

Johanna se sentó al lado de su hermano mayor y observó que los platos todavía estaban vacíos.

—Te estábamos esperando —anunció Primus e hizo sonar una campana.

—Gracias —dijo Johanna y miró con nerviosismo a la puerta. Ojalá su madre no estuviera a punto de llegar. Se prometió comer lo más rápido posible sin llegar a ser terriblemente descortés.

A mitad de la comida, comenzó a sentir que los ojos se le cerraban.

—Estuviste estudiando mucho. —La voz de Héctor sonó más fuerte de lo que debería.

Johanna levantó la vista y vio a su padre sonriéndole.

—Noté todos los libros que faltaban en la biblioteca.

—Ah, sí —Johanna miró de reojo a Primus, que no se inmutó—, ya los devolveré.

—No te preocupes —hizo un gesto su padre—, pero creo que te estás exigiendo demasiado. No son más que unas simples pruebas de magia, te irá bien, como al resto de la familia.

—Claro —murmuró Johanna y se concentró en lo que quedaba de comida.

—¿Quieres que vaya contigo? —ofreció Sixtus.

A Johanna le tomó unos segundos darse cuenta de lo que le estaba diciendo, pero antes de que contestara, lo hizo su padre.

—Iremos todos, de eso no hay duda.

«¿Todos? ¿Por qué?». Trató, intensamente, de hacer memoria, pero no podía recordar cómo había sido lo de Primus y Sixtus, ella no se había interesado demasiado en ello, ¿no? A lo mejor, había sido a propósito. No lo sabía, pero tenía mucho sueño. Pero no podía dejar que su familia fuera con ella, no cuando no tenía idea de lo que pudiera pasar. Sería más difícil concentrarse, ya le costaba tanto mantenerla a un lado.

Levantó la vista y vio a su padre sonriéndole.

—Perdón, estoy algo cansada...

—Sí, claro —dijo Héctor—, ve a dormir, todavía hay tiempo además.

Johanna asintió y se levantó de la mesa justo cuando oyó cerrarse la puerta de entrada. Se apresuró a salir del comedor.

—¿Ya cenaste? —preguntó Regina.

—Sí.

Su madre se acercó con el ceño fruncido.

—No te ves bien.

—Solo estoy cansada.

Regina la observó más.

—¡Estoy bien!

—Qué humor —suspiró—, tal vez sea mejor que te retires.

Johanna no vaciló y corrió escaleras arriba, cerró la puerta con más fuerza de la que quería y el ruido rebotó por toda su habitación. Se quedó quieta un largo rato. En parte, esperaba que su madre subiera corriendo a preguntarle qué le pasaba. Pero sabía que eso no era probable, tal vez ya la había olvidado.

—Pero ¿qué es lo que quiero? —Se llevó las manos a la cabeza y se tiró de los pelos, desarmando todo el peinado—. No quiero que me preste atención, pero a la vez quiero que me preste atención.

Se tiró de bruces sobre la cama y se tapó la cabeza con la almohada. Todavía tenía hambre y se llevó una mano al estómago. Ya pasaría por la cocina cuando los demás se hubieran retirado. No había podido comer durante la cena, no podía dejar de verificar cada tanto cuánta magia le quedaba y siempre estaba esa otra ahí, siempre, siempre. Golpeó el colchón con los puños y tardó en darse cuenta de que también alguien golpeaba a la puerta.

—¿Quién es? —Se sentó en la cama y trató de arreglarse el pelo y la cara.

—Soy yo —dijo Sixtus a la vez que abría la puerta, tenía menos tacto que su hermano mayor—. ¿Se puede pasar?

—Ya estás dentro —gruñó Johanna. Se puso de pie y comenzó a ordenar los libros, para no tener que mirarlo de frente.

—¿Qué pasó?

—Nada, solo se desordenó un poco. —Johanna se empeñaba en darle la espalda.

—Papá tiene razón entonces, te estás exigiendo demasiado; en realidad, no es tan difícil. —Johanna hizo una mueca que su hermano no vio—. No te preocupes, estaremos todos allí contigo. —Le puso una mano en el hombro—. Iba a invitarte a que salieras conmigo mañana, pero creo que lo mejor será que descanses.

Johanna reprimió un suspiro.

—Sí, creo que será lo mejor.

—Te dejaré sola.

Johanna no se movió hasta que escuchó que se cerraba la puerta e incluso así esperó unos segundos más. Después, dejó caer los libros sobre la cama y volvió a sentarse. No podía dejar que fueran con ella, no quería ni saber cuál

sería la reacción de su madre, de todos ellos, si llegaba a escapársele la otra magia. El solo pensamiento la llenó de terror y también de enojo. ¿Por qué tenían que estar ahí? ¿Por qué querían hacerlo? Si ella no les importaba, pero la familia sí, la imagen sí.

Cerró los ojos y apretó las manos contra las sienes.

—No, tengo que hacerlo sola y tengo que hacerlo rápido, antes de que se den cuenta.

Volvió a ponerse de pie y con decisión y energía terminó de ordenar la pieza, luego recogió los nuevos folletos que le había enviado su hermano Sixtus y se puso a estudiarlos con atención. Esa misma noche, tendría que hacer su elección, otra vez. La luz de su habitación quedó prendida hasta bien entrada la madrugada.



YA HABÍA PASADO UNA SEMANA desde la primera vez que visitara una institución y todavía no había logrado solucionar nada. Ella había creído que, con la ayuda de su padre, por más humillante que eso fuera, conseguiría cerrar ese tema con facilidad o velocidad. Pero no había sucedido así. Aun cuando él se había puesto en acción al momento, no había sido fácil calmar a las instituciones con las cuales ella se había peleado e incluso era más difícil tentar a las otras.

La primera entrevista era fácil, pero una vez que veían su nivel de magia, ya no había forma de convencerlas. Pasaron los días y por fin su padre la llamó a su estudio. Allí estaba su madre, parada erguida y tiesa en un rincón. Ella vaciló antes de entrar, pero lo hizo de todas formas. No podía hacer otra cosa. Su padre se veía cansado. Su madre apretó los labios antes de hablar.

—Exactamente, ¿cuánta magia tienes acumulada?

Ella murmuró algo por lo bajo, que no logró entenderse.

—Hija —su voz cortaba el aire—, tienes que ser específica, nadie quiere aceptarte y tiene que haber una razón. ¿Qué has estado haciendo con tu profesor?

Ella levantó la cabeza, con las mejillas sonrojadas.

—Lo que hacen todos los estudiantes: aprendiendo.

—Sabes que en las últimas semanas no se debe emplear magia.

—Claro que sí —dijo ella y bajó la mirada.

—Pero la usaste de todas maneras —comentó su padre.

La madre suspiró.

—¿Para qué?

Ella rebuscó con frenesí entre sus recuerdos, no podía decirle lo de ese hombre en el centro de la ciudad y tampoco estaba segura de poder contarle lo de su amiga, ¿qué habría pasado con esos hombres? No quería saberlo.

Sacudió la cabeza y se aclaró la garganta. Sus padres aún esperaban una respuesta.

—Ayudé a alguien —explicó con voz pequeña.

Hubo un breve silencio.

—Eso está bien, hija —dijo su padre con voz algo más relajada—, pero también debes ayudarte a ti misma.

—¿Cuánta magia te queda? —preguntó su madre, que no había perdido el filo en su voz.

—Casi nada —tuvo que admitir ella y oyó los suspiros de sus padres con la cabeza baja.

—No podemos perder más tiempo —decidió la madre y salió de la habitación.

Pocas horas después, sus hermanos estaban allí y toda la familia generó un plan para ella. Uno que no le daría ni un minuto libre, ni siquiera para dormir. Pero no podía quejarse, ella había pedido su ayuda y no tenía otra opción: debía probar que era como el resto de la familia. Tenía que terminar con todo aquello.

Sin embargo, los días siguientes le demostraron que sí era diferente. Las magias se le seguían mezclando y no parecía poder tomar dos decisiones seguidas que acumularan la misma magia. Varias veces al día, paseaba con sus hermanos en la ciudad en busca de buenas acciones, pero ella terminaba de hacer que no fueran tan buenas. ¿Un niño llora por la golosina perdida? Pues démosle muchas más que le generen dolor de estómago. ¿Un cachorro perdido? Pues encontremos los suficientes para que se peleen entre ellos. Ella suspiró al llegar tarde a su casa, no podía ir a su habitación aún, debía pasar a reportar a su madre la cantidad de magia que tenía. Por lo menos, eso era bueno.

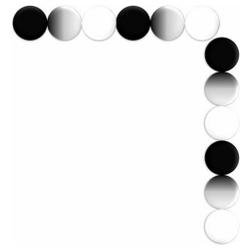
—Bien —dijo la madre—, es poco, pero tendrá que ser suficiente. Lo intentaremos con esta.

Ella frunció la nariz al ver el nombre de la institución.

—Aceptarás lo que puedas —ordenó su madre y le dio la espalda—, vete a dormir.

Al día siguiente, la acompañó el más amable de sus hermanos, que no por eso dejaba de presionarla. Tenían la sala de espera solo para ellos. Creyó que le iba a ir bien, hasta que pensó que podría hacerlo mejor, tal vez podría curar al coordinador de esa tos...

Salió corriendo de allí y no volvió a su casa. Sencillamente no podía ser como su familia. Entonces, ¿quién era? Decidió pedirle ayuda a su profesor.



Capítulo VIII



TOCÓ A LA PUERTA y escuchó la voz de su profesor diciéndole que entrara. La puerta estaba abierta. Siempre lo estaba cuando acudía ella, aunque no sabía si era por ella o si simplemente la mantenía así. Johanna observó a su profesor con los ojos clavados en un libro mientras con la mano, sin mirar, tomaba notas. Era un hombre joven, poco mayor que ella.

—¿Viniste solo a mirarme?

Ella se sonrojó.

—No.

—Entonces siéntate, ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella suspiró y se sentó a la mesa, frente a él. La primera hora de sus lecciones siempre la pasaba de la misma manera. Se concentraba en llamar a solo una de sus fuentes mientras mantenía la otra abajo. Por más que llevaba meses practicando, no sentía que hiciera grandes progresos. La otra fuente nunca se dormía del todo y siempre parecía activarse en los momentos menos pensados. Después de eso, pasaron otras dos horas moldeando la energía para diferentes acciones. Johanna todavía no había elegido una institución, así que se paseaban por todos los tipos de magia.

—¿Serás como tu hermano? —preguntó Iván.

Sixtus no estaba atado a ninguna institución, era un ambulante. Iba allí donde se lo necesitara más.

—No lo sé. —Se encogió de hombros ella—. ¿Cómo supiste tú qué hacer?

—¿Por qué siempre le preguntas a los demás por decisiones que debes tomar tú?

Johanna apretó los labios.

—No te estoy pidiendo que elijas por mí, sino que me cuentes tu

experiencia, ¿no es eso lo que tiene que hacer un profesor? ¿Y por qué siempre contestas mis preguntas con otras?

Él sonrió.

—Porque mi trabajo es hacerte pensar y que aprendas a valerte por ti misma. —Hizo una pausa—. No fue ninguna revelación, es algo que se da naturalmente. Siempre me gustó experimentar. ¿Qué te gusta hacer a ti?

La cara de Johanna se quedó en blanco.

—Tal vez tu madre tenga razón —dijo el profesor—, debes buscarte más amistades. No puedes ir solo de mí a Tomás y esa otra amiga tuya. Tus horizontes son muy pequeños.

—Me gustan mis amigos.

—No te digo que los dejes, sino que agregues más. Busca más experiencia.

—A veces salgo con mis hermanos.

—A hacer lo que ellos quieren, ¿cuándo eliges tú?

—Me da igual. —Se encogió de hombros ella.

—No puede darte igual, tiene que haber algo que te guste hacer.

—Me gusta venir aquí. —Sonrió.

Él se quedó mirándola, hasta que ella desvió la mirada.

—A mí también me gusta que vengas, pero...

—¿En serio?

—Sí, es bueno para mi reputación.

—¿Solo eso?

Él se dio la vuelta, de repente, ocupado en ordenar sus libros. Ella suspiró.

—¿Cómo puedo saber lo que me gusta? Todo lo que aprendo parece estar incompleto.

Él se volvió hacia ella, con el gesto de piedra.

—¿Qué es lo que quieres aprender?

—Quiero entender.

—Algunas cosas es mejor no probarlas.

—¿Cómo supiste que preferías la magia blanca si no la probaste primero?

—¿Es esa la razón por la que me elegiste?

Ella se enojó.

—No finjas no saberlo.

—No puedo ayudarte con eso.

—Pero tú acumulas magia...

—Blanca —la cortó él—, así es como lo supe.

—Pero yo...

—No estás esforzándote lo suficiente. A partir de mañana, pasarás dos horas separando.

—¿Dos horas? Eso no dejará tiempo para lo demás.

—De todas formas, no sabes qué es lo demás.

Ella desfiló un par de emociones por el rostro.

—En realidad, no te importo.

Él frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

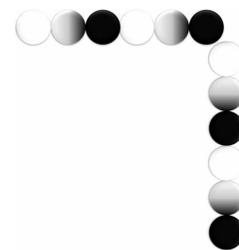
—Nada. De que..., ¿qué piensas de mí?

—Eres mi aprendiz.

Ella se levantó.

—Te veré mañana.

Él se quedó mirándola mientras se iba, había dejado la puerta abierta.



Capítulo IX



NO SUPO durante cuánto tiempo corrió, le parecieron horas, incluso días. Pero no pudo haber sido tanto, todavía no se había hecho completamente de noche ni había ido más allá de las afueras de la ciudad. Se levantó una brisa fresca, más propia de los jirones que quedaban del invierno que de la primavera, que ya había llegado. Se abrazó a sí misma y miró alrededor. Nunca había estado fuera de la ciudad interior durante la noche, se dio cuenta de que ni siquiera con sus padres había ido a algún lado. Y solo ellos habían salido alguna vez de la ciudad, sus hermanos tampoco lo habían hecho.

No podía quedarse ahí afuera, no sabía lo que sucedía en ese lugar durante las noches. Por un momento, recordó cuando estaban allí solo unos días antes con Ysabel y eso que era pleno día, nunca supo lo que había sucedido con los hombres que huyeron. Sonrió con amargura, tampoco se preocupó por averiguar qué había pasado con los restos del hombre que ella había... Ya lo había olvidado.

—¿Cómo pude olvidarlo? —susurró y se abrazó más fuerte a ella misma. Vio el rostro de Iván frente a ella. Claro que sabía por qué se había olvidado, por qué para ella era tan fácil hacer magia negra y que no le generara ninguna mella, que no tuviera ningún impacto.

Sacudió la cabeza y se apresuró a volver a las murallas exteriores. Todavía quedaba alguna claridad del día, pero era de esas que desaparecen en un segundo, en un parpadeo. No sabía si las puertas se cerraban de noche. Recorrió el círculo de casas que rodeaban las murallas interiores. La mayoría tenía luces dentro, pero no había gente en las calles. ¿Cuántas familias felices estarían entre esas paredes? ¿Serían realmente felices?

Johanna no se dio cuenta de que se había parado frente a una de las

ventanas y se apresuró a bajar la cabeza y seguir caminando. Tenía que encontrar a Iván, era la única persona con la que podía hablar, el único que podía ayudarla. Y no se le ocurría dónde más pasar la noche. Tropezó al pensar en pasar la noche en su casa y el ruido tuvo un eco que le pareció que se elevaba por toda la calle, incluso envolvía todas las murallas interiores. Pero por más que miró alrededor y esperó, nadie salió a ver qué pasaba, nadie se asomó por las ventanas.

—Tal vez hay una razón por la cual no están en la calle, y yo tampoco debería estarlo.

Se apresuró más todavía y, al estar a solo unas cuerdas, se paró en seco. ¿Qué pasaba si su familia estaba allí esperando? Sin duda, sería uno de los lugares donde buscaría, aunque no el primero. El primero sería la casa de Tomás, pero después irían allí o mandarían a un hermano a cada lado. ¿Por qué ella no había ido con Tomás? Tal vez porque sabía que no encontraría allí la ayuda que necesitaba y que además sus padres la encontrarían con facilidad.

—Pero no, no vendrán a la casa de Iván, nunca quisieron acercarse a él, hablar con él.

Vaciló unos segundos más y luego avanzó con cautela. La casa de Iván estaba a oscuras.

«¿Estará ya durmiendo? No, todavía es demasiado temprano, pero entonces...».

Sus sospechas se confirmaron cuando se asomó a las ventanas y probó la puerta, estaba todo cerrado. Iván no estaba allí. ¿Y ahora qué haría? No tenía ningún otro lugar a dónde ir y realmente necesitaba hablar con él. Pateó el piso y volvió a probar la puerta y las ventanas.

—¿Por qué no estás? ¿Por qué? —Dejó que su respiración se calmara—. ¿Dónde estás?

Vaciló unos segundos frente a la puerta, tal vez pudiera esperarlo, quizás estuviera por volver. ¿Por qué no volvería a su casa a dormir? Sí, tenía que encontrar un lugar para volver. Primero se sentó recostada contra la puerta, pero entonces se sintió demasiado expuesta y buscó otro lugar desde donde pudiera observar la puerta y que no la vieran desde la calle. Pero entonces tendría que acercarse demasiado a las otras casas. No conocía mucho a los vecinos de Iván, pero sabía que mantenían la distancia. Y tampoco la querían a ella, no recordaba que uno solo le hubiera dirigido la palabra en los tiempos que ella llevaba acudiendo a sus clases.

Probó la puerta una vez más y entonces pensó en otra cosa.

—Tal vez podría... —Cerró los ojos y buscó las fuentes de magia, la de blanca estaba vacía y la otra todavía tenía bastante—. Mejor, esa es la que necesito para romper la puerta.

Se concentró en hacerla estallar, pero entonces, antes de que pudiera liberar la magia, escuchó pasos que se acercaban. Dio un salto y buscó dónde esconderse.

«No, no puede ser él. —Se detuvo—. Pero también puede serlo».

Volvió a buscar un lugar donde esconderse. Había un pequeño hueco entre dos casas de enfrente. Corrió hacia allí, los pasos estaban cada vez más cerca. Se internó en la oscuridad y escuchó también las voces que acompañaban los pasos. Por el ruido que hacían, eran soldados de guardia, debían de hacer sus rondas por la muralla. ¿También recorrían las calles?

No solía verlos en el interior de la ciudad, al menos no en las partes alejadas de las mayores instituciones y la sede del gobierno. Eran un par y caminaban lado a lado, observando todas las casas y conversando entre sí, sin mirarse nunca.

—Ya estoy cansado de estas rondas —se quejó uno de ellos—, nunca hay nadie en estas calles.

—Si en realidad quieren que nadie salga, entonces tendrían que poner a un mago, eso los espantaría a todos.

Ambos hombres rieron, hasta que se pararon frente a la puerta de la casa de Iván.

—No funciona con este.

El otro soldado miró con recelo las ventanas cerradas y probó la puerta.

—Tal vez se fue.

El primero se encogió de hombros.

—¿No crees que sería bueno?

—¿Por qué piensas que está siempre tranquilo por aquí?

—¿Por él? No están lo suficientemente aterrados de un mago de familia negra.

—Es que él los ignora por completo y aquí la gente se adapta a todo.

Ambos hombres miraron alrededor.

—¿Entonces para qué seguimos con las rondas?

El otro volvió a encogerse de hombros.

—Pararán en algún momento.

Retomaron la marcha.

Johanna esperó allí hasta que se hubieran ido. Se le estaba clavando un

pedazo de la pared en el omóplato y el otro en una de las piernas, e incluso sentía que empezaba a dormírsele.

No entendía mucho de qué hablaban los hombres, ¿por qué se necesitaban rondas? Nunca había prestado mucha atención a las clases, a esas en particular. ¿Sería esa la razón por la cual dejaron que Iván se asentara allí? Eso siempre le había causado curiosidad, era un lugar raro para un mago. Siempre, incluso, había creído que los magos no podían o no debían vivir por allí.

Sacudió la cabeza y se golpeó la sien, no podía pensar en esas cosas entonces, ¿qué sentido tenía? Lo importante era encontrar a Iván, tendría que esperarlo. El lugar donde estaba era bastante bueno, allí no la vería nadie, pero estaba muy incómoda. No sabía cuántas horas tendría que esperar. ¿Y si no regresaba en toda la noche? ¿Dormiría allí, en la calle? No iba a poder dormir parada, de eso estaba segura. ¿Pero qué otras opciones tendría? ¿Ir a una posada? Se tanteó los bolsillos, casi no tenía dinero encima, nunca salía con mucho, ¿para qué? No necesitaba comprar nada, había de todo en su casa y solo tenía que tomarlo. Tal vez podría pasar la noche en la casa de Ysabel, seguro que algo se le ocurriría para decirle a la vieja costurera. Volvió a sacudir la cabeza. No, sería peor estar allí, entre no magos, no quería que nadie la mirara, ansiaba estar a solas y pensar, analizar qué era lo que haría, cuál sería el próximo paso. Tendría que quedarse en ese callejón, al menos el viento no la alcanzaba allí.

Trató de cambiar de posición y la pierna, semidormida, casi no la sostuvo, pero el lugar era tan pequeño que era imposible que se cayera. Se quedó mirando la puerta de Iván hasta que se le nubló la vista. No tenía forma de saber cuánto tiempo había pasado, pero todo estaba más oscuro a su alrededor. Se quedó allí, esperando, no tenía más opción, Iván era su única alternativa, ¿quién más podría comprenderla? Y ella no podía hacerlo sola, porque no tenía idea de qué hacer. ¿Qué hace un mago cuando no pertenece a una institución? Nunca había oído nada por el estilo.

—Tuvo que haber pasado antes, no puedo ser la primera.

Reprimió un escalofrío, no podía ser nada bueno que no tuviera ni idea de lo que les hubiera ocurrido. Salió como pudo del callejón.

—No puedo esperar. Tengo que encontrarlo —decidió.

Y se internó en la oscuridad.

Allí no había mucho más que ver que sus propios recuerdos.

En general, se veían todos los días, exceptos aquellos dedicados

exclusivamente a la familia. Johanna nunca le había preguntado qué hacía en esos días. No había en realidad ninguna regla que no le permitiera hablar o relacionarse con su familia. Sin embargo, a los magos blancos no les gustaba juntarse con los magos negros y tampoco a estos últimos. Ella ya se había acostumbrado al camino hasta la casa de su profesor, incluso a las miradas de las personas alrededor. Pero no fue hasta mucho más tarde que se preguntó por qué ninguno de ellos le había hablado nunca.

Miró hacia el cielo, la luna ahora no estaba completa tampoco y era muy poca la iluminación que había por allí. Algunas de las ventanas de las casas todavía mostraban luces, pero las cortinas estaban corridas. Se animó a caminar un poco, se estaba congelando. Además, cerca de ellas, Johanna se apresuraba a pasar con rapidez. Pronto entró en calor, pero todavía se sentía desorientada. No sabía dónde estaba. ¿Durante cuántos kilómetros se extendían las casas de la muralla interior? No tenía idea, otra de las cosas a las que no había prestado atención durante las clases, si es que lo habían enseñado. Se dio cuenta, con tristeza, que casi desconocía por completo el mundo que la rodeaba. Solo le importaba lo que tenía dentro, esa fuente de magia negra que no debería estar allí.

Se tropezó con las calles de piedra irregular y casi se cayó, sintió que unos brazos la sostenían. Se soltó con violencia y trastabilló para alejarse, de quien fuera que se acercó a ella con tanto sigilo. ¿Cómo podía ser que no hubiera escuchado nada?

—¿Qué estás haciendo aquí a esta hora?

Johanna tardó en reconocer la voz de Iván, casi no podía distinguir su rostro en la oscuridad que la rodeaba.

—¿Iván?

—Ven —dijo él y la tomó por el codo.

Ella se dejó guiar. A los pocos minutos, estaban frente a la puerta de la casa y él se apresuró a abrirla y a hacerla entrar. Prendió una de las lámparas que estaban en la mesa, lejos de la ventana. Dentro estaba bastante fresco y olía a cerrado. ¿Cuánto hacía que ella no entraba en su casa? Le parecía que habían pasado semanas, pero solo podrían haber sido unos cuantos días.

—Te ves horrible, ¿qué pasó?

—Tuve que irme. —Johanna miró alrededor y se sentó en una silla.

—¿De dónde? —preguntó Iván con cautela.

—De la institución, yo... —inspiró con fuerza y cerró los ojos— no pude hacer magia blanca, no pura, se me mezcló y... tuve que irme.

Iván guardó silencio y se puso a acomodar las cosas que tenía alrededor y los bultos que había traído consigo.

—¿Qué dijo tu familia?

Johanna dejó escapar lo que parecía un ladrido y una carcajada a la vez.

—No me quedé a esperar para verlo.

Iván se volvió a mirarla por primera vez.

—No puedes quedarte aquí.

Johanna agrandó los ojos y dejó caer la mandíbula.

—Pero... pero... esta noche...

—Es solo medianoche.

—¿Solo?

«¿En serio no había pasado más tiempo?».

—Vuelve a tu casa.

—No puedo.

—Claro que sí, es lo mejor que puedes hacer. ¿O acaso tienes otro plan? Tienes que volver e intentarlo de nuevo.

Johanna lo miró durante un largo rato antes de levantarse con tanto ímpetu que la silla se balanceó sobre sus patas traseras con violencia durante unos segundos.

Al final, cayó sobre el suelo de piedra con un estrépito que retumbó en la pequeña habitación por lo que a Johanna le parecieron horas. Sin embargo, Iván no se inmutó, se quedó tranquilamente mirándola de frente y ella se empeñó en mantenerle la mirada.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Ella intentó que su voz no levantara mucho volumen, porque no sabía si iba a poder hacer que no temblara.

—No te estoy pidiendo nada más que vayas con tu familia, ¿acaso no vivías con ellos hasta esta mañana? Tampoco dramatices tanto. —Suspiró y se sentó en la única otra silla de la estancia, tenía grandes ojeras bajo los ojos y la espalda levemente encorvada—. Sabes que no tienes otras opciones, no para lo que tú deseas, quieres ser una maga blanca. Bien, vuelve con ellos y encuentra la forma de ingresar a alguna institución.

—También puedo serlo contigo.

—Yo no pertenezco a ninguna, lo sabes.

—No, no lo sé —Johanna se acercó a él—, no lo sé porque nunca me lo contaste, nunca me dices nada de ti.

—Porque las lecciones no son sobre mí.

—Pero cuando te elegí lo hice porque creí que compartirías conmigo tu

experiencia como...

Iván encorvó todavía más la espalda y volvió a suspirar. Apoyó los codos en la mesa y se restregó la cara y el pelo, dejándolo bastante despeinado.

—No sé qué te hace creer que sé algo sobre esto, mi familia me dejó solo, las instituciones no me aceptaron —hizo un gesto hacia su habitación—, vivo en una pocilga, ¿qué te hace pensar que tengo idea de lo que estoy haciendo? No, todo fue un error.

—¿Qué cosa?

Él sacudió la cabeza.

—Tienes que irte.

—Pero... al menos esta noche.

—No —él se puso de pie—, no puedes quedarte nunca más aquí, no puedes volver, ¿lo entiendes? Tú y yo terminamos.

—Pero... ¿por qué?

—Ya está, terminé mi tarea, ahora tengo otras cosas de las cuales ocuparme. Otras más importantes que una nena que no sabe qué hacer con su vida.

—No hagas eso, no empieces a insultarme solo porque no te gusta tu vida. Tal vez si dejaras de negarte, de ocultarte. Siempre hablas de mí, pero ¿qué hay de ti? Pensé que te sentías orgulloso de ser diferente, pensé que eras más fuerte. —Johanna lo miró de arriba abajo—. Me decepcionas.

El rostro de Iván pasó por diferentes emociones antes de ir hacia la puerta con grandes zancadas y abrirla con violencia. Una ráfaga de aire frío se coló con rapidez en la habitación y Johanna no pudo evitar un jadeo.

—Vete.

—¿Me dejarás sola en la calle?

—Tienes una casa.

Johanna volteó la cabeza.

—No me quieren allí.

—¿Te echaron? ¿O te fuiste tú? Deberías preguntar y dejar de asumir tantas cosas.

—¿Dónde estabas esta noche?

Iván frunció el ceño.

—No cambies de tema.

—¿Por qué no estabas aquí?

—No tengo que darte explicaciones sobre lo que hago ni dónde estoy.

Johanna vaciló.

—Vete. ¿O tengo que empujarte fuera?

—¿Cómo puedes ser tan cruel?

Iván sonrió por primera vez, pero a Johanna no le gustó esa sonrisa.

—Tú lo sabes bien, así es mi familia. Vete, déjame en paz.

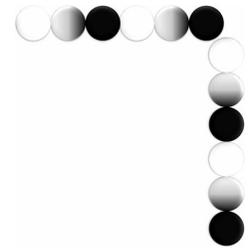
Johanna tardó unos minutos más en juntar las fuerzas para acercarse a la puerta. Lo hizo con lentitud, sin quitar los ojos de Iván. Pero este mantuvo la vista apartada y el brazo extendido, lejos de la puerta como si ni siquiera quisiera que lo rozara al salir. Apenas ella dio unos pasos fuera del umbral, sintió el golpe de la puerta detrás, incluso la golpeó en la espalda. Johanna permaneció allí, pensó en quedarse mirando por la ventana, en algún momento de la noche él sentiría compasión y...

La luz se apagó y las ventanas se cerraron. Johanna se despegó de la puerta y caminó hasta el centro de la calle. Estaba a oscuras si no fuera por la luz de la luna, que rebotaba en todas las superficies que encontraba. Estaba desierta, no se oía más que el ulular de algún pájaro y los ruidos de los roedores que caminaban por lugares oscuros. Ella miró hacia ambos lados de la calle, ¿qué podía hacer? No valía la pena quedarse en el callejón anterior, era un lugar muy incómodo. ¿Para qué hacerlo?, ¿para ver si Iván cambiaba de opinión? No, ella también tenía su orgullo.

Comenzó a caminar sin tener una dirección o una idea de a dónde ir. Suponía que tal vez le alcanzaría el dinero para ir a una posada, aunque no sabía cuánto costaría una. Pero desconocía dónde encontrarlas ni si le abrirían a esas horas de la noche. Caminó durante horas, pero la luna se mantenía en el mismo lugar. Cada vez que veía o escuchaba que se acercaban guardias, corría a esconderse en algún callejón. Lo único bueno era que estaba lleno de esos. En algún momento de la madrugada, pasó cerca de la casa de Ysabel, pero no se animó a llamar, era demasiado tarde y ¿qué podía decirle? Era seguro que ella era la más calificada para ayudarla, pero ¿qué haría con la vieja costurera? Tal vez no le importara...

No, sacudió la cabeza y siguió caminando. Cuando pasaba cerca de una de las puertas de acceso a la ciudad interior, se apresuraba a pasar de largo sin mirar siquiera. La tentación de pensar en su familia siempre estaba allí, pero no podía volver con ellos, no después de haber fallado de esa manera, no después de haber huido de esa manera. Creía que eso era lo que más la avergonzaba, haber huido como si no fuera más que una niña y así confirmar lo que todos creían de ella.

Entonces, se decidió a no pedir ayuda y pasó esa noche sola.



Capítulo X



POR LA MAÑANA, temprano, de casualidad pasó por una posada. No le fue tan difícil identificarla. Algunas de las personas de allí la miraron con extrañeza y otras se alejaron apenas ella se acercaba, pero cuando el posadero vio su dinero, se encogió de hombros y le sirvió el desayuno. También pidió una habitación durante unas horas, no tenía planeado dormir, pero quería darse un baño. Eso le llevó todavía más miradas de extrañeza y se tuvo que gastar todo el dinero que le quedaba para que le subieran la suficiente cantidad de agua caliente.

A media mañana, decidió salir de allí. Estaba un poco alejada de la puerta que conduciría a la parte interna de la ciudad. Por un minuto, consideró volver a pasar por la casa de Iván, pero se dio la vuelta apenas ese pensamiento cruzó por la cabeza. Al menos no hacía tanto frío como a la noche y la ropa que tenía puesta era un poco más adecuada, aunque estuviera fría. Caminó con los oídos atentos, pero nadie comentaba nada sobre su escándalo del día anterior, ¿y por qué lo harían? Ninguno de ellos era mago y no les importaba lo que sucedía más allá de sus propias vidas.

Pensó también en ver a Ysabel, pero lo descartó. No, tenía que volver a su casa. No porque Iván tuviera razón, sino porque debía averiguar qué había pasado, debía conseguir ropa, dinero y comida y tenía que saber por qué su familia no la había buscado. Siempre había creído que...

Sacudió la cabeza. No, tal vez lo habían hecho, pero no en los lugares donde ella había estado. No pudo reprimir una sonrisa; «Madre nunca iría a los lugares donde yo pasé la noche».

A medida que se acercaba a su barrio, se sentía más animada. Tal vez no había sido tan terrible como ella había creído. Las calles se veían iguales, la

gente hablaba a su alrededor como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido esos días. Incluso se cruzó con algunos magos y ninguno de ellos la miró raro, solo le hicieron una leve inclinación de cabeza como saludo y siguieron de largo. Esto la llenó de esperanza, hasta que llegó a su casa. La vio tranquila, en silencio, tal vez todavía ninguno de ellos se hubiera levantado.

—No —murmuró—, ya tienen que estar despiertos, en cualquier momento tienen que salir por la puerta. Al menos Primus.

Con un escalofrío, buscó dónde esconderse, pero no había muchos callejones en esa zona y cada vez había más gente en las calles. Se alejó lo suficiente para poder seguir observando la puerta de su casa, pero sin que ella fuera tan visible. Sin embargo, no vio salir a nadie. Ni a sus hermanos ni a sus padres. ¿Acaso no estaban allí?

«Tal vez todavía están buscándome —pensó y sus ojos se iluminaron. Pero volvieron a opacarse—. No, al menos uno tendría que haberse quedado por si yo regresaba. Sí —volvió a entusiasmarse—, alguno debe de estar en la casa, pero ¿cuál?».

Pasaron horas y ella todavía no se decidía a entrar o llamar a la puerta. Tuvo que cambiar de lugar varias veces para que la gente no comenzara a murmurar sobre qué hacía parada allí durante todo el día. Ya caía la tarde y ella estaba cada vez más cansada, pero por más que esperaba nadie entraba ni salía de la casa. La puerta de los criados no podía verse desde allí, pero si la buscaba, no podría vigilar la entrada principal. Así que se quedó allí hasta que comenzó a oscurecer y otra vez sintió frío.

Entonces la puerta se abrió y el viento trajo la voz de su madre.

—Vamos, Héctor, chicos, llegaremos tarde.

La vio salir por la puerta ataviada con sus mejores ropas, esas que usaba cuando asistía a una fiesta en la casa de algún mago que buscara impresionar.

—¿Una fiesta? —murmuró Johanna y sin poder evitarlo se adelantó unos pasos. Se llevó por delante a una mujer que pasaba por allí, quien la empujó y murmuró por lo bajo.

Johanna pestañeó y volvió a acercarse más, intentando a la vez ocultarse en algunos de los pequeños árboles que estaban plantados en esa zona, lo cuales eran más que nada decorativos. Su madre estaba en el umbral de la puerta y le daba la espalda. Poco después, vio que salió y detrás de ella iba su padre y luego, sus dos hermanos. Todos estaban vestidos de la misma manera, aunque eran solo sus padres los que sonreían. Sus hermanos tenían expresiones serias y Primus fue el único que miró alrededor. Johanna se apresuró a

escondirse tras el árbol. Sentía que el corazón golpeaba contra su pecho a la vez que murmuraba:

—Que no me vea, que no me vea.

Ni siquiera les había importado ella, no se habían preocupado por dónde estaba y si estaba bien. No la habían buscado, sino que se habían preparado para una fiesta, ¿una fiesta? ¿Y qué responderían cuando algún otro invitado les preguntara sobre ella? Seguramente, ya sabían qué mentira dirían. Johanna sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Que volviera con ellos, Iván? —masculló—, ¿que ellos no me habían echado? No, tal vez no, pero se sintieron aliviados de que yo me fuera, encima se los puse fácil.

Sacudió la cabeza y oyó de fondo el ruido de la carreta que venía a buscar a sus padres. No era necesaria con la extensión de la ciudad, pero era algo que las familias más pudientes solo hacían para impresionar. Podían llegar caminando de una casa a otra sin problemas. Cuando terminó de oír que todos hubieran subido, se animó a asomar la cabeza y se quedó helada. Su madre estaba mirando exactamente en la dirección donde estaba ella, como si estuviera esperando antes de subir a la carreta. Johanna no pudo moverse, no supo qué hacer. Entonces, Regina parpadeó, miró alrededor y subió.

—Estamos todos. —Escuchó que decía antes de que el vehículo se pusiera en movimiento.

Johanna salió de detrás del árbol para verlos alejarse. ¿Acaso su madre la había ignorado tan abiertamente? Imaginaba que no aprobaría lo que ella había hecho, pero ¿esto? No sabía que su familia la odiara tanto. Se quedó allí hasta que el ruido de la carreta ya no se oía. La gente a su alrededor había empezado a mirarla extrañada, algunos tal vez la reconocían, pero no le dirigieron la palabra. Y ella, en parte, estaba agradecida y, en parte, no podía dejar de pensar en la mirada de su madre. La última, cuando miró alrededor como si no hubiera nada interesante allí.

Después de unos minutos, decidió irse, quería alejarse de todos ellos. De su familia, de Iván, de todos los que estaban mirándola. Pero ¿a dónde ir?, no tenía dinero ni ropas ni...

Miró de reojo a su casa, no había nadie allí más que los criados. ¿Acaso sus padres podrían haber dejado la orden de que ella no entrara? No estaba segura de hasta dónde llegarían y no quería averiguarlo. Había entrado y salido de su casa sin avisar tantas veces que se conocía todos los mejores lugares. Entraría por ropa y por dinero, aunque no creía que alcanzara a pasar

por las cocinas sin ser vista.

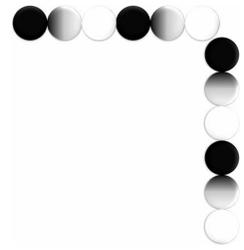
Su habitación estaba como la había dejado la mañana anterior, al menos eso se mantenía igual. Johanna suspiró. Casi había temido que la encontraría vacía. Se apresuró a guardar un poco de ropa en un bolso y sacar sus ahorros. Incluso vaciló ante algunos libros, pero ¿qué caso tenía llevárselos? No había ninguna teoría sobre lo que ella necesitaba. Escuchó ruido en las escaleras y se apresuró a guardar todo lo que pudo.

Minutos después, estaba otra vez en la calle, en el mismo lugar donde había visto a su familia partir hacia una fiesta, ajenos a que su hija menor se hallara sola en las calles. Reprimió las lágrimas y se dio la vuelta. Ya era noche casi cerrada y tenía que encontrar un lugar donde quedarse. Esa vez, se decidió por una posada dentro de la ciudad interior, aunque alejada del centro. Mientras caminaba, no podía dejar de pensar en su familia. ¿Siempre había sido así y ella no se había dado cuenta? ¿Su posición siempre había sido tan delicada? ¿Solo bastaba con fallar una vez?

—Pero no fue solo una —susurró e inspiró antes de levantar la mirada hacia el cielo.

Trató de recordar un tiempo donde todavía las cosas marchasen bien entre ella y su familia, cuando todavía sentía pertenecer a ellos o, al menos, no se sentía tan diferente. Tuvo que haber sido antes de la magia, antes de su propia magia. Eso lo había cambiado todo.

Buscó entre sus recuerdos.



Capítulo XI



SU MADRE estaba haciendo el gesto que ella odiaba ver en su rostro, ese que indicaba que no le gustaba lo que veía. Contuvo un suspiro y, con el estómago tenso, intentó que su voz sonara calmada.

—¿No está bien, madre? —Se pasó la mano por la ropa.

Regina inspiró con fuerzas.

—Es una cena formal, Johanna, vendrán dos de las familias más importantes de magos blancos, ¿en verdad crees que puedes lucir esa ropa?

Ella se miró, no veía nada de malo en su vestido.

—Es demasiado sencillo —explicó Regina y abrió las puertas del ropero de su hija. Rebuscó moviendo con fuerza la ropa de un lado a otro.

—¿Dónde están todos tus vestidos?

—Allí. —Johanna levantó el brazo para señalar.

—No, los otros.

—Mmm, regalé algo de ropa a caridad.

Su madre se volvió con rapidez hacia ella, se la quedó mirando y después suspiró.

—No puedes regalar toda tu ropa, alguna debes dejar para ti, sobre todo estos vestidos. No les sirve para nada a los huérfanos y ¿ahora tú qué te vas a poner esta noche?

Johanna se encogió de hombros. Regina volvió a suspirar.

—Quédate ahí, ya encontraré algo.

La cena fue igual de aparatosa que el vestido que llevaba puesto. Ninguna de las familias que fueron tenían niños, si por lo menos hubiera estado Tomás allí...

¿Y para qué era necesario que estuviera ella?

Removió la comida en su plato, esperando que la dejaran ir dentro de poco. En general, solían hacerlo antes del postre, el cual tomaba sola en su pieza. Pero esa vez, la llevaron al comedor con ellos.

—Johanna comenzó la escuela hace unos meses —dijo Regina con más sonrisas de las que le mostraba a ella.

La otra mujer asintió.

—Tres magos más, esta familia crece rápido.

—Siempre es bueno tener más magos blancos —acotó su padre.

Johanna vio con horror cómo le servían el postre allí. ¿Esto es lo que se ganaba por estar ya en la escuela?

—¿Y cuál institución llama tu atención, pequeña? —preguntó otra mujer.

Johanna se inmobilizó con el bocado a medio camino de la boca.

—Ella está haciendo mucha caridad —comentó su hermano mayor.

—Por supuesto —acotó Regina—, todavía es muy joven para decidir.

Las orejas de su hija se enrojecieron.

—Pero tiene los instintos correctos —aseguró uno de los hombres—, como el resto de la familia. —Se volvió hacia su padre—. Me llamó la atención la propuesta que hiciste en la última asamblea. Me gustaría discutirla más a fondo.

—Por supuesto —dijo Héctor—, cuando lo desees.

Los ojos de Regina brillaron.

—¿Quiéren más café?

Johanna se fue tarde a la cama, estaba agotada, sobre todo por tener que soportar una charla aburrida que cada tanto parecía desviarse hacia ella, lo cual la obligaba a estar atenta para contestar preguntas. Ni siquiera pudo disfrutar su postre. Ya se había desvestido y puesto el pijama cuando llamaron a su puerta.

—¿Quién es?

—Tu hermano.

Ella abrió la puerta. Era su hermano del medio.

—Ya es tarde.

—Lo sé, pero quería traerte esto —le dio otra porción de postre—, sé que no pudiste probarlo. Estas reuniones eran muy aburridas, difíciles de aguantar, cuando era muy joven. Pero ya te acostumbrarás, verás, en realidad, es muy bueno para la familia.

—Gracias —murmuró Johanna a la vez que aceptaba el postre.

Su hermano se alejó y ella cerró la puerta. Siguieron muchas reuniones

como esa, por suerte sus hermanos hacían lo que podían para atraer la atención hacia ellos y para ella estaba bien. De todas formas, estaba acostumbrada a ser invisible. Y ahora se daba cuenta de que lo prefería de esa manera. Varias veces su madre le pedía acompañar a las visitas. Tardó unos años en darse cuenta de lo que sucedía. Su familia cada vez tenía más conexiones, pero ella seguía solo con dos amigos, una de las cuales no era maga, sin importar lo que su madre la presionara. Siempre desviaba la atención hacia sus hermanos y luego se sentía sola cuando sus padres se focalizaban en ellos. Era como si tuviera un pie dentro de esa familia y otro fuera.

Johanna suspiró. Tal vez ese era el final esperado por todos y ella había sido la única tonta que había pensado que podría ser diferente. Si su familia la rechazaba —y también su profesor—, solo podía confiar en sus amigos. Tal vez Tomás... Él siempre tendría un lugar para ella, ¿no?

Tomás la había invitado a cenar, como tantas otras veces. Pero a ella no le gustaba ir a su casa. Había algo en esa enorme mansión que la hacía sentir incómoda. Tal vez fuera la distancia que mantenían todos de ella en ese lugar, incluso los criados. Era una de las familias de magia blanca más prominentes de la ciudad, pero ella no sentía ninguna calidez de parte de ellos, excepto por Tomás. Prácticamente no había visto nunca a la madre de su amigo, parecía vivir recluida en lo más profundo de su mansión.

Tomás le insistió una vez más y ella accedió, no quería que pensara que lo ofendía. Ahora estaba esperando frente a la puerta de la casa. Respiró profundamente varias veces antes de llamar a la puerta. El criado que le abrió mantuvo el gesto impassible mientras la llevó al comedor, allí estaba Tomás, pero también su padre. Era el comedor pequeño, el que reservaban para las reuniones íntimas. Johanna no estaba segura de si eso era algo bueno o no, si significaba que la consideraban íntima o que no la consideraban importante. Saludó a Tomás y puso toda la cordialidad en el saludo a su padre, pero este la recibió con la misma frialdad de siempre. No tardaron en tomar asiento. Johanna notó que la entrada apenas duró unos segundos antes de que llegara la comida principal.

—Mi madre no se siente muy bien hoy —dijo Tomás—, lamenta no poder acompañarnos.

—Espero que mejore pronto —se obligó a decir Johanna. Y después se volvió hacia su padre—. Mi hermano mayor me comentó que la semana pasada tuvo la suerte de poder trabajar con usted en unos casos bastante difíciles de curación. Aprendió mucho.

El hombre relajó un poco el gesto y se dignó a echarle una rápida mirada.

—Me alegra escuchar eso, es un muchacho muy prometedor, será un gran curandero algún día.

Johanna sonrió.

—Entre él y Tomás no sé quién es mejor.

—Eso no es importante —acotó Tomás—, no es una competencia.

—No lo es —coincidió su padre—, pero Tomás, aun siendo más joven, tiene más experiencia, por supuesto, y más trayectoria de su familia.

Johanna pestañeó y su sonrisa vaciló. Por un momento, el rostro de su madre con los labios apretados cruzó por su mente. Tomás sonrió.

—La familia Zuri también tiene trayectoria.

—Reciente.

Johanna comió unos bocados en silencio.

—Johanna también posee muchas cualidades.

—Tomás.

—Es cierto —insistió su amigo—, desde niña se interesó en la caridad y todavía conserva una amistad de esa época.

—¿Es eso cierto? —dijo su padre volviéndose hacia ella con extrema lentitud—, ¿es solo caridad?

—Es mi amiga —explicó Johanna.

—No tienes muchos.

—Padre.

—Tomás, sabes que no es sabio no tener amistades, siempre te he dicho que debes ampliar tus horizontes.

—Ustedes no tienen muchos amigos —enfaticó Johanna—, siempre están en casa.

—Mi mujer tiene una salud delicada y nosotros ya somos mayores. No nos compares. —Se levantó—. Tendrán que disculparme, tengo que ver cómo se encuentra mi esposa.

—Lo siento —dijo Johanna apenas el padre salió de la sala y el sonido de sus pasos desaparecieron.

—Está preocupado, no le prestes mucha atención. En general, no es así con las visitas.

—Lo es conmigo —murmuró Johanna y tomó un sorbo de agua.

Tomás dejó los cubiertos en el plato.

—¿Por qué no vamos a la biblioteca? Comeremos los postres allí, será más cómodo que este comedor.

—Claro —asintió Johanna.

Un par de horas después, ya estaba lista para retirarse. Se había despedido de Tomás y estaba junto a la puerta.

—Tomás, tu madre quiere verte.

El muchacho vaciló.

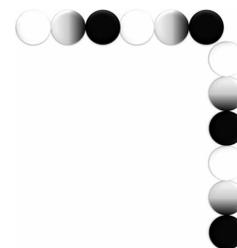
—Yo la acompañaré hasta la puerta —dijo su padre.

Johanna se quedó sola con él, esperando que diera el primer paso.

—Algunas cosas hay que tomarlas con calma —comentó él—, algo que tu familia debería aprender. —La llevó a la puerta—. Dile a tu madre que no podremos asistir.

Johana no entendía su rechazo, pero decidió no sufrirlo más.

Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos un momento. Rechazo, rechazo, rechazo.



Capítulo XII



ABRIÓ LOS OJOS y miró alrededor, la gente común que pasaba a su lado no parecía tener problemas.

Sí, la magia había sido el problema, siempre lo había sabido, en el preciso momento en el que se dio cuenta de que su magia no era como la de su familia. Hasta creía que lo había sospechado, pero lo confirmó cuando su padre le dijo cómo tenía que acceder, cuando vio las dos fuentes. ¿Por qué nadie más las tenía?!

Levantó la vista, había estado caminando en lo que creyó que era un círculo. También creyó que estaba yendo hacia la posada en la que había estado esa mañana, no había dicho que volvería, ya que había imaginado que estaría en su casa para entonces, pero ahora las cosas habían cambiado y quería regresar a esa posada. En verdad, no. Miró alrededor, había poca gente en las calles, pero sabía exactamente dónde estaba: estaba frente a la casa de Tomás. Había luz en las ventanas de la parte superior. ¿Estaría él allí o acaso habría ido también a la fiesta de su familia? En verdad, no podía saber si era una fiesta o solo una cena. Tal vez estuviera, tal vez...

—Pero ¿cómo llamo su atención sin alertar a sus padres? ¿O a sus criados?

Miró la puerta largamente, como si por el poder de su mirada se pudiese abrir y entonces apareciera Tomás. Se sobresaltó cuando así fue. Dio un paso para atrás y cayó sobre su cola. Tomás se apresuró a llegar junto a ella y ayudarla a levantarse.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Johanna trastabilló de vuelta, trataba de apoyarse en sus brazos a la vez que evitaba su mirada. Pero él estaba demasiado cerca, era unos centímetros

más alto y ahora podía sentir su aliento y su calor muy cerca de su cuerpo. Sin darse cuenta, se acercaba a él, todavía tenía frío, no se había puesto ninguna de la ropa que había sacado de su habitación.

—¿Johanna?

—Estoy bien, es solo que me sorprendiste, pensé que estarías durmiendo. Tomás sonrió.

—Entonces, ¿por qué viniste a buscarme?

—Yo no vine... —Johanna se encogió de hombros—, pasaba por aquí.

—¿Volviste a casa? Tu familia estaba preocupada.

Johanna emitió un ruido ahogado con la garganta y la nariz.

—Ya lo creo, preocupados de que volviera y les arruinara la fiesta.

Tomás arrugó el ceño, todavía la sostenía de los brazos.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasó?

—¿No lo sabes?

Tomás apretó los labios.

—Oí unos rumores, pero eso son los rumores.

Johanna negaba con la cabeza.

—Fallé, fallé en la prueba de iniciación.

—No pudo ser tan malo.

—Destrocé el lugar y... —Volvió a desviar la mirada. No sabía si podía decirlo, no sabía hasta dónde contaban los rumores—. ¿Qué es lo que se dice?

Tomás se encogió de hombros.

—No es importante, no pienses en ello.

—Quiero saber, necesito saber.

Tomás suspiró.

—No hará ningún bien, ningún rumor...

—Por favor, Tomás.

—Está bien, dicen que no puedes controlar la magia, que destruiste el salón de la institución y que quedaste vacía de magia.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

—No, no. —Johanna se separó de sus brazos y, para hacer algo, recogió el bolso con ropa que había dejado caer al piso.

—¿Qué pasó en realidad?

—Eso, lo que dicen: no puedo controlarla y ahora no tengo nada.

—No puede ser, llevas semanas acumulando.

—Tú sabes que es así, ¿recuerdas el otro día en el lago?

—Haz la prueba de vuelta.

—No, no tiene caso.

—¿Entonces qué vas a hacer? ¿Quedarte libre, sin pertenecer a ninguna institución? Ningún mago blanco hace eso, ni siquiera los ambulantes...

Las mejillas de Johanna enrojecieron y se puso a mover el pie contra el suelo.

—Tiene que haber algunos, no puede ser la primera vez... No puedo ser la única...

—Averiguaré, le preguntaré a mi padre.

—¡No!

—Entonces, háblalo con tu familia.

—No puedo hablar con ellos, no les importo, ya me olvidaron.

Tomás sonrió.

—Johanna, no dramáticas, tu familia no pudo haberte olvidado, ¿qué fue lo que te dijeron?

—Nada, hui, ¿recuerdas?

—¿No hablaste nunca más con ellos? Tuviste que haberte cruzado en la casa, ¿o te encerraste en la habitación?

—No estoy en casa.

—¿Dónde entonces?

Johanna aferró el bolso en su mano y trató de esconderlo tras sus piernas.

—¿En la calle?

—No, no, bueno, anoche estuve en una posada, para bañarme y comer, pero...

Tomás se dio la vuelta y miró hacia su casa, hacia una de las ventanas de la parte superior.

—Puedo hablar con mis padres. Podrías quedarte unos días.

Johanna vaciló y se mordió el labio, antes de comenzar a negar con la cabeza, aunque todavía Tomás estuviera dándole la espalda.

—No, no puedo quedarme aquí, tú sabes lo que tu padre piensa de mí.

—¿Qué cosa? A veces es muy estricto, pero...

—No, Tomás, sabes que no funcionará.

—Entonces, tienes que volver a tu casa.

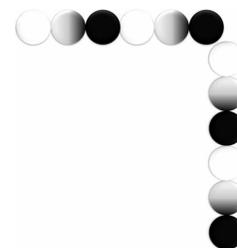
—No puedo, no todavía al menos. Tengo que pensar, necesito un tiempo para... —inspiró con fuerza—, para pensar qué hacer.

—Está bien, déjame que te acompañe hasta una de las posadas que conozco, es muy respetable. Puedo ayudarte con el dinero.

—Eso no hace falta.

—Déjame hacerlo y cuida tus ahorros. Estoy seguro de que tu familia te daría lo que necesites si lo pides, pero también estoy seguro de que no les pedirás nada. —Volvíó a mirar hacia la puerta de su casa—. Vamos, antes de que sea demasiado tarde y comiencen a preguntarse dónde estoy.

Johanna se dejó guiar hasta una de las posadas más caras del reino. Se alegró de que Tomás se ofreciera a pagarla; si lo hacía ella, enseguida se le terminarían todos los ahorros. Quién sabe hasta cuándo tendría que estar ahí... Sacudió la cabeza, no podía pensar en eso, no todavía.



Capítulo XIII



—LA HABITACIÓN ES PARA UNO —informó la mujer que los acompañó hasta el cuarto.

—Sí, yo solo la acompañé —aseguró Tomás—, es ella la que se va a quedar. Johanna, ¿cenaste?

—Eh, yo, en verdad... —Pero su estómago resonó con tanta fuerza que no fue necesario que contestara.

—Iré a traer algo de comer —dijo la mujer a la vez que se daba la vuelta—. Ya no servimos nada en el comedor a esta hora, pero todavía quedan restos de la cena.

Dejó la habitación antes de que alguien pudiera decirle algo.

—Mañana hablaré con mis padres, tiene que haber algo que podamos hacer —dijo Tomás—. Y también hablaré con tu familia, tengo horas en la institución de sanación, seguro que me cruzo con Primus ahí.

Johanna se mantuvo en silencio, ¿qué podía decirle? No podía explicarle realmente por qué había fallado, no podía explicárselo a nadie.

«Excepto a Iván».

—Lo solucionaremos, Johanna, ya lo verás. —Tomás le sostuvo la mano y le sonreía, ella no sabía cuánto tiempo él había seguido hablando. Se forzó a sonreír.

—Gracias.

—Descansa, mañana pasaré para que hablemos.

Tomás se retiró cuando la mujer regresó con la bandeja de comida.

—Déjala fuera en el pasillo cuando termines, alguien pasará a limpiarla más tarde.

Otra vez se fue sin esperar respuesta y cerró la puerta. Johanna se olvidó

de preguntarle quién pagaría la cena. Enseguida, se enojó consigo misma, no podía seguir esperando que lo hiciera Tomás, ese era su problema, no de él. Se sentó frente a la bandeja y creyó que no comería nada por los problemas que rondaban por su mente. Pero se terminó comiendo todo antes de que pudiera siquiera darse cuenta de qué era lo que estaba masticando. Dejó la bandeja fuera y se acostó en la cama, era mucho más comfortable que aquella en la que había dormido la noche anterior. Se quedó mirando el techo.

—Tal vez debería cambiarme de ropa —murmuró sin hacer ningún movimiento para levantarse de la cama.

Inspiró con fuerza.

¿Qué podía hacer? No podía volver a la casa, no podía volver a intentarlo en otra institución, no podía... No tenía idea de cuáles eran sus opciones. Tal vez Ysabel podría ayudarla, ella estaba acostumbrada a estar por su cuenta, nunca había tenido una familia y se las arreglaba muy bien. Pero no entendería su problema, para ella no sería importante pertenecer a una institución como para Johanna, a una institución blanca.

—No, hay una sola persona que puede entenderme, una sola que podría ayudarme con esto. Tengo que encontrarlo, tengo que hablar otra vez con él.

Y esa vez lo convencería, no solo de que la ayudara, sino de que él también lo intentara.

Se sentó en la cama.

—Sí, ¿por qué no pensé en eso antes? Le diré que lo haremos juntos —obvió el calor en sus mejillas—, él también puede pertenecer a una institución blanca y ambos encontraremos la forma de lograrlo, de ser como todos los demás magos.

Volvió a acostarse y se quedó mirando el techo. Cerró los ojos.

Se despertó en la mañana con el ruido de golpes a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Johanna sin apenas levantar la cabeza de la almohada.

—Desayuno.

—Yo no ordené nada.

—El muchacho de anoche lo dejó pago.

Johanna se levantó de un salto y abrió la puerta. Una joven, poco más que una niña, sostenía una bandeja con un desayuno que se veía bastante apetitoso. La dejó pasar y ella la acomodó sobre uno de los muebles que había en la habitación. Seguramente, para guardar la ropa. Johanna miró de reojo el bolso que había dejado en el piso.

—Gracias —dijo cuando vio que la niña se alejaba y cerraba la puerta, no contestó.

Se acercó a la bandeja del desayuno. Suspiró, era una suerte que Tomás lo hubiera dejado pagado, tal vez ella no lo hubiera elegido. Se llevó la bandeja a la cama y comió intentando no pensar en nada. Por la ventana, se veía que ya hacía rato que había amanecido, el cielo estaba despejado y el sol brillaba a través de los cristales.

Johanna terminó de comer y se cambió la ropa, pero no guardó el resto en la cómoda. Se quedó dando vueltas por la habitación. ¿Qué haría? Tenía que encontrar a Iván, de eso no había duda, pero ¿se iría de la posada o se quedaría allí? No tenía otro lugar donde quedarse, pero hasta que no supiera hasta cuándo duraría aquello, debía ser cuidadosa con sus ahorros. Al final, eligió llevarse la bolsa con sus pertenencias, no eran demasiadas. Pero entonces tuvo otra duda, ¿se quedaba a esperar a ver si aparecía Tomás o no?

—No, seguramente vendrá de tarde, cuando termine con sus tareas.

Inspiró y abrió la puerta.

—La posada está paga por dos noches. —Frunció el ceño la mujer cuando la vio bajar con la bolsa.

Johanna vaciló.

«Dos noches? Entonces no cree que esto se solucioné con mucha rapidez».

—Ah, sí, es que... es la ropa sucia...

—Puedes dejarla aquí, la lavaremos y la agregaremos a la cuenta.

Johanna volvió a vacilar.

—Dile a tu amigo que lo pague —sonrió la mujer—, seguramente lo hará sin dudar.

Johanna apretó los labios y se puso la bolsa al hombro.

—Volveré más tarde —dijo y se apresuró a salir de la posada.

Afuera el aire era limpio y ya comenzaba a calentarse. El cielo estaba despejado y casi no había viento. Estaba lleno de gente que iba de un lado a otro con un andar pausado y se detenía para saludarse entre sí. Muchos de ellos eran magos. Johanna apresuró el paso y enseguida se metió por las calles traseras para cruzarse con la menor cantidad de gente posible. Pronto se encontró atravesando las puertas que dejaban atrás la parte interior de la ciudad.

«Ojalá que esté allí».

No se dio cuenta de que estaba reteniendo la respiración y aferrando su bolso hasta que estuvo parada delante de la puerta de la casa de Iván. Otra

vez, luego de que la mirara fijo, la puerta se abrió sola.

«¿Es que acaso lo estoy haciendo con magia?».

—Entra y deja de acosar las casas de los demás —dijo Iván desde dentro.

Johanna se apresuró a hacerlo, no pudo evitar una sonrisa a la vez que cerraba la puerta. El lugar estaba como la noche anterior y, sin embargo, de alguna forma parecía diferente.

Iván estaba más calmado, sentado a la mesa.

—¿Fuiste a tu casa?

Johanna escondió la bolsa tras de sí.

—¿Hablaste con tus padres?

—Estabas equivocado, ellos no me estaban buscando, estaban preparándose para ir a una fiesta.

Iván enarcó las cejas.

—Los vi irse.

—¿Y ellos?

—No. —Johanna desvió la mirada y dejó la bolsa en el piso, se sentó frente a Iván—. No importa, se me ocurrió otra idea.

Iván se quedó mirándola con fijeza, no dijo nada, esperó con calma a que ella empezara a hablar. Johanna se demoró unos minutos antes de encontrar las palabras para expresar lo que la noche anterior había estado tan claro.

—Creí que..., bueno, nosotros somos iguales —levantó la mano cuando vio que Iván iba a hablar—, déjame terminar. Somos iguales, los dos tenemos ambas fuentes de magia, nadie más entiende eso y creo que entre ambos podemos encontrar la forma de que funcione solo una, así ambos lograremos entrar a una institución, ¿no te gustaría eso?

—¿No crees que ya lo intenté?

—No, no de la forma que podríamos hacerlo si dejamos de disimular, si dejamos de hacer como que es algo que está ahí y simplemente lo enfrentamos. ¿Alguna vez lo hiciste?

—¿Por qué crees que quiero pertenecer a una institución?

—¿Por qué no? O sea, ¿qué más se puede hacer? —se inclinó hacia él—, ¿se puede hacer otra cosa?

Iván arrastró los dedos por la mesa varias veces antes de impulsarse hacia atrás en la silla y levantarse. Al principio, parecía que solo iba a quedarse allí, pero después se dio la vuelta.

—No, no hay otra opción que valga la pena.

Johanna frunció el ceño.

—No entiendo, nunca antes..., o sea..., hasta ahora no perteneciste a ninguna, ¿no? Bueno, creo, en realidad nunca me lo explicaste, pero...

Johanna esperó a que se diera la vuelta, pero Iván se empecinaba en quedarse de espaldas a ella, su espalda se notaba tensa. Ella se levantó con cautela y se acercó a él, estiró el brazo, pero no llegó a tocarlo, él se dio la vuelta en ese momento y la agarró por la muñeca. Johanna jadeó.

—¿Por qué me elegiste a mí?

—Tú lo sabes.

Iván se acercó más a ella.

—¿Por qué te quedaste?

—Porque somos iguales, somos únicos.

Él se acercó aún más y con la mano libre dibujó el perfil de su rostro. Johanna podía sentir su aliento en las pestañas.

—No, no somos únicos, pero sí parecidos, si tú...

—¿Qué? —suspiró ella y dejó los labios entreabiertos.

Él se inclinó hacia ella, pero un segundo antes de acercarse demasiado se empujó hacia atrás.

—No, no somos tan iguales, no como tú crees. Tú tienes unas posibilidades de elección que aún no comprendes. Tal vez tu familia te ignore y quizás eso sea lo mejor.

—La tuya también te ignora, ¿cuánto hace que vives lejos de ellos?

Iván volvió a darse la vuelta.

—Demasiado —murmuró y desapareció en la otra habitación de la casa. Cuando regresó, llevaba un gran bolso al hombro.

—Debo irme.

—¿A dónde?

Iván miró alrededor.

—Te dejaría quedarte aquí mientras tanto, pero no debes, no es adecuado —sacudió la cabeza—, no, no lo es.

Abrió la puerta y esperó a que ella saliera.

—¿A dónde vas? ¿Cuándo vuelves?

—No es importante.

—Pero tenemos que...

—Ya te dije, no hay un *nosotros*, eso fue una ilusión que duró un tiempo, ese tiempo se acabó.

Se dio la vuelta y se alejó de ella a pasos apresurados. Tanto que, para cuando Johanna reaccionó, él ya se hallaba demasiado lejos. Había otras

personas alrededor en la calle, pero todos simulaban no haber visto ni oído nada. Johanna se quedó con la mirada perdida hasta que ya no quedaban ni rastros de Iván. Volvió a mirar la puerta cerrada de su casa.

—¿Y ahora? —murmuró.

¿Qué podía hacer? Él se había mostrado en contra de la idea, aunque por un breve momento, un breve momento... Johanna se rozó los labios con el dedo. Luego apretó los ojos y sacudió la cabeza.

No.

Pero, aun así, ¿qué haría ahora?

«¿A dónde habrá ido? ¿Lo espero?».

Se llevó las manos a la cabeza. ¿Qué podía hacer? ¿Por qué estaba siempre tan confundida? Bufó y empezó a caminar en círculos. La gente en la calle la esquivaba.

—No, no puedo esperar, tengo que ir a buscarlo. No hay otra opción, solo él sabe cómo podría vivir sin instituciones.

Recogió su bolso y caminó de regreso al interior de la ciudad. Se le ocurría que ese era el único lugar donde podría haber ido. Se detuvo para comer en una de las posadas. En realidad, no sabía dónde buscarlo, conocía tan poco a Iván que durante todos esos años nunca le había preguntado qué hacía en su tiempo libre, cuando no le estaba enseñando a ella. Ahora estaba segura de que no pasaba su tiempo en ninguna institución, al menos no por el momento.

—Entonces, ¿qué hace? —murmuró a la vez que recorría las calles cuidándose de alejarse de cualquiera de las que podría transitar su familia.

Pasó varias veces por el centro comercial de la ciudad. Pero no se le ocurría dónde más podría ir. Tal vez debería regresar a la posada a esperar a Tomás.

—No, tengo que encontrarlo a Iván, él es mi primera opción. Pero si no está en donde pasan su tiempo los magos blancos, entonces puede ser...

Se giró hacia la parte sur de la ciudad. Allí también había casas y no todas eran de magos. Nunca había pensado a qué clase de persona le hubiera gustado vivir cerca de los magos negros, pero había quienes lo hacían. La zona le pareció más sombreada.

—Imaginaciones mías —murmuró, pero se ajustó la ropa, aferró su bolso con ropa y se encaminó hacia la casa de la familia de Iván. Solo una vez había estado allí antes y no le había gustado—. Solo esperaré fuera, él tendrá que salir si está allí, ¿no? En algún momento, tendrá que regresar a su casa.

Avanzó por las calles de la ciudad oscura evitando mirar hacia las casas, como si allí no hubiera más que otras personas que habían tomado una decisión diferente. El lugar se parecía mucho al barrio donde estaba su familia, era evidente que era una zona rica. ¿Recordaría cómo era la casa de la familia de Iván? No quería tener que preguntar.

Mientras se mantenía ocupada procurando que no la encontrara su familia, pensaba en la mejor manera de abordar a su profesor. No sería el primer lugar donde buscara su familia, o al menos así lo creía, a ellos nunca les había gustado su profesor, aunque le habían dejado seguir con él. Ella no le había preguntado mucho a él sobre ese tema, solo al principio de su relación, y luego había quedado allí. La mayoría de la familia de su profesor era negra y él era blanco. Eso era lo que le molestaba a su familia. Y tal vez eso era lo que le atraía a ella.

Debía hablar con él, debía entender mejor cómo funcionaba aquello. Sabía que no era el único que iba en contra de su familia, pero también sabía que era una decisión difícil y solitaria. Sus padres probablemente la echarían de su casa, ¿a dónde iría? No sabía mantenerse por sí misma. Suspiró. No podía pensar tan a futuro todavía. Aún no sabía siquiera si servía para el otro tipo de magia. Apretó los puños y los labios. Nunca se había considerado una persona mala. Pero los días pasados demostraban que tampoco era totalmente buena. Su profesor solía levantarse temprano en las mañanas y hacer cualquier cosa que necesitara en la ciudad a primera hora. Supuso que, aunque estuviera en la casa de su familia (si realmente estaba allí), se comportaría de la misma manera. No se le ocurría nada más que hacer, así que decidió probar. Ya al amanecer se quedó esperando frente a la puerta de la mansión, la mirada fija en el picaporte. Apenas la abrió, los ojos de él fueron hacia ella. Era un hombre de mediana edad, aunque aún no tuviera canas. No parecía feliz de verla allí. Se miraron un rato antes de que él diera un paso atrás y la dejara entrar.

—Supongo que tu familia no sabe que estás aquí —dijo él mientras le servía una taza de té.

Ella dejó que la atravesara un escalofrío.

—¿Cuánto sabes?

Él dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Todo.

Ella suspiró.

—Lo sabe toda la ciudad, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Todos a los que les interesa, pero lo olvidarán pronto, cuando surja el próximo desastre. —La miró con atención—. Sabes que ya varias veces te lo había advertido.

—Sí —lo cortó ella—, lo sé, no sirvo para acumular magia blanca. Lo sé, por fin lo acepto.

—Eso no es exactamente cierto.

Ella lo miró, con la taza sin tocar entre sus manos.

—No acumulas como tu familia, eso es cierto, pero no es que no la acumules.

—¿Y la otra? —susurró ella—, ¿la acumulo como ellos?

No creyó necesario aclarar que se refería a la familia de él. El profesor puso el gesto serio y frunció el ceño.

—No, tampoco lo haces como ellos.

Ella emitió un jadeo y dejó caer la taza. A él no pareció importarle.

—No eres como ellos tampoco —dejó pasar una pausa—, no eres como nosotros.

—¿Qué quieres decir? —musitó ella.

—Creo que es hora de que te vayas.

—¿Por qué?

—Ya no puedo ser tu profesor.

—¿Por qué?

—Por favor.

Ella se puso de pie y se dejó conducir hasta la puerta.

—No entiendo —dijo ella, pero no obtuvo más que una puerta cerrada en su cara. Pasó unos minutos antes de que se moviera de allí.

La gente comenzaba a caminar por las calles y la miraban y murmuraban a su paso, ella se alejó a regañadientes.

—Creo que ya lo sabes, ¿eh? —dijo un hombre a su lado.

A ella le pareció familiar.

—¿Qué cosa?

—Tu profesor por fin dejará de fingir lo que no es.

—¿Qué quieres decir?

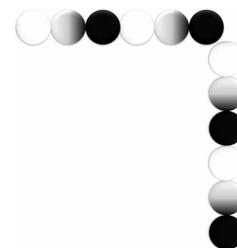
—Se unirá a su familia.

—¡¿Qué?!

—Creo que deberás buscar otro —comentó el hombre y siguió su camino con demasiada alegría.

Ella fijó su mirada en la puerta, que no se volvió a abrir.

¿Cómo podía ser? ¿Por qué? Su profesor siempre se había mostrado orgulloso de ser diferente de su familia. O así le había parecido a ella, ¿o no? No estaba segura. Ya no estaba segura de nada, solo sabía que no podía volver a su casa y tampoco podía quedarse en el lugar que creía que sería su refugio. Estaba sola. ¿A quién acudir? No sabía lo suficiente de las instituciones. Si aprendía más, tal vez podría entender la decisión de su profesor.



Capítulo XIV



—ES QUE NO LO ENTIENDO, Ysabel, ¿por qué hizo eso? —Johanna tenía lágrimas en los ojos, pero todavía hablaba con voz firme.

Estaban en la casa donde se quedaba Ysabel, la vieja costurera había ido a pasar unos días con una amiga enferma.

—¿Cómo pudo hacer algo así después de todo este tiempo? Todo lo que hizo para ser bueno, todo lo que soportó.

—Tal vez no era lo que quería —opinó Ysabel sin mirarla, mientras terminaba de preparar unas tazas de té.

—Sí, lo era, lo era. Yo sé que lo era. Él es igual a mí, siempre deseó poder suprimir su otra fuente y ser solo blanco.

Ysabel hizo un ruido con la garganta, pero no contestó. Sirvió las dos tazas de té bastante descoloridas y las puso en la mesa. Johanna ni siquiera le prestó atención a la suya.

—Siempre quiso alejarse de su familia.

Ysabel revolvió el té, aunque no le había puesto azúcar.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—Creo que deberías preocuparte por lo que vas a hacer tú.

Johanna sintió que sus mejillas enrojecían y bajó la mirada hacia el té. Como si se sorprendiera de que estuviera allí, dio vuelta la taza, como si no supiera que para eso se puede usar una cuchara.

—No lo sé —murmuró—, por eso quería hablar con él, es el único que sabe cómo un mago puede vivir sin estar relacionado a ninguna institución.

—No puede ser el único.

Johanna se encogió de hombros.

—Supongo, pero no conozco a ningún otro.

—¿Y qué dice Tomás?

Johanna suspiró. Había vuelto a la posada después de que terminara de hablar con Iván. Tomás ya estaba allí, esperándola, pero no traía novedades. Su padre no había querido dar ninguna información sobre los magos sin institución y no había tenido tiempo de averiguar si ella podía volver a presentarse a una, creía que sí, si tenía el apoyo de su familia. Pero solo había podido ver a Primus de lejos y no había logrado hablar con él.

—No lo sabe, y tampoco puedo explicarle a él el verdadero problema.

—¿Por qué no?

Johanna se movió hacia atrás en su silla y la miró con ojos abiertos y la boca levemente entreabierta también.

—¿Acaso no conoces a Tomás?

—Sí.

—Es el mago blanco más puro que conozco —frunció el ceño—, bueno, él y Primus. No lo entendería, no. ¿Y si..., y si se lo dice a las instituciones?

—¿Crees que haría eso? Le tienes muy poca confianza. Es tu amigo desde hace años, no creo que hiciera eso.

—Yo tampoco, pero ya ves lo que hace mi familia solo para seguir inmaculada, y Tomás es bastante rígido en eso.

Ysabel apretó los labios.

—Creo que no lo juzgas bien, es muy recto y siempre hace lo correcto, pero no por las normas. No creo que sea capaz de hacerte daño a ti solo por las normas.

—De todas formas, no lo entendería.

—Bueno, pues no puedes quedarte así. No puedes volver a tu casa, no tienes dinero para estar para siempre en posadas y aquí tampoco puedes quedarte más de unos días. Además, estamos hablando de todo tu futuro. ¿Qué clase de maga vas a ser?

—Blanca.

—Bien, ¿cómo?

—No lo sé.

—Pues tienes que apurarte a definirlo. En realidad, deberías haber tenido algún plan para esta contingencia.

—¿Tú creías que iba a fallar?

—No, pero tú sí estabas segura.

Johanna bajó la vista y se tomó el té. Hizo una mueca y casi le preguntó algo a Ysabel, pero decidió callarse y volvió a tomar otro trago, esa vez

controló mejor la expresión de su rostro.

—Tal vez, lo primero que tengo que averiguar es si hace falta que me una a una institución, ¿no? Después de todo, los exámenes de magia los pasé, así que soy maga.

—¿Y qué hace una maga que no está asociada a una institución?

Johanna se encogió de hombros.

—Bueno —Ysabel se puso de pie y llevó las tazas a la cocina—, eso es mejor que nada, empieza por ahí.

Johanna se levantó a su vez y vaciló.

—¿No sabes dónde hacerlo?

—Es que hubiera empezado por la biblioteca de mi padre.

Ysabel enarcó las cejas.

—¿Esto va a estar explicado en un libro?

Johanna suspiró.

—Está bien, tal vez..., tal vez... si vuelvo a preguntarle a Tomás, a él le sería un poco más fácil averiguarlo, ¿no? Supongo, no se me ocurre qué otra cosa hacer. ¿Cómo puede ser que sepamos tan poco sobre esto, los magos y las instituciones?

—No me mires a mí, yo no nací en una familia de magos.

Johanna volvió a enrojecer.

—Voy a empezar por allí, sí, buscaré a Tomás.

Miró de reojo la ropa de la bolsa.

—Déjala aquí —le dijo Ysabel—, de todas formas, tengo que quedarme a terminar algunos trabajos.

Johanna asintió y salió de la casa. Iría a buscar a Tomás. Mientras recorría las calles de los barrios más pobres del reino, recordó la conversación de los magos que había oído cuando ayudaba a Primus. Miró alrededor. Ella podría ofrecerse a eso, ¿no? Pocos magos querrían ese trabajo y ella podría hacerlo y a la vez estaría lejos de su familia. Tal vez incluso si le pagaran por ello podría alquilarse alguna habitación en forma permanente.

Se fue animando mientras más pensaba en esa idea. Sí, solo tenía que averiguar de qué exactamente habían estado hablando esos dos magos, a lo mejor ese era el plan que tenían, no estar atados a las instituciones. No, no tenía sentido, ellos pertenecían a una, pero seguro les serviría una maga en esas zonas, ella no necesitaba saber nada más, ¿no? Sí, tenía que dejar de meterse en temas que no le interesaban, ya bastantes problemas tendría por sí sola.

Se obligó a prestar atención a lo que ocurría a su alrededor, tenía que encontrar formas de ayudar a esa gente. Si se presentaba ante ellos con un plan, sería mucho más fácil que la escucharan. Era obvio que podían necesitar servicios de curación. Aunque ella no era especialmente buena con ese tipo de magia, podría hacer curaciones menores. También podía ayudar con la comida. ¿Por qué no llegarían hasta allí las creaciones de comida? No debería haber tanta gente pobre si con la magia...

Johanna frunció la nariz. ¿Es que la magia no sería suficiente? ¿Sería ese el problema sobre el cual estaban hablando?

Volvió a suspirar.

—Un paso a la vez, primero encontraré a Tomás, veré qué ha averiguado y, si es necesario, le contaré mi idea —se detuvo ante las puertas de la muralla interior de la ciudad—, ¿dónde podrá estar?

Trató de recordar el esquema de ayuda de su amigo. A lo largo de la semana, solía rotar por los distintos asilos y casas de caridad. ¿Cuál le tocaría hoy? Evitó la casa de sanación, no quería correr el riesgo de cruzarse con Primus. No tenía ni idea de dónde podría estar Sixtus, pero seguro que sus padres no pasaban mucho por allí. Se dio cuenta de que estaba a unas pocas cuadras del orfanato más grande. Era el principal, aunque hubiera otras casas pequeñas que también se ocupaban de unos cuantos niños huérfanos.

—Sí, es probable que esté allí.

Se acercó con decisión, pero vaciló ante la puerta. ¿La dejarían entrar? No estaba segura de qué tanto se habían extendido los rumores ni cuáles eran las consecuencias.

Miró el imponente edificio de tamaño considerable, pero de aspecto gris y descuidado, no era más que un cuadrado dividido dentro en varias habitaciones que nunca daban abasto. Allí era donde había conocido a Ysabel, su amiga había vivido casi toda su niñez allí.

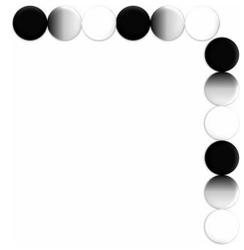
Johanna suspiró. Y ahora era ella la que casi era una huérfana. No como Ysabel, pero peor, porque sus padres lo eligieron así. Si su amiga podía sobrevivir, entonces ella también tendría que ser capaz de hacerlo. Inspiró con fuerza y entró al orfanato. Nadie le prestó atención mientras recorría los pasillos. Estaba lleno de niños, de los cuales muy pocos lloraban, pero todos se quedaban con la mirada clavada en ella a su paso. Ella los ignoró, no podía prestarles atención en ese momento. Siguió avanzando hasta que vio una espalda que reconoció.

—Tomás —susurró y se apresuró a acercarse a él, por suerte no había

ningún otro mago en esa habitación.

El muchacho se dio la vuelta apenas la sintió a su espalda y sonrió.

No era la primera vez que lo veía así.



Capítulo XV



EN UNA DE LAS TANTAS SALIDAS previas a la ceremonia, para acumular magia, Johanna acompañó a Tomás a una de sus visitas a la caridad para niños huérfanos. Su hermano mayor los había llevado hasta allí, pero luego los había dejado solos unas horas mientras él se iba a curar unos enfermos. Johanna ayudó a tratar a algunos de los pequeños, los asistió para comer, bañarse, con sus estudios, todavía no podía hacer magia. Se le hacía más difícil que a sus hermanos, definitivamente la caridad no era para ella. Se separó de Tomás y aprovechó para descansar un poco. Se sentó en las escaleras rotas y sucias de una de las alas posteriores, no muchas personas pasaban por allí. Se observó la ropa, estaba sucia, al igual que sus manos.

—Y también tu cara —dijo una voz desde las sombras.

Johanna pegó un salto y entornó los ojos. Había una niña allí, en el rincón, de su edad, bastante delgada, que la miraba con fijeza.

—Ahora estás sucia como nosotros, ¿qué piensas de eso?

Johanna se encogió de hombros. No le importaba, nunca había sido la niña impecable que su madre siempre había querido.

—No es nada que no salga con agua.

—Algunos tienen esa suerte —dijo la niña.

Johanna la miró.

—Eso es una suerte, sí, pero no mi culpa.

La niña ladeó la cabeza.

—No te pareces a los demás.

Johanna suspiró. La niña se levantó y con lentitud se acercó a ella, se sentó a su lado.

—Mejor —dijo—, no me gustan los rostros edulcorados que simulan

lástima.

Johanna sonrió.

—Eso no me sale bien.

La niña asintió.

—¿Estás sola? —se sonrojó Johanna—, me refiero a si tienes hermanos.

—No.

—Yo tengo dos.

«Y no tengo idea de por qué te digo eso».

—¿Los dos con que llegaste?

Johanna pestañeó.

—No, solo uno de ellos es mi hermano, el mayor; el otro es Tomás, un amigo.

—A él sí se le da bien.

—Sí —dijo Johanna.

Pasaron un tiempo más en silencio.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Johanna y volvió a enrojecer—. Lo que quise decir fue...

La niña sonrió.

—Vaya si eres mala. No necesito nada.

Johanna asintió, incómoda. ¿Estaría acumulando de la mala? Ya que no hacía nada bien... Se miró las manos, pero no se animó a invocar la magia.

—¿Qué se siente? —preguntó la niña.

—¿La magia?

—Tener hermanos.

Johanna frunció la nariz.

—Está bien, supongo, excepto cuando...

—¿Cuando qué?

—Cuando te comparan con ellos. —Bajó la vista y jugó con el pie y una piedra en el piso—. Es como si no te vieran a ti.

—Lo sé —dijo la niña con fervor—, sé cómo se siente eso.

—¿Cómo te llamas?

—Ysabel. Y no te diré nada más a menos que lo preguntes directamente.

—¿Qué pasó?

—Mi padre se enojó.

—¿Con quién?

—Con mi madre.

Johanna vaciló.

—Ella no se lo tomó bien, no esa vez.

Ysabel calló.

Se quedaron en silencio durante largos minutos.

—Lo siento.

—Yo no, no realmente, ahora estoy más tranquila.

—Pero estás sola.

Ysabel se puso de pie.

—Siempre lo estuve —sostuvo poniéndose en marcha, sin mirar atrás.

—Ahí estás —dijo Tomás, que veía acompañado de su hermano, él miró a Ysabel.

—Un caso trágico —comentó cuando se acercó—, pero no único. ¿Pudiste hacer algo por ella? —le preguntó a su hermana.

Johanna miró hacia donde se había ido Ysabel.

—No estoy segura, solo hablamos.

—A veces solo necesitan eso —dijo Tomás con calma.

—Es hora de irnos —informó su hermano y le tendió la mano.

Johanna se dejó llevar. En su casa, no dejó de pensar en Ysabel, buscó un poco de ropa y la preparó para el día siguiente. Su hermano sonrió y accedió a acompañarla.

—No te enfoques solo en una —sugirió su madre—, hay muchas instituciones.

—Sí —murmuró Johanna.

Encontró a Ysabel en el mismo lugar.

—Creí que te gustaría.

—¿Por qué?

—Yo no las uso.

—¿Son tus sobras?

Johanna suspiró.

—Es mejor que lo que tienes puesto.

Ysabel sonrió.

—Tal vez seremos amigas.



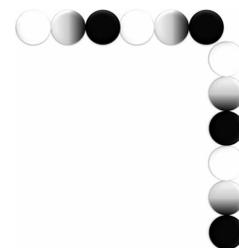
—NO ME GUSTA que vaya tanto —dijo Regina.

—Es bueno para ella —opinó su padre.

—Pero habla siempre con la misma niña.

—Se le pasará cuando empiece la escuela de magos.

—No —susurró Johanna—, no se me pasará.



Capítulo XVI



LLEVABA VARIOS DÍAS EVITANDO A SU FAMILIA. Los había visto de lejos en unas cuantas ocasiones mientras recorría la ciudad en busca de respuestas. El tiempo se estaba acabando y ya no sabía qué hacer. Tendría que abandonar la casa que compartía con Ysabel y no tenía tanto dinero como para permanecer semanas en una posada. Todavía no sabía qué hacer con su vida. Lo poco que había averiguado Tomás era que sí podía permanecer sin institución, pero entonces los trabajos que le daban eran muy mal pagos y esporádicos y casi nadie le prestaba atención. Era raro, ni siquiera los magos que pertenecían a familias ricas y no hacían nada se mantenían fuera de una institución. Además, la magia estaba regulada para ellos. ¿Por eso Iván no solía hacer muchas demostraciones?

Era todo cada vez más confuso y se sentía cada vez peor al darse cuenta de que no sabía casi nada del mundo en el que vivía. Siempre había pensado solo en que ser mago era pertenecer a una institución y hacer lo que esta te pediría. Pero no había pensado en lo que sería pertenecer a ninguna, ni qué harían esos magos, ni que en las afueras de la ciudad no había tantos magos como creía y que había gente como Ysabel.

«¿También existirá gente como yo? ¿Como Iván y yo?».

Nunca había pensado en ello tampoco, no por demasiado tiempo, siempre había creído que ella era la única diferente, los demás parecían estar tan amoldados a lo que hacían, eran blancos o negros y estaban felices con sus elecciones o con lo que la naturaleza elegía por ellos. Si bien se suponía que era por elección, nunca supo de nadie que cambiara de un lado al otro si no era como...

—Pero sí, oí de otros casos, hubo otros magos que hicieron lo contrario de

sus familias, pero siempre desde el principio, nunca comenzaron un tipo de magia y luego se pasaron. ¿O sí? No lo sé, tengo que averiguar.

Siempre se había mantenido alejada de los demás, porque se había sentido diferente, pero a lo mejor debería haberse acercado a ellos y entonces no se hubiera sentido tan sola, tan desorientada. Aquellos otros magos tendrían que haber sido como ella, al menos algunos. Arrugó la frente, pero no logró recordar el nombre de ninguno de ellos. Sería tan fácil si tuviera alguien a quién preguntarle.

Desde la mañana, estaba dando vueltas por la ciudad. Dentro de poco, tendría que abandonar la casa de la vieja costurera y todavía no sabía qué podía hacer. Lo de Tomás tomaba tiempo, él no parecía darse prisa.

—Claro —murmuró—, él en realidad no tiene ningún problema.

Se tapó la boca con la mano. No estaba bien pensar así de su amigo cuando siempre la había ayudado desinteresadamente. Se concentró en averiguar sus fuentes de magia. La negra estaba creciendo a pasos agigantados en esos últimos días, como si no pudiera hacer otra cosa más que pensar mal o enojarse con los demás.

Había terminado, como tantas otras veces, cerca de su casa. Era como si sus pasos siempre la llevaran en la misma dirección. Pero no podía ver a su familia todavía, no tenía nada que decirles, nada que no fuera una disculpa y, más allá de eso, no sabía cómo seguir la conversación. Ellos no la habían buscado, no lo habían hecho nunca y eso todavía le dolía. Ya iba a darse la vuelta cuando vio que la puerta se abría. No pudo evitarlo y se quedó a ver quién salía. Era su padre.

Johanna retrocedió, debía irse de allí. Pero entonces Héctor alzó la vista y se quedó muy quieto. La había visto. Johanna contuvo la respiración. Después de un instante, su padre se puso en movimiento y caminó directamente hacia ella. El pecho de Johanna se calentó.

«No me ignorará como mamá».

Lo dejó acercarse y se quedó esperando hasta que fuera él el primero que hablara. Su padre se veía como siempre, tal vez algo cansado, tal vez algo preocupado.

—No deberías estar aquí.

Johanna sintió que todas sus esperanzas, recién reiniciadas, volvían a romperse en pedazos.

—Yo... —vaciló— lo siento.

—No hiciste nada bien, hija, y ahora es mejor que te mantengas alejada. Al

menos hasta que podamos solucionar esto. —Suspiró.

—Yo no hice más que...

Héctor se acercó a ella y murmuró con fervor a su oído.

—Sabes bien a qué me refiero, ellos lo notaron, lo sospechan y ahora toda la familia está marcada, nuestra reputación está en juego.

Johanna agrandó los ojos.

—No soy... —bajó la voz a un susurro— maga negra.

—No, eres algo peor. —Héctor levantó la vista para mirar alrededor, se notaba tenso—. Algo que no debería existir. No sabes cuántos años..., no sabes lo frágil que es este equilibrio, desde que existe la magia, todavía hay tanto para hacer, esto no puede existir.

—¿Ustedes sabían?

Héctor la miró con fijeza por un momento.

—La magia es blanca o negra, no hay nada más, no puede haber nada más. Solo magos.

Johanna recordó la conversación en el orfanato.

—¿Cuál es el próximo paso?

Su padre la miró sorprendido por un momento, pero luego sacudió la cabeza y se recompuso.

—Mantente oculta durante un tiempo, hasta que arreglemos algo. No sé si podrás volver a la familia, pero tal vez lleguemos a un acuerdo.

—No sabes si podré volver... —repitió Johanna—, pero yo soy parte, soy tu hija. Nosotros somos los buenos.

—Pero también tenemos responsabilidades. —Volvió a mirar alrededor—. Ahora tengo que irme. Por favor, no vuelvas por acá.

Se alejó de ella con rapidez y Johanna se quedó allí un largo rato. Había tanto que no había entendido de esa conversación y tanto que sí. Como que su padre no le preguntó ni una sola vez cómo estaba, si necesitaba algo, ¡ni siquiera le preguntó qué era lo que había pasado! Solo le ordenó que se alejara. ¿Y esa era la familia a la que quería parecerse?

Frunció el ceño y se dio la vuelta con fuerza, se llevó por delante a varias personas, pero no le importó. Sentía que su magia estaba a punto de desbordar y le costó contenerla. Tenía ganas de liberarla, de dejarla arder, de que explotara con algo. Tantos años tratando de parecerse a personas a las que no les importaba. No, no podía ser como ellos, no sería como ellos. Todo había sido una gran pérdida de tiempo. Sintió cómo sus pasos la llevaban a la muralla interior, tenía tanto calor en el estómago que quería liberar el fuego,

era algo que le encantaba hacer. Sabía que crear fuego en realidad no era magia muy blanca, pero se sentía tan bien hacerlo. Podría lanzarlo contra la muralla y entonces...

—No, no —apretó los dientes—, no puedo atraer más atención sobre mí, no cuando todos están atentos a lo que ocurre, no cuando yo no sé lo que pasa.

Se encaminó, con pasos decididos, de regreso a la casa de la vieja costurera, pero Ysabel no estaba allí y la puerta estaba cerrada. La golpeó lo suficiente para que varios vecinos salieran a ver lo que ocurría, aunque volvían a meterse en sus casas cuando la veían a ella.

Ysabel regresó casi una hora después y ella ya sentía la marca de sus uñas en las palmas.

—¿Qué sucedió?

Johanna negó con la cabeza. No podía hablar, no podía emitir sonido en ese momento. Ysabel la miró una vez más y la tomó del brazo para arrastrarla fuera de la ciudad.

—¿Qué haces? —Johanna se resistió y un par de personas se volvieron a verla.

—Ven conmigo —masculló su amiga y no se detuvo hasta que llegaron al lago en el cual solían almorzar—. ¡Déjalo fuera!

Johanna la miró brevemente antes de convocar su magia, la fuente llena de magia negra, y hacer arder las aguas. Estas entraron en ebullición durante largos minutos antes de volver a acallarse. Johanna se sentó en la orilla, estaba cansada, pero se sentía mejor. Recién entonces miró alrededor y se dio cuenta de que estaban solas. Ysabel había ido a sentarse bajo uno de los árboles cercanos. Se encaminó hacia ella y se sentó a su lado.

—¿Mejor?

Johanna asintió.

—¿Qué pasó?

—Ví a mi padre hoy.

—Pensé que no querías ver a tu familia.

—No lo hice a propósito. —Las orejas de Johanna enrojecieron.

—¿Qué te dijo?

—Que me fuera, que me alejara, que había puesto a toda la familia en peligro —se le atragantó la voz—, no me preguntó cómo estaba ni si necesitaba algo. —Hizo un largo silencio—. Me dijo que yo no debería existir.

Ysabel guardó silencio y dejó que su amiga volviera a calmarse.

—Él no es nadie para decirte eso, todos tenemos derecho a existir.

Johanna levantó la vista, su amiga se veía fiera. ¿Cuántas veces le habrán dicho eso en el orfanato a ella? Sacudió la cabeza.

—Creo que se refería a otra cosa.

—¿A qué?

—Dijo que la magia es blanca o negra, que no hay otra, que no puede haber otra, que yo no debería existir.

—¡Entonces lo sabe!

Johanna bajó la vista.

—¿Johanna?

—¿Y si siempre lo supo? —susurró.

El rostro de Ysabel se suavizó, le puso una mano en el hombro.

—Lo siento.

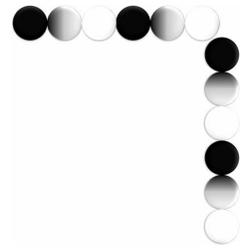
Johanna asintió y ambas dejaron pasar otro silencio.

—Sabes lo que eso significa, ¿no? —preguntó Ysabel.

—Tantas cosas: que no soy la única, que no es raro, que no quieren que se sepa, que no van a dejarme... ser maga.

Ysabel asintió y esa vez el silencio se quedó allí hasta que regresaron a la casa de la vieja costurera.

No hacía tanto tiempo que Ysabel vivía ahí. Johanna todavía podía recordar cómo había empezado a hacerlo.



Capítulo XVII



—YA TENGO LA SUFICIENTE EDAD para trabajar por mi cuenta —dijo Ysabel un día—, ¿sabes lo que eso significa?

—¿Que ya puedes trabajar por tu cuenta? —Johanna se secó un poco el pelo.

Ambas estaban sentadas a las orillas del lago donde les gustaba bañarse. El sol estaba tibio y estaban dejando que las secara a ella y sus ropas.

—Que tengo que dejar el orfanato —explicó Ysabel después de unos minutos.

Johanna detuvo su movimiento y, con las manos aún en el pelo, se volvió hacia ella.

—¿Y adónde irás?

Ysabel se encogió de hombros y bajó la vista para jugar con las piedras a sus pies.

—Podrás quedarte en casa hasta que consigas algo.

La cabeza de Ysabel se levantó como un resorte.

—¿En serio? ¿No le molestará a tu familia?

—Tenemos espacio y serás mi invitada. ¿Por qué no?

Su madre tenía el gesto apretado mientras preparaban una de las habitaciones de invitados para ella.

—Creo que no está feliz —dijo Ysabel cuando se fue.

—En general no lo está —comentó Johanna—, no te preocupes por ella. Mis padres y hermanos no suelen estar mucho en casa, la mayoría de las veces ni siquiera comemos juntos. ¿Ya sabes de qué trabajarás?

Ysabel suspiró y se sentó sobre la cama.

—Quiero entrar como aprendiz de costurera en algún lado, es la única

actividad mínimamente atractiva. Al menos, nadie me molestará mientras trabajo.

Ella había intentado de mesera unas semanas.

—No quieren muchas aprendices sin experiencia.

—Pero los aprendices nunca tienen experiencia. —Frunció el ceño Johanna—. No te preocupes, yo te ayudaré a encontrar algo.

—¿Tú?

—Sí, es más fácil contigo, ya tienes una idea.

—¿Todavía no te decides?

Johanna se sopló el flequillo de la cara.

—No sabes lo que son las instituciones, una más aburrida que la otra. Ninguna parece estar completa.

—¿Y las otras? —preguntó Ysabel—, ¿qué hay de las negras? Tienes suficiente magia negra acumulada para...

—Ssshh —dijo Johanna y echó una rápida mirada hacia la puerta cerrada—. No hables de eso aquí, nunca escucho cuando mis padres se acercan. No hay mucha información sobre ellas. De todas formas, no importa, yo soy blanca, como mi familia.

Ysabel apretó los labios.

—No es eso lo que yo veo.

—¿Y qué ves? —preguntó Johanna con furia.

—Eres una buena persona, de eso estoy segura, pero no eres como tu familia, eso también lo tengo muy claro. Por ejemplo, cuando veo a tu hermano mayor...

—¿Qué ves?

—Pura magia blanca. Bah, casi pura, nadie tiene un color solamente, por más ínfima que sea la otra parte.

Johanna todavía no entendía cómo Ysabel podía ver la magia que ella y todos tenían acumulada. No se hablaba mucho de ello en los libros, pero sí que cada persona almacenaba energía, entonces todos tenían algo de magia, aunque no pudieran invocarla. A lo mejor, se filtraba en sus actividades de otras formas. Ysabel solo podía ver la magia acumulada en las personas, nada más. A Johanna le había sorprendido más cuando supo todas las personas que tenían acumulación.

—¿Hasta cuándo va a quedarse? —preguntó su madre con mucha suavidad.

Estaban en el estudio de su padre y solo uno de sus hermanos estaba allí, el mayor.

—Necesita un poco de tiempo para convertirse en aprendiz, allí podrá vivir con su maestro.

—¿De qué busca? —preguntó su hermano.

—De costurera, es buena.

—Intentaremos ayudarla —dijo su padre.

—Yo quise averiguar —frunció el ceño Johanna—, pero la gente no me presta mucha atención.

—¿A quién le preguntaste? —indagó su madre—, no puedes acercarte a cualquier familia y...

—Ah, no, hablé en el centro, con los comerciantes, los criados.

La madre inspiró con fuerza.

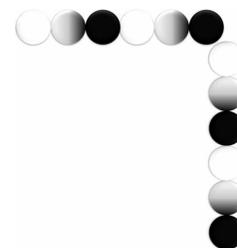
—No es del todo errado —comentó Héctor—, la joven se relacionará con ellos.

—Pero no Johanna —aseveró Regina—, ella debe juntarse con magos.

—Yo la ayudaré —propuso su hermano.

—Terminemos con esto —dijo su madre.

«Yo voy a seguir ayudando a Ysabel, *esto* no terminará».



Capítulo XVIII



—¿CUÁNTO TENEMOS ACUMULADO? —preguntó Johanna una mañana.

—¿Acumulado de qué? —preguntó Ysabel sin levantar la vista del desayuno que estaba preparando.

—De lo que me da mi hermano.

Su amiga enarcó las cejas.

—¿Te refieres a la comida? Nada.

—¿Cómo que nada? —Su mano quedó a medio camino de su boca. La cerró con lentitud—. ¿Nos comemos todo?

Ysabel se encogió de hombros.

—Sí, somos tres y tu hermano solo deja ración para una sola persona.

—¿Te quedas con hambre? —preguntó Tomás preocupado, a la vez que empujaba su plato hacia su amiga—. Toma, no debería estar comiendo de tu comida de todas formas, puedo conseguir en mi casa...

—No, no —dijo Johanna y, sonrojada, volvió a empujar el plato hacia su amigo—. Es que... estaba pensado...

—Lo que no es nada bueno... —murmuró Ysabel.

Johanna la ignoró.

—Creo que es momento de irnos.

—¿A dónde?

—No estoy segura, pero aquí no conseguiremos nada. ¿Y para qué debemos quedarnos de todas formas? ¿Qué hay aquí para mí? —Su mirada se desvió hacia su amigo, que la observaba con seriedad—. Por supuesto, no espero que ustedes vengan conmigo o que se queden. Es solo que me pareció que necesitaba comida para hacer el viaje.

—Se necesitan más cosas para hacer un viaje —dijo Ysabel.

—¿Cuánto has viajado? —preguntó Tomás.

Ysabel pudo ver por su expresión que no tenía mala intención, pero de todas maneras desvió la vista antes de contestar.

—Personalmente, no lo he hecho, en realidad, pero lo he visto. La gente necesita varias cosas para viajar y la primera de ellas es saber a dónde ir.

—Se precisa también ropa, dinero, al menos un mapa —enumeró Tomás.

—Lo sé —dijo Johanna, aunque estaba claro que se estaba enterando en ese momento—. No pretendo hacerlo mañana, pero sí en el futuro próximo. Tampoco pienso ir muy lejos, solo quiero salir de aquí, deseo tener tiempo para pensar.

—¿En qué?

—En el próximo paso.

—Bueno —dijo Tomás después de unos momentos—, alejarse para tomar un poco de perspectiva no es malo. Hay algunas aldeas alrededor que no conozco y no me vendría mal la experiencia.

—No tienes que venir conmigo si no quieres.

El muchacho asintió y siguió comiendo. Johanna se volvió hacia Ysabel, esta se encogió de hombros por segunda vez.

—Me da igual, si tengo donde dormir y comer, de todas formas, aquí ya perdí mi trabajo. —Frunció la nariz—. No es que me gustara, pero...

—Entonces tenemos que juntar lo suficiente para irnos un par de semanas —propuso Johanna, quien volvió a comer y frunció la frente en un gesto de concentración—. Supongo que podría pedirle a mi hermano que también me dé algo de dinero, yo tengo ahorrado, aunque ahora no pueda entrar en mi casa. Él debería poder conseguirlo por mí.

—Averiguaré sobre un mapa y unos caballos —ofreció Tomás.

Ysabel gruñó por lo bajo.

—¿No sabes montar? —preguntó Johanna algo sorprendida.

—¿Y cuándo crees que aprendí? ¿Mientras limpiaba el orfanato?

—Perdón.

Después de unos minutos de silencio, Ysabel se acomodó en su asiento.

—No, perdona tú, estoy un poco irritable. No sabía que me molestaría tanto que me echaran del aprendizaje.

—Creí que no te gustaba —comentó Tomás.

—Lo odiaba —sonrió Ysabel—, pero era muy buena en ello.

Los siguientes días los pasaron obteniendo todo lo necesario para salir de la ciudad. El hermano de Johanna consiguió sus ahorros e incrementó la

cantidad de comida. En cierta forma, parecía aliviado de que se fueran y eso le dolió a su hermana, aunque no se lo dijo a nadie. Tomás consiguió dos caballos y una mula, que supuestamente sería más fácil de montar para Ysabel, ya que iría atada a su caballo. Intentaron acumular toda la comida posible y dejar el dinero para poder pagarse un techo durante el tiempo que pasaran en las aldeas. No tenían una dirección fija, solo deseaban alejarse un poco.

—¿Qué dijo tu familia? —preguntó Johanna a Tomás la mañana que se disponían a salir.

Era temprano en la mañana y los negocios se preparaban para abrir. La gente caminaba a su alrededor como si ellos fueran invisibles. Ellos parecían estar acostumbrados a ello, como si siempre hubieran vivido en su pequeña burbuja. El sol ya había salido entre los tejados, aunque aún era demasiado temprano para que las demás familias estuvieran en la calle.

—Solo les dije que haría un pequeño viaje por las aldeas, seguro que en algunas necesitan de un curador.

Johanna torció el labio. Eso era cierto, para él no sería difícil ir a donde quisiera y siempre sería bien recibido. Si solo para ella fuera tan fácil...

—¿Ya estamos? —preguntó Ysabel, que había terminado de atar la última bolsa a la mula sobre la que viajaría.

Johanna observó el edificio que dejaban atrás y suspiró. Se forzó a no mirar en la dirección que llevaba a su casa ni a la de su maestro.

—Sí —dijo—, vamos.

Tomás ayudó a Ysabel a montar y abrió la marcha hacia las afueras de la ciudad. Pocas personas les prestaron atención, la mayoría solo se apresuraba a salir de su camino.

—Hoy el agua se ve muy atractiva —dijo Ysabel cuando pasaron por el lago que solía visitar con su amiga.

Johanna lo miró con tristeza y la recorrió un escalofrío, no podía pensar en aquellos hombres cada vez que pasaba por allí. Nunca se había animado a preguntarle a Ysabel si ella pensaba en eso alguna vez.

—Sí —murmuró y desvió la mirada.

No les llevó mucho tiempo abandonar las pocas casas que se levantaban fuera de las murallas exteriores, incluida la que había pertenecido a Ysabel, aunque desde allí no pudiera verse. Johanna notó que su amiga nunca miró en esa dirección. El valle era verde y se atisbaba un bosque no muy lejano. El camino que salía de la ciudad llevaba directamente a él. Tomás había dicho que lo atravesaba antes de llegar a la primera de las aldeas externas a la

ciudad. Él ya la conocía y era una de las más grandes. Deberían estar llegando para esa noche y podrían encontrar un lugar donde dormir.

Esa noche, acamparon en el bosque. Johanna encendió una fogata sin problemas y se quedó mirándola mientras Tomás se ocupaba de los caballos e Ysabel preparaba la comida. Estos últimos intercambiaron varias miradas, pero no la interrumpieron. Fue la última en dormirse y la primera en despertar en la madrugada. Podía sentir las respiraciones de los dos. ¿Qué estaba haciendo llevándose los con ella? Tomás tenía su familia, una que lo quería, poseía una carrera que sería brillante, ¿cómo podía forzarlo a abandonar todo aquello? ¿Y qué haría con Ysabel? No podía ocuparse de ella, ni siquiera podía ocuparse de sí misma.

Siguieron camino hasta la aldea, pero Johanna estaba cada vez más callada. El lugar era un poco más amigable que la ciudad, pero no tanto. Había varios magos por allí, todos ellos blancos, y eso hizo que Johanna se sintiera un poco incómoda. Podía sentir las miradas de ellos sobre su espalda cada vez que se volvía.

—Hay otras aldeas cerca, no te preocupes —dijo Tomás mientras examinaba el mapa esa noche, se estaban quedando en una de las posadas de la aldea. Era muy humilde, pero era la única que no tenía otros huéspedes.

Partieron a la mañana siguiente. La próxima aldea era más pequeña, sobre todo compuesta de artesanos que cada tanto viajaban a la ciudad a vender sus productos. A nadie le importaban los magos y muchos de ellos solo sonreían cuando Tomás se ofrecía a curarlos y seguían caminando como si ya se hubieran olvidado de que estuvieran allí.

—No soy muy amables —dijo Ysabel.

Tomás vaciló.

—¿Hay otra aldea? —preguntó Johanna.

—¿Qué tan lejos quieres ir?

Ella no lo sabía, solo lo suficiente para que sus pensamientos no la alcanzaran. ¿Qué tan lejos era eso? Se encogió de hombros.

—Una más amigable.

Tomás sonrió.

—Pues no suelen detallar eso en los mapas.

Lo estudió con seriedad. Ysabel señaló algo.

—¿Qué es esto?

—Es una aldea muy pequeña, está en las afueras del bosque, cerca de un pequeño río. —Levantó la vista hacia Johanna—. ¿Qué piensas?

—Está bien —dijo esta y poco después se puso de pie—, voy a dormir.

Allí, en la pieza sola, seguía pensando. ¿Qué era lo que estaba haciendo? No tenía destino, no tenía un plan, no tenía nada. Estaba dando vueltas como si por alguna casualidad las respuestas tropezaran con ella. Tenía ganas de hablar con sus hermanos, incluso con sus padres. Y con su profesor. Pero ninguno de ellos estaba disponible. Solo tenía a sus amigos y ellos la estaban siguiendo a ella, como si ella supiera algo.

Esa vez, cuando atravesaron el bosque, algo falló en el mapa de Tomás, porque por más que quisieron no lograron llegar hasta el río que estaba allí marcado. Pronto perdieron la cuenta de los días que llevaban dando vueltas. Se les había acabado la comida y, si bien tenían dinero, no sabían dónde comprar más. Habían intentado cazar pequeños conejos que había alrededor, pero ninguno de ellos tenía el suficiente conocimiento. El agua se terminó pronto y ya llevaban dos días sin tomar más que el rocío acumulado en las grandes hojas de las plantas que los rodeaban, cuando Tomás encontró una señal en el mapa que los llevaría de regreso a la última aldea en la que habían estado.

—Creo que por fin ahora sabemos el camino —dijo él mientras se recostaba contra un árbol para descansar los pies. Tenía el rostro enrojecido, aunque era poco el sol que se filtraba entre las hojas.

Las jóvenes estaban a su lado, ambas jadeaban con lentitud y se masajeban los pies.

—Creo que mañana podremos estar llegando allí, tal vez en la noche.

—¿Y por qué no ahora? —cuestionó Johanna.

—¿Tú puedes seguir caminando? —preguntó Ysabel.

—Lo siento —murmuró la otra y desvió la mirada.

Después de un largo silencio, Ysabel se puso de pie.

—Haré la cena.

Ninguno de los otros dos contestó. Sabía que se refería a buscar las pocas plantas comestibles que encontrara, cualquier cosa de la que pudieran exprimir unas cuantas gotas de líquido. Se alejó con una alegría sospechosa, demasiado forzada.

—No te desanimes —le dijo Tomás a Johanna mientras curaba las heridas en las plantas de sus pies.

Ella intentó sonreír. Pero tenía un nudo en el pecho, no solo por la situación en la que estaba, sino por haberlos arrastrado a ellos. Y además, Tomás estaba gastando toda su magia acumulada en curarlas a ellas, no duraría

mucho tiempo si no tenía la posibilidad de regenerarla.

Esa noche, Johanna esperó a que sus dos amigos se durmieran antes de sacar un pequeño pedazo de papiro que llevaba en su mochila y redactar una rápida nota. La dejó cerca de Tomás, porque sabía que Ysabel podía llegar a romperla sin leerla. Sin hacer ruido, se levantó y se alejó de allí, cuidándose de ir en la dirección contraria a la que tomarían ellos. Esperaba que lograran llegar a salvo. En parte, se sentía mal por dejarlos solos, pero sabía que Tomás lograría encontrar el camino de regreso en algún momento y al menos ella ya no sería una carga para ninguno de los dos.

Caminó en medio de la noche, que era más clara de lo que había esperado y también más silenciosa. Cuando creyó estar lo suficientemente lejos, dejó de preocuparse por el sonido de sus pasos y se dedicó a mirar alrededor mientras caminaba sin rumbo. ¿Qué sentido tenía ponerse uno? De todas formas, hacía tiempo que no tenía idea de lo que hacía. Caminó hasta que salió el sol y estaba ya agotada, con más hambre y sed de la que había tenido hacía unas horas y con los pies adoloridos. No los había dejado descansar después de la curación de Tomás. Y ahora sí estaba completamente sola.

—Como siempre lo has estado —murmuró para sí—, al menos ahora no harás daño a nadie más.

Se tuvo que haber dormido en algún momento, porque se despertó al sentir el ruido de unos pasos que se acercaban. Sacudió la cabeza, pero a esa altura era imposible sacarse del pelo las ramas y hojas que se habían acumulado allí, estaba tan sucio que estaba casi rígido. Y no quería ni saber cómo olía. Le dolían los brazos y las piernas, así como la cabeza y la garganta. Le costaba tragar saliva, que era el único líquido que parecía haber tomado en días. Hacía rato que había abandonado el bosque y se hallaba en una llanura interminable y seca. Parecía que no se usaba ni para cultivos ni para ganado. No se veía nada a la distancia, ni agua ni caminos. Solo el ruido de pasos que se acercaban.

Johanna levantó la cabeza de la gran roca que la ocultaba y miró con cautela.

—¡Ahí estás! —aulló Ysabel—, apenas llegue junto a ti...

Johanna suspiró y se descubrió sonriendo. Estaba feliz de que la hubieran encontrado. No deberían haber ido en esa dirección, sino que tendrían que haberla dejado sola, deberían haber regresado a la ciudad, a la seguridad. Pero allí estaban y ella se sintió feliz, porque hacía un momento estaba sola y no sabía qué hacer. Se levantó y salió de detrás de la piedra. Ysabel caminaba

colgada de un hombro de Tomás, casi no apoyaba el pie derecho.

Johanna se apresuró a llegar a ellos.

—¿Qué sucedió?

—Solo un esguince —dijo Tomás con el gesto serio—, pero también tiene un corte feo que no quiero que se infecte —suspiró—, pero ya no tenemos agua y no encontramos por ningún lado.

Miró esperanzado a Johanna, pero esta negó con la cabeza.

—Quiero sentarme, ayúdame a llegar a esa piedra —pidió Ysabel y señaló aquella tras la cual Johanna había estado escondida unos minutos antes.

Entre ambos, la ayudaron a sentarse y luego se sentaron ellos. Aunque Tomás enseguida se acuclilló para revisar el pie de Ysabel y volver a vendarlo.

—¿Qué creías que estabas haciendo?

Johanna no contestó.

—Estoy hablando contigo. —Ysabel le clavó el dedo en el hombro—. ¿Acaso estás tan loca? Irte sola sin comida ni agua ni el mapa, ¿qué era lo que intentabas? —Clavó a su vez la mirada en su amiga.

—No quería meterlos en más problemas —murmuró Johanna—, pensé que volverían a la ciudad.

—Entonces es que no nos conoces nada —bufó Ysabel.

—No íbamos a dejarte aquí sola y sin recursos —agregó Tomás.

Johanna suspiró.

—Hubiera sido mejor que se fueran. —Elevó los brazos—. Lo cierto es que no sé lo que estoy haciendo, no tengo ni idea. —Volvió a bajarlos y se limpió la ropa, algo ya imposible sin agua ni jabón—. No sé lo que estoy buscando, solo un lugar, un lugar donde...

—¿No quieres ser mágica? —preguntó Ysabel.

—¡Claro que sí!

—¿No quieres ser blanca? —preguntó Tomás.

—Sí —esa vez lo dijo con menos énfasis—. Sí, quiero —repitió—, pero creo que no puedo. No puedo... —Se calló y apretó los labios.

—Puedes decirnos a nosotros —dijo Ysabel—, de todas formas, yo ya lo sé.

Johanna la miró de reojo.

—¿Quieres que lo haga primero? —preguntó su amiga—. ¿O ya se lo contaste?

—¡Claro que no! ¿Por quién me tomas?

—Hasta unos días creía que eras más sensata, pero ahora. —Ysabel suspiró y luego se volvió hacia Tomás—. ¿Qué tanto sabes de la magia en no mágicos?

El muchacho frunció el ceño.

—Siempre hay una pequeña acumulación, pero ellos no pueden usarla.

—Eso no es del todo cierto o preciso —explicó Ysabel—, yo puedo ver la magia en los demás, cuánto tienen acumulado. Y veo que no tienes casi nada, así que deja ya mi pie en paz, se curará solo.

—¿Eres mágica?

—No, no puedo usar nada, solo puedo verlo en los demás y en mí solo muy poco.

—Pero siempre me han dicho...

—Eso es porque no nos cuentan todo —intervino Johanna—, por eso creo que lo que me pase a mí le tiene que pasar a otros o al menos le tuvo que pasar a alguien más. Por un momento, creí que mi profesor... —sacudió la cabeza—, pero no, tal vez también me equivoqué en eso.

—Solo estás confundiendo al muchacho —dijo Ysabel y Johanna notó que Tomás la miraba con un gesto extraño.

Intentó que su voz sonara lo más suave posible.

—Cuando acumulo magia, por más buenas acciones que haga, no acumulo solo de la blanca. Y cuando quiero usarla... No sé cómo explicarlo. ¿Recuerdas que una vez te pregunté cómo se sentía? Bien, yo siento eso, pero también hay algo más. Cada vez que busco mi magia, hay dos fuentes y siempre se me cruzan. —Se frotó el rostro, frustrada—. No sé bien cómo explicarlo. No puedo hacer los hechizos que son blancos, no bien al menos, siempre se me tuercen porque la otra fuente se mete en el camino, se entrelazan...

—Las magias blancas y negras no se entrelazan —replicó automáticamente Tomás, como si estuviera recitando de un libro—, se mantienen separadas.

—Eso era lo que yo creía, pero no puedo seguir negando la verdad. A mí se me cruzan, siempre fue así.

Dejó que pasaran varios minutos de silencio hasta que cada uno pudiera incorporar lo que se había dicho. Comenzó a correr una brisa fresca que anunciaba el próximo descenso del sol. No había nada más a la vista que un horizonte lejano y piedras salpicadas a lo largo y ancho de aquel valle vacío.

Johanna se levantó y rodeó la roca.

—Supongo que podemos quedarnos aquí esta noche. No es mucho, pero las

rocas abrigan un poco del viento que corre de madrugada.

Ysabel, con su ayuda, rodeó la roca y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en ella.

Tomás tardó en alcanzarlas. Cuando se sentó, todavía estaba en silencio.

—No sé si es mejor estar en el bosque o no —dijo al fin Ysabel.

—¿Tienes el mapa? —preguntó Johanna—. ¡Tomás!

Ella se volvió hacia su amigo, que la contempló unos segundos antes de entregarle el mapa en silencio.

Johanna bajó la vista hacia el mapa y murmuró:

—Entiendo si ya no quieres ser mi amigo.

—¿Por qué siempre dices eso? —Tomás ladeó la cabeza—. ¿Por qué creías que no iríamos contigo? Para alguien que dice que se le mezclan los lados buenos o malos, eres muy extremista. —Sonrió brevemente—. No dejaré de ser tu amigo solo porque eres distinta. Te conozco desde hace años, eres buena persona, de eso estoy seguro. Pero siempre supe que había algo más, que tenías dudas, pensé que eran las presiones familiares, como las tenemos todos. Pero esto que dices... —inspiró—, no sé cómo ayudarte con esto. Aunque eso no quiere decir que vaya a dejarte.

Johanna contuvo un gemido y se limpió los ojos con rapidez antes de murmurar un rápido gracias y volver al mapa.

—Yo tampoco —dijo Ysabel—, aunque no es que tenga mucho más que hacer o a dónde ir. Al menos contigo —miró a Tomás—, con los dos ahora, no tengo que fingir algo que no soy.

Tomás pestañeó.

—Siempre supe que había muchas cosas que no nos decían, pero la magia siempre la había considerado simple, un absoluto, una sencillez en la vida, una de las pocas.

Johanna vaciló, pero antes de que pudiera hablar, oyeron pasos y voces. Alzaron la mirada, pero desde allí no se veía nada. Era cierto que había oscurecido, pero todavía no lo suficiente como para que no se viera a las personas que se acercaban. Guardaron silencio y se apretujaron contra las rocas.

—Deberíamos hablar con ellos —susurró Tomás.

—Espera —dijo Johanna con cautela—, primero escuchemos un poco, a ver si podemos descubrir sus intenciones.

Las voces eran tres, dos hombres y una mujer. Hablaban con ligereza y la respiración entrecortada de quienes también van a paso ligero. Cada vez

estaban más cerca. Conversaban sobre ganado y sobre la próxima cosecha, faltaba poco para el verano y tal vez necesitaran mano de obra de otras aldeas.

Tomás le hizo un gesto a Johanna antes de ponerse de pie. Esta apretó los labios, pero no se lo impidió.

Las voces y los pasos se detuvieron al instante.

—Buenas noches —sonrió Tomás—, espero no haberlos sorprendido. Estamos perdidos y...

—¿Cuántos son? —preguntó uno de los hombres con suspicacia.

—Tres —dijo Tomás con calma—, una está herida y ya no tenemos más comida ni agua. Si pudieran ayudarnos con algún lugar donde quedarnos... Tenemos dinero.

Hubo un silencio antes de que se escucharan más pasos. La mujer había dado la vuelta y se había acercado a la roca. Casi al instante dio un paso atrás y se frotó la nariz.

—Sí que huelen mal, se ve que hace mucho que están perdidos.

Uno de los hombres rio por lo bajo.

La mujer volvió a mirar a Johanna y a Ysabel y luego regresó a Tomás.

—Eres un mago.

—Sí —asintió él—, curandero, si les sirven mis servicios, podría...

—Ya no te queda magia —comentó el tercer hombre e Ysabel se volvió hacia él enseguida, pero no dijo nada.

Tomás se movió incómodo y miró de reojo a Ysabel, vaciló.

—Lo sé, pero puedo acumularla. A Ysabel le llevará un par de días recuperarse de su pie.

Johanna se puso de pie.

—¿De dónde vienen? No alcancé a ver ninguna aldea por aquí.

—Será que no habrás mirado bien —repuso el primero de los hombres.

La mujer se volvió a juntar con los demás y cuchichearon en voz baja mientras lanzaban insistentes miradas hacia ellos. Sobre todo, el tercer hombre, que no quitaba la vista de Johanna. Finalmente, fue este el que se acercó y le habló directamente a ella.

—¿Lo sabes?

—¿Qué cosa? —preguntó Johanna con el ceño fruncido.

El hombre le mantuvo la mirada, en silencio. Ella se preguntó qué era lo que estaba indagando. No podía ser..., él no podía saber. Pero sí, había visto los niveles de magia de Tomás, podría ver también los de ella. Pero ¿podía confiar en ellos, podía decirles? De todas formas, ya sabía. Se mordió la

lengua. No era lo mismo que supieran a que ella lo confirmara. ¿Quiénes eran esas personas? Se volvió a mirar a Ysabel y Tomás, estaban sucios, agotados y hambrientos. Si podía conseguir un refugio para ellos, tenía que hacerlo. Ya se preocuparía después por ella.

—Sí —dijo y el hombre le mantuvo la vista unos minutos más antes de asentir.

—Pueden venir con nosotros, si luego olvidan dónde estamos. Solo somos una aldea más.

—Si hay agua caliente y comida —dijo Ysabel—, puedo decir que ni siquiera los vi. Fueron ángeles o hadas, como quieran.

La mujer sonrió.

—Pues de eso no se preocupen, hasta que no pasen por agua y jabón no entran a mi casa, ni mucho menos se sientan a comer.

Ayudaron a Ysabel a ponerse de pie y caminaron detrás de ellos con las pocas pertenencias que tenían. Johanna, cada tanto, echaba una ojeada al tercer hombre, pero no se animó a dirigirle la palabra. Además, estaba muy cansada. Como por arte de magia, llegaron a una pequeña aldea rodeada del valle en el que estaban. No sabían cómo podía ser que no la hubieran visto, pero estaban tan cansados que no preguntaron más. Después de un baño y una cena, quedaron dormidos al instante.

Cuando Johanna se despertó al día siguiente, el sol ya llevaba casi medio recorrido hacia lo alto del cielo. Ysabel seguía durmiendo, pero Tomás había salido a caminar. Seguramente, a hacer buenas acciones para rellenar su magia. Ella fue hasta el comedor y se encontró con la mujer.

—Querrás desayunar, supongo.

—Sí —dijo ella y se sentó a la mesa.

Mientras esperaba, no dejaba de mirar alrededor.

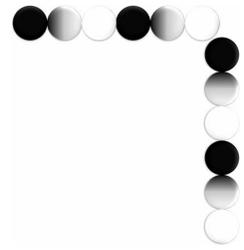
—Él está con el ganado hoy, no volverá hasta la tarde —comentó la mujer.

—Ah —musitó ella algo desinflada.

—Pero si caminas por la aldea, seguro encontrarás alguien con quien hablar.

No le dijo nada más, ni ella lo preguntó. Pero estaba segura de que allí sabían, sabían lo que ella estaba buscando. Allí estaban sus respuestas. Por un momento, estuvo feliz de que Ysabel tuviera el pie lastimado, así podría quedarse allí un tiempo. Aunque no estaba bien pensar así. Sin embargo, deseaba permanecer allí más tiempo. ¿Qué pensarían sus amigos? ¿Se quedarían con ella? Sabía que le habían dicho que no la dejarían sola. Pero sin

duda, no habían pensado en algo permanente. O podrían venir solo de visita. Johanna salió a caminar por la aldea, que ya sentía su hogar.



Capítulo XIX



—TOMÁS —lo llamó Johanna apenas lo vio y le hizo señas para que salieran del orfanato y fueran hacia uno de los callejones cercanos.

Había allí unos niños jugando, que se alejaron corriendo apenas los vieron. Tomás parecía incómodo.

—Perdona que te moleste otra vez —dijo Johanna a la vez que se retorció los dedos—, pero necesito tu ayuda, no tengo a nadie más...

El rostro de Tomás se puso serio.

—Todavía no puedo creer que tu familia..., que tu padre haya hecho eso.

—Tú hablaste con Sixtus —comentó Johanna a la vez que miraba hacia otro lado.

Tomás asintió.

—Siempre podrás contar conmigo, siempre.

Johanna levantó la vista y lo miró de frente. Sonrió.

—Gracias, no sabes lo que eso significa para mí.

Tomás volvió a asentir.

—¿Qué necesitas?

—No creo que las instituciones me escuchen si voy por mi cuenta. Tengo que contar con algún respaldo y mi familia no lo hará.

Tomás vaciló.

—Sé que es mucho lo que pido, pero tu familia es la más blanca que existe, tu trayectoria es impecable.

—Lo sé —dijo Tomás.

Johanna desvió la mirada.

—Sé que no querrán contaminarse con...

—No digas eso, no es así, es solo que mis padres... Sabes que mi madre

está enferma y mi padre es un poco rígido para estas cosas, si tu familia estuviera unida...

—Entiendo. —Johanna empezó a alejarse, pero Tomás la paró al tomarla por el brazo, aunque la soltó con bastante rapidez.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerte nada.

Johanna asintió.

—Encontraremos una manera, no te preocupes, resolveremos esto.

Ella volvió a asentir antes de irse en silencio. A pocas cuadras, la esperaba Ysabel, quien se puso a caminar con bríos apenas su amiga la alcanzó.

—Ya sabía yo que no iba a funcionar.

—No me dijo que no.

—No, Tomás no te diría eso nunca, pero él sabe como yo que no funcionará.

—Su familia es buena, lo que le pido que haga es bueno, ¿acaso no tendrán compasión?

—Tú no les reportas ningún beneficio, perdóname que te lo diga así, pero así son las cosas en esos lugares. Se actúa por caridad, pero no solo por eso. Además, creo que, si están solos, tampoco lo harán, tal vez si convencieras a más familias...

—Ninguna querrá ser la primera.

—No tienes por qué pensar en ellas, hazlo por ti misma.

—Nadie me escuchará, Ysabel, no sabes cómo es eso.

—¿Que no sé cómo los poderosos tratan a los que están más abajo?

—No me refería a eso. —Suspiró Johanna, pero no agregó nada más, porque en realidad había querido decir algo similar.

—Además, ¿qué voy a decirles? Todavía no sé qué es lo que tanto me ocultan. No sé cómo puedo encajar mi magia con la de ellos. ¿Qué puedo decirles? ¿Que voy a hacer magia blanca y cada tanto acumulo magia negra que puedo liberar en el lago?

Sacudió la cabeza.

—No, no tiene ningún sentido, no tengo nada para decirles.

—Pero quieres una reunión con ellos.

—Quiero una reunión donde me den más tiempo, donde tenga acceso a más información, donde pueda averiguar qué hacer después.

Ysabel la miró asombrada.

—Ese plan no suena tan mal.

Johanna sonrió.

—Pensaste que era demasiado tonta.

—No, nunca pensé que eras tonta, solo...

—¿Qué?

—Que no te importaba preocuparte por estas cosas, que no le prestabas atención a cómo actuar.

—Tal vez presté menos atención de lo que debía, pero después de todo, viví con mi madre, ¿no?

—Sí, y no es un mal plan, pero no creo que lo logres con la ayuda de la familia de Tomás, no te harán caso, son demasiado rígidos.

Johanna suspiró.

—Entonces, no tengo más opciones.

—Entre los magos, no.

—Y entre los no magos no me sirve, perdona que te lo diga así, pero a las instituciones no les importará lo que diga alguien que no es mago.

Ysabel asintió.

—Sí, es cierto, pero no me refería a eso. Tal vez no me expliqué bien, no digo entre los magos, sino entre los magos de las instituciones.

—No conozco a ninguno.

—Habrá que buscarlos, deben estar por ahí.

Johanna vaciló y miró a Ysabel de reojo. Ya habían cruzado la muralla interior y estaban en la parte de las casas externas del reino. Johanna se acercó y bajó la voz.

—¿Conoces a otras personas como tú? Tal vez..., tal vez alguno...

—No conozco a ninguno que sea mago y no lo diga, pero tampoco hablo mucho de eso, ninguno de los demás lo hacemos. Quizás alguno conozca a alguien. No te puedo asegurar nada.

Johanna sonrió.

—Te lo agradecería.

Ysabel masculló o gruñó algo por lo bajo y se alejó por su cuenta, tenía un encargo que cumplir. Johanna siguió sola.

No podía esperar a que Tomás encontrara una forma, si lo hacía, ni tampoco esperar a Ysabel, por algo que no sabía si existía. Al final, ella tenía razón: la familia de Tomás era demasiado conservadora, no la ayudarían.

Nadie la ayudaría y no podía hacerle caso a nadie, que se quede callada, alejada, que busque gente como ella, pero ¿qué era ella? No, tendría que encontrar su propio camino, debía mirarse a sí misma por primera vez y

realmente entenderse, comprender lo que veía antes de poder encontrar otras personas que fueran como ella o, al menos, parecidas.



ESTABA DESPIERTA sin dormir a mitad de la noche, como sucedía en las últimas madrugadas. No estaba muy segura de lo que sucedía. Cada vez que creaba magia, se acumulaba de las dos y salía de las dos. A veces un poco más de una y a veces un poco más de otra. Ya no podía controlarlo y se dio cuenta de que ya ni siquiera quería hacerlo. No podía seguir a ninguno de los dos extremos. Pensó en su amigo. Podía sentir su respiración del otro lado del cuarto. Estaban durmiendo en un establo abandonado. Su amiga era buena para encontrar esos refugios, había tenido que buscarlos toda su vida. Si no fuera por Ysabel, ella no sabría qué hacer. Y allí estaba también Tomás, ¿qué hacía él allí? Tenía una buena familia y la magia de la buena era natural para él. Varias instituciones se habían peleado por él y, sin embargo, allí estaba, junto a ella, en medio de la nada, ayudándola a hacer ¿qué?

Porque no tenía idea de lo que estaba haciendo. Se dio la vuelta de costado. La respiración más calmada de su amiga le daba en su cara. ¿A qué había arrastrado a esas dos personas? Le preocupaba más él, tenía mucho que perder. ¿Y qué pasaría con Ysabel? ¿Qué ocurriría si descubrían lo que podía hacer?

Se levantó con sigilo y salió a la noche. Era clara de estrellas y fresca. Ni siquiera sabía dónde estaba.

—En ningún lado —musitó.

Ni aquí ni allí. No la quería ningún bando y ambos la perseguían, ¿por qué? Recordó las palabras de su profesor cuando la dejó ir (tenía que seguir siendo bueno si lo hizo). Tenía que elegir, irse con el bando contrario o desaparecer. Se abrazó a sí misma. La recorrió un escalofrío que no tenía nada que ver con la brisa. ¿Desaparecer? Era una amenaza. Pero lo que más le preocupaba era que quería que se uniera al bando contrario. Era como si quisieran eso los dos. La forzaban a elegir, a hacer magia de la contraria. ¿Por qué? Para ser el problema de alguien más. Suspiró. Seguía sin tener sentido.

—¿Quieres que te ayude a dormir? —sugirió con suavidad Tomás.

Ella lo había oído acercarse y sabía que la otra también estaría despierta. Negó con la cabeza.

—Es que no lo entiendo.

—Yo tampoco, antes eran más tolerantes con los que cambiaban, tu profesor...

—Lo presionaron, pero ¿por qué? ¿Por qué ahora? ¿Qué es lo que les molesta de mí?

No hacía falta que lo dijera en voz alta, no servía para ninguno de los dos tipos, estaba en el medio, ese era el problema.

—El medio —murmuró.

Se giró hacia Tomás.

—Creo que ya lo sé.

—¿Qué? —preguntó él mientras la seguía dentro del establo.

Su amiga se hizo a un lado y luego cerró la puerta. Ella se sentó e invocó su magia, las dos, las entrelazó mientras llamaba al fuego. Era difícil para un mago blanco, era peligroso. Y a los magos negros solía salirse de control, pero ella pudo manejarlo sin problemas.

—¿Magia negra? —murmuró su amiga con el ceño fruncido y sacudió la cabeza—, no, siento la blanca también.

Levantó la cabeza, confundida.

—¿Qué es?

—Gris —dijo con suavidad él y luego sonrió y la miró con orgullo.

—Gris —asintió ella—, ni blanca ni negra, y las dos a la vez, se siente bien. Esto es lo que querían reprimir, no quieren que se sepa.

—¿Por qué no?

—Porque afectaría el poder, el balance —explicó él.

—No puede ser la primera vez que sucede. —Ella se calentó las manos frente al fuego. Recordó la aldea que habían visitado días antes, lo extraña y familiar que le había parecido a la vez—. No puedo ser la única.

«No quiero estar sola».

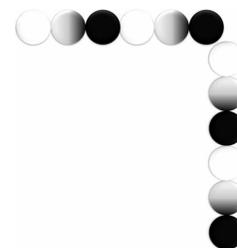
—Creo que tienes razón —dijo él con pausa—, no puedes ser la única, tuvo que haber otro caso antes, hace siglos que tenemos magia y...

—¿Yo no puedo ser tan especial?

—No, quiero decir..., las probabilidades.

«Sí, tiene que haber otros».

—Tiene que haber otros, el profesor parecía saber, no es algo nuevo. Los encontraré.



Capítulo XX



LA TEORÍA ERA SIMPLE: si ella existía y si los demás magos de la comunidad gris existían, entonces tendrían que existir otros, incluso dentro de las instituciones. Era lógica pura, había más magos grises y ella los encontraría. Así como los demás los habían ignorado, ella los buscaría y los acogería. Aunque tuviera que regresar a la ciudad...

Johanna se quedó mirando la hoja en blanco que tenía enfrente. Era fácil, sí, pero ¿dónde empezar? Y, más difícil aún, ¿cómo contactarlos? Aun cuando encontrara a esos magos grises, no sabía cómo se les acercaría. No podría ir a ninguna de las instituciones y preguntar allí, así que tendría que esperar a poder encontrarse con esas personas en otros lugares. Pero aquello significaba que debía estar más tiempo en el centro de la ciudad, donde pasaba tiempo la mayor parte de los magos del reino. O esperar a que estos fueran a algunas de las caridades en los límites de la ciudad.

—Tal vez si le pido ayuda a Tomás... —susurró mientras mordía el lápiz sobre la hoja en blanco—, podría pedirle que los alejara de los demás magos para darme la oportunidad de hablar con ellos.

Sí, parecía una buena idea, pero ¿qué podría decirles?

—¿Cómo vas? —preguntó Ysabel a la vez que se acercaba con rapidez, dentro de la habitación donde estaba Yohanna. Echó un vistazo a la hoja de papel.

—Hace dos horas que estás acá y ¿todavía no escribiste nada?

—¿Cómo sabes eso si no puedes leer?

Ysabel le pegó un coscorrón.

—No sabré leer, pero puedo reconocer una hoja en blanco. Vamos, Johanna, no puede ser tan difícil, primero anota los nombres de todos los

magos de tus clases y luego vas descartando uno a uno.

—Pero no sé qué decirles.

—Todavía no hace falta que sepas eso, primero tienes que identificarlos, luego ver cómo aproximarte... Falta tanto para definir lo que tengas para decir. Empieza por lo primero. No podemos quedarnos mucho tiempo en estas habitaciones, puedo estirar tus ahorros, pero no hacer milagros.

—Está bien, está bien.

Ysabel volvió a salir de la habitación con fuertes pisadas y Johanna quedó sola. Se puso a contemplar por la ventana antes de murmurar por lo bajo y volver al papel. Luego de otra hora, tuvo el listado de sus compañeros de clase y de cualquier otro mago de su edad a los que hubiera conocido o que por lo menos se hubiera cruzado alguna vez. No eran muchos y no tenía la menor idea sobre ellos.

Suspiró al mirar la lista.

—¿Cómo puedo hacer esto?

Sintió un golpe en la puerta.

—Pase.

Tomás entró y se acercó a ella con una sonrisa. No parecía importarle lo pobre de la habitación que ella e Ysabel compartían. Se había ofrecido a ayudarlas, pero no podía pedirle más.

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo Johanna y acarició la hoja de papel.

—¿Ya hiciste la lista? ¿Quieres que te ayude a revisarla?

—Claro. —Ella se la extendió.

—Sí —asintió Tomás apenas la leía—, creo que dos de ellos, tal vez... No sé si son como tú porque nunca pensé en... —sonrió y se encogió de hombros—, aunque sí sé que no les iba bien con la magia, pero no había ningún motivo en particular, tampoco tenían muchos amigos y solían mantenerse alejados de los demás.

—¿Quiénes?

Tomás tomó el lápiz y los marcó en la lista.

—¿Sabes dónde viven?

—Uno de ellos sí, el otro es parte de las familias menores, no lo veo desde que terminamos las clases.

—¿No están en ninguna institución? ¿No los cruzas en las obras de caridad?

—Al primero sí, a veces, pero el segundo ni siquiera sé dónde está

asignado. Pero puedo averiguarlo, también fueron compañeros míos, puedo decir que deseo ubicarlos para una reunión o para no perder el contacto.

—Te lo agradecería. —Sonrió Johanna y tomó la hoja de papel—. Aunque todavía no sé cómo acercarme a ellos.

—Estoy seguro de que hallarás la forma. Si son como tú, entonces estarán deseosos de encontrar a alguien que los entienda.

Johanna asintió.

—Tengo que irme ahora, solo pasé un segundo a ver cómo estabas.

—Gracias, Tomás, en serio, por todo.

—No tienes que agradecerme.

Johanna volvió a mirar la lista cuando se quedó sola y de repente se le ocurrieron muchos más nombres.

Durante los días siguientes, se acercó lo más que se atrevió al centro de la ciudad y de las instituciones. Abordó a varias de las personas que había detectado, a algunos a través de Tomás y a otros por su cuenta, incluso le pidió ayuda a Ysabel para atraerlos. Pero fueron muy pocos los que demostraron algo de interés. Además, ella no se animaba todavía a decir exactamente lo que quería decir.

Uno de esos días, cuando se alejaba de una de las instituciones en las cuales estaba esperando fuera porque había demasiada gente en las inmediaciones, se cruzó con su padre, o al menos lo vio caminando hacia donde ella había estado unos segundos antes. Se apresuró a esconderse. Su padre giraba para todos lados, como si en verdad hubiera estado buscándola. Al día siguiente, intentó otra vez acercarse a una de las instituciones, pero entonces su hermano Sixtus andaba merodeando por allí. Se apresuró a regresar a la habitación que compartía con Ysabel.

—¿Qué pasa? —dijo esta cuando la vio entrar y cerrar la puerta con presteza y después correr a cerrar las cortinas de la ventana—. ¿Johanna?

—Creo que mi familia me está buscando.

Ysabel frunció el ceño.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero ayer casi me crucé con papá y hoy Sixtus andaba merodeando por donde yo iba.

—¿Crees que alguno de ellos habló?

—Estoy segura de que sí —se dejó caer en la silla—, debería haber sido más cuidadosa.

Ysabel se incorporó en la cama.

—Hubiera pasado de todas formas, tarde o temprano, alguno hubiera dicho algo.

—Hubiese preferido que fuera más tarde, todavía nadie siquiera se ha mostrado interesado o se ha contactado conmigo. —Volvió a suspirar—. Tal vez tenga que dejar pasar unos días y no ir por el centro, concentrarme en los que estén en las caridades.

Ysabel se encogió de hombros.

—Como te parezca mejor.

Johanna apretó los labios y miró por la ventana.

—Sí —murmuró—, tal vez sea lo mejor.

Y eso fue lo que hizo. Al día siguiente, se cuidó de revisar por todos lados y mirar por todas partes antes de acercarse al orfanato. Casi se estaba felicitando a sí misma cuando sintió que una mano se apoyaba en su hombro.

—Aquí estás. —Sonó la voz de Primus y ella cerró los ojos por un breve momento antes de obligarse a darse la vuelta con calma.

—Primus —dijo con un temblor en la voz, no lo había visto desde que él se ofreciera a darle comida. Ojalá también le hubiese ofrecido dinero.

—Te hemos estado buscando.

«Entonces era como creí».

—¿Por qué?

—Somos tu familia.

—No les importó durante las últimas semanas.

Primus pareció dolorido.

—Hicimos lo que nos pareció mejor para toda la familia, incluso para ti, pero ahora padre y madre necesitan hablar contigo, podríamos encontrarnos en la posada que está...

—Ah, no en casa.

Primus vaciló.

—No por el momento.

—No tengo nada que hablar con ellos.

—Por favor, Johanna, solo te pedimos hablar, encontrar la forma de solucionar todo esto.

—¿Y qué es lo que hay que solucionar?

—Lo que estás haciendo —dijo Regina, quien apareció de repente.

Johanna se echó hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Regina miró alrededor.

—Se ve que es la única forma de hablar contigo y es importante —miró a Primus—, ¿podrías darnos un momento?

Él asintió y las dejó solas.

—¿Qué quieres? ¿Esta vez vas a reconocer que estoy parada frente a ti?

Regina no se inmutó.

—Deja lo que estás haciendo.

—¿Qué estoy haciendo?

—Lo sabes bien, Johanna, no te comportes como una niña.

—No, madre, por fin me estoy comportando como una adulta, haciendo lo que yo quiero y no lo que ustedes esperan.

—¿Estás dispuesta a arruinar toda la familia por tus caprichos?

—¿Arruinar a qué familia? A la que me abandonó, a la que no quiere entenderme —Johanna forzó una risa—, no puedo arruinarlos si ustedes se niegan a reconocerme. Vamos por caminos separados.

—Lo que haces nos impactará a todos, a todos los magos del reino.

Johanna frunció el ceño y vaciló. Regina aprovechó para acercarse un paso.

—No sabes el impacto de tus acciones, debes detenerte.

—No, no lo haré —masculló Johanna.

—Madre —Primus volvía a acercarse—, tenemos que irnos, si no, no llegaremos.

—Vete —le dijo Johanna— y déjame que yo haga mi vida, no la que tú quieres. Esto no va a impactar en nadie más que en la pobre gente que hasta ahora se ha sentido hecha a un lado.

—No sabes nada, no entiendes lo que haces.

—Entonces, explícame, ¿deja ya de mentir!

—Johanna, por favor. —Se adelantó Primus.

—Déjala —dijo Regina—, tenemos que irnos.

Ella se fue, pero Primus se quedó mirándola durante un rato.

Johanna se cruzó de brazos.

—No lo haré.

Su hermano suspiró.

—Tienes que dejar los caprichos, Johanna.

—Esto no es un capricho, no repitas lo que ella dice solo por repetirlo.

¿Por qué no lo piensas por ti mismo?

El rostro de Primus se ensombreció.

—Creo que eres tú la que tiene que tomarse el tiempo para pensar en lo

que hace y lo que dice —miró sobre su hombro, por donde se había ido Regina—, si no aceptas hablar con ellos, entonces me temo que no podré seguir ayudándote.

Johanna rio.

—Entiendo, al final eres como ellos dos, solo haces lo que está bien, si recibes algo a cambio.

—Sabes que no es así, pero estás lastimando a la familia y no puedo ayudarte en eso, tengo que guiarte hacia el buen camino.

—¿Y muriéndome de hambre lo voy a lograr?

—No te estás muriendo de hambre.

—Como quieras —dijo Johanna y se apresuró a salir de allí. Se aseguró de golpear con el hombro a su hermano al irse. No se volvió para ver si su madre estaba cerca, se apresuró a llegar a su habitación.

Se alegró de que Ysabel no estuviera y se tiró en la cama. ¿Por qué su familia no podía dejarla en paz? Esto no los afectaba a ellos, solo era un asunto de ella y de otros magos.

«Solo para esto me buscaron, antes nunca les importó».

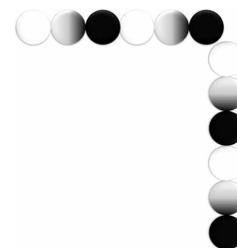
La puerta se abrió e Ysabel entró antes de volver a cerrar de un portazo.

—¡Qué suerte que estás aquí! No tengo buenas noticias.

Johanna se incorporó en la cama.

—¿Qué pasa?

—Es la comunidad gris, la van a atacar.



Capítulo XXI



HABÍAN REGRESADO A LA ALDEA. Ella estaba segura de que allí había más magos grises. Y la gente parecía notar algo diferente en ella, porque había cierto recelo antes pero no ahora. Mientras buscaban un lugar donde quedarse unas noches, se les acercó un hombre ya mayor.

—No pueden quedarse aquí.

—Solo queremos preguntar sobre...

Él levantó una mano.

—Sé lo que quieren saber, pero no es seguro para nosotros. Hemos estado muchos años aquí y ahora vemos que pasan demasiados magos —miró a Tomás—, demasiados.

—No queremos ponerlos en peligro —dijo este.

—Es demasiado tarde.

—Quiero saber —insistió ella.

—La respuesta es sí —dijo él—, y lamento que lo hayas descubierto de esta manera, pero nos has puesto en peligro a todos y ahora debemos irnos.

—Pero...

Se acercó corriendo una joven.

—Es un grupo de magos blancos, de la institución de seguridad, está a un día de camino. —Se agachó y apoyó las manos en las rodillas mientras intentaba ingresar más aire a sus pulmones.

El hombre suspiró.

—No tendremos tiempo de evacuar.

—Déjeme ayudarlos —ofreció ella—, es lo menos que puedo hacer.

El hombre asintió.

—Ven conmigo.

Los dos otros fueron detrás. El hombre se detuvo. Miró a la amiga.

—Ella no tiene magia, pero puede ayudar de otras formas, con los niños.

Su amiga asintió y se fue con la joven que había llegado corriendo.

—Pero él...

—Yo también quiero ayudar —dijo Tomás.

—Claro que sí —murmuró el hombre—, la intención no es el problema, sino tu magia; ella no será lo suficientemente fuerte, no ataca.

—Pero protege —dijo Johanna y se sonrojó—, me ha estado protegiendo a mí.

El hombre vaciló una sonrisa.

—Está bien, no tenemos tiempo para discutir, pero harás lo que te digamos, nada más.

El amigo asintió. El plan era simple. Tenían una barrera que permitía mantenerlos ocultos. Era vieja y en general, en la actualidad, solo desviaba a la gente (o lo intentaba). Pero si le insuflaban más magia, tal vez podrían hacer que el grupo no los viera.

No funcionó, algunos de los magos entraron en la aldea. Ella intentó que no viera a los demás, pero se movían con demasiada rapidez y sus escudos eran muy buenos.

—Me iré con ellos —anunció Johanna—, así los dejarán en paz.

El hombre sacudió la cabeza.

—Un acto noble, pero ya es tarde, no cambiará en nada que vayas con ellos, ya saben que estamos aquí.

—Entonces tenemos que luchar —decidió Tomás, pero su postura vacilaba.

El hombre sonrió y lo palmeó en la espalda.

—Ve a ayudar a los heridos, muchacho.

Tomás suspiró, aliviado, y se alejó después de un rápido vistazo a Johanna.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

—Usa todos los hechizos que conozcas, tal vez no sepas muchos de ataque si te entrenaste como buena, si mezclas ambas magias...

—Puedo manejar el fuego. —Sonrió ella.

Y en verdad podía. La lucha duró unas horas y ella se esforzó en no escuchar los gritos ni ver los cuerpos en el suelo. Cada vez que lo hacía, recordaba la vez que Ysabel había sido atacada, había sido lo correcto salvarla y ahora se controlaba mejor. No hacía más daño del necesario, pero

tampoco se contendría más que lo indispensable. La aldea sobrevivió, pero tendrían que irse de allí. Estuvieron listos esa misma noche y comenzaron la peregrinación. Ella no les preguntó a dónde irían.

—Supongo que no vendrás con nosotros —dijo el hombre.

—¿Cómo lo sabe? —Se sorprendió ella.

—Vi cómo mirabas a esos magos. Algo te preocupa.

—Algunos huyeron.

El hombre se encogió de hombros.

—Ellos ya lo saben, lo sabían cuando enviaron el grupo. —Ladeó la cabeza—. ¿Te preocupa que lo sepa tu familia?

—No lo sé —susurró ella—, pero estoy cansada de huir.

—No puedo decirte que sigas ese camino.

—No, lo tomaré yo, estoy cansada de la incertidumbre. Ahora que, por fin, lo sé, dejaré que los demás sepan también.



—ESTO NO PUEDE CONTINUAR ASÍ —dijo Johanna cuando los tres se sentaron a descansar, alejados de todos los demás.

—Ya terminó —afirmó Tomás.

—No, no terminó —lo contradijo Johanna—, va a seguir siendo así, siempre fue así y no va a cambiar hasta que no se haga algo. Nadie quiere oír de los magos grises, quieren que dejen de existir, pero nosotros vamos a seguir naciendo y vamos a seguir sufriendo si no lo detenemos en algún momento. Mi propia familia quería hacerme desaparecer. —Apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Estaban preocupados por ti —dijo su amigo.

—Sí, pero no en el buen sentido.

—Johanna tiene razón —intervino Ysabel—, esto no terminó, ellos siempre estuvieron aplacando a todas las magias que no son las de las instituciones.

Se apresuró a callarse y miró a sus amigos. Aunque Tomás ya sabía de ella, no habían hablado mucho más de ese tema. Sin embargo, en ese momento, el joven estaba observando a Johanna.

—¿Qué es lo que quieres hacer ahora?

—Lo mismo que llevo haciendo este último tiempo: encontrar a los otros magos grises y reclutarlos. Solo que ya no lo voy a hacer en silencio, lo haré

de forma pública.

Tomás apretó los labios y desvió la mirada hacia los demás en la comunidad, que estaban a lo lejos hablando en voz baja, mirando alrededor, como si todavía no estuviesen seguros de estar seguros.

—No creo que sea una buena idea —musitó.

—¿Por qué no?

—Expondrías a todos a lo mismo que sucedió aquí.

—Es inevitable —opinó Ysabel, pero Tomás mantenía su mirada fija en Johanna.

—Tomás, no quiero que la gente sufra, al contrario.

—Entonces no los expongas, tienes que cuidarlos.

—Y lo voy a hacer, pero será difícil si todo el mundo lo oculta, no sé, tal vez podamos obtener otro tipo de apoyo, del pueblo o del gobierno.

—No sé sobre eso —dijo Ysabel—, lo más seguro es que no quieran meterse, pero no me parece mal que lo hagas público.

Tomás se dio vuelta hacia ella.

—No la animes por el camino incorrecto.

—¿Incorrecto? ¿Por qué? ¿Porque no es el tuyo?

Tomás sacudió la cabeza con tristeza.

—No tiene nada que ver conmigo, solo pienso en que nadie salga herido. Si Johanna va a una oposición pública, habrá disputas, incluso dentro de familias. No podemos hacer eso sin pensarlo, no creo que debamos.

—No puedo seguir ocultándome.

—No creo que sea lo mejor —insistió Tomás.

—¿Y qué crees que es lo mejor? —Johanna se volvió hacia él y elevó un poco la voz.

Pero Tomás no desistió, echó un vistazo a los demás miembros de la comunidad, algunos todavía estaban heridos.

—¿Sabes cuántos hombres y mujeres han muerto hoy?

Johanna vaciló.

—Sí —susurró—, pero eso no quiere decir que no hubiera pasado de otra manera.

—Sí, no hubiera pasado si nosotros no hubiésemos estado aquí.

—Tal vez no hubiera pasado ahora —dijo Ysabel—, pero sí en algún momento.

—¿Cómo puedes saber que no sucedió antes? —agregó Johanna—. Hay tanto que nos han ocultado, tal vez hace tiempo que se ocupan de acallar las

voces de la magia que no son ni blancas ni negras. —Negó con la cabeza—. No, esto tiene que acabar.

—¿Y tú eres la indicada para ello?

Johanna se irguió.

—¿No crees que lo sea?

Tomás apretó los labios.

—No lo tomes a mal, no es eso lo que estoy intentando expresar.

—¿Entonces qué es lo que dices? —Johanna entornó los ojos.

—Pregunto si sabes realmente lo que estás haciendo.

—¡Claro que no! —Johanna elevó los brazos y los dejó caer con pesadez—. Nadie lo sabe, no nos dejan saber, ese es el problema.

—Entonces, tal vez sea mejor dejarlo así.

—Tú quieres dejarlo así porque a ti no te afecta. —Johanna se puso de pie—. Para ti es práctico que solo haya dos extremos, porque uno es tan cómodo para ti, pero ¿qué pasa con los demás? ¿Qué ocurre con los que no somos iguales?

Se levantó y se fue antes de esperar una respuesta. Tomás se quedó allí con la mirada fija y la boca levemente abierta. Ysabel esperó un momento antes de levantarse y alejarse ella también, aunque en otra dirección.

Johanna permaneció alejada de todos esa noche. Se quedó en los límites de la comunidad casi hasta la madrugada. Vio a Tomás levantarse e ir a dormir a la casa que les habían asignado. Vio a Ysabel poco después dirigirse hacia allí, su amiga levantó la vista hacia donde estaba ella, pero no hizo ningún amago de acercarse. Johanna esperó hasta que ambos estuvieran dormidos, pero ni siquiera así quiso aproximarse.

«¿Y si Tomás tenía razón? ¿Y si terminaba haciendo más daño que ayudando?».

No podía echarse atrás ahora, no después de todo lo que había avanzado. Desistir ahora sería..., ¿qué más podría hacer? No tenía ningún otro lugar a dónde ir, no podía pertenecer a ningún otro lado. Miró a la comunidad. Tampoco le atraía la idea de quedarse con ellos, además, ¿qué tan seguro sería hacerlo? Ya conocían su ubicación, ya una vez habían intentado acabar con ellos, solo era cuestión de tiempo.

No, solo quedaba un camino, hacia delante, sucediera lo que sucediera. Tal vez esa era una de las cosas que no la hicieran completamente blanca como Tomás, no le importaba que hubiera unas cuantas bajas, no cuando había tanto bien por hacer si se luchaba. Estaba harta de esconderse, harta de simular.

Ahora que por fin sabía qué era y lo aceptaba, quería que los demás también la vieran por lo que era. ¿Acaso era mucho pedir?

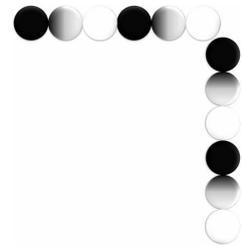
—Y tal vez eso me haga mala —murmuró—, pero eso es justamente lo que me hace gris, Tomás.

Recién regresó a la casa hacia la madrugada, cuando ambos amigos ya estaban durmiendo. Tardó en dormirse, su mente giraba sobre cómo haría el anuncio, ¿cuál sería la forma de mejor impacto? ¿La ayudarían en la comunidad? Había tanto en lo que pensar que necesitaría varios días, pero no sabía si los tenía. ¿Cuándo volverían los magos blancos allí? ¿Y qué pasaba si los que regresaban eran los negros? No estaba preparada para luchar contra ellos, era tan poco lo que sabía de sus propias habilidades todavía. Se sopló el flequillo fuera de la frente y se quedó mirando el techo.

Las sombras del amanecer comenzaban a dibujar figuras extrañas cuando comenzó a dormirse. Cuando se despertó, el sol ya estaba casi a medio camino del cielo y ninguno de sus amigos estaba en la casa. Su desayuno, ya frío, descansaba en una bandeja en la única mesa de la habitación. Se apresuró a levantarse, lavarse la cara, asearse todo lo posible (sin un cambio de ropa) y desayunar a las apuradas. Afuera de la casa, el lugar parecía tranquilo y ella se calmó un poco. Se decidió primero a buscar a Ysabel. Después de mucho pensar, se dio cuenta de que ella no le había dado su opción. Se había mostrado de su lado cuando discutían con Tomás, pero en realidad no había dado su opinión. Ya hablaría con Tomás más tarde, creía que ambos necesitaban tiempo para calmarse un poco antes.

Decidió llevar su mente a otro lado y, de repente, surgió un pensamiento inesperado: Iván era un hombre bastante atractivo, pero ella nunca lo había mirado así.

—Mentira —se dijo apenas ese pensamiento cruzó por su mente.



Capítulo XXII



SIEMPRE LE HABÍA PARECIDO ATRACTIVO desde que lo había visto por primera vez en ese evento con su familia, pero cuando supo que provenía de una familia de magos negros y que se había desligado de ellos para volverse blanco, eso fue lo que le había llamado la atención. La fuerza que se necesitaba para hacer algo así, para dejar atrás todo lo que uno conocía, todas las personas que te importaban, a los que tú les importabas, por hacer lo correcto, aun sabiendo que las nuevas personas a las que te unirías tal vez ni siquiera te aceptarían.

Ella lo tendría mucho más fácil, lo sabía, porque ya provenía de una familia de magos blancos, lo único que tenía que hacer era que no se dieran cuenta de que ella era capaz de hacer ese otro tipo de magia. Pero él también lo sabría, ¿no? O al menos no se sorprendería de ver magia negra, la había visto toda su vida, sabría reconocerla y sabría qué hacer con ella. No había creído que en realidad la aceptara como aprendiz y mucho menos que su familia dejara que él le diera lecciones. Era cierto que todavía faltaba más de un año para que ella tuviera que tomar el examen de entrada a las instituciones, pero aun así, en ese tiempo las familias se ocupaban de que sus hijos comenzaran a relacionarse con las gentes adecuadas. Algo que su madre había intentado millones de veces con ella y por fin parecía haber desistido, aunque cada tanto organizaba alguna que otra cena de gala donde ella tenía que asistir y hablar y sonreír a gente que no conocía, que no le importaba y de los cuales desconfiaba.

¿Cómo podía pasar tanto tiempo con magos blancos? En cualquier momento, alguno de ellos se daría cuenta. Por eso era tan importante su entrenamiento con Iván, para poder ocultarlo todo, para poder ser como

cualquier otra maga blanca normal.

Ahora estaba de pie frente a la puerta de la casa de él. También se había asombrado de que la hubiera dejado ir allí sola, por su cuenta, ni siquiera alguno de sus hermanos había pasado por allí para ver dónde ella iba a tomar las clases. Era un barrio pobre de las afueras de la ciudad, todavía dentro de las murallas exteriores, pero lo bastante alejado como para que sus padres lo consideraran parte de otro reino. Tal vez por eso ninguno se había acercado por allí, ¿pero entonces no hubieran preferido que Iván fuera a su casa?

Johanna frunció la nariz. No, no lo querrían ahí porque él era un mago negro.

—Ya no —susurró, pero lo había sido o por lo menos tenía el potencial de serlo.

Johanna sacudió la cabeza, todavía no estaba muy segura de cómo funcionaba eso. Nadie realmente quería explicárselo, nadie quería hablar mucho de ello, los casos como Iván se sucedían, pero todo el mundo se lo callaba. No sabía de ningún mago blanco que se hubiera pasado al otro bando, pero había rumores de que eso ocurría cada tanto. Sobre todo en la muralla exterior, donde los magos blancos y negros pasaban más tiempo juntos. Algunos decían que ellos tenían la culpa y que tal vez la única solución era mantener la separación. Aunque ya vivieran en extremos diferentes de la ciudad y casi no se cruzaran para más que reuniones oficiales, sobre todo cuando estuviera el regente.

Todavía seguía mirando la puerta. Tal vez debería preguntarle a Iván si él había estado en la muralla exterior, ¿era eso lo que lo había hecho cambiar?

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte mirando la puerta? —preguntó una voz masculina y Johanna se dio cuenta de que era Iván, que se asomaba por la ventana—. Sabes que, si quieres tener lecciones conmigo, tienes que hablar conmigo, ¿no? No con mi puerta.

—Claro que sí —dijo Johanna y abrió la puerta con la cara totalmente enrojecida.

El espacio dentro era pequeño, parecía que no hubiera más que dos habitaciones y otra más, que podría ser el baño. La sala también era parte cocina y parte despacho de Iván, estaba llena de libros y pergaminos desperdigados por todos lados. Johanna miró alrededor.

—No —dijo Iván—, no tiene los lujos de tu casa. ¿Todavía estás segura de esto?

—Sí —afirmó Johanna y se sentó con decisión en la silla vacía que estaba

frente a la mesa.

Iván la miró durante un momento, especulativamente.

—Está bien, pero la primera lección será afuera —le hizo un gesto—, vamos, levántate, ¿alguna vez has ido al lago?

—¡Claro! —se animó Johanna—, voy todo el tiempo, con mi amiga Ysabel.

—¿Otra maga blanca? —preguntó Iván a la vez que abría la puerta de la casa y le hacía señas para que pasara primero.

Iván cerró la puerta tras de sí y comenzó a caminar. No llevaba nada en las manos y Johanna se preguntó con qué le daría clases. En la academia, sus profesores siempre llevaban libros o anotadores o algo más; incluso su padre y sus hermanos siempre tenían algo en mano cuando le daban lecciones. Sabía que no era lo mismo a tener un mentor... Todavía no habían empezado y ya estaba emocionada.

—No, ella no es maga.

Iván sonrió, era una bella sonrisa.

—Ah, entiendo, eres la rebelde en todos los sentidos. Te codeas con gente común, no maga y con magos negros, ¿qué dice tu familia?

—Tú no eres un mago negro —dijo Johanna con algo de temblor en la voz.

—¿Estás segura de eso?

—Sí —sostuvo, todavía temblando más.

—No lo estás.

—Sí —dijo con más firmeza.

—De todas formas, no importa, yo sé lo que soy, es lo único que importa. ¿Y tú sabes quién eres?

—Sí —enfaticó esa vez Johanna con un fuerte movimiento de la cabeza—, sí, lo sé.

—Bien, eso es lo primero que hay que tener claro, así tenemos algo con qué trabajar.

Siguieron caminando en silencio, Johanna notó que todos les abrían camino y que desviaban las miradas. A Iván no parecía importarle, pero a ella le resultaba algo incómodo. Siempre había estado acostumbrada a que todos la saludaran debido a su familia, aunque estuviera sola, le mandaban saludos a su madre, a su padre e incluso a veces a sus familias.

—A mi familia no le gusta —dijo de repente, mientras miraba con el ceño fruncido cómo se alejaba de ellos con rapidez otra persona.

—Sí, lo supuse. Esta ciudad está llena de divisiones que no tienen nada

que ver con las murallas exteriores o interiores. Pero ese no es nuestro problema, no en realidad, tenemos que ocuparnos de lo que es mejor para nosotros y tú —dijo volviéndose hacia ella— tienes que preocuparte sobre a qué institución quieres ingresar el año próximo.

—¿A cuál perteneces tú?

Iván siguió caminando en silencio.

Johanna igualó su paso, pero llegaron al lago sin que él contestara. Ella frunció el ceño y abrió la boca para preguntar otra vez.

—No es la única opción, hay otras —replicó Iván sin mirarla.

Estaban solos en el lago, ni siquiera se encontraban las mujeres de las afueras que iban allí a lavar sus ropas. Johanna las había visto varias veces cuando visitaba el lago con Ysabel.

—¿Como cuáles?

—Ahora no es importante, tú recién estás en el primer peldaño, tienes que ver cómo entrar en una institución, tienes que convertirte en una maga de pleno derecho, ya habrá tiempo para lo demás.

Johanna apretó los labios, pero asintió. Era muy similar a lo que le decía su propia familia.

—Bien, muéstrame lo que puedes hacer.

Johanna miró alrededor y lo hizo, simplemente, dejó salir ambos tipos de magia. Iván se apresuró hacia ella, le tomó ambas manos entre las suyas, su calor se sentía muy cercano. La miró a los ojos, a solo unos centímetros de ella.

—No vuelvas a hacer eso —susurró.

—Creí que tú lo entenderías.

—¿Es esa la razón por la que me elegiste?

—Sí.

—Entonces te equivocaste, yo no enseñé esa clase de magia.

—No quiero que me la enseñes, quiero suprimirla, como tú, quiero ser solo blanca.

Iván la miró a los ojos durante más minutos, luego la soltó y suspiró. Se llevó las manos a la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—Por favor, eres el único.

Volvió a mirarla y suspiró otra vez.

—Está bien, lo intentaré, pero no puedo prometerte nada. ¿Quién más sabe?

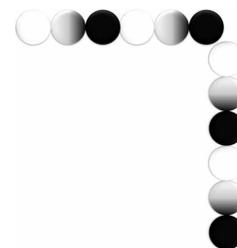
—Nadie —Johanna vaciló, nadie más que Ysabel.

—¿Johanna?

—Nadie —dijo con más seguridad—, solo tú.

—Bien, debe quedar así, eso es extremadamente importante. Si no cumples con esa parte, no podré enseñarte.

Johanna asintió, se sentía feliz por dentro.



Capítulo XXIII



EL REGRESO A LA CIUDAD fue más rápido de lo que había sido la salida. Después de dejar la comunidad gris en camino a lo que sería su nuevo lugar de residencia, ellos tres se alejaron hacia la ciudad. Los senderos estaban despejados.

—Desolados, diría yo —comentó Ysabel y se detuvo un momento para mirar alrededor—, este camino no debería ser tan solitario... creo.

—Nos conviene —opinó Johanna.

—Lo sé, pero aun así, ¿no te resulta sospechoso?

Tomás rio.

—No todo es una conspiración, no sabemos con certeza qué día es hoy.

Ysabel la miró sin lucir convencida.

—Claro que todo es una conspiración, ya deberías haberlo aprendido, ¿cómo puede ser que todavía confíes?

—¿Por qué no aprovechamos para almorzar? —propuso Johanna y se alejó del camino.

Los otros dos la siguieron. No era mucha la comida que tenían para compartir, pero de todas formas se sentaron un momento y comieron en silencio. Nadie apareció allí durante ese tiempo, ni tampoco después. Llegaron a la ciudad cuando estaba anocheciendo. También allí las calles estaban prácticamente vacías. El amigo frunció el ceño.

—Te dije que era sospechoso —dijo Ysabel y se volvió hacia ella—, ¿a dónde quieres ir primero?

Johanna inspiró con fuerza.

—Vamos a mi casa.

—¿Estás segura? —preguntó Tomás.

—Sí, quiero hacer esto lo antes posible.

Llegaron allí con rapidez. Las pocas personas con las que se cruzaron caminaban con velocidad y la cabeza gacha, ninguna les prestó atención. Sin embargo, no se veía por ningún lado la razón de su actitud, no había magos de seguridad por ningún sitio. Cuando llegaron a la puerta de su casa, ella vaciló. Luego ejecutó el hechizo de apertura y esta se abrió con un leve clic. Ella suspiró. Por lo menos, sus padres no lo habían cambiado, tal vez todavía la esperaban. Sus amigos entraron detrás de ella y se dirigió al comedor. Allí estaban sus padres y uno de sus hermanos, Sixtus. Todos dejaron de comer apenas la vieron. Ella avanzó hacia la mesa con un andar tieso, sus amigos quedaron en el umbral.

—Papa, mamá —balbuceó e hizo una pausa.

Sixtus fue el primero en reaccionar. Sonrió.

—Me alegro de que estés bien—frunció un poco el ceño—, nos tenías preocupados.

—Explícate —ordenó la madre.

Ella inspiró y soltó el aire varias veces. ¿Por dónde empezar? Paseó la mirada por toda su familia y luego recordó las respiraciones de sus amigos a sus espaldas.

—Es algo complicado.

—Tu hermano estuvo buscándote toda la noche —dijo su padre—, huiste sin dar ninguna explicación.

—Yo...

—¿Sabes lo que hemos sufrido mientras? —la cuestionó Regina—. Las murmuraciones y... ¿es cierto?

Ella dio un paso atrás y se mojó los labios.

—No sé..., no sé exactamente qué has escuchado.

—¿Eres una maga negra? —preguntó su hermano.

—No.

—Pero tampoco blanca —acotó Héctor.

Ella vaciló. Regina se puso de pie.

—¿Es que no sabes acaso cómo funciona nuestra sociedad?

—Sí, lo sé.

—No, no lo sabes, estás atacando sus pilares, ¿sabes lo que pasa cuando se atacan los cimientos de un edificio?

—Yo no pedí ser como soy.

—Nadie lo pide —rio la madre y alzó los brazos—, ¿eso qué importa? Es

la excusa de un niño, no importa cómo se nace, un niño se rinde, un adulto lo endereza.

—¡Lo intenté!

—No, de otra forma, lo hubieras logrado.

Ella miró de su padre a su hermano.

—No lo entienden, para ustedes es natural, yo no puedo...

—Tienes la misma capacidad que nosotros, hija —dijo su padre—, solo debes concentrarte.

—Podrás ser una buena maga —aseguró su hermano.

—Lo soy, si me dejan explicarles...

—No —dijo su madre y se acercó a ella, se interpuso en su camino—. No queremos saber nada de eso y, si sigues con esta idea, destruirás a esta sociedad, a tu familia.

—Madre, no entiendes, yo no soy la única.

—¿Y eso qué cambia? Las reglas son claras: o acumulas magia blanca o acumulas magia negra. No se puede ser las dos cosas a la vez.

—Pero... —ella se giró para ver a su padre— siempre hay un poco...

—Un poco, hija —Héctor siempre se veía cansado—, solo un poco, una prevalece.

—Vete —le ordenó su madre.

—¿Qué?

—Que te vayas.

Ella lo hizo.

Al día siguiente, se anunció en el centro de la ciudad como gris. Había pensado que caerían sobre ella, pero la ignoraron. Nadie siquiera la miraba. Había algunos magos de las instituciones en silencio. Al principio, Johanna no supo cómo reaccionar, pero luego el enojo que la llenaba hacía días estallo en su estómago.

—Los haré escuchar —musitó—, no pueden ignorarme para siempre.



JOHANNA LO RECORDABA de cuando era pequeña, era un hombre que había estado mucho tiempo en el gobierno de la ciudad y tal vez por eso le parecía que siempre había sido el regente, pero era probable que antes solo fuera uno de los secretarios que daban vueltas por las instituciones y que continuamente parecían estar reunidos con su madre o su padre y un montón de otros magos.

No se le ocurrió qué podría estar haciendo ese hombre en la posada donde se alojaba con Ysabel. ¿En realidad el regente se sentaba en un bar pobre a tomar algunos tragos?

La mayoría no parecía estar al tanto de enfrente de quién estaba, pero era claro que el posadero lo sabía y se esmeraba para tenerlo contento y no molestarlo a la vez. Johanna no sabía qué hacer, todavía seguía a los pies de la escalera que acababa de bajar. Ysabel no estaba allí y ella pensaba salir durante de unos minutos, antes de que estuviera demasiado oscuro, y allí estaba él, sentado en un rincón, solo. Le llamó la atención apenas lo vio y, desde entonces, se quedó congelada. Nadie parecía mirarla, nadie parecía prestarle atención. Si se apresuraba, podría salir de allí sin que lo notara, o podría subir las escaleras, pero entonces el hombre, con calma, levantó la vista y la miró directamente a ella.

Johanna intentó moverse, pero todavía no se decidía hacia dónde ir. Él le hizo señas para que se acercara y ella obedeció, porque era más fácil hacerle caso que pensar en una opción por su cuenta. Le hizo señas para que se sentara en la otra silla cerca de la mesa y ella lo hizo, nadie más en la posada parecía haberlo notado o que le importara, excepto el posadero, quien se acercó y se apresuró a darle algo de tomar y luego alejarse con la misma prisa.

El hombre la miró con calma mientras tomaba un trago.

—¿Sabes quién soy?

—Sí —dijo ella.

—¿Y por qué estoy aquí?

—Ni idea, es el último lugar donde creí que me lo cruzaría —Johanna se sonrojó—, bueno, en realidad, no creí que me lo cruzaría. Me refiero a...

—Entiendo lo que dices. Pero no es la primera vez que paso por esta posada o por otras como esta, creo que un buen regente debe conocer todos los rincones de su ciudad.

—¿Y usted lo hace?

El hombre sonrió.

—Lo intento. Me gusta estar al tanto de todo lo que sucede y no solo por lo que me cuentan.

Johanna se removió en su asiento. Ahora estaba segura de que estaba allí por ella, la estaba buscando. ¿Qué podía decirle? Miró alrededor, parecía que en verdad estaba solo, pero podría tener un batallón de soldados fuera. ¿Qué haría ella? No podía pelear con todos, aunque lo intentara, no sabía lo suficiente, no tenía acumulada tanta magia.

—Estoy solo —dijo él, como si le hubiera leído la mente.

Johanna vaciló.

—Mucho tiempo en la política —sonrió él—, a veces uno ya casi puede adivinar lo que los demás piensan. —Se encogió de hombros—. Puede llegar a volverse algo aburrido. Pero tú, querida, fuiste algo inesperado. Tengo que admitir que nunca antes te había prestado mucha atención. En tu familia, creí que sería alguno de tus hermanos los que destacarían.

—Sí, yo también, creo que todo el mundo creyó eso. —Volvió a tomar un trago, esa era la verdad, siempre lo había sabido y lo había aceptado hacía muchísimo tiempo.

—Pero no fue así, lo cual es una sorpresa. Lo que falta determinar es si se trata de una sorpresa agradable o no.

—Esto no tiene nada que ver con la regencia.

El hombre rio y momentáneamente atrajo algunas de las miradas alrededor, que pronto volvieron a ocuparse de sus asuntos.

—Claro que sí, niña, todo tiene que ver con la política y todo afecta a la ciudad.

—No es mi intención.

—Aunque no lo sea, será tu resultado, por lo cual tienes que prestarle atención, todos tenemos que hacerlo. Lo primero que quiero saber es si puede evitarse. —La miró con intención, no daba la sensación de que quisiera que la respuesta fuera una o la otra.

—No —dijo Johanna—, creo que ya no.

Él se recostó contra la silla y dejó escapar un largo suspiro mientras tamborileaba los dedos en la mesa.

—Bien, esa es una de las opciones.

—¿Y no le importa? —Johanna frunció el ceño, no era capaz de leer las expresiones de ese hombre.

Él se encogió de hombros.

—Mi opinión en sí no es importante, lo importante es cómo afectará a la ciudad. Y para eso tenemos que tener cuidado. Si tú aceptaras... mis consejos, tal vez podría asignar cierto personal a que te ayudara con esta experiencia. Sin duda, necesitarás asistencia, para después, cuando ellos queden trabajando contigo... —Dejó que las palabras flotaran en el aire.

Johanna creía que entendía, pero no estaba segura. Si algo había aprendido de su familia, de ver las idas y venidas de sus padres, sobre todo de su madre, era que los favores con favores se pagaban. Y ella no tenía idea de qué tan

caro le saldría ese favor en particular, sobre todo cuando no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo. El hombre la seguía observando, esperando una respuesta. En ese momento, se abrió la puerta y entró Ysabel, la vio en la mesa y se encaminó hacia allí, pero se detuvo cuando vio con quién estaba.

—Está bien —dijo él y se puso de pie—, podemos seguir la conversación en otro momento, tú piensa en lo que te dije. —Hizo una seña al posadero y este le respondió y luego salió con calma de allí.

Ysabel se sentó frente a Johanna y frunció el ceño al ver la bebida que esta sostenía entre sus manos.

—¿Tú ordenaste eso?

—Ya está paga —dijo la camarera que se había acercado para limpiar la mesa—, pero creo que pronto te echarán de aquí si no te pides otra, termínala rápido y vuelve a tu pieza.

Se alejó antes de que pudieran contestar.

—¿Quién era ese? —preguntó Ysabel.

—¿No lo conoces?

—No, ¿debería?

Johanna inspiró y se tomó el resto de la bebida de un solo trago. Hizo una mueca, no estaba acostumbrada a tomar alcohol y se le subió enseguida a la cabeza. Tuvo que esperar unos minutos para que la lengua se le despejara lo suficiente para contestarle a Ysabel.

—Creo que será mejor que hablemos en otro lado.

Ysabel asintió.

—Sí, vayamos a la habitación, yo también tengo varias cosas que contarte.

Subieron ambas y se preocuparon de que nadie pudiera escucharlas, Johanna podía lanzar un hechizo de desviación, pero no duraba mucho y no quería que los demás confirmaran que ella era una maga, se habían cuidado de no dejar pistas sobre ello.

—Bien, comienza tú —dijo Ysabel—, ¿quién era él? Tuviste cuidado, ¿no?

—Sí, pero no creo que importara de todas formas. —Dejó escapar un suspiro y se frotó la frente—. Es el regente de la ciudad.

—¿Perdón?

—El regente de la ciudad.

—¿Estás segura?

—Sí, lo vi varias veces. Cuando iba a las instituciones con mis padres, siempre andaba por allí.

—¿Y qué hacía aquí? —Frunció el ceño Ysabel.

—Me buscaba a mí.

Ysabel se irguió.

—¿Saben que estamos aquí? ¿Saben lo que planeamos?

—Lo saben todo —sonrió Johanna—, no sé por qué nos ocultamos. Todos saben todo.

—Tal vez deberíamos irnos.

Johanna se encogió de hombros.

—No creo que resultara. De todas formas, no vino a amenazarnos.

—¿Entonces?

—Quiere poner gente en nuestro bando, ayudarnos...

Ysabel se echó hacia atrás.

—Ya me conozco esa historia.

—Sí, yo también.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada, entonces llegaste tú.

Ysabel frunció los labios.

—Esto se está complicando.

Johanna asintió con calma.

—Sí, con demasiada rapidez.



ERA LA PRIMERA VEZ que discutía con Tomás, no recordaba haberlo hecho nunca, ni siquiera cuando ambos eran chicos. Decidió darle un poco de espacio.

Después, se dedicó a su nuevo proyecto. No le dijo a ninguno de sus amigos mientras se escabullía durante horas con un plan que tenía en mente y que plasmaba en papel poco a poco. Había pedido prestados unos libros que tenían allí sobre la historia de las instituciones y se puso a estudiarlas. Mucho más de lo que lo había hecho durante sus clases. Estudió cómo se crearon, cómo se conformaron, cómo estaban divididas, cuántas personas eran necesarias y cómo eran reconocidas.

—Aquí estás —dijo Ysabel a la vez que se acercaba a ella, llevaba la falda recogida, así como las mangas y los brazos sudorosos—. ¿Sabes?, hay mucho trabajo por hacer y mucha gente que todavía se está recuperando, no nos vendrían mal un par de manos más.

—Lo siento —murmuró Johanna a la vez que cerraba el cuaderno en el que había estado escribiendo.

—¿Qué hacías?

—Nada.

Ysabel enarcó las cejas.

—¿Una nada que te llevas horas y horas cada día? Más te vale entonces estar ayudándome a mí, no lo puedo hacer todo sola.

—Mmm.

—¿O te crees que la comida simplemente nos la regalan? ¿Y la ropa limpia? Esa no es parte de tu magia, o al menos nunca te vi hacerlo.

Ysabel se sentó con pesadez a su lado y suspiró. Luego se sacó los zapatos y comenzó a masajearse los pies.

—Lo lamento —dijo Johanna—, nunca pensé...

—No, supongo que nunca tuviste que pensar en ello, pero ahora tu vida es distinta, no puedes andar por allí con la cabeza en las nubes esperando que todos los demás se ocupen de los detalles prácticos.

Johanna enrojeció y se aferró a su cuaderno de notas.

—Lo siento —repitió.

El silencio se extendió durante unos minutos.

—¿En qué puedo ayudar? —ofreció entonces Johanna, que se había dedicado en los últimos minutos a mirar el perfil cansado de su amiga. Tenía razón en que no había prestado atención a ellos, enfrascada como estaba en su propio proyecto.

—¿Qué haces? —Ysabel señaló con el mentón.

—Nada.

—Será mejor que sea algo, si no, me enojaré más por que no ayudes.

Johanna vaciló y le tendió el cuaderno. Aunque Ysabel todavía estaba aprendiendo a leer (Johanna y Tomás le estaban enseñando), era muy buena para comprender la idea principal por más que no conociera todas las palabras. La joven estuvo varios minutos hojeando las páginas, las pasaba con lentitud y se quedaba largo tiempo mirando una hoja con el ceño fruncido. Cuando terminó, cerró el cuaderno y se lo devolvió a Johanna, quien la miraba con ansiedad.

—Bueno —dijo Ysabel—, nadie puede decir que no eres ambiciosa.

—¿Crees que es demasiado?

Ysabel lo pensó durante un rato.

—No —contestó con seriedad—, no lo creo. Pero no veo cómo lo vas a

lograr, todavía ni siquiera tienes un plan para hacer el anuncio que ibas a hacer.

—Lo sé —suspiró Johanna.

Ysabel se puso de pie.

—¿Sabes lo que es mejor para eso? El trabajo manual. Mientras ocupes tus manos en algo, puedes dejar que tu cerebro vuele con tranquilidad. Tal vez se te ocurra algo.

Johanna la siguió con poco entusiasmo.

—¿Cómo está Tomás?

—Deberías hablar con él.

—Lo haré, solo quería darle su espacio.

—¿Y él lo entiende así?

—¿Cómo más podría entenderlo?

Ysabel se encogió de hombros.

—Creo que está un poco herido. Lo dijo con buena intención, ¿sabes?

—¿Entonces estás de acuerdo con él?

Ysabel volvió a pensar antes de dar su respuesta.

—No, pero sí es cierto que habrá consecuencias y no solo para ti. ¿Estás lista para responsabilizarte de eso? Y antes de que contestes, quiero que lo pienses bien. Recuerda lo que acabo de decir: las consecuencias no serán solo para ti. ¿Qué harás cuando esas personas que paguen por tus actos vengan a reclamártelo? ¿Pensaste ya en eso?

Johanna se mordió el labio. En realidad, no lo había hecho, había pensado solo en lo que iba a agradecerles, porque ella iba a ser una heroína.

—¿Cómo sabes todo eso? —Cambió de tema para no tener que responder.

—En el orfanato aprendes mucho sobre tus actos y sus consecuencias, para ti y los demás. —Ysabel dejó pasar un momento antes de seguir—. No está mal, te enseña lo que pasará después, cuando estés solo.

Su rostro se vio todavía más cansado. Johanna se aproximó a ella, hasta que se rozaron, pero no se animó a abrazarla ni a darle la mano. Tampoco sabía qué decirle. Era obvio que no entendía ni conocía bien a las personas con las que más tiempo pasaba, a las que consideraba más íntimas. ¿Cómo entonces pretendía liderar a todo un grupo de magos grises? ¿Quién era ella para manejar una institución si ni siquiera se daba cuenta cuando sus amigos la necesitaban?

Dedicó el resto del día a ayudar a la comunidad, ya fuera bajo las órdenes de Ysabel o las de cualquier otra persona. Al llegar la noche, se sentía

agotada físicamente, pero, como había vaticinado Ysabel, su mente se hallaba más despejada. Iba a tomar unas pocas notas en su cuaderno y, cuando se dio cuenta, ya era más de media noche. Ysabel dormía en una de las camas y ella estaba a punto de apagar la vela que estaba usando cuando Tomás entró en la casa. Vaciló en la puerta y Johanna también hizo lo mismo. Luego se puso de pie e hizo una seña para que la viera fuera. Se sentaron en el suelo. Tomás se veía agotado, pero no protestó porque no lo dejara acercarse a la cama aún.

—Lo siento —comenzó a decir Johanna.

—Yo también.

—No, espera —ella apoyó su mano en el brazo de él—, soy yo la que tiene que disculparse. Yo tendría que haber sido más... amable, tú solo me estabas dando tu opinión, la cual valoro muchísimo. Eres mi mejor amigo, lo has sido desde la infancia y tienes razón, no había pensado más que en mí en todo esto —suspiró—, no pensé en realidad cómo afectaría a los demás. —Hizo una mueca—. Eso no es cierto. En realidad, pensé que los beneficiaría —sintió que se le enrojecían las orejas—, pensé que me lo agradecerían. —Terminó su discurso en un murmullo.

Sintió la mano de Tomás sobre la suya y, cuando levantó la vista, se dio cuenta de que su amigo estaba sonriendo. Aún tenía el semblante cansado, pero la sonrisa lo hacía verse más joven, como ese niño que conocía hacía tanto tiempo atrás.

—Sé que quieres hacer lo mejor, nunca dudé de eso, tienes un buen corazón. Pero, como dices, hay consecuencias más grandes para estas acciones. Esto no es solo un tema de tu familia o tu falta de aceptación en una institución —hizo un gesto—, es mucho más grande y creo que todavía no hemos visto todo. Pero también tienes razón en lo que me dijiste, estoy cómodo con este mundo porque yo encajo en él y hay tantos otros para quienes eso no es así, debería tener compasión de ellos. Tal vez, en mi afán de protegerlos, estoy aplastándolos tanto como las instituciones. —Suspiró—. Pero no puedo estar de acuerdo con un plan que pueda dañar a la gente, a mucha gente.

Se quedaron largo rato allí sentados, uno junto al otro, hombro a hombro, las espaldas apoyadas en la pared de la casa, mientras Ysabel dormía dentro. Johanna fue la primera en hablar.

—No veo otra alternativa. Lo siento, Tomás, pero creo que es la mejor, buscaré la forma de hacer el menor daño posible, pero no creo que mantener el silencio siga siendo una opción.

Tomás no quitó la vista del horizonte, aunque era indudable que había oído.

—No te pido que lo hagas conmigo —dijo con suavidad Johanna—, lo entenderé perfectamente si no puedes acompañarme en este camino y esto no dañará nuestra amistad. Solo espero que comprendas por qué tengo que hacerlo.

Se levantó con lentitud para entrar en la casa. Se quedó dormida antes de escuchar a Tomás ingresar, ni siquiera supo si alguna vez lo hizo. Cuando se despertó, Ysabel estaba vistiéndose. Johanna miró hacia la cama de Tomás, que estaba arreglada.

—Ya está en la enfermería —dijo Ysabel—, está empeinado en no dejar a nadie herido. —Sonrió—. Está demasiado cansado. ¿Por qué no lo ayudas? —Observó a Johanna con el ceño fruncido—. Tienes bastante magia blanca acumulada, échale una mano.

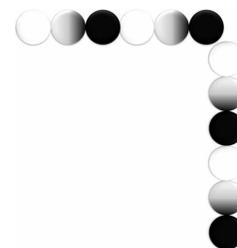
Johanna vaciló, había estado guardando esa magia para... Sacudió la cabeza y salió de la cama, fue a lavarse el rostro.

—Sí —dijo—, lo ayudaré.

Ysabel asintió.

Johanna salió de la casa poco después. Echó un vistazo a su cuaderno de notas, pero decidió dejarlo allí ese día. Tenía que concentrarse un poco de lo que sucedía a su alrededor, ¿cómo, si no, podía pedirle a esa gente que se ocupara de ella o la ayudara, si ni siquiera la conocían?

Poco después, ya no quedaba nadie herido en la comunidad y todas las casas habían sido reconstruidas o arregladas lo mejor posible para que volvieran a ser habitables. Johanna regresó a su cuaderno. Estaba lleno, pero todavía no tenía una idea clara de cómo transformarlo todo en una institución. Lo que sí sabía era cómo iba a anunciarse al mundo. Estaba un poco nerviosa, pero a la vez ansiosa por hacerlo. Sobre todo al pensar en cómo reaccionaría su familia cuando se enterara.



Capítulo XXIV



LO PRIMERO QUE TUVO QUE HACER cuando volvió a la ciudad fue ignorar a su familia. A poco de regresar, se enteró de que la estaban buscando.

—¡Como si hubiera sido tan difícil encontrarme! Todo el mundo sabía dónde estábamos, ¿o no? La comunidad gris ya no es ningún secreto.

—Creo que nunca lo fue —dijo Ysabel.

—Pero a los magos no les gusta ir a esa zona —reconoció Tomás con algo de tristeza—, varias veces intenté que se hicieran visitas de caridad por allí, pero no nos dejaron.

—Ahora ya sabemos por qué —acotó Ysabel.

—Pero mi familia pudo ir, si hubiera querido, si realmente hubiera querido. —Johanna sacudió la cabeza—. De todas formas, ¿qué quieren? Después de todo este tiempo en el que me dejaron sola, nunca les preocupó qué me pasaba. Incluso Primus —se dirigió hacia sus amigos—, incluso él, el más blanco de todos, dejó de darnos comida. No entiendo qué es lo que pueden querer conmigo, es claro que no les importo y a mí tampoco me importan ellos, ¡no me importan! Hace tiempo que los olvidé, ahora hago mi propio camino.

Johanna guardó silencio al ver que sus amigos no contestaban, cuando se volvió, notó que habían intercambiado una mirada.

—No, no me importan.

—¿Entonces por qué no dejas de hablar de ellos desde hace una hora? —preguntó Ysabel con tranquilidad mientras terminaba de desempacar sus pocas pertenencias.

—Tengo que regresar a casa —anunció Tomás a la vez que se ponía de pie—. Lo siento.

—No... —vaciló Johanna—, está bien, tomate el tiempo que necesites.

—¿Cuándo vas a...?

—Mañana. Creo que cuanto antes mejor, no sé si tendrán algo más planeado, pero tengo que adelantarme a ellos.

Tomás asintió.

—Estaré allí, tal vez no..., pero estaré allí.

—Está bien —dijo Johanna mirando la espalda de Tomás.

—Probablemente esté ahí, no te preocupes.

—No lo hago. —Johanna volvió a su tarea, también tenía pocas ropas, pero se estaba demorando más en acomodarlas.

—¿Estás segura de que no quieres averiguar qué desea tu familia? Tal vez quiera ayudarte.

Johanna le dirigió una mirada. Ysabel se encogió de hombros.

—Bueno, es una posibilidad, al menos de parte de algunos de ellos. Y te diré que no nos vendría mal un poco de ayuda. Con tus ideas ambiciosas, no sé cómo lograremos...

—Sé que vas a conseguir la manera —sonrió Johanna—, siempre lo haces. Ysabel rezongó, pero se le escapó una sonrisa, aunque no le duró mucho.

Johanna se acercó a ella y apoyó su mano en el brazo de su amiga.

—Hay algo que te preocupa.

—No es importante —dijo Ysabel sin mantenerle la mirada.

—Puedes decirme, sabes que intentaré ayudarte.

—No te aflijas, ocúpate de tu gran día mañana.

Johanna esperó un poco más y luego se separó de ella.

—Sí, tenía pensado hoy darme una vuelta por allí y ver si el lugar es realmente una buena idea.

—Me parece bien, pero no dejes que te vean muchos.

—Sí, mamá. —Sonrió Johanna a la vez que se ponía una capa que era demasiado para el calor, pero que al menos tenía una capucha que le permitía ocultar su rostro. Era muy popular entre los extranjeros. Ya no vestía como maga, hacía tiempo que no lo hacía, pero tenía planeado volver a hacerlo al día siguiente. Cuando se presentara frente a todos para proclamar quién era.

El centro de la ciudad estaba tan activo como siempre, había gente caminando en todas direcciones y se escuchaban varias conversaciones a la vez. Johanna se quedó a cierta distancia de la institución principal y miró las puertas. Quería observar solo durante un momento, pero entonces la puerta se abrió y salió su madre. Ella retrocedió, Regina no miró en su dirección, sino

que se cruzó hacia el otro lado y caminó con bríos.

Johanna lo consideró por breves minutos y comenzó a seguirla, se arrepintió a la segunda cuadra, cuando notó que desde la acera de enfrente alguien la seguía a ella y era muy posiblemente su hermano Sixtus. Encontró una forma de evitarlo y alejarse de allí, pero no quiso regresar todavía a la posada. Lo que fue una suerte, porque poco después casi se cruzó con su padre. Tuvo que retroceder y encontrar un camino entre los callejones angostos que apenas conocía. Durante un momento, creyó que se había perdido, pero después salió a una de las calles laterales de la vía comercial principal y casi chocó con Primus, que estaba de espaldas.

«¿Es que acaso están por todos lados? ¿Cómo podían saber que iba a estar por aquí?».

No se lo había dicho a nadie, solo a Ysabel y ella no lo contaría, y aunque lo hubiera hecho, sencillamente no hubiera tenido tiempo. Retrocedió otra vez, pero en la segunda calle volvió a ver a Sixtus y cuando giró para tomar otra de las calles laterales, Regina apareció caminando hacia ella, aunque no parecía haberla visto y Johanna alcanzó a ocultarse en una de las puertas de las casas. Su madre giró en la esquina y ella se apresuró a internarse en otro de los callejones, que eran muy pocos y en realidad estaban bastante iluminados, lo cual solo quería decir que no servían para ocultarse. Estaba a punto de darse un respiro cuando escuchó pasos detrás de ella, pasos que se detenían.

—Johanna.

Era su padre y ella no quería darse la vuelta. Intento interpretar el tono de su voz, ¿estaba enojado? ¿Feliz? ¿La habría perdonado?

—Johanna —repitió Héctor y ella se dio la vuelta.

El rostro de su padre no transmitía ninguna emoción, no parecía que estuviera allí para perdonarla ni para pedirle que volviera con ellos. ¿Sabría lo que había sucedido en aquella comunidad? ¿Acaso estaría decepcionado?

Johanna se cruzó de brazos y trató de que su expresión fuera tan dura como la de su padre. O, al menos, lo intentó.

—¿Qué pasa, padre? ¿Estás decepcionado? Hubieras preferido que tu problema se hubiera terminado allí, en la comunidad, ¿no?

El rostro de él se mostró herido un momento, pero se recompuso con rapidez.

—Jamás desearía eso, solo quiero que recapacites.

—Entonces lo sabes —Johanna se acercó a él y habló apretando los dientes—, sabías lo que iba a ocurrir allí y estuviste de acuerdo —Johanna

lanzó una risa sin nada de alegría—, tal vez incluso tú mismo lo ordenaste. ¿Cómo puedes ser un mago blanco si haces estas cosas?

—Johanna, tú no entiendes, solo ves una parte de este problema, la que te afecta a ti, y...

—¿Y eso no te parece importante?

—Claro que sí —dijo su padre—, pero tienes que madurar, no es solo por ti, es mucho más grande.

—¿Son tus planes y los de mamá de ascender en la jerarquía de familias blancas? ¿Es eso lo que les arruiné? Porque no veo que lo demás sea un problema para ustedes, sencillamente matan a cualquiera que no esté...

—¡Nosotros jamás matamos a nadie!

—No, claro que no, pero mandan a los magos negros para eso, allí no tienen problemas en tratar con ellos, ¿no? No lo sé, padre, como yo lo veo —Johanna frunció la nariz—, eso parece bastante gris.

Héctor vaciló y le llevó unos segundos recomponer su rostro.

—Esto es mucho más complejo de lo que crees. Justamente, lo que buscamos es dañar a la menor cantidad de gente posible. Protegerlos.

—¿Cómo? ¿Haciéndolos desaparecer?

—Este no es el momento para cambios.

—No, padre —Johanna clavó su dedo índice en el pecho de su padre—, este no es el momento para este cambio. Pero ustedes sí que quieren un cambio, ¿no? ¿O acaso no están trabajando para poner magos en el gobierno?

—¿Cómo sabes eso?

—Sé más cosas de las que crees, ya no soy la nena ignorante que se fue de casa. La que creía que estaba fallada porque no podía ser blanca como su inmaculada familia —miró de arriba abajo a su padre—, no tan blanca ahora, tal vez sí pertenezco.

—Nunca estuviste fallada —Héctor parecía cansado—, pero todavía no entiendes, este problema... lo solucionaremos más adelante. Si prometes no volver a sacar este tema, te juro que lo trataremos más adelante, cuando podamos resolver otros.

—¿Más adelante? ¿Cuánto tiempo más tengo que seguir fingiendo ser lo que no soy?

—Por favor, Johanna, tampoco es tan difícil, no era una vida difícil la que tenías con nosotros, no puedes decir eso.

—No —concedió Johanna—, no puedo decirlo. Era bastante fácil, cuando no pensaba en ello, cuando no pensaba en nada. Pero ahora no puedo volver a

aquello.

—No sabes lo que estás haciendo.

—Tal vez no, pero hay muchas personas que son como yo y entre todos lo descubriremos, nosotros también tenemos derecho a existir.

—Este no es el mejor momento.

—Pero yo ya estoy aquí, padre, ya estoy aquí.

Héctor la miró durante largos minutos y finalmente suspiró. Fue un suspiro largo a la vez que dejaba caer los hombros levemente hacia delante.

—Entonces, no nos dejas más opción. Tendremos que quitarte el apellido.

—¿Qué? —Johanna frunció el ceño, no entendía de qué hablaba su padre, ¿cuál podía ser la importancia de no tener...?

—Ya no perteneces a nuestra familia, no perteneces a ninguna familia y no estás reconocida por ninguna institución de magos, por lo tanto...

—¡No! No puedes hacer esto.

—No me dejas otra opción.

—¡Claro que hay otras opciones! Pero tú no quieres tomarlas. —Johanna se acercó a él—. Padre, ¿es que ya no me amas? ¿Es que nunca lo has hecho?

—Fuiste lo que más amé en mi vida —murmuró Héctor.

—¿Y ahora ya no? —preguntó Johanna con lágrimas en los ojos.

—Claro que sí, pero ahora duele quererte, nos estás lastimando a todos, hija, no tienes idea de cuánto.

Johanna pestañeó con fuerza varias veces.

—Yo también sufrí muchos años y ustedes nunca lo notaron, ya no quiero sufrir así. No puedes pedirme eso, no si realmente me quieres.

—Entonces deberás cambiarte el apellido.

—No —dijo ella a la vez que negaba lentamente con la cabeza—, no estoy obligada a hacerlo, ¿por qué tendría que seguir tus órdenes si ya no estoy en la familia?

—Nosotros te borraremos de los registros.

—Haz lo que quieras —replicó Johanna y se le quebró la voz, mantuvo la mirada firme en otro lugar.

—Sabes que, si no perteneces a una familia ni a una institución, ya no puedes hacer magia, ¿no?

Johanna sonrió con tristeza.

—Claro que lo sé, pero ¿tú crees que me importa? Ya no sigo tus reglas, ni las de ellos.

Se dio la vuelta para alejarse de allí, creyó que su padre iba a pararla,

pero no lo hizo.

—No sabes a lo que te enfrentas, hija, por favor, recapacita.

Johanna volvió a negar con la cabeza y apretó el paso.

No se cruzó con nadie más de la familia hasta que llegó a la posada que compartía con Ysabel. Se había olvidado de ponerse la capucha; cuando lo recordó, decidió que no le importaba que la gente la viera llorar. Estaba enojada y le dolía, le dolía muchísimo. Era obvio que sus amigos tenían razón: todavía le importaba lo que hacía su familia. Pero ¿valía la pena tratar de convencerlos?

Encontró la pieza sola y recogió su cuaderno, recorrió sus notas. No, no iba a abandonar su camino ahora que lo había encontrado. Sus padres la entenderían, tendrían que entenderla y si perdía su apellido...

—Que así sea —musitó.



DURANTE LOS SIGUIENTES DÍAS, recorrió todas las instituciones que pudo, pero ninguna quiso escucharla. Estaba claro para ella que necesitaría aliados si quería hacer oír su voz. Ella ni siquiera pertenecía a una institución y su propia familia la había rechazado. Ysabel no tenía familia y no era maga. Solo quedaba Tomás. Y ella no quería pedirle nada más, él se había ofrecido a hablar con su familia, pero ella no se lo permitió. Cuando fueron a la institución de él, tampoco quisieron escucharlos. Ella le propuso que se alejara, pero él se negó.

—Arruinarás tu carrera.

—Lo haré si le doy la espalda a lo que creo —repuso él y no aceptó ninguna otra discusión.

Nadie quería escucharlos, ni siquiera en la ciudad ni en los negocios. Era como si ignoraran su propia existencia, eso era todavía peor que encontrar resistencia, que los ataques. Se quedaron en la casa de Ysabel en las afueras. Solo él era capaz de conseguir comida si iba solo, a ellas nadie les prestaba atención.

Después de una semana, Johanna decidió cambiar de táctica. Primero buscó a su hermano mayor, al que no había visto. Lo esperó una noche, cuando salía de su sesión de curación. Él anduvo unas cuadras antes de detenerse y darse la vuelta.

—No puedes hacer esto —murmuró sin mirarla.

El corazón le dio un salto. Le había hablado. Ella dio un paso adelante. Él retrocedió.

—No, hay un callejón a unos metros.

Ella apresuró el paso y le pareció que tuvo que esperarlo horas.

—¿Cómo estás? —preguntó apenas lo vio.

Él vaciló y luego relajó el gesto.

—Bien —la miró de arriba abajo—, no estás comiendo.

Ella se encogió de hombros.

—No me quejo.

—Puedo dejarte algo de comida aquí, ven a buscarla mañana en la noche.

—Gracias, pero no es esa la razón por la que quería hablar contigo.

—No tienes que explicarme nada.

—Pero...

—No —dijo él con más inflexibilidad que nunca en su voz—, sabes cuáles son mis creencias, te ayudaré con comida porque eres mi hermana, pero no contribuiré a destruir todo lo que conozco.

—Yo no quiero destruir.

—Es lo que hace la magia negra, esa que invistes a tu corazón con cada hechizo.

—No —Johanna hizo una mueca—, no es así, si me dejas explicarte...

Él levantó una mano y ella dejó caer los hombros.

—Debes recapacitar, hermana, nadie te seguirá en esta locura. —Miró hacia los lados—. Ahora debo irme, ven mañana por la comida.

Ella lo observó irse, no fue hasta entonces que notó que llevaba los puños apretados. Esa misma noche, intentó encontrar a su profesor, pero toda su familia había desaparecido de la ciudad, algo que solían hacer las familias negras cada tanto.

—Hoy logré que me hablaran más —dijo Tomás cuando se encontraron en la casa—. Parece que han enviado fuerzas a todos lados para reforzar el sistema dual.

—¿Y qué pasa con quienes no lo aceptan?

Él ensombreció el gesto.

—Esa parte no está clara.

—Sí que lo está —murmuró Ysabel—, tú no quieres verlo.

Ella encajó la mirada.

—Pues tendrán que verlo, sí o sí. Para eso tendremos que mudarnos dentro de la ciudad, aquí les es más fácil ignorarnos. ¿Conoces algún lugar?

Su amiga se encogió de hombros.

—Hay pocos edificios abandonados, la mayoría está en muy mal estado. No suele ser segura la ciudad.

—Creo que ahora sí lo es, nadie nos presta atención.

Su amiga vaciló, pero aun así acepto ir en busca de uno.

Los días siguientes, la rutina fue la misma: eran ignorados en todos lados. Al menos su hermano había cumplido con dejarle comida y también algo de ropa para todos ellos. En menos de una semana, su amiga había encontrado un edificio para ellos. Tenía dos plantas y parecía a punto de caerse en cualquier momento. Pero estaba bastante cerca del centro y nadie decía que fuera de su propiedad.

—Está bien, nos quedaremos aquí.

—Tendremos que arreglar algunas cosas —puntualizó Ysabel.

—¿Qué crees? —dijo ella y se dio la vuelta.

Su amigo estaba a unos pasos, con su padre. Ella frunció el ceño y se acercó a saludarlo, aunque no él le contestó.

—¿Qué sucede?

—Volveré pronto —dijo Tomás—. Debo hablar con mi padre.

Johanna los observó irse.

—No creo que vuelvan —opinó Ysabel.

Ella apretó los puños.

—Esto no terminará así, no terminará. —Se volvió hacia el edificio.

—Estamos solas —dijo su amiga.

—No por mucho tiempo —puso los brazos en jarra—, saluda a la primera institución gris.

Ysabel regresó hacia el anochecer, ya pasada la cena. Johanna seguía tirada en la única cama de la habitación, mirando hacia arriba, con el cuaderno aferrado a ella. Ysabel la miró un momento antes de suspirar.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar allí?

—Estoy pensando.

—¿En qué? Porque si es en lo mal que salieron las cosas ayer..., más vale que pienses en lo que puedes hacer para arreglarlo o para hacerlo mejor la próxima vez.

—La próxima vez —murmuró Johanna inmóvil, sin dejar de mirar el techo.

Ysabel se acercó a ella y se sentó en la cama, a su lado. Su tono se volvió más amable.

—¿Por qué no me habías contado lo de tu familia?

Johanna se encogió de hombros, sin desviar la mirada del techo.

—Porque no importa.

—Sí que te importa.

—Pero no puedo hacer nada —suspiró—, no puedo cambiarlos a ellos, la única forma de convencerlos es demostrarles que se puede, que lo que yo estoy haciendo no destrozará el reino, sino que lo hará más fuerte, ¿cierto? Mientras más ciudadanos con magia puedan ser útiles... Hay tantos vacíos ahora entre los magos blancos y negros, tantas cosas que tienen que hacer en conjunto pero que no quieren hacer porque no desean mezclarse. ¿Tienes una idea de cuánto solucionarían tener magos grises?

—Sí, para algunos sí.

Johanna volvió a tirarse en la cama y bufó.

—Pero a mí no me interesa el poder, ellos no tienen que preocuparse de ello, no me voy a involucrar en su política.

Ysabel rio.

—¡Claro que se preocupan! Es de lo único que se preocupan, del poder que tienen y de cualquier amenaza a él.

—A mí no me importa.

—Pero a ellos sí y es innegable que traerás cambios.

—También lo trajó la aparición de la magia y sin embargo lo conseguimos, ¿no? Ahora somos un reino de magos y no magos. —Se detuvo para mirar a su amiga—. Bueno, y otra cosa.

Ysabel le pegó una palmada.

—¿Otra cosa? ¿Otra cosa?

Johanna vaciló una sonrisa.

—Tú sabes a qué me refiero. ¿No te gustaría poder hablar de esto en voz alta sin tener que esconderlo, conocer a otras personas que sean iguales?

—No sirve para nada lo mío.

—Sí que sirve.

—Para los magos, ¿y qué logro yo con eso?

—¿Cobrarles por el servicio?

Ysabel vaciló y se quedó mirando, parecía que nunca había pensado en esa opción.

—Ah, eso te gustó.

—No me molestes. —Ysabel la empujó, pero se levantó de la cama con el gesto serio.

—Te gustó la idea, ¿no?

—Los magos no pagarían por ello.

—Tal vez no ahora, pero más adelante, cuando la gente se acostumbre a que los magos blancos y negros no son lo único que existe... Piénsalo, será mejor decirlo todo de una vez, no hace falta que esperemos, no quiero que esperes como mi padre quiere que haga yo, ¿durante cuántos años?

—Yo no soy tú —dijo Ysabel—, a mí mucho no me importa esa habilidad, no representa nada en mi vida.

—¿Y qué hay de otros como tú?

—Habría que preguntarles, pero creo que ya tienes suficientes problemas por ahora.

—Cierto —acotó Johanna y volvió a recostarse en la cama—. ¿Sabes algo de Tomás?

—No lo he visto desde antes de ayer —dijo Ysabel, sin darse la vuelta. Estaba acomodando algo que Johanna no llegaba a ver.

Entonces, sonaron golpes a la puerta.

Johanna se incorporó enseguida y caminó hacia la puerta, pero una vez frente a ella, vaciló.

—Vamos, abre —le dijo Ysabel desde detrás.

Johanna apretó los labios y abrió una rendija. Apenas vio quién estaba del otro lado, suspiró y abrió la puerta del todo, lo que no impidió que le pidiera que se apresurara y que cerrara la puerta con firmeza y rapidez luego de que entrara.

—Hola —saludó Tomás mirando de una a otra mientras también observaba alrededor, parecía algo incómodo.

—¿Quieres sentarte? —Ysabel le ofreció la única silla de la habitación.

—No, gracias.

Johanna avanzó hacia él sonriendo y hasta amagó a estirar los brazos, pero no llegó a tocarlo, era muy poco lo que se tocaban, incluso desde chicos. Y ahora Tomás se veía todavía más serio de lo que parecía en general.

—¿Ocurrió algo?

—No, no —sonrió el muchacho—, no más de lo que sucedió luego de tu presentación.

—Ah, eso. —Johanna caminó hacia la cama, aunque no se sentó, sino que fue de vuelta hacia la ventana—. No salió como había esperado.

—¿Y qué harás ahora?

—Seguiré con lo que ya había planeado, tú sabes.

Tomás apretó los labios.

—¿Crear una institución? ¿No te parece demasiado? Todavía ni siquiera logras que se te unan más magos.

—Pensé que tú estabas de mi lado. —Sonrió ella con esperanza.

Tomás hizo una mueca.

—Lo estoy, pero sigo siendo un mago blanco. Johanna, yo...

—Sí, sí, está bien, no tienes que explicar nada, fue una locura pensarlo siquiera —suspiró—, es solo que no estoy muy segura de cómo seguir. Pensé que alguien, al menos, alguna persona estaría de mi lado. Pero la mayor parte ni siquiera me prestó atención y la otra... —Volvió a suspirar.

—No te puedes rendir con tanta facilidad —dijo Ysabel con dureza.

—Yo no dije que me rindiera.

—Pero lo parece, así sueñas, si te sigue preocupando tu familia, ¿qué importa? ¡Un apellido no es nada!

Tomás se volvió hacia Johanna con los ojos muy abiertos, mientras esta trataba de hacerle señales a la otra de que se callara.

—¿Qué? —preguntó Ysabel.

—Nada —contestó de mal humor Johanna.

—¿En serio? ¿Cuándo pasó eso? —preguntó Tomás.

—No es importante.

—Sí, dime.

—¿Te irás también, si ya no tengo apellido?

—¿Por qué sigues dudando de mí? —preguntó herido Tomás.

—Porque tú sigues dudando, no estás ni aquí ni allí. ¿Qué tengo que esperar? ¿Cuándo vas a decidirte?

El muchacho vaciló.

—No es fácil.

—Para mí tampoco, mi familia me abandonó y solo los tengo a ustedes dos, me gustaría saber si puedo confiar en ustedes o no. Te dije que no te obligaría y no lo haré, pero tengo que saber. Por favor, Tomás.

—Te ayudaré —vaciló él—, es solo que todavía no sé cómo.

—Pues no tenemos mucho tiempo —dijo Ysabel—, si no vamos a seguir con esto, al menos tenemos que encontrar una forma de conseguir dinero, no podemos mantenernos solo de ideas.

Tomás se volvió hacia Johanna.

—¿Por qué no me dijiste?, te hubiera ayudado con eso hace rato.

—No pensé que..., creí que para ahora ya conseguiría algunas personas de mi parte como para tener ayuda financiera.

Tomás abrió su bolso y le dio dinero a Ysabel. Johanna lo miró en silencio.

—Ella es más práctica —destacó Tomás a la vez que se encogió de hombros.

—Lo sé —dijo Johanna, aunque todavía se veía incómoda.

—Al menos esto puedo hacer —siguió diciendo Tomás—, no te dejaré pasar hambre o que no tengas dónde dormir.

Johanna vaciló y luego apretó los labios durante un minuto.

—Está bien, no te preocupes. Solo quiero saber cómo continuar y para eso tengo que saber con quiénes cuento.

Tomás asintió.

—¿Qué pasó con tu familia?

—Me borrarán del árbol familiar, ya no tengo apellido.

—Ya no podrás hacer magia.

Johanna rio.

—No pueden impedirme eso.

Tomás la miró con seriedad.

—Son las reglas.

—Lo sé, pero no se puede solo con una familia, también si se pertenece a una institución.

—Pero tú no perteneces a ninguna.

—Por ahora, no.

Tomás miró por la ventana. Estaba oscureciendo afuera y había un poco de viento.

—Tengo que irme.

Johanna asintió.

—Cuídate, por favor. Intentaré hablar con tu familia, Primus seguro me escuchará.

—No servirá de nada —dijo Johanna.

—Tal vez si hubiera otra manera...

—No la hay, Tomás, ya no la hay.

El muchacho asintió y se dirigió con calma hacia la puerta. Ysabel cerró detrás de él.

—Lo presionas demasiado.

—No tengo opción.

—La tienes.

—No, no si quiero que esto funcione. No tengo a nadie, Ysabel, y no puedo

desconfiar de la única persona que está a mi lado.

—Él no es la única.

—Me refiero al único mago.

Volvieron a sonar golpes a la puerta. Pero cuando Ysabel abrió, no encontró a nadie allí. Solo un papel en un sobre cerrado. Estaba dirigido a Johanna. Esta miró por la ventana, pero había todavía demasiadas personas en la calle como para saber quién podría haber dejado el sobre.

—¿Qué dice? —preguntó Ysabel.

Johanna abrió la hoja, solo había dos líneas en ella. Tuvo que leerlas varias veces antes de sonreír.

—Estamos contigo, mañana al mediodía.

Ysabel agarró la hoja de papel y frunció el ceño.

—No tiene firma.

—Será para protegerse.

—Pero no sabemos quiénes son. Y, ¿mañana al mediodía qué?

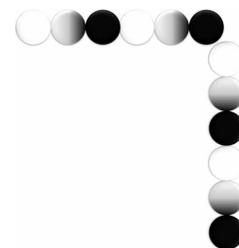
—Se contactarán con nosotros.

Ysabel la miró y Johanna se encogió de hombros.

—Supongo que ese es el mensaje, es lo más lógico. Tenemos que estar preparadas.

—¿Y si es una trampa?

—Tendremos que estar preparadas para eso también.



Capítulo XXV



AL DÍA SIGUIENTE, recibió la notificación oficial: ella ya no formaba parte de la familia. Se quedó mirando la pobre hoja que languidecía en su mano. Era tan corta, tan breve para tener un impacto tan grande. No tenía familia, no tenía pasado, estaba completamente sola. Hasta que recibió la nota, no creyó que su padre fuera realmente a hacer aquello, pensó que había sido solo una simple amenaza, como todas las anteriores. Además, nunca más volvieron a contactarla, no volvieron a intentar convencerla. No podía creerlo, no dejaba de ver la nota y simplemente no podía creerlo. Escuchó pasos que se aproximaban en el pasillo y se guardó el papel.

Ysabel abrió la puerta de la habitación.

—¿Estás lista?

—Sí —contestó Johanna y esquivó su mirada mientras se concentraba en los arreglos para su supuesta cita del día. ¿Y si eran ellos? ¿Y si era su familia para decirle que lo de la nota se podía volver atrás? Sintió que su corazón se aceleraba. Tal vez no estaba bien que se hiciera ilusiones, pero quizás...

—Vamos —dijo Ysabel desde la puerta y Johanna la siguió.

En realidad, no tenían ningún plan. Johanna caminaría por su cuenta, sola. No se acercaría mucho al centro de la ciudad, aunque las instituciones parecían estar ignorándolas de momento.

«Seguramente estén tramando algo».

Pero ¿qué?, era difícil saberlo, sobre todo cuando no le quedaba ningún mago amigo, ninguna forma de acceder a esta información. Caminó durante un par de horas por la ciudad, de un lado a otro, sin que nadie se le acercara o le hiciera señas. Un par de veces tuvo que evitar terminar cerca de su casa. Inevitablemente sus pies la llevaban hacia allí. Pero no quería ver a su familia,

no quería verlos a menos que...

Sintió que alguien caminaba tras ella y que se detenía tras ella a la vez. Percibió cómo su cuerpo se tensaba. Pasó cerca de un callejón y sintió el suspiro de la persona que iba detrás. En un impulso, entró en el callejón y no tardó en escuchar los pasos tras de sí. Se dio la vuelta, llevaba un puñal en la mano, que le había dado Ysabel, pero que ella no sabía usar, solo podría blandirlo y esperar que la otra persona se asustara. Tal vez podría crear un poco de magia, pero no quería llamar la atención.

Cuando se dio la vuelta, vio que era una joven menuda quien estaba detrás y se veía todavía más asustada que ella. Soltó el puñal y sacó las manos, para que las viera vacías, pero la joven no se acercó. Poco después, se escucharon otros pasos. En ese caso, era un joven, más o menos de la misma edad que ella, no podrían haber terminado sus estudios de magos.

—¿Johanna? —preguntó la muchacha.

—Sí, es ella —confirmó él.

Johanna no se movió, no estaba tan lejos de la salida del callejón y no se veía que hubiera alguien más a la redonda.

—¿Quiénes son ustedes?

La muchacha vaciló y miró a su amigo, este sonrió durante un momento y se volvió serio durante otros.

—Hemos estado escuchando rumores durante días —comenzó él.

—Y cuando te oímos ayer... —siguió la chica—, nosotros... queremos saber más.

El muchacho asintió.

Entonces, se oyeron otros pasos y ellos tres, sin darse cuenta, se acercaron los unos a los otros. Sin embargo, quien apareció era Ysabel. Llegaba corriendo y con la respiración agitada.

—No puedes desaparecer así de mi rango de visión de ese modo... —Se detuvo en seco cuando vio a los otros y amagó hacia su propio puñal.

—Está bien —extendió los brazos Johanna—, son amigos.

Ysabel los miró con recelo y no movió la mano, aunque tampoco sacó el puñal. Los muchachos vacilaban.

—Pueden confiar en ella —dijo Johanna—, es mi amiga, mi mejor amiga, desde hace años.

Ysabel pareció sorprendida. Los muchachos la miraron de arriba abajo, sobre todo él.

—Está bien, no tenemos mucho tiempo, queremos saber si los rumores son

ciertos —el joven irguió los hombros y sacó pecho, como si estuviera demostrando que era fuerte, que podía hacerle frente a lo que iba a decir— sobre la magia gris.

—Sí —replicó Johanna con decisión—, es cierto.

Los jóvenes parecieron sorprendidos, pero no tardaron en sonreírse uno al otro.

—Queremos saber más —pidió él.

—¿Nos mostrarías? —preguntó la joven.

Pero Johanna no sabía cómo mostrarse.

—¿Quién los envía? —inquirió Ysabel.

—Vinimos por nuestra cuenta. —El joven levantó el mentón—. Ya somos lo suficientemente grandes para saber.

Ysabel lo midió con la mirada.

—No eres más que un muchacho.

Él rio.

—Ustedes no son mucho mayores —miró alrededor—, ¿dónde está el resto? ¿Escondidos?

Johanna e Ysabel intercambiaron una mirada.

—No es necesario que sepas eso ahora —dijo Johanna—, ¿cómo puedo saber que realmente les interesa la magia gris y que no los enviaron de las instituciones para espiarme?

Los jóvenes volvieron a intercambiar una mirada.

—Porque nosotros somos así —susurró ella y miró alrededor, asustada.

—Lo sabemos desde que éramos chicos, por eso nos hicimos amigos, no tenemos a nadie más y nuestras familias no lo entienden. Ella una vez intentó contárselo a su padre... No salió bien. Pero somos así —se encogió de hombros—, no podemos evitarlo. Desde la primera vez que me enseñaron que debía encontrar la fuente de mi magia y vi que tenía dos, supe que había algo que no estaba bien conmigo.

Johanna sonrió y se adelantó unos pasos.

—No hay nada malo en ti, es normal, hay muchas personas como nosotros. En ningún lado se dice que no puede haber dos fuentes de magia en una misma persona, solo que la magia blanca y la negra provienen de diferentes fuentes.

La joven asintió con la cabeza.

—¿Entonces nos vas a mostrar? —insistió el muchacho—. ¿Nos enseñarás?

—Tenemos que irnos —dijo la joven, que nunca había dejado de mirar

hacia todos lados.

Él asintió.

—¿Cuándo podemos juntarnos otra vez? Para hablar mejor.

—¿Sabes dónde nos quedamos? —preguntó Johanna.

—Sí.

—Bien, dejaremos una señal allí mañana, para coordinar el próximo encuentro.

El muchacho asintió y se apresuró a empujar a su amiga fuera del callejón. Se habían ido hacía unos cuantos minutos cuando Ysabel se acercó a Johanna.

—Será mejor que nos vayamos.

A Johanna le brillaban los ojos.

—Sí, pero ¿viste? ¡Por fin alguien que está de nuestro lado!

—Son solo unos chicos.

—No importa, es alguien. Además, si siguen manteniéndose en contacto con su familia, con las instituciones, entonces podremos obtener información a través de ellos.

Ysabel vaciló.

—La idea no es mala, pero son tan jóvenes.

—No es que nosotros seamos muy viejas.

Ysabel sonrió.

—No me refería a eso, pero ya podremos hablar en otro lado. Vamos.

—Tal vez sea mejor que salgamos por separado.

Ysabel asintió.

Johanna salió del otro lado del callejón. Se esforzó en dar varias vueltas antes de elegir un camino que la llevara de vuelta a la posada. Aunque no tenía sentido, ya sabían que estaba allí, por lo menos el que le había entregado la nota, le tendría que avisar a Ysabel. ¿Quién más pudo haberla llevado? ¿Tal vez alguien de su familia?

Antes de que se diera cuenta, estaba en la cuadra que llevaba a su casa. Se paró a mirar la casa, la puerta estaba cerrada y no se oían sonidos dentro. No podía saber si estaban allí o si se habían ido a alguna fiesta. ¿Estarían sus hermanos?

Lo que más le lastimaba era la postura de Primus, no lo esperaba de él, tal vez de todos los demás, incluso Sixtus, pero no Primus, su hermano mayor siempre había sido uno de esos magos blancos ejemplares. Entonces, la puerta se abrió. Era Regina. Johanna se quedó inmóvil, esperaba que la viera, deseaba ver su reacción. Pero su madre no reaccionó, simplemente la miró

unos segundos y luego llamó a alguien dentro de su casa. Sixtus salió un momento, observó a Johanna y volvió a entrar, tras su madre. Johanna esperó y se le acercó uno de sus criados, se veía nervioso.

—Señorita, no puede quedarse aquí.

—Soy libre de estar en la calle.

—Está acosando a la familia.

—¿Acosando? ¿Sabes quién soy?

El criado vaciló.

—Por favor, señorita.

Johanna inspiró y se dio la vuelta sin contestar. Tal vez habían sido ellos los que le llevaron la nota, así podían liberarse al fin, echarla lejos. O tal vez ni siquiera eso querían con ella: a lo mejor, enviaron a un criado.

Johanna sacudió la cabeza y apresuró el paso. ¿Cómo podían haberla hecho a un lado con tanta facilidad?

—Primus —murmuró—, nunca lo hubiera creído de ti. De ti, nunca.

Se secó los ojos y apretó todavía más el paso. No podía dedicarse a pensar en eso, ahora había otras dos personas que la esperaban, que querían que las guiara, era lo que había estado esperando y no podía echarlo a perder.



HACÍA DÍAS que estaban viviendo en el edificio nuevo de la ciudad. Por las mañanas, se ponían a limpiar y arreglar lo posible. Por las tardes, ella trabajaba en su magia gris. Por un lado, trataba de entenderla, ejecutarla y hacerla crecer. Y por el otro, intentaba crear reglas para ella como las que existían para la magia blanca. Ysabel salía a buscar la comida que su hermano seguía dejando para ellos y cualquier trabajo que le permitiera conseguir unas monedas. También hacía días que Tomás no regresaba. Ni siquiera había recibido un mensaje de él. Se quedaba mirando en la dirección donde estaba su casa, a la espera, pero nunca lo veía llegar.

—Tal vez deba ir a buscarlo —sugirió ella una noche—, por lo menos, para saber que está bien.

Su amiga hizo un sonido gutural.

—¿No estás de acuerdo?

—Creo que, si te presentas allí, le causarás más problemas que otra cosa.

Apretó los labios.

—Quiero solo saber cómo está.

Ysabel levantó la vista de la cena que estaba preparando.

—¿Qué tal si voy yo? Es seguro que nadie de la familia hablará conmigo, pero podría intentar acercarme a alguno de los criados.

Ella sonrió.

—Te lo agradecería.

—Bien, iré mañana, ahora ayúdame a lavar estas verduras mientras me ocupo de la carne.

A la noche siguiente, la luna ya estaba alta cuando ella todavía esperaba en la puerta por su amiga.

«No debería estar tardando tanto, la casa de Tomás no está tan lejos».

Se calentó un poco de las sobras de la noche anterior y se acostó, atenta a cualquier ruido.

«Tal vez, como era tarde, se quedó a pasar la noche en otro refugio».

Se quedó dormida en la madrugada y se despertó a media mañana. Ya comenzaba a hacer calor a esa hora en esos días. Revisó la casa, no había indicios de su amiga, aunque sí unos vidrios rotos que estaba segura de haber recogido unos días antes. Suspiró y salió a la calle. La gente caminaba por allí, pero ninguno la miraba.

—¿Dónde estás? —murmuró en dirección a la casa de su amigo.

Decidió ponerse a limpiar. Ysabel no apareció en todo el día, ni en la noche. Ella decidió ir en su búsqueda. La casa de Tomás era un poco más grande que la suya, pero mucho más antigua. Llegó hasta la puerta y llamó. El criado que le abrió la puerta solo la miró unos segundos antes de cerrársela en la cara otra vez. Ella llamó de nuevo, pero ya nadie le volvió a abrir. Se quedó allí esperando a que alguien saliera o entrara. Poco después, llegó el padre de su amigo, ella corrió hacia él.

—¿Cómo está? ¿Qué le hicieron?

El hombre la ignoró y la evadió. Johanna lo agarró de la ropa y él se zafó. Cuando llegó a la puerta, ella mandó una bola de fuego, que se apagó enseguida. El hombre se giró y, por primera vez, la miró.

—Él está mejor sin ti, ¿por qué quieres arruinarle la vida?

—Quiero verlo.

—Él no quiere verte a ti.

Ella vaciló.

—Tiene que decírmelo él.

El padre frunció la nariz.

—Nosotros no tenemos que hacer nada.

Abrió la puerta y ya iba a cerrarla cuando ella gritó:

—¿Y dónde está la compasión? Se supone que ustedes son buenos.

El hombre se detuvo.

—Somos buenos, pero no tontos, no compadecemos a los negros, solo no los atacamos. Si te entrenaste para blanca, deberías saberlo —hizo una mueca de sonrisa—, pero es obvio que no te quedó ninguna enseñanza.

Ella avanzó unos pasos.

—¿Y dónde está mi amiga?

—No sé de qué me hablas. —Quiso cerrar la puerta y ella se lo impidió.

—Ella vino a buscarlo hace dos días y ya nunca regresó.

—Aquí no ha venido ningún mago.

—Ella no es maga.

El hombre se encogió de hombros.

—Entonces menos sé de qué me hablas.

Ella soltó la puerta.

—Qué bueno que no aprendí a ser como usted.

Regresó sola a la casa. No supo nada más de ninguno de los dos y a los pocos días ni siquiera podía invocar su magia. Cada día encontraba más despojos en el edificio; aunque nunca oía que alguien los causara, estaba segura de que no aparecían por sí solos. Sin embargo, la falta de magia también parecía haberse llevado su capacidad de razonar.

Abandonar la casa no fue difícil, no tenía nada allí de todas maneras, solo sus esperanzas. Observó el papel donde había comenzado a diagramar la institución.

—Basura —murmuró, pero lo metió en su mochila de todas formas.

Había guardado la comida de varios días para su viaje, que tendría que ser a pie. Ni siquiera estaba segura de a dónde ir. Pero ¿qué tenía ahí? Ni siquiera a sus amigos. Creía que Tomás estaría bien, después de todo, estaba con su familia. Pero ¿qué habría pasado con su amiga? No había encontrado rastros de ella, ni siquiera podía estar segura de que hubiera llegado a la casa. No sabía nada y no podía lograr nada. Había pensado pedir ayuda a su familia, pero se arrepintió. Finalmente, decidió abandonar la ciudad.

Los caminos seguían bastante tranquilos. Sospechosamente tranquilos, hubiera dicho Ysabel, y a ella se le escapó una sonrisa. Le llevó una semana encontrar a la comunidad gris y más bien fueron ellos quienes la encontraron a ella. Estaban acampando en un pequeño bosque no muy lejos de la ciudad.

—¿No creen que es un poco inseguro? —preguntó Johanna—, aquí los

puede encontrar cualquiera.

—Sí —reconoció el hombre mayor—, pero no nos quedamos más de dos noches en el mismo lugar. Las patrullas ya pasaron por esta zona.

—Es mi culpa —dijo ella—, todo es mi culpa.

El hombre no dijo nada. Ella levantó la vista hacia él.

—¿Es cierto?

—En parte, sí —dijo él con tranquilidad—, en parte hubiera sucedido tarde o temprano. Si no eras tú, cualquier otro.

—Mis amigos... —susurró ella.

—No creo que a él le suceda nada más que recibir sermones y presión para cambiar de opinión. Estará bien, es un muchacho paciente.

—¿Y ella?

El hombre pensó un momento.

—No sabría decirlo sin saber quién la tiene.

—¿Por qué la querrían?

—Tú lo sabes.

Ella esquivó la mirada.

—Nunca se lo dijimos a nadie.

—Tienen formas de saberlo, o tal vez solo...

—¿Solo qué?

—Solo querían llegar a ti.

—Ya lo había pensado, pero entonces, ¿por qué no contactarme?

—A lo mejor, solo quieren crearte incertidumbre, impotencia, eso te hizo irte, ¿no?

Ella apretó las mandíbulas.

—Ninguno de ellos debería estar sufriendo por mi culpa.

—Pues ve y echa la casa abajo con fuego —rio—, aunque no sé qué tanto apreciará eso tu amigo.

Johanna volvió a esquivar la mirada y ocultó el rostro.

—Ah —susurró él después de un instante—. Ya no tienes tu magia.

—¿Cómo lo sabes?

—Es algo que les sucede a muchos magos cuando están traumatados o se sienten paralizados. No te preocupes, niña.

—¿Y cómo lo resuelvo?

El hombre se puso de pie.

—En eso no puedo ayudarte. La magia se acumula por la acción. Sentada allí llorando no lograrás nada. Pero cómo se acumula depende de la persona,

de su seguridad en sí misma, de su conocimiento, demasiados factores, de las decisiones que toma y sus intenciones.

El hombre se detuvo y recogió el papel de la mochila.

—¿Qué es esto?

—Nada —dijo ella y trató de quitárselo de las manos.

—Interesante, ¿una comunidad gris? Ahora entiendo por qué piensan que eres peligrosa.

—Es una tontería —Johanna guardó el papel—, no sé por qué creí que podía hacerlo.

—Tal vez allí está tu problema.

—Sí, no puedo ser como ellos.

—¿Cómo quién?

—Como mi familia —miró el papel—, como... si la institución gris fuera..., entonces ellos...

—¿Qué? ¿Te respetarían? Tal vez, pero no cuentas con ello. ¿Y por qué querrías serlo? Tú no eres blanca, deja de intentar seguir sus reglas.

—Pero una institución debe tenerlas.

—Sí, pero las propias.

—No puedo crear algo desde cero.

—¿Por qué no? ¿Quién te enseñó a entrelazar magia?

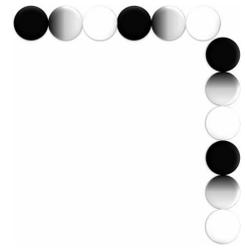
—Nadie, yo solo...

—Eres quien eres —dictaminó él y la dejó sola.

A los pocos días, Johanna pudo volver a invocar magia y cada vez más fuerte. Fue anotando sus descubrimientos sin preocuparse por el orden.

—A ver si nos ayudas con esto —dijo el hombre.

El hechizo de ocultamiento estaba incompleto, pero igual ella aprendió mucho. La tentaba quedarse, estaba más segura, pero decidió salir de su escondite, ir en busca de sus amigos y terminar lo que había empezado.



Capítulo XXVI



LA PRÁCTICA con los jóvenes aprendices iba bastante bien, aunque también un poco lenta. No era mucho lo que Johanna podía enseñarles, dado que ella todavía sabía muy poco de sus habilidades, incluso de cómo llamar a ambas fuentes a la vez. Era algo que para ella resultaba completamente natural, pero supo pronto que no era así para todos ellos, algunos acumulaban de ambas fuentes, pero no siempre que llamaban a la magia se mezclaban ambas. Después de los primeros dos jóvenes iniciales, también aparecieron otros, reclutados por ellos, pero eran todos jóvenes aprendices y menores que ella, nadie que tuviera experiencia. Johanna todavía no perdía la esperanza de que apareciera alguien que supiera más, un mago de más años.

—Te das cuenta de que, si apareciera dicho mago —le dijo una noche Ysabel, mientras descansaban de las lecciones del día—, él querría estar a cargo, ¿no?

—Tal vez —contestó Johanna a la vez que se masajeaba los pies, había estado todo el día de pie, yendo de un lado para otro—, y quizás eso no sea tan malo, ¿no? ¿Acaso la gente no querrá a alguien con más experiencia al mando?

—Se unieron por ti, tú los convenciste, tú eres lo que les interesa, una maga gris que no tiene miedo de proclamarlo a los cuatro vientos.

Johanna enrojeció.

—No es tan así, todavía me ignoran las instituciones. A veces creo que eso es bueno, que nos dan tiempo a crecer, pero esto también quiere decir que no nos toman en serio, ¿no?

Ysabel se encogió de hombros y se levantó para dejar su ropa en una de las sillas. Habían cambiado de posada, esta no era tan amplia como la

anterior, pero a los dueños les importaba menos lo que hacían y sus idas y venidas.

—¿Qué crees que estará haciendo Tomás?

—Supongo que recibiendo los sermones de su padre, tal vez ni siquiera lo deja salir de la casa.

Johanna suspiró.

—Volverá.

—¿Eso piensas?

Ysabel asintió.

—Estoy segura.

Se oyeron golpes a la puerta y una joven la abrió antes de que alguna de ellas contestara. Era el primer joven que habían encontrado. Ya se había relajado entre ellas y había asumido la voz cantante del grupo de aprendices. También había sido muy útil averiguando cosas para ellas en las instituciones. Incluso había podido llevarle a Johanna, durante un tiempo, algunos de los libros de magia que no dejaban que tuvieran los no magos.

Esa vez se veía algo incómodo, lo que no era común en él.

—¿Qué sucede? —Johanna se puso de pie de inmediato.

—Dijiste que querías oír todos los comentarios sobre tu familia.

Johanna sintió que el cuerpo se le tensaba. Ysabel le hizo un gesto al muchacho para que terminara de entrar en la habitación y se sentara en la silla, corrió la ropa. Él lo hizo y suspiró, jugueteó con sus dedos.

—Se lo oí decir a mi padre anoche, cuando vinieron dos magos de las instituciones a hablar con él. Era bastante tarde y me pareció sospechoso que vinieran. ¿Por qué harían algo así? Entonces, intenté escuchar la conversación, no pude oírla toda, pero hablaban de tu familia.

—¿Qué decían? —Johanna había vuelto a sentarse en la cama, en la punta, casi a milímetros de caer al piso.

—Tu familia está perdiendo el apoyo de los demás magos, casi no les quedan amigos y ellos querían... —vaciló—, querían ofrecerle a mi padre el puesto que tiene el tuyo. Incluso hablaron de que la posición que habían conseguido para Sixtus quedó en la nada, o sea, se la dieron a otro. Del único que no hablaron mal fue de Primus.

Johanna apretó los labios, estaba aguantando la respiración y, cuando sintió que le faltaba, inspiró con fuerza. Había decidido dejar a su familia tranquila luego de que el criado la echara. Pensó que se calmarían, que con el tiempo, ahora que las instituciones no parecían perseguirlas, ellos

recapacitarían, la perdonarían. Pero ahora veía que no era así. Ellos estaban sufriendo por ella, por lo que había dicho.

—No es tu culpa —intervino Ysabel.

—En realidad, sí —dijo el muchacho y se echó para atrás cuando ambas chicas lo miraron a la vez—. Bueno, no quiero decir que hayas hecho mal —sonrió—, sabes que estoy de acuerdo contigo. Pero me temo que es cierto que se debe a lo que tú hiciste, a lo que estás haciendo, que tus padres están perdiendo el apoyo de las demás familias.

—Pero yo ya no pertenezco a ellos —murmuró Johanna—, me borraron de los registros de la familia.

El muchacho agrandó los ojos.

—¿Lo hicieron?

Ella asintió con una calma que no sentía por dentro.

El muchacho frunció el ceño.

—Pues se oían muy preocupados. Querían que te callaras a cualquiera costa, creían que, si presionaban a tu familia lo suficiente, ellos harían el trabajo sucio.

—Tendremos que tener más cuidado —meditó Ysabel.

Johanna se echó para atrás.

—Ellos no harían eso, no llegarían a ese extremo. —No miraba a nadie cuando dijo eso.

Ysabel se quedó observándola y el muchacho comenzó a frotar las palmas contra los muslos.

—Entonces, ¿qué harás? ¿Continuarás con las lecciones? ¿Seguirá el plan en marcha?

Johanna lo miró un segundo antes de fruncir el ceño.

—¡Claro que sí! No podemos parar ahora.

El muchacho sonrió.

—Bien —se levantó—, iré a informarles a los demás, estaban un poco preocupados.

—Diles que no tienen por qué —dijo Johanna—, al menos no por mi lado. Pero sí avísales que tengan más cuidado, que no dejen que se den cuenta de que ustedes están a favor de la magia gris. —Miró alrededor—. Tendremos que encontrar otro lugar, uno donde podamos estar juntos. —Vaciló al mirar al muchacho—. No digo ahora, y ninguno está obligado a venir, pero creo que, si estamos todos juntos, como una..., una...

—¿Institución? —Los ojos del muchacho brillaron—. Es una excelente

idea, así podremos hacer magia gris cuando queramos. ¿Cuándo empieza?

—Todavía estamos preparando los detalles —dijo Johanna a la vez que evitaba la mirada furibunda de Ysabel—. Pero dile a los demás que estén listos, fíjate si hay interés.

—Claro, puedes confiar en mí, y cualquier otra cosa que sepa, te lo haré saber.

—Gracias —respondió Johanna y lo acompañó a la puerta.

Se quedaron en silencio hasta que se terminaron de oír los pasos por las escaleras. Ysabel se asomó a la ventana para observar al muchacho que se iba y luego se volvió hacia Johanna.

—¿Últimos detalles? Todavía no tenemos nada.

Johanna se encogió de hombros.

—¿Qué iba a decirle? ¿Te diste cuenta de cómo se emocionó?

—¡Claro que está emocionado! Es un chico, no creo que ninguno de ellos sepa en lo que se está metiendo.

—No los subestimes.

—No lo hago... —suspiró—, es que no tenemos nada armado, no estamos preparados.

Johanna recogió su cuaderno.

—No hay nada práctico allí —dijo Ysabel con desdén.

—Para eso estás tú —sonrió Johanna—, eres la que puede llevar mis sueños a la tierra, a la realidad.

Ysabel la miró con los ojos entornados.

—Así que recurres a la adulación. Bien, te servirá, pero tendrás que hacer mucho más. Nos hubiera venido bien que Tomás estuviera aquí, es un muchacho con mucho sentido común.

—Lo sé, pensé que tal vez podría ir a hablarle. O sea, dije que no lo molestaría, que no lo presionaría, pero solo quiero saber cómo está.

—No creo que esté mal —dijo Ysabel a la vez que se sentaba en la cama a leer el cuaderno—. ¿Y qué vas a hacer con tu familia?

—Ellos ya no son mi familia.

—¿Entonces no te importan?

Johanna calló. Después de unos minutos, Ysabel levantó la vista, su amiga estaba mirando por la ventana, pero tenía la mirada perdida.

—No puedo decir eso tampoco —susurró—, sobre todo por Primus, sé que él no es igual a los otros, no lo es, estoy segura de eso.

—Entonces, ¿qué harás?

—No creo que pueda acercarme a ellos, si antes no me querían, ahora será peor, no querrán tener nada que ver conmigo, los estoy arruinando.

—No, ellos se están arruinando, fue lo que ellos eligieron.

Johanna sacudió la cabeza.

—Tal vez los presionaron también a ellos, vaya uno a saber con qué.

—¿Entonces no los culpas?

—¡Sí! —dejó caer los hombros hacia delante—, pero no. No estoy segura, estoy confundida. ¿Debería ayudarlos? Tal vez así ellos volverían a hablar conmigo.

—Eso es algo que solo tú puedes saber, Johanna. ¿Qué pasaría si nunca más en tu vida hablaras con ninguno de ellos? ¿Cómo te sentirías si a ellos los echaran de las instituciones a las que pertenecen, si ya no los dejaran ser magos por lo que tú estás haciendo?

—Podrían unirse a mí.

—No creo que ninguno de ellos quiera, sobre todo después de todo el esfuerzo que pusieron en crear su familia, en formar su carrera.

—No lo sé, pero no quiero parar esto. Y, además, a esta altura, ¿serviría de algo?

—Creo que no, pero de todas formas tienes que pensarlo —se puso de pie—, aunque no esta noche, ya es tarde y mañana no nos espera descanso.

Johanna asintió, pero se quedó despierta la mayor parte de la noche. A la mañana siguiente, se levantó y salió de la habitación antes de que Ysabel despertara. Las calles recién estaban amaneciendo. Sin vacilarlo, fue hasta su casa. Se veía como siempre por fuera. ¿Cómo podría averiguar qué sucedía dentro?

—Estarás contenta —dijo una voz a su espalda y ella pegó un salto. Regina estaba a su lado, no tenía idea de cómo había aparecido allí.

—Madre.

—Ya no me puedes llamar así.

Johanna desvió la mirada.

—¿Sabes lo que le has hecho a tu familia?

—Creí que ya no lo era.

Regina la sopapeó. Johanna la miró con extrañeza, nunca antes la había golpeado.

—Tu hermano Sixtus y tu padre, ambos, se quedaron sin sus puestos en la institución. Y el mío está frágil y todo ¿por qué? ¡Por un capricho tuyo!

—No es un capricho, madre, es una realidad, una que ustedes no quisieron

enfrentar.

—¿Y tienes el derecho de golpear a todos en la cara con tu realidad?

—¿Por qué no? Ustedes me golpean con la suya.

—Vete, no quiero volver a verte, a menos que sea para disculparte.

Aunque ya no hay nada que puedas arreglar, tal vez puedas salvarnos de que nos echen de la ciudad.

Johanna la miró sorprendida.

—No pueden hacer eso.

—No tienes idea de lo que pueden hacer.

Regina sacudió la cabeza.

—Vete ahora, que todavía puedo controlar mis sentimientos.

Johanna vaciló un segundo antes de apresurarse lejos de allí, sin mirar atrás. Necesitaba ayuda de alguien, necesitaba los consejos que siempre habían estado a su lado. Tal vez él sí pudiera hacer algo por su familia, algo que para ella era imposible. Antes de darse cuenta, estaba frente a la puerta de la casa de Tomás y su familia.



UNA VEZ QUE SE MUDARON al edificio que utilizarían como institución, fue imposible para todos ellos ocultarse. A ella no le importaba, Johanna ya había dicho a todos que era una maga gris, aunque a casi nadie le importaba. Parecía ser que jugaban con la ignorancia, pero ahora que habían puesto una institución cerca del centro de la ciudad, casi enfrente de la antigua institución de su padre, dudaba de que pudieran seguir ignorándola.

Eran pocos los jóvenes que habían dejado sus casas para unirse a ella. Los más viejos tenían su misma edad y no habían conseguido a nadie de experiencia. Aunque Ysabel sí había obtenido la ayuda de otras personas como ella, pero Tomás y Johanna eran las únicas que estaban al tanto de sus habilidades. Por el momento, solo se ocupaban de hacer el edificio habitable y de conseguir una fuente estable de dinero. Los ahorros de todos los que habían decidido trasladarse allí no durarían para siempre y todavía eran muy pocos los trabajos como magos que conseguían, sobre todo en las afueras de la ciudad donde, si de casualidad aceptaban un mago, no les importaba a qué institución perteneciera con tal de que les resolviera el problema, pero era poco lo que les pagaban.

Johanna estaba sola en una de las habitaciones intentando que una tela

delgada y ya casi lista para tirar a la basura cumpliera la función de una cortina en un ventanal enorme con un vidrio rajado.

—¿Te das cuenta de la locura que estás cometiendo?

Johanna dejó caer la tela y se dio vuelta con lentitud, el corazón galopaba en su pecho. Hacía semanas que no oía la voz de Iván. Su exprofesor se veía cansado, tal vez había perdido algunos kilos. Johanna se llevó la mano a la boca.

—¿Qué te están haciendo?

Iván ignoró la pregunta y se acercó a ella con pasos lentos y pausados. Miró alrededor del cuarto sucio y que se caía a pedazos, frunció la nariz. Se detuvo frente a ella, a unos centímetros. Johanna no se movió.

—Lo que importa es lo que te harán a ti si sigues con este proyecto.

—Pensé que a los magos —Johanna se detuvo antes de decir esa palabra, no era así como quería llamar a Iván, no era eso lo que pensaba de él—, a los magos negros no les importaba.

Iván hizo una leve mueca, pero se recuperó con rapidez.

—Les importa —asintió—, claro que sí, tienen lo mismo que perder que los blancos.

—¿Qué?

—Poder, ¿qué más?

—Nunca oí que se quejaban ni que tomaran una posición en contra.

Iván rio.

—Claro que no los oirás, no es así como actúan ellos. Pero la posición está tomada, siempre lo estuvo. No continúes con esto.

Johanna frunció el ceño y dio un paso hacia atrás.

—¿A eso te enviaron? ¿A pedirme que me alejara?

Iván se encogió de hombros.

—Y si no lo hice por mi familia, ¿qué te hace creer que lo haría por ti?

Iván inclinó la cabeza hacia un lado y Johanna tragó saliva.

—Porque tú y yo tenemos algo que nadie más tiene. —Extendió un brazo para rozarle la mejilla, estaban tan lejos el uno del otro que apenas fue más que un leve roce.

—¿Y qué es eso? —susurró Johanna y volvió a mojarse los labios.

Iván sonrió y de repente estaba a solo unos centímetros de ella, Johanna podía sentir el calor de su cuerpo.

—Un entendimiento.

Johanna se estremeció.

—Quédate conmigo. Ahora no soy yo sola, somos más...

Iván se alejó.

—Un grupo de críos que no tiene idea de lo que está haciendo —levantó las manos para señalar alrededor—, ¿crees que con esto basta? ¿Con poner un edificio con el cartel «Institución gris» y ya está?

Johanna apretó los labios.

—Claro que no, por eso necesitamos magos con experiencia, te necesitamos a ti —se acercó a él—, imagina lo que podríamos hacer aquí. Ya no tendrías que cumplir con lo que te pide tu familia, podrías olvidarte de todos ellos.

El rostro de Iván se relajó un momento, se suavizó.

—No tienes idea... —susurró, pero su rostro volvió a cerrarse—. Mi familia no es como la tuya y no me dejarán. A ti te dejan porque todavía eres muy joven, creen que fallarás y que no tienen que preocuparse mucho más.

—No fallaré.

Iván volvió a sonreír.

—Les dije que esa sería tu respuesta, pero no quisieron creerme.

—¿Quiénes?

—Eres demasiado testaruda, eso lo sé desde que te conocí. Una vez que se te fija una idea en la mente... —Movié la cabeza de un lado a otro.

—Tal vez tú no lo eres lo suficiente, ¿acaso ya te rendiste? ¿Harás lo que tu familia quiere y no lo que tú deseas hacer?

—No sabes de lo que hablas.

—¡Claro que sí! ¿Quién más que yo puede entenderte?

Iván se volvió hacia ella y en dos zancadas estuvo a su lado, inclinó la cabeza hacia abajo, el aliento caía sobre las mejillas de ella. Johanna entreabrió los labios.

—Sí —murmuró—, eres la única que podría entenderme, pero no lo haces en realidad. No sabes cuánto quisiera, pero no lo haces. —La soltó y se alejó—. Para mí no es igual que para ti. No tengo solo dos fuentes que se llenan en la misma cantidad, es siempre la negra la que sube como la marea y la blanca solo una chispa. Intenté durante años aferrarme a esa chispa, a esa luz.

—Tú puedes hacerlo. —Johanna volvió a acercarse a él—. Yo sé qué puedes.

—No, no se puede vivir de esa manera, sin ser uno o lo otro. Yo quería ser blanco, ¿no lo entiendes? Blanco, no negro, no gris. ¿Para qué querría ser algo que sigue manchado, sucio? Para eso simplemente regreso con mi familia y al

menos soy negro, pero puro.

—No te entiendo.

Iván sonrió.

—Lo sé.

—Te rindes, eso es lo que haces, no quieres aceptar tu propia persona, lo gris también es válido, uno puede ser íntegramente gris, déjame mostrarte.

—No, y si sigues por este camino, destruirás todo el balance que hay en la sociedad ahora.

—No hay balance, hay solo opresión para los que no somos iguales.

Iván rio con ganas.

—Eres solo una niña, no sabes lo que es que te opriman, lo tuviste muy fácil en realidad, ¿qué pasó? ¿Tu familia te sacó el apellido? ¿Tuviste que trabajar por dinero? No son consecuencias reales. —Dio una vuelta y señaló el edificio a su alrededor—. Y ahora juegas con la casa de muñecas y unos cuantos amigos, todavía más jóvenes e inexpertos que tú. No tienes idea de lo que haces. El daño que le hará a la magia, la oportunidad que representa para el gobierno este quiebre.

—No es eso lo que yo busco.

—Pero lo encontrarás de todas formas y no puedo permitirlo, no podemos permitirlo. Esta es una advertencia, la única que tendrás de los magos negros, tómala. Por favor, no me obligues.

—Diles que no, que no pienso desistir.

Él meneó la cabeza.

—Ni siquiera lo piensas, ¿sabes lo que me costó que me dejaran advertirte? ¿Darte esta oportunidad?

Los ojos de Johanna se iluminaron.

«Todavía le importo».

—Piénsalo tú, únete a nosotros.

—No, mi decisión está tomada.

—Ya habías tomado otra hace años y la dejaste atrás, ¿no?

Iván se volvió hacia ella con rabia y, antes de que pudiera reaccionar, Johanna se vio envuelta en llamas. Levantó las manos por instinto, pero la fuente de su magia negra reaccionó de inmediato, intentando controlar el fuego, a la vez que la blanca trataba de protegerla del calor. El ataque se intensificó y sintió que comenzaban a volar cosas alrededor de su cabeza. Empujó con todas sus fuerzas, aunque lo único que logró fue que Iván retrocediera unos pasos. Sus ojos se aclararon y pareció confundido durante un segundo, pero

después endureció el gesto.

—Piénsalo, Johanna, todavía tienes tiempo. Poco, pero hay. —Se dio la vuelta para irse.

Estuvo fuera de la habitación antes de que Johanna pudiera reaccionar. Y entonces apareció Ysabel con algunos de los aprendices detrás. Todavía había pequeñas llamas alrededor y ellos se apresuraron a apagarlas.

—¿Estás bien? —preguntó Ysabel y la tomó de los brazos.

Johanna pestañeó y tardó en terminar de enfocarla con los ojos.

—Sí —susurró, pero no parecía estar hablando con ella. Miró alrededor, como si no supiera dónde estaba. Las llamas ya se habían apagado y los aprendices la miraban con preocupación—. Tenemos que ordenar esto —dijo y comenzó a levantar los escombros.

Después de un momento de vacilación, los demás hicieron lo mismo.

Ya unas horas más tarde, cuando las dos estaban solas, Ysabel volvió a preguntarle cómo estaba.

—¿Quién era él?

Johanna frunció el ceño.

—Iván, tú lo conoces.

—¿Ese era tu profesor? Solo lo vi de espalda, pero corrígeme si te atacó.

Johanna se mordió el labio.

—No fue él.

—¿Había alguien más? No vi a ninguna otra persona.

—No, me refiero a que no lo hizo porque quiso, lo están obligando.

—Creo que ya es bastante mayor como para hacer las cosas porque quiere y no porque alguien lo obliga. ¿Quién dice que lo obliga? ¿Su familia?

Johanna hizo un sonido indescifrable.

—¿Los magos negros?

—Puede ser.

Ysabel se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación.

—Sabes lo que esto significa, ¿no? Ni siquiera podemos defendernos de los blancos, ¿cómo haremos para protegernos de los negros?

—Yo lo convenceré, no te preocupes.

—¿Lo convencerás? Johanna, ese hombre casi te quema viva.

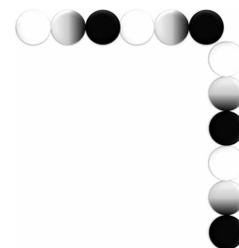
—Fue un accidente.

Ysabel bufó.

—No puedo creerlo. —Fue lo último que dijo antes de dejar la habitación.

—Lo convenceré —murmuró Johanna, ella sabía que Iván era como ella y

que estaría mejor siendo gris. Solo tenía que demostrárselo; una vez que lo viera, se daría cuenta.



Capítulo XXVII



TENÍA QUE VER A TOMÁS, aunque su familia no lo quisiera, era su única oportunidad para ayudar a su propia familia y además lo extrañaba. Extrañaba sus consejos y su calma compañía, él siempre la había soportado. Y ya no tenía a Iván ni a Ysabel, ¿qué podía hacer? Los aprendices no la comprendían, no como ellos tres. Tenía que poder hacer algo por su familia, aunque ellos no lo quisieran.

Lamentablemente, hacía días que Tomás no se mostraba en público. Ella había ido a todos los lugares de caridad y había hecho preguntar a los aprendices que todavía tenían amistades en las instituciones, pero Tomás no salía de su casa y la última vez que había ido a la casa de él, su padre no la había dejado entrar. Pero decidió que debía intentarlo de vuelta.

Observó la casa de su amigo durante varias horas, hasta que descubrió en qué horarios su padre salía. No sabía cuántos criados había allí, pero tenía que arriesgarse. Si se parecía a su casa, sería fácil entrar por la puerta lateral.

El lugar era más grande que su propia casa y estaba lleno de objetos decorativos con los más intrincados dibujos y grabados. Estaba completamente en silencio, como si no hubiera nadie allí, pero Johanna sabía que habría criados dando vueltas, eran muy silenciosos. Avanzó con cuidado por los pasillos. La habitación de Tomás estaba en el primer piso, casi al final de un pasillo, los demás cuartos estaban desocupados. Cuando se asomó allí, vio a una criada limpiando el polvo de los cuadros. Intentó retroceder y sintió que daba contra algo blando. Notó que un brazo le rodeaba la cintura y estuvo a punto de gritar, hasta que sintió una mano sobre su boca.

—No hagas ruido —dijo la voz de Tomás sobre su oído—, hay un cuarto abajo donde podemos hablar.

Johanna asintió con la cabeza y Tomás la soltó. Juntos, se apresuraron a bajar por las escaleras y entrar en un pequeño cuarto que podría haber sido un estudio, pero que ahora parecía estar en desuso. Tomás cerró la puerta con cuidado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó al darse la vuelta.

—Quería saber cómo estabas. Hace tanto que no sé nada de ti.

Su amigo tenía un gesto serio y cansado.

—Estoy bien.

—No te ves bien.

—Es complicado, Johanna.

—No vengo a pedirte nada —aclaró Johanna y se esforzó por mantener la mirada firme, en realidad, sí había ido a pedirle algo—, solo quería saber cómo estabas. ¿Acaso no seguimos siendo amigos?

—Sí, por supuesto. —Tomás se adelantó unos pasos y luego se llevó las manos a la cabeza. Recién entonces, Johanna notó lo despeinado que estaba y lo raro de su aspecto desaseado.

—Tomás, ¿estás bien?

—Solo un poco cansado, no te preocupes por mí. ¿Cómo está Ysabel?

—Ella..., no lo sé... —Johanna se encogió de hombros—, vino a buscarte hace unos días y no regresó más, pensé que tal vez...

—No está aquí, nunca la vi. —La voz de Tomás se llenó de urgencia—. Johanna, no podemos dejar de ocuparnos de esto, ¡tienes que buscarla!

—¡Lo estoy haciendo! —Bajó la voz después de un gesto de Tomás—. Lo hago, pero no es fácil. Son tantas cosas, tantas a la vez... —Sacudió la cabeza.

—Sé lo de tu familia —dijo Tomás con un susurro—. No te preocupes por ellos, sobrevivirán, además, se tienen los unos a los otros. Ysabel solo te tiene a ti.

—¿A nosotros?

—Claro, yo la ayudaré todo lo que pueda, pero ahora... —Volvió a llevarse las manos a la cabeza—. Puedo averiguar si alguien la vio por algún lado. Intentaré, pero...

—¿Por qué no sales de casa?

Tomás se volvió hacia ella y abrió los labios, en el mismo momento en que se abrió la puerta.

—Te dije que no volvieras —la increpó el padre de Tomás, quien entró con gesto adusto en la habitación y con un criado detrás. Le hizo señas a este para que se llevara a Johanna de allí.

—No, espere, solo quiero hablar con él, quiero saber cómo está.

—¿A qué te refieres con que le dijiste que no volviera? ¿Cuándo vino antes? —Tomás parecía extrañado.

—Tomás, por favor, solo quiero hablar contigo unos minutos, nada más.

—Ahora —ordenó el padre y le hizo un gesto urgente al criado, quien tiró del brazo de Johanna con fuerza.

Tomás intentó ir tras ella, pero su padre lo detuvo y cerró la puerta que los separaba. El criado tiraba del brazo de Johanna como si quisiera arrancárselo del cuerpo. Ella intentó resistirse, pero entonces llegó otro más y entre los dos no tardaron en lanzarla fuera de la casa y cerrar de un portazo, sin una sola palabra. Cayó en la vereda. La gente que pasaba a su lado se detenía unos segundos a observarla, pero luego seguía su camino. Nadie se paró a ayudarla a levantarse y ella se quedó allí sentada, mirando la puerta cerrada de la casa de Tomás. Vio una cortina que se movía en el piso de arriba, pero no alcanzó a ver quién la estaba mirando, tal vez su madre.

Aguardó unos minutos, esperaba que Tomás pudiera salir. Después dejó pasar unas horas más; al final, supuso que ya no saldría. Volvió a su institución, estaba cansada y no tenía ganas de hablar con nadie, pero allí la esperaban sus aprendices, deseando que ella les enseñara lo poco que sabía.

«Nada, en realidad, no sé nada», se dijo mientras miraba esos rostros expectantes.

Se había quedado sin nadie, su familia, Iván, Tomás e Ysabel.

—Ysabel —susurró—, ¿dónde estás?

Se levantó en mitad de la noche y despertó al aprendiz primero, el que lideraba a los demás, le pidió que intensificara la búsqueda de Ysabel, ella tenía que ver por su lado si podía lograr algo por su familia o, por lo menos, enterarse de cómo estaban. Necesitaba saber si estaban bien. Ya se había dado cuenta de que Tomás no lo estaba, ¿acaso su padre no lo dejaba salir de la casa? Aquello no le extrañaría.

No tenía nadie más a quien acudir sino a los jóvenes que la rodeaban en ese edificio que se caía a pedazos y a los de la comunidad gris. Pero ¿acaso podría molestarlos a ellos? Decidió ir a visitarlos al día siguiente.

El líder de la comunidad gris no se comprometió con nada, no le importaba demasiado el destino de la familia de Johanna y creía que Tomás no sufriría ningún daño con la suya. De todas formas, él no podría intervenir. Pero sí le preocupó la desaparición de Ysabel y le prometió que utilizaría todos los recursos posibles para encontrarla.

—¿Por qué no te unes a la institución?

El hombre sonrió.

—¿Institución? ¿Cuál? Todavía no la reconoce nadie y ¿qué voy a hacer si eso fracasa? Aquí hay muchas familias, no puedo exponerlos a todos. —Negó con la cabeza—. No, no puedo hacer eso, no ahora al menos.

Johanna se levantó decepcionada, pero no esperaba otra respuesta. Nadie parecía estar de su lado. Cuando regresó a la institución, pasó cerca de su casa. No había sido su intención, pero parecía que los pies siempre la guiaban en ese sentido. Aunque ella no lo quisiera. Se detuvo a un par de cuadras de allí, no quería cruzarse con ninguno de ellos, en realidad no.

—Hola —dijo una voz a su espalda.

Johanna se dio la vuelta. Su hermano Sixtus estaba a unos pasos. La observaba con tranquilidad, no parecía estar enfadado, aunque tampoco feliz de verla.

—Hola.

—Sabes que no deberías estar por aquí.

Johanna frunció el ceño.

—Estoy a cuadras de la casa, ¿qué esperan? ¿Que salga de la ciudad?

Se mordió el labio y se arrepintió apenas lo dijo, pero su hermano no se inmutó.

—Estás demasiado cerca, mamá no querrá verte ahora.

—¿Qué pasó? —susurró Johanna.

—Perdió su trabajo, como los demás. —Inclinó la cabeza a un lado—. Solo Primus se mantiene activo como miembro de la institución de sanación. No creo que lo pierda, pero... —se encogió de hombros— creo que ya nada es seguro.

—No es mi culpa.

Sixtus siguió mirándola, sin decir nada.

—No lo es.

—Cada uno toma sus decisiones.

—Sí, como nuestros padres tomaron las suyas.

Sixtus asintió.

—Sí.

Johanna esperó, pero no parecía querer agregar nada más. Cambió el peso de un pie a otro.

—¿Me odias?

Sixtus volvió a inclinar la cabeza.

—No, nadie te odia.

—Mamá sí.

—Está decepcionada, se esforzó mucho por la familia durante años.

—Pero no es mi culpa, sino del sistema, ¿no se da cuenta de que está mal? ¿De que no les tendría que haber sucedido eso solo porque yo tengo una opinión diferente?

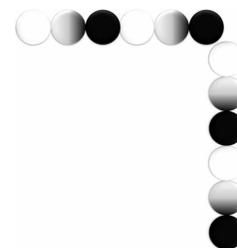
Sixtus sonrió un poco.

—Está mal —dijo pensativo y clavó su mirada con tranquilidad en Johanna—. El sistema es lo que es y tiene muchas cosas buenas, tú solo piensas que está mal porque no va contigo, lo entiendo. Pero no solo tiene que servirte a ti.

Johanna se mordió el labio.

—Pero puede ser mejor para todos.

—Tal vez, en un futuro —se encogió de hombros—, no lo sé. Pero ahora no es bueno para ninguno de nosotros. Papá está analizando mudarnos a otra ciudad, después de todo, hay magos en otros reinos.



Capítulo XXVIII



DESPUÉS DE MUCHO BUSCAR, por fin los magos de la comunidad gris pudieron decirle a Johanna dónde estaba Ysabel. No estaba muy lejos, sino en las afueras mismas de la ciudad, en la parte más pobre, donde ni siquiera los soldados patrullaban muy a menudo. Según los informes de esos magos, se hallaba allí por una banda, uno de los hombres estaba gravemente quemado y buscaba algún tipo de venganza, aunque no estaba claro de qué o de quién quería vengarse. No había podido ver mucho, solo que la tenían allí atada y estaba bastante golpeada, era la única persona que estaba allí y ellos no parecían tener más planes que atormentarla. No parecía que quisieran una recompensa o algún otro trato.

—¿Quemado? —dijo Johanna y le temblaron los labios.

—¿Los conoces? —preguntó el mago gris.

—No pueden ser ellos —susurró.

—¿De quién hablas? ¿Conoces a estos hombres? Son peligrosos, no deberías ir tú sola por ellos, deberías conseguir algo de ayuda —vaciló y miró alrededor, aunque ninguno de los otros magos le mantuvo la mirada—, tal vez si me das algo de tiempo...

Pero Johanna no lo estaba escuchando, ni siquiera lo estaba mirando. Mantenía la mirada fija en el suelo y musitaba por lo bajo.

—No puede ser, ¿será cierto? Esto es todo mi culpa entonces. —Se levantó de repente y abandonó la habitación.

—Espera —gritó el hombre detrás de ella, pero nadie hizo amague de pararla o seguirla.

Antes de que se diera cuenta, estaba de vuelta en el edificio que llamaba su institución. Se cruzó con algunos aprendices, pero no les prestó atención. El

muchacho trató de acercarse, pero ella lo esquivó. Fue a la pieza que compartía con Ysabel y revolvió entre sus pocas cosas. Tendría que haber algo de valor que pudiera intercambiar. Revisó toda la habitación, tirando las cosas de un lado a otro. No había nada.

—¡No puede ser! —exclamó y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué buscas? —preguntó el muchacho.

—Algo —dijo Johanna y, con un suspiro, se dejó caer en el piso.

El muchacho rio, pero enderezó el gesto cuando notó que Johanna no lo acompañaba. Se acercó a ella con cautela.

—¿Puedo ayudarte? ¿Qué es lo que intentas encontrar?

—No lo sé. —Johanna apretó los labios para que no le temblaran, para no llorar. No estaba preparada para esa situación, no lo podía hacer sola. Ni siquiera tenía la ayuda de Tomás, no podía pedir consejos a su familia o a Iván. ¿Cómo iba a resolver eso ella sola?

Levantó la mirada y vio la expresión expectante del muchacho.

«No, no puedo pedirles esto a ellos, se supone que yo los guío, no que tengo que pedirles ayuda, guía a ellos».

—No te preocupes —dijo y bajó la mirada—, ya lo encontraré yo.

—Vamos, déjame ayudarte, ¿no es para eso que estamos aquí? Para ayudarnos unos a otros.

Johanna se mordió el labio.

—Es peligroso.

Él volvió a reír.

—Eso ya lo sabemos, pero seguimos aquí. ¿Qué sucede?

Johanna sintió otros pasos, varios de los aprendices aguardaban en el umbral de la puerta, todos a la espera de lo que dijera.

—Es Ysabel.

—¿Qué pasó? —preguntó una de las muchachas—. Hace mucho que no la veo por aquí.

Johanna asintió.

—Lo sé, por eso pedí a unos amigos que averiguaran dónde estaba —soltó la respiración—, estaba preocupada. —Sacudió la cabeza—. La tiene prisionera una banda en el sector oscuro de las afueras de la ciudad.

Hubo un silencio colectivo.

—¿Están seguros? —preguntó el muchacho poco después.

—Sí —asintió Johanna—, y es mi culpa.

El joven frunció el ceño.

—¿Son magos?

—No.

—No entiendo —dijo la muchacha.

Johanna volvió a suspirar y se frotó el rostro con fuerza.

—Hace unas semanas, cuando volvíamos del lago, Ysabel fue atacada por una banda. Yo ya me había separado de ella, pero había regresado para darle algo que había olvidado. Cuando lo vi... —Inspiró y desvió la mirada para no fijarla en nadie en especial—. Usé mi magia, lo hice sin pensar, quería salvarla, solo pensé en no lastimarla.

—Entonces no es tu culpa —opinó el muchacho.

—Pero los quemé —le tembló la voz—, incluso algunos de ellos no..., no sobrevivieron.

Johanna no se animó a levantar la vista, no quería saber cuál era la expresión de los demás jóvenes. Todos venían de familias blancas, ¿cómo se tomarían lo que estaba diciendo?

Esperó un largo momento y luego se puso de pie, aún sin mirar a nadie.

—Tengo que sacarla de allí, si no fuera por mí, ellos no hubieran regresado.

—Si no fuera por ti —dijo la muchacha—, tal vez ella no hubiera sobrevivido al primer ataque.

Johanna la miró de frente, los demás tenían gestos serios, pero ninguno parecía disgustado.

—Está bien defenderte y defender a los tuyos —mencionó otro de los muchachos—, ¿qué más podías hacer?

—Pero no está bien quemar a alguien hasta... matarlo.

—No si esa fue tu intención. ¿Lo fue?

—¡Claro que no! —se escandalizó Johanna.

El muchacho sonrió y los demás también se relajaron.

—Entonces, no deberías castigarte a ti misma, hiciste lo que tenías que hacer para defenderla a ella y a ti. Eso no está mal, al menos no para mí.

—Además —dijo la chica—, no sabías aún cómo controlar tu magia. Si te hubieran enseñado, tal vez esto no hubiera sucedido.

Los demás hicieron gestos de asentimiento y murmuraron su aprobación, estaban de acuerdo.

—Tal vez —concedió Johanna con una pequeña sonrisa—, pero aun así está mal, no deberíamos usar la magia de esa manera, no a menos que no quede ninguna otra opción.

—Acordado —dijo el muchacho y miró a los demás, que también asintieron—. Ahora, ¿cómo vamos a rescatar a Ysabel?

Johanna vaciló unos segundos.

—Pensé que primero tendríamos que tratar de negociar algo.

—No creo que les interese —opinó otro de los muchachos.

—Tal vez no —dijo Johanna—, pero igual tenemos que intentarlo y, en última instancia, nos servirá de distracción. Es decir, yo seré la distracción mientras ustedes tratan de sacar a Ysabel. Nuestra última opción es atacarlos con magia.

—Me parece bien —murmuró el muchacho—. ¿Con qué vas a negociar?

Johanna miró alrededor, a la habitación desordenada con las pocas cosas esparcidas, sin ninguna de valor real.

—Era lo que buscaba.

—Mmm, me parece que yo tengo algo —acotó la muchacha y sacó un colgante que llevaba a todos lados.

—No —dijo Johanna—, no puedo pedirte eso.

—Sí, es más importante la vida de Ysabel; además, ella hace mucho por nosotros, se lo debemos.

Hubo un murmullo general de acuerdo.

—Está bien —asintió Johanna—. ¿Alguno de ustedes sabe cómo llegar a esa zona?

—Sí —confirmó el mismo muchacho alto—, estuve allí una vez cuando era niño. No es fácil, tiene muchos callejones que no llevan a ningún lado y uno termina perdiéndose, pero sé cuál es la mejor forma.

—Bien —dijo Johanna—, lo haremos esta noche.

Pasada la medianoche, todos abandonaron la institución, excepto un par de ellos, que se quedaron para vigilar el edificio. La zona oscura de las afueras de la ciudad, en realidad, no estaba muy lejos, pero el muchacho los guio por un camino que parecía dar vueltas sobre sí mismo, hasta llegar a una zona de casas desvaídas, casi todas ellas deshabitadas y caídas o a punto de caerse. No tardaron en encontrar la casa donde estaría Ysabel. Se veía sospechosamente vacía. Johanna se acercó sola.

Abrió la puerta el hombre quemado, que sonrió apenas verla.

—Te tardaste bastante, pensé que ya no te importaba tu amiga.

Johanna endureció el gesto.

—¿Qué quieres por ella?

—¿Qué quiero? —Sonrió el hombre—. Quiero que sufra, como lo hago yo

todos los días. —Dio vuelta la cara para mostrar todo el costado quemado, había perdido una oreja y todo el cabello de un lado—. ¿Tienes idea de cuánto duele esto?

Johanna apretó los labios y se obligó a mirar.

—Fue culpa tuya, tú me obligaste...

—¡No! —El hombre se adelantó varios pasos antes de contenerse—. Esto es culpa tuya y de la zorra que está dentro, no hubiera sucedido si no fuera por ninguna de ustedes dos. Mi hermano todavía estaría aquí. —La miró de arriba abajo—. Y tú, se suponía que eras blanca. —Escupió a un lado—. Ahora sabemos que no eres más que una sucia maga negra.

Johanna apretó los labios.

—Pues bien, tengo algunos trabajos para ti si quieres que te devuelva a tu amiga.

—No —dijo Johanna con toda la calma que pudo juntar—. Me la devuelves ahora, traigo un pago que será más que suficiente. —Sacó el colgante y se lo mostró a una distancia segura.

El hombre entornó los ojos.

—No veo bien desde aquí.

—Pues imagínatelo, no pienso acercarme más.

—¿Una maga negra tiene miedo de un pobre lisiado?

Johanna volvió a apretar los labios.

—No soy negra.

—¿Y cómo les llaman ahora a los magos que matan personas?

—Esa no era mi intención.

—Esa no era mi intención. —El hombre la imitó con mímica—. ¡Pues fue lo que hiciste! Perdí a mi hermano, perdí a mi banda y quedé lisiado para siempre. Eso no basta para cualquier colgante.

Johanna se lo guardó, esa era la señal para que los demás sacaran a Ysabel de allí. Mientras, ella tenía que seguir distraendo a aquel hombre.

—Pues tendremos que encontrar otra solución —propuso ella—, porque yo no voy a trabajar para ti.

—¿Ni siquiera después de todo lo que sufrió tu amiga?

Johanna tembló.

—¿Qué le has hecho?

El hombre sonrió.

—¿Te gustaría saberlo?

—Devuélvemela.

—No hasta que me pagues todo lo que debes.

Se escucharon ruidos desde la casa y ambos se dieron vuelta. Hubo un golpe y varios gritos. Johanna corrió hacia allí. El hombre la agarró por la muñeca y ella trató de empujarlo, pero enseguida lo tuvo encima y su peso era demasiado grande. Volvió a invocar la magia del fuego. Golpeó con fuerza al hombre, que cayó al suelo chamuscado después de un breve grito.

Johanna se quedó mirándolo unos segundos, asqueada de haberlo vuelto a hacer. Escuchó otros gritos dentro de la casa y se puso de pie.



HORAS DESPUÉS, estaban de regreso en la institución. Algunos de ellos heridos, pero ninguno de gravedad. Nadie habló de lo que sucedió en aquella casa.

Ysabel estaba inconsciente y muy magullada. Johanna y las demás jóvenes se ocuparon de limpiarla y sanar las heridas con la poca magia blanca que les quedaba. Johanna no podía evitar estar feliz por el regreso de Ysabel, aunque consternada por su estado. Así como preocupada por cómo contener su magia gris sin lastimar a los demás. Y cómo conseguir más aliados, ahora que tenía más enemigos...

La recuperación de Ysabel fue más lenta de lo que había esperado. Los primeros días ni siquiera había querido hablar o comer. Mantenía la vista fija en la distancia y no había ningún gesto en su rostro. Johanna estaba comenzando a impacientarse, no sabía cómo ayudarla. Tomás hubiera sido mejor en ese caso, era más paciente con los heridos y enfermos, ella no tenía idea. Tampoco sabía por lo que había pasado, aunque podía imaginárselo, pero no le gustaba lo que se imaginaba.

En la ciudad se había extendido el rumor de lo que habían hecho en la zona oscura y ahora los vecinos los miraban con suspicacia. Cada vez era más difícil obtener comida y ropa y poder conseguir suficientes trabajos como para mantenerse a flote. Las instituciones aprovecharon ese momento para tacharlos de otro tipo de magos negros, de los cuales las instituciones negras tendrían que ocuparse. Y estas se mantenían sospechosamente calladas, como si estuvieran ajenas a todo ello. Aunque Johanna sabía que no era así.

Aunque hacía mucho que no veía a Iván, sabía que estaría vigilándola, sabía que en algún momento aparecería, pero no sabía cuándo ni cómo. Necesitaba más aliados, necesitaba magos negros en sus filas, ¿por qué no

tenía ninguno? Si había grises entre los blancos, también tendría que haberlos entre los negros.

—Como Iván —susurró y se puso de pie para ir a buscar al muchacho que era el líder de los aprendices.

—Sí —dijo él y dejó lo que estaba haciendo para prestarle intención—. ¿Qué necesitas? ¿Cómo está Ysabel?

Johanna vaciló.

—Más o menos igual —suspiró—, ya no sé qué hacer.

El muchacho asintió.

—Habrá que darle tiempo.

—Sí —repuso Johanna y dejó pasar un minuto de silencio antes de seguir—. Me preguntaba, todas las veces que tanteabas estudiantes, ¿nunca nadie mencionó a un mago negro?

El muchacho frunció los labios.

—Sabes que no estudiamos juntos, estamos por separado.

—Lo sé, pero a veces, en las excursiones, se juntan. En la muralla trabajan tanto magos negros como blancos. Tal vez alguno se haya aproximado.

El muchacho negó con la cabeza.

—No, por lo menos a mí nunca se me acercó ninguno y nunca supe de alguien interesado.

—Pero tendría que haberlo —insistió Johanna—, no puede ser que todos seamos antiguos magos blancos.

El muchacho se encogió de hombros.

—Tal vez así funciona la magia gris.

—No —dijo Johanna—, estoy segura de que hay del otro lado. —«Iván es así»—. Pero tiene que haber una forma de contactarlos.

—¿Es importante?

—Sí, necesitamos contactos del otro bando, no sabemos qué es lo que ellos tienen planeado para nosotros y, si queremos defendernos, necesitamos que alguien nos enseñe esa parte de la magia. ¿Cuánto nos demorará a nosotros hacerlo por nuestra cuenta?

—Entiendo —asintió el joven—. Veré qué puedo hacer, tal vez ese muchacho sepa algo.

Johanna lo siguió entre las habitaciones en reparación. Todos los aprendices estaban ocupados con las reparaciones.

«Ninguno está aprendiendo a controlar nuestro tipo de magia, eso tiene que cambiar o nunca estaremos preparados».

—¿Sabes dónde está ese muchacho? —le preguntó el joven a una chica.
Esta enrojeció y no quiso mantenerle la mirada.

—¿Qué pasa? —Johanna se adelantó.

—Es que él dijo que..., que se iba.

Johanna frunció el ceño.

—¿A dónde? —preguntó el muchacho.

—¿Se iba de la institución? —preguntó Johanna.

La joven asintió.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo pasó eso?! —Él parecía indignado—. ¿Por qué nadie me avisó? ¿Cómo pudo irse así como así?

—Está bien —dijo Johanna—, cualquiera puede irse si quiere.

(Y era lo que ella esperaba después de lo que había pasado en la casa).

Se volvió para mirar al muchacho.

—No voy a hacer lo mismo que las demás instituciones, no voy a forzar a nadie a ser lo que no quiere ser.

—Pero no podemos dejarlo ir así nomás —el muchacho parecía indignado—, ¿y si le cuenta nuestros planes a los demás?

Johanna se encogió de hombros.

—Ya anunciamos nuestros planes, además, era obvio que iban a enviar a algunos espías, era esperable. —Se dio la vuelta para mirar alrededor—. ¿Falta alguien más?

—Sí —confirmó la joven—, dos chicas más.

Johanna asintió. No las conocía de nombre y no le recordaban a nadie. Tal vez debería dedicar más tiempo a conocer a esas personas.

—No podemos preocuparnos por ellos, no hay tiempo —suspiró—, tendremos que dejar las reparaciones de lado también, todo lo que no sea indispensable. Debemos prepararnos por si vienen los magos negros.

—¿Crees que vendrán? —preguntó una de las muchachas más jóvenes.

—Sí, estoy segura, aunque no sé cuáles serán sus primeras intenciones, tenemos que estar listos. Debemos practicar más la magia gris, habrá lecciones por la mañana y por la tarde, dos veces. El tiempo que quede lo usaremos para arreglar el edificio y conseguir comida —vaciló—, me gustaría que alguien siempre estuviera con Ysabel, pero si no pueden...

—Sí —se adelantaron varios muchachos y muchachas—, lo haremos, nos turnaremos.

—Bien —volvió a asentir Johanna—, entonces, ¿qué te parece lo de intentar contactar a algún mago negro? —le preguntó al joven.

El muchacho la miró con duda durante unos segundos, pero después abrió la boca en una gran sonrisa.

—Suenan como una aventura.

—¿A quién piensan contactar? —intervino otro de los jóvenes.

—Haremos una lista de los que parecen más posibles entre todos sus compañeros de clases.

El muchacho asintió.

—Creo que se me ocurren algunos.

Los siguientes días se dedicaron a estudiar, practicar e intentar encontrar magos negros que quisieran pasarse a su lado. Lo primero parecía fácil, aunque Johanna varias veces se encontraba también del lado del aprendiz cuando alguno de los jóvenes le contaba o mostraba lo que habían aprendido por su cuenta. Una de las muchachas se dedicaba a anotar todo lo que iban descubriendo y lo que se contaban unos a otros. Con suerte, los futuros grupos podrían aprender de un libro o tenerlo como referencia. Lo más difícil había sido acercarse a los magos negros. Si bien a nadie le parecía importar que ellos entraran en la zona negra de la ciudad, un lugar donde no se veía a ningún mago blanco, estos magos negros los ignoraban por completo. Johanna solo había estado ahí un par de veces, siempre persiguiendo o yendo con Iván.

—Iván —murmuró.

—¿Estás segura de que nos atacarán? —dijo el joven que casi siempre estaba a su lado, esa vez iban los dos solos—. No parecen prestarnos atención.

Johanna inspiró con fuerza.

—Estoy segura. Tal vez actúan así porque saben que ganarán si nos atacan.

El muchacho sonrió.

—No deberían estar tan confiados.

—En cierta forma, nos conviene —murmuró Johanna.

El muchacho asintió y siguieron caminando, las calles estaban casi vacías, aunque era media tarde y todavía había mucha actividad en la ciudad.

—¿Conoces a alguien por aquí que no sea tu exmaestro?

—No. ¿Tú?

—No, jamás hablé con un mago negro, no realmente. Ni siquiera cuando visitamos las murallas. Siempre permanecía entre los blancos, creía que... —
El muchacho calló.

—Está bien —dijo Johanna—, yo también lo creía, pensé que, si podía pasar más tiempo con mi familia, si me pegaba a mi hermano mayor, el modelo

del mago blanco..., pero no funciona para nosotros. Y eso está bien también.

Se detuvo de repente. Había una señal en el piso, como si los guiaran hacia una de las casas, que parecía desocupada. La había visto titilar hacia unos cuantos pasos atrás, pero ahora lo hacía con más insistencia.

—¿Será una trampa? —preguntó el muchacho.

—Tendremos que estar listos —Johanna se adelantó—, tú quédate unos pasos detrás de mí.

Ella entró primero, la puerta principal llevaba a la sala. Era una casa bien cuidada, pero se notaba que no estaba habitada, había una sensación en el aire que indicaba que allí no respiraban otras personas a menudo. De entre las sombras, aparecieron dos muchachos, uno de cada lado de la sala. Johanna retrocedió un paso.

—No queremos lastimarte —avisó uno de los jóvenes.

—Ya lo hubiéramos hecho si hubiéramos querido.

Johanna miró de uno a otro, no eran exactamente iguales, pero era obvio que eran hermanos.

—¿Qué quieren? —preguntó Johanna sin dejar de mover los ojos de uno al otro.

Los muchachos se sonrieron entre sí y volvieron a adelantarse, con las manos en alto.

—Solo queremos charlar.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu pequeño grupo.

—No cederemos —enfaticó Johanna—, no importa con qué me amenacen. Uno de los jóvenes rio.

—No queremos que cedan.

—Eso sería una desilusión —acotó el otro.

Johanna vaciló.

—Queremos unirnos a ustedes —dijo el que había reído.

—Si es que aceptan magos de familia negra...

Johanna se esforzó para no mostrarse relajada. Era justo lo que estaba buscando, ¿sería demasiada suerte?

—¿Cómo puedo saber que dicen la verdad? ¿Que no los manda la institución negra?

Los muchachos inclinaron la cabeza hacia uno y el otro.

—¿Cómo podríamos convencerte de eso?

Johanna pensó en Ysabel, era la única que podía ver las fuentes de magia

de los demás. Aunque eso no garantizaba que usaran la otra fuente o que la quisieran.

—Hay un examen —dijo Johanna—, ¿estarían dispuestos a tomarlo?

—¿Examen?

El joven volvió a reír.

—Entonces sí es como una institución.

—No somos como los demás, pero tenemos que estar seguros.

Los muchachos volvieron a mirarse.

—Está bien —contestaron al unísono.

—Nos encontraremos aquí mañana.

—No, aquí no —dijo un joven—, dejaremos un rastro, tendrá que ser en otro lugar.

Johanna vaciló un segundo.

—Está bien, pero tendrán que ser solo ustedes dos.

Antes de que los jóvenes terminaran de asentir, habían desaparecido entre las sombras. Johanna sintió pasos detrás de ella, se volvió para ver al muchacho.

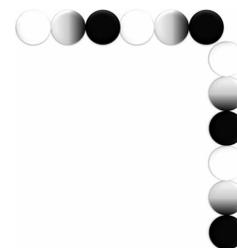
—¿Crees que dicen la verdad?

—Veremos.

—¿Cuál es el examen?

Johanna apretó los labios.

—Tengo que ver si funciona. Por favor, regresa a la institución, tengo que ir a otro lado antes.



Capítulo XXIX



HABÍA UNA SOLA PERSONA que podía curar a Ysabel y hacerlo en tan poco tiempo. Tenía que lograr que Tomás volviera a su lado. Aunque no tenía idea de cómo podía hacerlo. ¿Qué era lo que tenía para decirle? Básicamente, debía pedirle que le diera la espalda a su familia para ayudarla, ¿y qué podía ofrecerle ella? Solo problemas. No había nada más que darle. Pero lo necesitaba, Ysabel lo necesitaba y no podía dejar de pedírselo. No lo obligaría, no, aceptaría una respuesta negativa, pero de todas formas tenía que pedírselo.

Desde que se separara del muchacho y comenzara a caminar hasta la casa de Tomás, había estado pensando en qué le diría, en cómo lo trataría de convencer, pero parecía que la mente se le quedaba más en blanco mientras más esfuerzos hacía por llenarla. Además, estaba el tema de cómo iba a entrar en la casa. No creía que volviera a funcionar la forma en la que había entrado la vez anterior. Seguramente los criados estarían vigilando, incluso el padre mismo pudiera ser que lo estuviera haciendo. Aunque debería estar en la institución a esa hora, ¿no?

—Ocupando el puesto de mi padre —murmuró Johanna mientras miraba la casa de Tomás desde una ubicación alejada, esperaba que lo suficiente para que nadie se fijara en ella ni advirtiera que estaba allí. Claro que eso también evitaba que Tomás se diera cuenta. ¿Estaría todavía en la casa? No tenía forma de saberlo. No había sabido nada más de él desde que la echaran de allí. Por unos días, había creído que el muchacho aparecería frente a ella en cualquier momento, pero no lo había hecho.

Ahora estaba otra vez en el mismo lugar donde había estado tantas veces en las últimas semanas. Como una limosnera que espera, con ojos llenos de

esperanza, que alguien que lo tiene todo, o parece, le dé un poco de lo que ella necesita. Después de pensarlo mucho, decidió que iría a través de la puerta principal. No esperaba que la dejaran pasar, pero sí hacer el suficiente escándalo para que Tomás la oyera. Esas eran todas sus esperanzas. Era un plan bobo, pero el único que se le ocurría en ese momento y no tenía mucho más tiempo para pensar.

Con decisión, se acercó a la puerta y llamó al timbre. Tardaron bastante en contestar y, a medida que oía los pasos acercarse del otro lado de la puerta, se le encogía el estómago. Tenía que estar preparada para que no le cerraran la puerta en la cara. Si era de esa manera, nunca lograría hacer suficiente ruido como para que Tomás la oyera. Cuando sintió que ya estaban por abrir la puerta, se preparó para embestir a quien estuviera del otro lado. Pero cuando esta se abrió, se quedó inmóvil. Allí había una mujer y no era una criada.

Johanna permaneció en el umbral, levemente inclinada hacia delante, pero incapaz de hacer cualquier movimiento. La mujer tenía que ser la madre de Tomás, no había otra opción, tenían la misma frente espaciosa y el mismo pelo. Era la primera vez que la veía, que ella supiera, esa mujer nunca dejaba su habitación.

—Tienes muchas agallas para venir aquí —dijo la mujer—, creo que mi marido ya te echó dos veces.

Johanna balbuceó. Era incapaz de pronunciar una palabra. No estaba en absoluto preparada para ello.

—¿Ya estás lista, querida? —Sonó la voz del marido dentro de la casa.

Johanna pegó un salto y la mujer sonrió.

—Sí, él está acá y no le gustará verte.

—¿Y a usted?

La mujer se encogió de hombros.

—Tengo temas más importantes de los cuales ocuparme.

Johanna no se animó a preguntar. No tenía idea de cuáles temas podrían ser, nunca había sabido que esa mujer hiciera algo.

—Tomás está en su habitación —siguió hablando la mujer con calma—, pero me temo que no puedo dejarte entrar, a mi marido no le gustaría.

—¿Y le podría avisar que estoy aquí? —Johanna recuperó la voz.

La mujer inclinó la cabeza a un lado. Parecía estar pensándolo y, de pronto, cerró la puerta con calma, como parecían ser todos sus movimientos. Antes de cerrarla por completo, agregó algo por la rendija:

—Espéralo fuera, lejos de la casa.

Johanna pestañeó a la puerta cerrada. No tenía idea de lo que había ocurrido. ¿Podría confiar en aquella mujer?

—¿Estás lista? —Se volvió a escuchar la voz del padre de Tomás del otro lado—. No nos queda mucho tiempo.

Intentando hacer el menor ruido posible, Johanna se alejó de la puerta y, cuando estuvo lo suficientemente lejos, corrió hacia su escondite anterior. Allí esperó lo que le parecieron horas, caminando de un lado a otro del estrecho lugar.

Tomás apareció poco después, se veía muy delgado y demacrado. Su pelo —siempre pulcro— estaba despeinado.

—¿Qué sucede? —Johanna se acercó a él y se detuvo unos centímetros antes—. ¿Estás bien? ¿Qué te hicieron?

Tomás suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Estoy bien, solo cansado.

—Te ves horrible, no creo que estés bien. Déjame ayudarte.

Tomás sonrió.

—Gracias, pero estoy bien, en serio.

—Entonces, ¿por qué luces de esta manera?, ¿por qué ya no sales más de la casa? Este no eres tú.

—Es complicado.

—No lo es tanto. ¿Es que tu familia no quiere que seas lo mejor para ti?

—¡Claro que sí! Y los entiendo, es que es un momento complicado, hay muchas presiones de todos lados.

—Es complicado para todos, pero al menos algunos estamos haciendo lo que queremos, lo que en verdad queremos.

Tomás la miró con calma.

—Yo también, Johanna, estoy donde quiero, soy un mago blanco.

—Lo sé, pero eres un mago al que le gusta ayudar a los demás y hace semanas que no estás en ninguna institución de caridad o sanación. Esa gente te necesita, te extraña.

Tomás bajó la mirada.

—Lo sé, no debería... Voy a volver.

Pasaron unos segundos de silencio.

—¿Cómo están ustedes?

—Yo estoy bien. —Johanna enfatizó la primera palabra y se sintió mal por hacerlo. Pero era lo necesario y ahora que veía el estado de Tomás, sabía que también era bueno para él.

—¿Tú? ¿Y qué hay de Ysabel?

—Ella... no está bien, la atacaron.

—¿Quién? ¿Cuándo? —Los ojos de Tomás retomaron su brillo—. ¿Qué sucedió?

—Unos matones, ella había ido en tu busca y no volvió. Tuvimos que rescatarla, estaba... muy herida.

—¿La sanaste?

—Todo lo que pude —Johanna sintió que enrojecía—, pero sabe que tú eres el mejor sanador de los dos. Creí que tal vez..., tal vez podrías pasarte por allí, solo por ella, no pido nada más.

Tomás vaciló. Miró hacia atrás, donde estaba su casa. Sus padres estaban saliendo.

—Tu madre ya se recuperó —comentó Johanna—, esas son buenas noticias.

—Sí —dijo Tomás con un hilo de voz, no parecía tan convencido—. Yo... intentaré, lo haré, pero mi padre, él...

—¿Él qué?

—Él quiere lo mejor para todos.

—Él, que me echó de su casa; él, que ni siquiera te dijo que yo había estado allí.

Tomás volvió a vacilar, se llevó la mano a la nuca y se la frotó con fuerza.

—Él busca lo mejor para todos, Johanna, eso es algo complejo y a veces hay que hacer algunos sacrificios.

Johanna miró en dirección a la casa.

—Pues no parece que él haga muchos, no tantos como tú.

Tomás volvió a frotarse la nuca. Inspiró con fuerza.

—¿Qué pasa, Tomás? Dime, sabes que puedes confiar en mí.

Él parecía vergonzoso, volvió a negar con la cabeza.

—Me dio un ultimátum —respondió con un hilo de voz, como si todavía no pudiera creerlo—. La última vez que estuviste aquí lo confronté por habérmelo ocultado y me dio un ultimátum, no puedo volver a verte ni ayudarte a ti o a ninguno de tus amigos. Es eso o abandonar la familia.

Johanna se llevó la mano a la boca, aunque no llegó a cubrirla. Hizo un ruido que podía ser un gemido.

—¿Te sacará el apellido?

—No lo sé, no lo especificó, dijo que no podría seguir viviendo en casa, que tendría que irme, que no podría seguir ayudándome.

—Lo siento —dijo Johana y apoyó su mano en el brazo de él—. Lo entiendo, tú sabes cuánto. —Movi6 la cabeza de un lado a otro—. Deberías volver a tu casa, no tendría que haber venido. Olvídalo.

Johanna se dio la vuelta para irse, pero Tomás la agarró del brazo.

—¿Qué tan mal está Ysabel?

Johanna apretó los labios un momento antes de contestar.

—No te preocupes, yo me ocuparé de ella. —Se zafó con suavidad de su brazo y se alejó, forzándose a sí misma a no mirar atrás.

—¿A dónde vas? —Se oyó la voz del padre de Tomás.

Johanna se dio la vuelta, vio que Tomás estaba a unos pasos de ella, no lo había notado, pero más allá estaba su padre, con la mirada fija en su hijo.

—Si te vas, no podrás volver.

Tomás vaciló. Miró a su madre, que estaba detrás, vestida como para una fiesta, y volvió a mirar a Johanna, que tenía ropas que hacía días que no lavaba ni remendaba.

—Mi lugar está ayudando a los necesitados, padre, sabes que siempre es así.

—Ellos no son necesitados, pueden valerse por su cuenta y están metidos en el lío que ellos mismos crearon.

Tomás inspiró y cerró los ojos.

—Todos necesitan ayuda —abrió los ojos— y yo puedo dárselas. Lo siento, padre, pero ese es mi llamado.

Se dio la vuelta y se apresuró a llegar donde estaba Johanna y después rebasarla. Johanna se quedó mirando al padre de él. Tenía una expresión fiera en la cara y la observaba con un enfado que ni siquiera su propia madre podría haber mostrado. Sin embargo, la madre de Tomás se veía triste, pero lucía una sonrisa.

—¿Johanna? —Sintió la voz de Tomás tras ella. Despegó la mirada de su padre y siguió a su amigo de vuelta a la institución.

No pudo evitar una sonrisa al verlo a su lado, pero enseguida mudó la expresión al ver el rostro de Tomás. ¿Qué estaba haciendo? Estaba destruyendo una familia tras otra, ¿cómo podía tener derecho a hacer todo eso? ¿Estaba bien aceptar lo que le ofrecía Tomás?

«Te lo recompensaré, te lo juro», pensó a medida que se internaban en las calles que oscurecían.

Con la ayuda de Tomás, Ysabel se recuperó para esa noche. Al menos en cuerpo, en mente todavía estaba un poco ida, asustada. Johanna se mordió el

labio, pero no tenía otra alternativa, debía pedirle su ayuda, era la única que podía asistirle. Tomás se había opuesto a sacarla de allí, pero no se lo discutió demasiado, se veía que estaba cansado y ya no tenía ganas de pelear. Johanna se sintió todavía peor, estaba arrastrando a sus amigos a un camino que tendría que haber recorrido ella sola y parecía que todo el precio lo estaban pagando ellos.

«No puedo pensar en eso ahora, tendré que recompensarlos más tarde, lo haré, pero ahora necesito hacernos fuertes lo más rápido posible».

Las señales para ir al nuevo lugar estaban allí donde las habían dejado los muchachos mellizos. Habían acordado no dejar ver a Ysabel. Sería el joven el que se aproximaría a Johanna para hacerle saber lo que ella veía y luego Tomás se la llevaría de allí, mientras Johanna y el muchacho se quedaban a hablar con los supuestos nuevos aprendices. Ya estaban allí cuando ellos llegaron.

—No se muevan —dijo Johanna—, tienen que quedarse donde están, sin moverse hasta que les diga.

Parecieron divertidos y asintieron con la cabeza.

Poco después, el joven se acercó a Johanna y le murmuró algo al oído. Ella asintió y le hizo la señal que habían convenido. Tomás tendría que estar llevándose a Ysabel de regreso, había otros dos muchachos que lo ayudarían a llegar.

—¿Ya podemos movernos? —preguntó uno de los mellizos.

—Sí —afirmó Johanna.

—Bien —dijo el otro—, ¿cuál es el examen?

—La primera parte ya está.

El joven enarcó las cejas.

—¿En serio? ¿Y en qué consistía?

—¿Pasamos?

Johanna asintió.

—Ambos tienen las dos fuentes de magia y uno de ustedes posee bastante de la blanca.

—¿Cómo sabes eso?

Johanna calló.

El silencio se extendió hasta que uno de los muchachos rio. Johanna estaba bastante segura de que era el que siempre lo hacía.

—Ya veo, tienes a alguien que puede leer la magia en los demás. ¿Sabes?, esa habilidad no es frecuente. ¿Qué más tienes?

Johanna mantuvo el rostro inexpresivo.

—No es necesario que lo sepan todavía. ¿Cómo sé que quieren usar su parte blanca? Que la tengan no significa que la quieran.

Los muchachos se miraron el uno al otro.

—Hay más cosas que hacer en la vida que estar en las sombras. Siempre detrás de todo lo que sucede en la ciudad.

—Detrás de los magos blancos.

—No todo tiene que ser destrucción y ataques —sonrió alguno de los muchachos—, yo soy muy bueno curando.

—Entonces, Pruébalo —lo desafió Johanna y se acercó. Se arremangó una manga, tenía un largo corte en el brazo.

—¿Cómo te hiciste eso?

Johanna selló los labios.

El muchacho inspiró.

—Está bien.

Se acercó a ella y posó las manos sobre la herida. Cerró los ojos para invocar la magia. Johanna sintió la conocida sensación de tibieza propia de cuando alguien está pasando magia curativa. El joven era muy bueno. Se separaron luego de unos minutos.

Los muchachos se unieron a ellos solo un día después. Efectivamente, eran hermanos mellizos y fueron muy bien recibidos. Aunque algunas de sus prácticas eran extrañas para los que habían crecido rodeados de magos blancos, enseguida fueron muy populares por todo lo que podían enseñar a los demás. En cambio, parecía que ellos sabían bastante de magia blanca, al menos de la teoría. Aunque eran algo reacios a cómo habían adquirido ese conocimiento. A través de ellos, supieron que había otros magos que estaban interesados en el movimiento y que había algunas discusiones entre las instituciones de magia negra e incluso también entre varias de magia blanca. Algo que había asombrado a unos cuantos de ellos, siempre aparentaban estar todas en contra de ellos, pero parecía que había algunas a favor, incluso algunos en el gobierno, pero nadie lo quería decir abiertamente.

El primer ataque llegó a fines de esa semana. Fueron rodeados por magos negros que intentaron tomar el edificio. Por suerte, con la ayuda de los aprendices de magos negros pudieron anticipar esos ataques y bloquearlos con los conocimientos de los magos blancos. Sin embargo, fueron bastante dañados y algunas habitaciones quedaron en desuso. No habían terminado de recuperarse del daño, cuando del gobierno algunos soldados se presentaron

para reclamar que desalojaran el edificio.

—No, no —insistió Johanna—, el edificio estaba abandonado.

Pero los soldados frente a ella no flaqueaban.

Por suerte Ysabel ya se hubiera recuperado lo suficiente para poder hablar con ella. Le contó a Johanna que, poco después de haberse mudado, había aparecido un hombre que decía ser el dueño. Después de negociarlo, ella logró llegar a un acuerdo de alquiler, incluso tenían un contrato. Johanna se lo mostró a los soldados, pero cuando estos la llevaron a ver al dueño para que lo ratificara, este desvió los ojos y les pidió que se fueran.

—El contrato es por seis meses —dijo Ysabel, que todavía se veía demacrada—, tenemos todo ese tiempo antes de estar obligados a irnos, pagamos por adelantado.

Por el momento, se zanjó de esa manera, pero los seguían presionando para que se fueran. Primero les cortaron todas las líneas de trabajo y luego tampoco dejaban que les vendieran comida. Dependían exclusivamente de la caridad de unas pocas personas anónimas. Johanna se estaba desanimando y entonces fue cuando aparecieron los magos blancos. Sixtus estaba al frente de ellos. Johanna salió a la puerta para hablar con él, se había acercado solo.

—¿Qué quieres?

—Ya lo sabes, tienes que dejar esto y acatar los reglamentos de las instituciones.

—No pertenezco a ninguna de esas instituciones y, si no recuerdo mal, tampoco a ninguna familia.

—Pertenece a la ciudad, y hay reglas aquí también.

—Lo sé y cumplo con ellas, tengo hasta un año para que mi institución sea reconocida, hasta entonces, estoy dentro de las regulaciones.

Sixtus inspiró.

—Sabes que nunca será reconocida la magia gris, no existe, es blanca o negra, la mezcla no es una magia diferente.

—Claro que existe y cada vez somos más. Cuando exista una institución, estará llena de aprendices y magos grises.

—Por favor, Johanna, estás agitando la ciudad cuando deberíamos estar en calma. ¿Sabes lo que costó llegar a esta paz?

—Sí, costó el silencio de muchos. Y sigue costando.

Sixtus sacudió la cabeza.

—No lo entiendes, la magia no es estable.

—Y nunca lo será si seguimos escondiéndola.

—Es la única forma de que nos acepten, así es como nos quieren.

—Te equivocas, hermano, aceptarían mucho más, no tienes idea de lo que los demás saben y tú no. Este no es el camino, es lo mismo que negar la magia.

—No se puede salir a trompicones, así todo a la vez.

—No es todo a la vez, hace mucho tiempo que estamos con los magos, se suponía que la magia gris tendría que haber aparecido hace años, pero los que estaban en el poder no querían permitirlo, eso fue lo que pasó. ¿Por qué no le preguntas a papá y mamá? Ellos saben que es así.

Sixtus vaciló.

—Necesitamos hablar con tus aprendices.

—¿Para qué?

—Sus familias quieren hablar con ellos.

—Pueden hablar cuando quieran, nadie está prisionero aquí.

—Esto tiene más consecuencias de las que crees.

—Creo que tiene más consecuencias de las que tú crees —se cruzó de brazos—, ¿tienes algo más que decir?

—Tenemos que entrar.

—No.

—Johanna.

—No, no pueden hacerlo, pueden quedarse aquí fuera y llamar al que quieran, el que quiera salir lo hará, pero tienen que dejarlo volver a entrar. Esas son las reglas.

—Tú no puedes poner las reglas.

—Pues ya lo estoy haciendo. —Se dio la vuelta y volvió a entrar en la institución.

Sixtus no se movió de allí, sino que los magos blancos acamparon alrededor y no dejaron que nadie más entrara. Cualquiera que hubiera quedado fuera de la institución no podría volver a entrar. Eso quería decir que tampoco podían volver a salir.

Johanna suspiró. Ya llevaban tres días así. Si no eran los magos blancos, eran los negros y si no, los soldados de la ciudad.

—No podremos mantener esto durante mucho tiempo, tenemos que salir.

—¿A dónde? —preguntó Tomás.

Johanna se mordió los labios.

—Lo estoy pensando, no sé cuál sería el mejor lugar, pero sé que tenemos que salir de aquí y llevar la lucha a donde ellos están.

Ysabel la miraba en silencio, había estado muy callada desde que se

recuperara. Nunca habían hablado de lo sucedido, ella siempre rehuía y Johanna no quiso presionarla, aunque sabía que había hablado con Tomás, los había visto más de una vez susurrándose en algún rincón oscuro de la institución.



EL EDIFICIO ESTABA CASI EN RUINAS, pero no podían permitirse salir de allí. Era el único refugio que tenían. Eran diez personas y solo ocho de ellas podían ejecutar la magia gris que todavía no sabían manejar. Pero ella no se rendía. Ya no había forma de dar vuelta atrás. No había ningún lado a dónde ir. Miró de reojo a sus amigos, ambos agotados y sucios. Ellos tampoco tenían a dónde ir. No hasta que esto se solucionara. Inspiró con fuerza y se arrepintió al instante, le dolían las costillas. No quería decírselo a Tomás, este ya había gastado casi toda su magia curándolos a todos.

—Bien —dijo y se puso de pie—, solo tenemos que resistir un poco más, no podrán seguir enviando más magos.

—¿Y qué haremos después? —preguntó uno de los jóvenes.

Ella se masticó la lengua. Sabía qué era lo que tenía que hacer, hacía tiempo que lo sabía, pero no sabía cómo decirlo. Esquivó la mirada de sus amigos y movió el peso de un pie a otro.

—Iremos nosotros al ataque.

Primero silencio y luego risas, hasta que otra vez hubo silencio. Al final, alguien se puso de pie.

—No podemos hacer eso. Somos muy pocos y no tenemos poder...

Ella levantó la mano.

—Tenemos el suficiente poder, uno que ellos todavía no comprenden.

—Nosotros tampoco —murmuró alguien y ella lo ignoró.

—No nos harán caso si solo nos defendemos, debemos ir al ataque.

—Los blancos solo se defienden.

—Pero nosotros no somos blancos —dijo ella—, no totalmente.

Los demás se miraban con duda.

—Johanna tiene razón —opinó Ysabel—, tienen que entender que van en serio.

—La magia blanca —acotó Tomás— no lucha a menos que sea extremadamente necesario, pero sí lo hizo, sucede que hace siglos que está establecida.

De a poco, uno a uno fueron asintiendo. Ella les contó su plan, que no era otro que atacar a las instituciones más importantes de cada bando. Tendrían que separarse.

—Somos muy pocos para separarnos.

—No tenemos otra opción —determinó ella, pero antes de continuar, sintió el edificio temblar.

Habían llegado los magos.



LA PELEA fue más corta de lo que habían esperado. Si bien fue intensa, no hubo heridos de gravedad y las defensas aguantaron.

Johanna vaciló frente a la puerta mientras veía a los atacantes irse.

—¿Notaron eso? —preguntó, la sangre le corría por la sien.

—Ven, déjame curarte —dijo Tomás.

—¿Lo viste? —le preguntó ella aferrando su brazo.

—Yo sí —dijo una de las jóvenes.

—¿Qué cosa? —preguntó Ysabel.

—Se fueron juntos, los bandos de ambos magos se fueron juntos. Deberíamos enviar a alguien a ver dónde, podría ser nuestra oportunidad.

—Ahora no —sugirió Tomás—, deben descansar.

—No, ¡ahora es justo el momento! —instó Johanna con ojos brillantes.

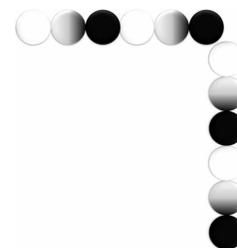
—Yo iré —dijo el más pequeño.

Resolvieron atacar a la madrugada, antes de que saliera el sol. Los magos blancos y grises estaban en la institución de sus padres. Su profesor estaba con ellos. Ella los vio a través de la ventana, se mordió el labio, pero dio la señal de avance. Atacaron todos a la vez, encontró a los magos desprevenidos y los blancos no pudieron alzar los escudos antes de que ellos pudieran entrar por las ventanas. Ella se encontró primero con su hermano mayor. No lo dudó, no le haría daño, pero podía dejarlo inconsciente.

—¿Por qué...? —preguntó él mientras caía; ella no lo dejó terminar.

Cuando cayó al suelo, lo alejó a una de las habitaciones.

El ataque le llegó por el costado.



Capítulo XXX



DEJÓ A PRIMUS DETRÁS y se encaminó hacia la próxima habitación, donde sabía que Iván estaría esperándola solo.

—Es una pérdida de tiempo —dijo su profesor—. No puedes ser ambas a la vez, ni siquiera ahora puedes elegir entre noquear a tu hermano o salvarlo.

—Puedo hacer las dos cosas.

—No harás ninguna bien. —Él rio y alzó los brazos.

No tenía sentido que esto terminara en un duelo de ellos dos nada más, pero en cierta forma sí lo tenía. Lo habían elegido a él por una buena razón. Pero ¿por qué él había aceptado? Era algo que ella todavía no terminaba de comprender.

Él estaba relajado, apoyado contra una de las paredes de la habitación, con la vista fija en el umbral, a la espera de que ella apareciera. Cuando Johanna entró, pensó que él atacaría de inmediato, pero lo que hizo fue caminar hacia ella y detenerse unos pasos antes. Luego terminó de acercarse y, sin una sola palabra, la besó. La abrazó con fuerza y susurró en su oído.

—Es muy fácil, Johanna, solo tienes que aceptar la magia negra en tu interior.

—Lo hago.

—Sssh, déjame terminar. —La abrazó con más fuerza, tanto que ella ya no sentía el aire fluir hacia sus pulmones—. Tienes que aceptar la magia negra y solo ella. Entonces, podremos ser felices todos.

Johanna se separó de él lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—¿En serio serías feliz así?

—¿No es eso lo que siempre quisiste? ¿A nosotros dos juntos?

Johanna vaciló.

—Sí, pero ¿es lo que tú quieres?

—Claro que sí, ¿por qué crees que guardé siempre la distancia? Porque era algo que no podía ser, pero ahora sí.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no podía ser antes?

—Porque no soy blanco, Johanna, a pesar de todos mis esfuerzos, no puedo mantener esa llama y es lo que tú siempre deseaste. Pero ahora, ahora que ambos podemos abrazar la magia negra...

—O la gris —dijo ella.

El gesto de él cambió levemente.

—Eso no existe, Johanna, tienes que dejar de creer en esas cosas, no se puede ser gris, no hay balance en ello, no se puede estar con un pie en cada lado. Lo intenté durante años, tú lo sabes.

—No, no, esto es distinto, déjame mostrarte.

Se zafó de él y retrocedió unos pasos. Invocó sus dos fuentes de magia para llamar al fuego. Lo hizo jugar entre sus manos, aumentando sus llamas, pero sin llegar a hacer demasiado daño.

—¿Y para qué sirve eso? —cuestionó Iván—. No puedes manipular en serio el fuego ni tampoco puedes protegerte de él, no es lo uno ni lo otro.

—Es ambas cosas, ningún mago blanco puede hacer esto ni ningún mago negro.

—Pero no tiene ningún valor, es perder fuerza, es no ser nada.

—No, no lo entiendes, es ser algo diferente. Si lo intentas.

Iván negó con la cabeza.

—No, no tengo la suficiente magia blanca como para hacer eso.

—Iván, por favor, solo tienes que intentarlo.

—¡No! —repitió él y elevó un brazo, una barrera de fuego se levantó entre los dos.

Johanna la manipuló para que no la quemara.

Iván hizo más presión y enseguida ella estaba rodeada por enormes llamas que no la dejaban ver nada alrededor.

—Si no aceptas mi oferta, ellos te destruirán.

—¿Ellos quiénes? —Tosió Johanna mientras intentaba ver algo a su alrededor. Podía dirigir el fuego hacia lugares específicos, pero en poca cantidad, intentó encontrar algo cerca de Iván que estallara. Que lo asustara, pero que no lo quemara. Lo encontró y se focalizó en llevar el fuego hacia allí. Pero cuando se desconcentró de cuidarse de lo que tenía alrededor, una llama

prendió en su ropa. Saltó hacia atrás agitando la pierna con fuerza, aunque eso solo alimentó la llama. Por fin, pudo calmarse y apagarla, pero la muralla de fuego a su alrededor no bajaba.

—Por favor, Iván, sé que puedes oírme.

—No lo entiendes, no quiero ser gris, quería ser un mago blanco o nada.
—Se miró las manos—. Ahora soy nada.

—No tiene por qué ser así.

—Es demasiado tarde.

—No —dijo Johanna, pero ya casi no podía verlo a través de las llamas.

El humo también era cada vez más espeso. Se empezaron a oír pasos que se aproximaban desde todas las direcciones.

—Ya están cerca, Johanna —se escuchó la voz de Iván a través del fuego—, todavía estás a tiempo de cambiar de opinión.

—No.

—Ellos te destruirán.

—Tal vez, pero no negaré lo que soy. También hubo un tiempo en que quise ser blanca y no funcionó, como te pasó a ti ahora. Por fin, encontré lo que soy y lucharé por ello. No estoy sola —extendió un brazo hacia Iván, por más que las llamas no dejaban de lamer su ropa y ella poco podía contenerlas—, no estamos solos. Hay mucha gente como nosotros, mucha gente de mi lado.

Iván negó con la cabeza y elevó los brazos, las llamas crecieron hasta que ya no pudo ver nada más alrededor. Escuchó ruido de pasos y gritos, pero parecía todo muy lejano. Johanna ya no pudo controlar las llamas, eran demasiado salvajes para ella, así que no lo hizo. En cambio, llamó a su magia blanca para crear un escudo a su alrededor a la vez que se sanaba a sí misma. Eso acabaría con todas sus reservas. Pero no importaba, no la usaría para otra cosa y todavía tenía grandes reservas de magia negra. Encontró algo más que hacer explotar cerca de Iván y esa vez le dio en la cabeza. Lo vio desplomarse y tuvo que reprimir un grito. Corrió hacia él, pero entonces aparecieron más magos negros e incluso algunos blancos.

Durante unos segundos, todos se miraron entre sí y no supieron a quién atacar o defender. Johanna se preparó, pero entonces uno de los magos negros, así como dos blancos, se movieron detrás de ella. Sus demás compañeros los miraron asombrados, pero la sorpresa no les duró más que unos segundos.

Durante la batalla, Johanna vio que Iván se ponía de pie y se arrastraba fuera de la habitación, lo siguió.

—Todavía puedes hacerlo —dijo y él se detuvo, rengueaba de una pierna y

se sostenía un costado.

No se dio la vuelta, esperó allí unos segundos. Johanna se acercó a él y lo abrazó por la espalda. Él se puso tenso, pero luego se separó y se dio vuelta con una bola de fuego en la mano, Johanna la dirigió hacia él antes de que pudiera lanzarla y le dio en el pecho. Él trató de apagarla, pero solo la hacía crecer más y más, entonces lo intentó ella, pero para entonces, él yacía inconsciente y más personas se acercaban a donde estaba.

—Aléjate —le gritó una voz y un par de brazos la alejaron de Iván. Ella trató de zafarse, pero después se dio cuenta de que eran otros de los jóvenes aprendices grises.

—¿Estás bien? —preguntó uno de ellos.

—Sí, sí —respondió Johanna mientras buscaba con la vista a Iván, había más personas que iban y venían y su cuerpo ya no estaba allí—. ¿Dónde está? —susurró y se puso de pie. Pero la arrastraron hacia otro lugar.

—Se están retirando —informó entusiasmado uno de los muchachos.

Entonces, aparecieron los magos blancos y negros que habían apoyado a Johanna y los jóvenes se pusieron en guardia.

—No —repuso ella—, están de nuestro lado.

—No exactamente —dijo el blanco—, pero ya era hora de que saliera a la luz la magia gris, lleva demasiado tiempo escondida y eso no era lo que se había acordado en un principio.

El mago negro hizo una mueca.

—Lo acordado..., sí. Hay muchas cosas que se habían acordado antes y no se cumplieron como se había dicho.

El mago blanco asintió, pero no dijo nada más.

—Creo que este paso terminó —opinó el otro mago blanco y Johanna miró a su alrededor. Todas las personas estaban inmóviles, algunas más heridas que otras, pero ya no se atacaban entre sí. Volvió a mirar hacia donde había estado el cuerpo de Iván. ¿Quién se lo había llevado? ¿Debería buscarlo? ¿Cuántas veces tendría que pedírselo para que aceptara? ¿Lo haría alguna vez?

—Vamos —dijo el mago blanco mayor—, es mejor que terminemos con esto de una vez, las autoridades estarán esperando fuera y debemos dejar de luchar entre nosotros.

Afuera estaban no solo los magos blancos sino también los negros y algunos soldados. Era obvio que eso todavía no había terminado y aún faltaba la parte más tediosa. Divisó a Tomás ayudando a los heridos, pero no pudo ver a Ysabel por ningún lado. La llevaron a una habitación, donde discutirían los

planes de rendición.

—¿Crees que querrán hablar conmigo? —preguntó Johanna, algo feliz.

—Ni siquiera la blanca vive sin hablar con los negros —dijo su amigo.

Ella asintió. Reanudaría la relación con su familia.



HACÍA SOLO UN PAR DE DÍAS desde que había terminado la última batalla y la ciudad todavía estaba agitada cuando Johanna se decidió a ir a su casa. Allí encontró a toda su familia. Primus todavía se estaba recuperando y los otros estaban ilesos, pero si no fuera por sus hermanos, no podría haber ingresado. Sus padres se habían opuesto a que entrara, sobre todo su madre. Tomás la habría acompañado, pero ella creyó que sería mejor que estuviera solo la familia.

—No entiendo qué estás haciendo aquí —espetó Regina sin dignarse a mirarla.

Johanna se mantenía con el rostro en calma.

—Tengo una idea para ayudarlos.

—¿Ayudarnos? ¿Tú? No tienes vergüenza... ¡Después de lo que hiciste!

—No les hice nada a ustedes.

—Hija —dijo su padre, se veía cansado—, no habrá sido tu intención, pero tus acciones nos dañaron más de lo que crees.

—Ustedes me echaron de la familia, me dejaron en la calle.

—Y eso fue tanto para protegerte a ti como a nosotros —explicó Regina.

—¿A mí? ¿Cómo me protegió a mí?

—Basta —dijo Sixtus—, dejemos que hable, tal vez lo que nos proponga nos sirva.

Había cierta tensión entre sus hermanos y sus padres, sobre todo con Sixtus, que solía ser el más belicoso de los dos.

—¿Estás de su lado?

—Ella ganó, les guste o no. Ahora existe una institución gris y será mejor para nosotros posicionarnos con rapidez —miró con intención a su padre—, ¿no lo crees? Los demás tardarán en hacerlo.

Johanna se removió en su lugar, no era ese el punto de vista que prefería haber tomado, pero era válido. Sixtus tenía razón: eso era todo lo que le importaría a su familia, a su antigua familia, tal vez no pudiera darles nada más. Contuvo un respiro.

—Voy a necesitar un enlace, alguien que colabore, que nos ayude a que la nueva institución tenga la forma adecuada, que siga las reglas de las instituciones en general, aunque tenga las propias.

Su padre miraba interesado y su madre se volvió hacia ellos, aunque aún no le dirigía la mirada a Johanna.

—¿Y cómo lograrás eso? —consultó su padre—. Perdimos todo el apoyo de nuestros amigos, no querrán que seamos nosotros los que nos ocupemos de eso. Además, somos tu familia.

—No serán ustedes, no, había pensado en Tomás, creo que él es el más indicado.

—¿Ese muchacho? —dijo su madre arrugando la nariz—, todavía es demasiado joven y no sabe nada de política, se lo comerán vivo.

—Por eso necesitará de la ayuda de alguien más y creo que ustedes pueden aconsejarlo. Él puede solicitarlos expresamente.

—¿Qué pasa con la familia de él? —inquirió Sixtus.

—También lo abandonaron. —Johanna bajó la mirada durante un minuto y escuchó la risa de Regina.

—Pues lo hiciste bien, ¿hay algo que no hayas destruido con esta empresa tuya?

—Yo no destruí nada, no tengo la culpa de que los padres no amen lo suficiente a sus hijos para aceptarlos como son.

—Esto no tiene nada que ver con el amor —señaló Regina.

—Pues debería, las relaciones de una familia deberían ser algo más que política. —Suspiró—. Pero ya no importa, no para nosotros. Puedo vivir de esta manera y puedo ayudarlos, ¿aceptarán mi ayuda o no?

—Lo pensaremos —dijo Héctor. Regina lo miró escandalizada, pero se apretó los labios y no agregó nada más.

Johanna asintió.

—Querría ver a Primus antes de irme.

Regina se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Haz lo que quieras.

Héctor hizo un gesto con la cabeza y Sixtus guio innecesariamente a Johanna hasta la habitación de Primus. Su hermano estaba sentado en un sillón junto a la ventana con un libro en las manos, pero mirando hacia fuera. Se volvió hacia la puerta cuando se abrió, pero Johanna no pudo descifrar su expresión. Entró en la habitación con algo de torpeza.

—Quería saber cómo estabas.

Sixtus cerró la puerta con suavidad y se quedó del lado de afuera.

Primus sonrió con calma.

—Estoy bien, casi totalmente recuperado. No sabía que vendrías, mamá y papá no dijeron nada.

—No lo sabían. —Sonrió Johanna.

—Me imaginé. Ven, acércate.

Johanna se sentó en la cama, cerca de él.

—Te ves distinta, adelgazaste bastante y tienes ojeras.

—Mmm, gracias.

—Te ves mayor.

Johanna rio.

—Pues gracias, no sabía que me veía tan terrible.

—Luces más madura. Lamento que haya tenido que ser de esta manera, pero creo que esta experiencia te hizo crecer mucho.

Johanna asintió, con la mirada fija en el piso.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme la vida, ¿qué más?

Johanna hizo un gesto con la mano.

—No podría haber hecho otra cosa.

Se quedaron en silencio durante un momento y ella lo miró con ojos llorosos, pero contenidos.

—Creíste que te dejaría ahí, que sí hubiera hecho otra cosa.

—Tenías la opción.

—¿Crees que le haría algo así a mi hermano? —Se puso de pie—. Entonces, no me conoces en absoluto.

—No —dijo Primus—, pero me gustaría hacerlo.

Johanna se detuvo.

—¿Cómo puedes pensar tan mal de mí?

—No lo hago, es solo que... la magia negra es fuerte.

—No soy negra.

—No, no lo eres, pero no lo había comprendido hasta ahora, no realmente.

¿No me enseñarás lo que es?

Johanna vaciló.

—Tú tampoco entendiste lo que yo hice, y tuve mis razones, ¿no quieres conocerlas?

—Es difícil —inspiró Johanna—, me sentí tan sola.

Primus asintió.

—Lo sé, y eso fue mi culpa, no fue la mejor manera, pero nunca quise lastimarte.

Johanna miró por la ventana antes de contestar.

—Vine a ofrecerles una opción, ¿sabes? Una forma de volver a tener poder entre las familias, de reivindicarlos.

—La tomarán.

—Sí.

—Pero no por las razones que tú querías, ¿no? Tal vez no completamente. Pero ¿por qué necesitabas que lo hicieran? ¿Es que todavía buscas su aceptación?

Johanna se irguió.

—No, ya no, pero me hubiera gustado seguir teniendo a mi familia.

Se volvió hacia la puerta y la abrió. Sixtus esperaba fuera y la acompañó hasta la puerta de salida. Sus padres ya no estaban en el comedor.

—Te contestaremos en unos días —dijo Sixtus antes de cerrar la puerta—, gracias por venir.

Johanna asintió y se apresuró a alejarse. Tomás la esperaba a una cuadra de allí.

—¿Qué dijeron?

—Que lo pensarán. —Suspiró Johanna y dejó salir la frustración que había estado conteniendo—. Pensé que lo aceptarían con más rapidez, ¿no es acaso esta la mejor opción?

—Tal vez, no lo sé, nunca entendí mucho las relaciones de mi padre y sus idas y vueltas.

—Es como si quisieran hacerlo más difícil, más complicado.

—Déjalos que decidan lo que quieran. ¿Cómo te sientes tú?

—Bien —Johanna lo pensó un poco más y repitió—, bien, estoy bien. Les ofrecí ayuda, era lo que quería, puedo hacer que vuelvan a estar bien y están todos sanos. Pude ver a Primus, creo que tal vez..., tal vez... podamos volver a hablar.

Tomás sonrió.

—Ya sabía que él sería el primero en reaccionar.

—Creo que me sorprendió más Sixtus —confesó pensativa Johanna—, él parece estar un poco más combativo con mis padres, antes hacía siempre lo que le pedían, creo que es la primera vez que lo veo oponiéndose a ellos.

—Esto cambió a muchas personas, todavía estamos ajustándonos a todo.

—¿Y cómo estás tú? —lo miró de reojo—, no tuvimos tiempo para hablar mucho. ¿Qué sabes de tu familia?

Tomás se encogió de hombros y dejó salir una sonrisa triste.

—Creo que será más difícil que con la tuya.

—Lo lograrás, si yo puedo mantener una relación con la mía, tú lo lograrás con la tuya. Sé que tu madre no tendrá objeciones.

—Tal vez.

—Ya verás —lo empujó con el hombro—, cuando vean el nuevo puesto que tienes, querrán volver a hablar contigo.

—No quisiera que hablaran conmigo solo por mi puesto.

—Pero ese sería un inicio, después, ¿quién sabe?

Tomás volvió a sonreír.

—La que me preocupa es Ysabel.

El muchacho retomó el gesto serio.

—Nunca me contó lo que sucedió en esa casa, ¿a ti sí?

Tomás inspiró con fuerza y habló sin mirarla a la cara.

—¿Viste que estuvo unos días con hemorragia?

—Sí, pero la curaste.

—Sí, ¿pero sabes por qué fue?

Johanna sacudió la cabeza.

—Perdió al bebé.

—¿Qué bebé? —Johanna se detuvo en su caminata y habló lo suficientemente alto como para que la gente alrededor se volviera a mirarla, todavía estaba a unas cuerdas de la institución.

Tomás hizo una mueca.

—Lo que pasó en esa casa es lo peor...

—No digas más —Johanna le tapó los labios con los dedos—, entiendo.

—Cerró los ojos—. Es todo mi culpa, jamás podré recompensarla, reparar... ¿Cómo hago para repararlo? Pensé que habría ocurrido, pero no quise preguntar.

—No fue tu culpa.

—Ellos no le habrían hecho esto si yo no hubiera atacado antes.

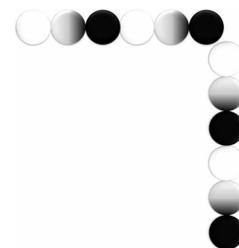
—No lo sabes, tal vez lo hubieran hecho mucho antes, en el lago.

Johanna apretó los labios.

—Tendría que haberla protegido mejor.

Tomás asintió.

—Todos tendríamos que haberlo hecho.



Capítulo XXXI



SIXTUS NO TARDÓ EN APARECER en la institución, iba acompañado de Primus y ambos traían bolsas con ropa, comida y suministros médicos. Johanna los dejó pasar y los presentó a los demás aprendices. Cada vez había más muchachos y muchachas y no había dónde ubicarlos, la mayoría de las habitaciones no estaban acondicionadas aún. También aparecieron un par de magos mayores que tenían sus propias casas, pero pasaban bastante tiempo allí.

—Creo que necesitas mucha ayuda —comentó Primus mirando alrededor.

—Toda la que pueda conseguir. —Johanna los guio hasta el pequeño despacho que ella utilizaba, al igual que Ysabel y Tomás. Se volvió hacia ellos y los miró expectante.

—Aceptamos tu oferta —dijo Sixtus—, papá y mamá están ansiosos por empezar a trabajar con Tomás.

—Me imagino —murmuró Johanna y después cerró los ojos, inspiró con fuerza y dejó salir el aire de a poco—. Lo siento. Quise decir que me alegro, sé que esto funcionará. Tomás será un excelente enlace —se giró hacia Primus—, tú lo conoces bien.

—Es cierto, aunque le falta mucho que aprender de política.

—Padre y yo lo ayudaremos —ofreció Sixtus.

Johanna se volvió hacia Primus.

—Mis habilidades están en mejor uso en otros lados, este edificio necesita muchas refacciones, estoy seguro de conocer a las personas correctas, los muchachos podrán pagar las reparaciones con la magia ayudando a los comerciantes. Si quieres, puedo contarte varias ideas que se me ocurrieron.

—Claro —asintió Johanna y los invitó a sentarse.

Estuvieron allí durante horas y, cuando ya estaban por irse, apareció Tomás, por lo que volvieron a sentarse y discutir diferentes planes y cuáles llevarían a cabo primero. Había muchas reuniones por hacer con las instituciones de ambos bandos. Tomás sería el enlace con las blancas, pero todavía faltaba elegir quién podría ayudar con los magos negros. Johanna había pensado en uno de los mellizos, todavía no tenía muchos practicantes de magia negra de su lado.

«Iván hubiera sido lo mejor», se dijo, pero ya no podía pensar en él.

Johanna regresó a la conversación que seguía entre sus hermanos y Tomás.

—Tal vez podamos tener una reunión allí —dijo este último—, en la casa, creo que estaremos más cómodos y además será mejor para mí hablar también con sus padres.

Sixtus asintió, pero miró de reojo a Johanna.

—Lo siento —dijo Primus—, pero madre todavía no está preparada para tu regreso.

Johanna mantuvo el rostro impassible.

—¿Y papá?

—Creo que él estaría más dispuesto —reconoció Sixtus—, con un poco de tiempo.

—Claro —dijo Johanna y bajó la vista—, no esperaba que..., es decir, ya no somos familia, no esperaba que las cosas volvieran a ser como antes, pero...

—No te preocupes por ellos —acotó Primus con una sonrisa—, las cosas mejorarán con el tiempo, ya lo verás. Tú eres fuerte, ya se los demostraste a todos, los demás solo necesitan asentarse.

Johanna asintió, en silencio. Tomás la observaba.

—Pero sí te recibirán a ti —continuó Sixtus, dirigiéndose directamente a Tomás.

—No creo que sea lo mejor.

—Sí, lo es —dijo Johanna—, tienes que ir, ellos pueden enseñarte cosas que nadie más podría, lo necesitas y nosotros también. Si solo te lo contarán a ti, entonces necesitamos que estés ahí.

—No quiero hacer nada que te haga sentir incómoda —sostuvo Tomás.

—No te preocupes —sonrió con valentía Johanna—, estoy bien, un poco decepcionada, sí, pero bien. Como dice Primus, hay que darle tiempo, ya todo se asentará.

—Bien —dijo Sixtus y se puso de pie—, ¿te esperamos para cenar mañana

entonces?

Tomás asintió y luego los acompañó fuera de la institución. Cuando regresó, Johanna estaba en el mismo lugar.

—¿En serio estás bien?

Ella asintió, sin levantar la vista.

—Sí, estoy bien, ellos ya no son mi familia, hace mucho de eso, no debería pensar que puedo volver a hacer que las cosas sean como antes.

—Nada será como antes —dijo Tomás—, pero no creo que ellos estén en lo correcto en desdeñarte así. —Suspiró—. Al menos tus hermanos están aquí, vinieron a hablar con nosotros, a ellos los recuperaste.

—Sí —sonrió Johanna—, sí, creo que las cosas irán bien y si mis padres no quieren saber nada más de mí, al menos no como su hija —se encogió de hombros—, estará bien también. Los perdono, mi madre... puede hacer lo que quiera.

Tomás la tomó por la mano y se quedaron así durante largos minutos, antes de que un grupo de aprendices entrara en la habitación, casi todos a la vez.

—Ya comienzan las clases de la tarde —informó uno de ellos.

Johanna asintió y se puso de pie, rodeó el escritorio y abandonó la habitación, dejando allí a Tomás. Siguió al grupo de jóvenes a otra habitación vacía de muebles, que pensaban usar en las prácticas. Allí ya esperaba uno de los ancianos magos, con varios libros abiertos ante sí, además de un cuaderno de anotaciones.

—Ah, allí están —dijo mientras levantaba la vista de sus anotaciones—, creo que ya sé por dónde podemos seguir hoy, parece que hay una forma de llamar a ambas magias y entrelazarlas en un hechizo de salida.

—Eso lo hacemos siempre —expresó uno de los muchachos.

—No todos —dijo otra de las jóvenes.

—Todos probaremos todo —explicó Johanna—, es la única forma de aprender las diferencias y cómo poder enseñar mejor a los próximos aprendices.

—Somos conejos de indias —observó uno de los magos negros jóvenes, uno de los mellizos.

—Pero imagina cómo nos divertiremos ahora probando —sonrió Johanna— y después, cuando les enseñemos a los demás algo que ellos ni se imaginan.

El mellizo rio y varios de los aprendices lo acompañaron. El viejo mago les llamó la atención.

—Vamos a empezar —anunció y todos se colocaron en sus lugares

preasignados. En esa clase, Johanna pasaba gran parte del tiempo con los demás jóvenes, aprendiendo ella también todo lo que la magia gris podría revelarle.

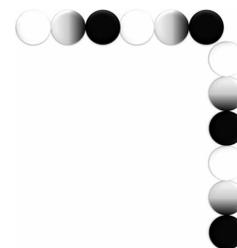
Terminaron tarde en la noche y, cuando regresó a su despacho, estaba a oscuras. Sin dudas, Tomás también se habría ido ya a su alojamiento, él no se quedaba allí con ellos. Su madre le pagaba un asilo no lejos del centro y también le daba dinero para sus gastos, aunque él podía trabajar perfectamente como mago blanco. Pero ahora dedicaba casi todo su tiempo a ayudarla a ella en la creación de la institución gris.

Johanna guardó los papeles que aún quedaban en el escritorio. Entre ellos, encontró la orden que establecía que ella ya no pertenecía a la familia, que debía deshacerse del apellido y crearse otro. Sonrió con tristeza y tiró el papel a la basura después de un largo suspiro.

—Ese capítulo ya está cerrado.

Apagó las luces del despacho y se dirigió a la habitación que compartía con Ysabel, ella ya estaba durmiendo y trató de no hacer ruido. Se acostó y que se quedó mirando el techo. Necesitaba un nuevo apellido, no podía llamarse solo Johanna. En todos los papeles oficiales de la institución que ahora presidía tenía que figurar un apellido.

—Pero ¿cuál puede ser? —susurró mientras miraba las sombras en el techo. Se dio cuenta de que podía ser cualquiera que ella quisiera, cualquiera que encajara con lo que ella era ahora: una maga gris.



Capítulo XXXII



ESA NOCHE, Tomás cenaría con su familia y Johanna se sentía más calmada de lo que creía posible. Tal vez porque la noche anterior por fin había elegido su nuevo apellido, ya era independiente de su familia. Pero no creía que ese fuera el mejor momento para comentarlo, mientras su amigo se preparaba para visitar a su familia. Antes de partir, repasarían la lista de temas que querrían tratar con ellos, todo lo que Johanna les hubiese preguntado si la hubieran dejado ir.

—No importa —se dijo—, ya no importa y, en cualquier caso, puedo preguntarle a Primus o a Sixtus.

No había terminado de pensar en ellos cuando aparecieron en el umbral de su despacho.

—Ah, hola. —Ella amagó a ponerse de pie—. No sabía que iban a venir.

—Acabamos de terminar unas rondas en la institución de sanación y creímos que tal vez a Tomás le gustaría la compañía —comentó Primus.

—Claro —dijo Johanna e hizo una mueca—, se está cambiando, ¿quieren esperar aquí?

Ambos hermanos entraron en la habitación y se sentaron frente a ella. Dejaron pasar un largo momento, en el cual Johanna no dejaba de revolver los papeles que tenía en el escritorio.

—¿Qué es eso? —dijo Sixtus y señaló la lista de temas que había preparado para ver con Tomás.

—Ah, eso —Johanna movió un poco la hoja, pero el dedo de Sixtus la seguía presionando contra el escritorio—, son solo unos temas que me gustaría..., que nos gustaría que pudieran hablar esta noche.

—¿Me dejas? —preguntó Sixtus y Johanna levantó la mano.

Su hermano agarró la hoja y la leyó con el ceño fruncido y murmurando por lo bajo. Primus también se inclinó hacia un lado para poder leer, cada tanto asentía con la cabeza. Johanna los esperó mientras cruzaba y descruzaba los dedos de la mano. Al fin, Sixtus bajó la hoja y levantó la mirada hacia ella.

—Me parece bien.

Johanna dejó escapar la respiración que había estado conteniendo.

—¿En serio?

—Sí, creo que están los temas más importantes, por lo menos de momento. Tal vez agregaría algunos más, pero me parece bien para empezar.

Johanna sonrió.

—Se ve que lo pensaste mucho —comentó Primus con cierto tono de orgullo.

—Sí —dijo ella y sacó uno de los libros con la historia de la fundación de las instituciones—, estuve investigando durante semanas. —Pasó las hojas sin buscar nada en especial—. Quería que fuera lo mejor posible, no solo para mí, sino para los chicos, ellos necesitan un lugar que los proteja. Después de todo, todos abandonaron a sus familias por venir aquí. —Bajó la voz en la última palabra.

—No siempre será así —dijo Primus— y me impresiona que pienses así de ellos y que los cuides tanto, en verdad has madurado.

Johanna sintió que enrojecía y no se animaba a levantar la vista. En ese momento, apareció Tomás en el despacho. Se detuvo apenas vio a sus hermanos.

—Hola —saludó y miró el reloj—, todavía es temprano.

—Sí —dijo Sixtus y se levantó para saludarlo—, pasábamos por aquí y nos preguntábamos si querrías compañía.

—Ah, claro, sí, tengo algunas cosas que discutir con Johanna todavía.

—Ah, ya está eso —lo interrumpió ella—, ya, eh... —Hizo un ademán hacia Sixtus, que todavía tenía la hoja en su mano.

—Sí —confirmó él—, ya me llevo la lista, pero los dejaremos por si quieren conversar de algo más. —Le hizo una señal a Primus, que se levantó de su asiento y lo acompañó fuera.

Apenas se retiraron, Tomás se acercó a Johanna.

—¿Estás bien?

—Sí, todo está bien. ¿Y tú? ¿Nervioso?

Tomás sonrió.

—Un poco. —Vaciló—. ¿La viste a Ysabel?

—Ah, sí, a la tarde, se fue a ver unos muebles para las habitaciones, dijo que volvería bastante tarde. Pero no te preocupes, no la dejé ir sola.

—Está bien —dijo Tomás, que se veía algo decepcionado—, es que últimamente no la veo mucho.

—Está muy ocupada, ella es la que se encarga en realidad de toda la administración, yo solo doy y tomo clases. —Sonrió—. Debería ayudarla más. Lo haré mejor.

Tomás abrió la boca y volvió a cerrarla.

—No era eso a lo que me refería. Pero ya lo hablaremos más tarde, no quiero dejar a tus hermanos esperando.

—Suerte.

Tomás asintió.

—Vendré aquí apenas termine la cena.

—Te estaré esperando.



TUVO QUE ESPERAR HASTA MEDIANOCHE, pero allí estaba Tomás y lucía bastante satisfecho.

—¿Cómo fue?

—Fue todo muy amable y tu padre contestó a todas las preguntas. Es un hombre muy inteligente. Eso ya lo sabía, pero creo que nunca me había dado cuenta de la magnitud de todo su conocimiento. La verdad que hubiera sido un gran desperdicio que no siguiera trabajando en las instituciones.

Tomás estaba mirando sus anotaciones, por lo que no pudo ver la expresión de Johanna.

—¿Y mamá?

Él levantó la vista.

—Ella no habló mucho y se retiró bastante temprano.

—Bien —dijo Johanna y se focalizó en la hoja que tenía entre manos su amigo—. Cuéntame.

Los cambios a la nueva institución fueron bastante rápidos al principio, había muchas reuniones a mantener con las demás instituciones y con los regentes de la ciudad. La gente todavía los miraba con desconfianza, pero poco a poco pudieron encontrar otros trabajos para poder mantenerse en parte y no depender solo de la caridad. Aunque su hermano Primus acudía casi todos los días con provisiones o algo que ayudara, se había hecho muy amigo

de Tomás y estaban casi todo el tiempo juntos.

—Al final, nunca me dijiste qué era lo que te preocupaba —dijo Johanna un día que volvían a estar solos.

—Ah, sí, es que, no sé si en realidad es algo que...

—¿Es tu familia?

—No, no, bueno, sí, en parte, pero no es eso. —Se encogió de hombros—. Eso no puede cambiarse.

—¿Entonces?

—¿Qué piensas de Ysabel?

Johanna frunció el ceño.

—¿Qué pienso? Es mi mejor amiga —sonrió—, es la mejor amiga de ambos, ¿no? ¿No lo crees tú?

—Sí —murmuró—, yo también pienso eso.

—Vamos —lo empujó Johanna—, ¿qué pasa? ¿Acaso sucedió algo con ella, se pelearon?

—No, no es eso, es solo que... —suspiró—, ¿tú crees que ella me ve solo como un amigo?

Johanna se detuvo. Nunca lo había pensado así, no creyó que Tomás pudiera..., que Ysabel... Bueno, tampoco era una sorpresa, ella nunca había considerado a Tomás como algo más que un amigo, tal vez durante un breve período de su amistad, durante la adolescencia, pero eso cambió pronto y luego solo fue su amigo.

—No sabía que ustedes dos... —sonrió—, ¡pero es lo mejor que puede pasar! ¿Cuándo?

—No pasó nada —dijo él sin mirarla al rostro—, es solo que pensaba que tal vez, no lo sé. Nunca hablé con ella de eso, solo fueron conversaciones indirectas, pero a lo mejor te comentó algo.

—No, pero yo tampoco se lo pregunté. Déjame que lo averigüe.

—¡No puedes preguntarle! No puedes decirle que yo te dije.

—No lo haré, tonto, pero no te preocupes, yo averiguaré lo que piensa ella. Sería lo mejor de todo, me parece perfecto, ustedes en realidad son el uno para el otro. Nunca lo había visto, pero es así.

Tomás se esforzó por no sonreír tanto.

—No es para tanto, todavía no sé, es solo una idea...

—Es la mejor idea —lo abrazó—, ya verás, saldrá todo bien, yo me ocuparé de eso.

Sin embargo, no fue tan fácil la charla con Ysabel. Luego de lo que había

ocurrido en esa casa, la recuperación de ella y de su relación fue lenta. Por fuera parecía que era la misma, se comportaba como siempre y la trataba sin ninguna diferencia, pero había una distancia, un espacio que Johanna sentía. Siempre había habido una pequeña distancia entre ellas, debido a sus orígenes y a lo que eran, maga o no, pero ahora era mayor y sentía que ya no podría salvarla.

Trató de acercarse a ella, pero Ysabel siempre daba un paso atrás, hasta que al final le pidió tiempo para pensar.

—Lo siento —dijo Johanna—, fue mi culpa.

—No, no lo fue —respondió Ysabel con voz ronca—, no quiero hablar de esto, Johanna, nunca más, así que lo diré una sola vez. No fue culpa tuya, no fue culpa de nadie. Esos hombres son así, me hubieran atacado en el lago y tú me salvaste, solo tuve la mala suerte de volver a cruzármelos. Si tú no me hubieras ayudado entonces, no sabríamos lo que hubieran hecho —sonrió con amargura—, bah, estoy bastante segura de lo que hubieran hecho, pero eso no garantiza que no lo hubiesen hecho otra vez de tener la oportunidad, los hayas quemado o no. Así que deja ya de pensar en eso, no tienes la culpa.

Johanna sintió que había algo más que no decía, no tenía la culpa de eso, ¿pero sí de otra cosa?

—¿Y de qué sí? ¿De no encontrarte antes?

Ysabel apretó los labios.

—Pensé, durante unos cuantos días, pensé que... —se encogió de hombros—, sabía que te costaría encontrarme, tú no conocías esa parte de la ciudad. Pero, por un momento, llegué a pensar que te habías olvidado.

—¡Jamás me olvidaría de ti!

—Pero te tomaste tu tiempo.

—Yo creí que..., no pensé..., estaba tan ocupada.

—Con tus cosas, sí, lo entiendo.

—No, no es eso, no. —Johanna la tomó por los hombros—. Sí, era, todavía soy una egoísta, pero no pensé en eso, no fue por eso por lo que tardé. Es solo que yo creí... Siempre te vi como una persona tan fuerte, tan decidida, que no imaginé que podrías tener problemas —se encogió de hombros—, fui una estúpida, sí, en eso tienes razón. Pero no porque me hubiera olvidado de ti ni porque no me importaras.

Ysabel se quedó mirándola.

—Me salvaste en el lago.

—No porque creí que no pudieras defenderte por tu cuenta, solo porque

me enojé por lo que te estaban haciendo.

Ysabel miró para un costado, como si estuviera meditando lo que ella le había contado.

Asintió.

—Entiendo.

—Ysabel, por favor...

Su amiga levantó ambas manos y luego suspiró con fuerza.

—Te dije que no quería hablar de ellos y no volveré a hacerlo, acepto tu explicación, tal vez, hasta la entiendo, pero, aun así, no puedo evitar lo que sentí en ese momento. Y la única forma que encontré de seguir viviendo es olvidándolo todo, al menos de momento. Es lo único que funcionó. Así que no hablemos más de esto, no me mires más con pena o vergüenza o lo que sea que sientas cada vez que me miras. Dejémoslo todo atrás. Por favor, Johanna, eso es lo mejor para mí.

—Está bien —dijo ella con voz pequeña—, no lo volveré a mencionar.

Siguieron ordenando la habitación en silencio. Parecía que ese viejo edificio daba a luz nuevas habitaciones cada vez que terminaban de ordenar alguna. Johanna la miró de reojo y vio que se tensaba.

—Estás haciendo un muy buen trabajo, ¿lo sabías? Creo que nunca te lo dije.

—No, nunca lo hiciste.

—Pues es así, esta institución no podría haber nacido y no podría mantenerse de no ser por ti. ¿No crees que deberíamos hacerlo oficial?

Ysabel dejó de limpiar y se volvió a mirarla. Parecía estar midiéndola con la mirada, calculando por qué le hacía esa oferta. Johanna se sentía herida, pero era cierto que caminaba en puntillas de pie a su alrededor y que siempre intentaba tratarla entre algodones o recompensarla por su propia culpa.

—Creo que es lo justo, siempre te ocupas de todo, todo el mundo aquí lo sabe.

—Las instituciones no tienen a nadie en sus puestos jerárquicos o administrativos que no sea mago.

—Pero nosotros no somos como los demás —sonrió y se acercó para hablarle en voz más baja—, además, no es del todo cierto que no tengas magia.

Ysabel apretó los labios y miró alrededor, pero estaban solas.

—No te preocupes, nadie lo sabe —dijo Johanna—, bueno, nadie más que yo y Tomás. Por cierto, ¿qué piensas de él?

Ysabel frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Johanna se encogió de hombros y siguió limpiando.

—A eso, a lo que piensas de él. Ahora que es el enlace con las instituciones blancas, ya es todo un hombre.

Ysabel inclinó la cabeza.

—Pensé que solo lo veías como un amigo.

—¡Claro que lo hago!

—Entonces, ¿por qué de repente preguntas por si...? Aaaah, no, no, él para mí también es solo un amigo.

Johanna se desinfló.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué? ¿Él dijo algo?

—No, no, es solo que yo pensé que ustedes, bueno, pasan tanto tiempo juntos y creí que se veían bien juntos —volvió a encogerse de hombros—, creo que hacen una buena pareja.

—Es un buen muchacho —Ysabel seguía con el ceño fruncido—, no lo voy a negar, pero solo lo veo como un amigo, tal vez porque nos conocemos desde que éramos niños. En realidad, si tuviera que pensar en alguien...

—¿Quién?

—No lo sé.

—Vamos, no vas a dejar esa oración inconclusa, quiero saber en quién pensarías.

—Bueno, Sixtus es bastante...

—¿Qué?! ¿Mi hermano? —Johanna frunció el ceño de forma exagerada—, ¿ese hermano?

—Nada, solo era un comentario, olvídale.

—No creo que pueda olvidarlo en mi vida.

Ysabel hizo una mueca y después sonrió con amplitud.

—Entonces, hablemos de otra cosa, ¿qué me decías de ese puesto que me ibas a dar?

—Bueno —retomó Johanna después de un momento—, creo que sería nada más que oficializar lo que ya todo el mundo sabe.

—Las instituciones se pondrán furiosas, ¿te imaginas? Los demás del gobierno que no son magos querrán meter gente allí también.

—Bueno, yo pensaba que tal vez podríamos decir algo de... ¿Crees que es demasiado pronto?

Ysabel se volvió hacia ella.

—Creo que estás loca. Y sí, pienso que es demasiado pronto. Además, es diferente, no encontrarás tanta gente dispuesta y hay todavía menos conocimiento que el que hay de magia gris.

—¿Tú no intentarías aprender si se pudiera? Sé que hablamos de esto hace unos años, pero tal vez cambiaste de opinión.

Ysabel se mantuvo en silencio durante un tiempo, tanto que Johanna ya creyó que no iba a contestar.

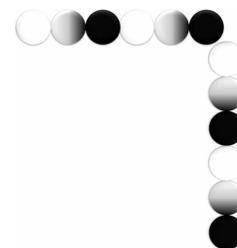
—No lo sé. Como dices, hace unos años creía que no habría nada que aprender, que de todas formas nada iba a cambiar —miró alrededor—, ahora no estoy tan segura. No lo sé. Tengo que pensarlo.

—Está bien —sonrió Johanna—, piénsalo, yo estaré aquí cuando te decidas. Puede ser algo solo entre nosotras dos, nadie más tiene que saberlo.

—Como hermanas.

—Uy, no, no me lo recuerdes, eres mi hermana, pero no así.

Ambas rieron.



Capítulo XXXIII



EL PRIMER ENCUENTRO con su familia fue tenso, pero le habían dejado entrar en su casa, había podido verlos a todos, aunque estuvieran enojados con ella. Cuando había cerrado la puerta detrás de ella, se volvió a abrir. Era su hermano mayor.

—Me dijeron lo que hiciste por mí.

—No hice nada.

—Me cubriste del peligro.

—Yo te golpeé primero. —Ella se sonrojó.

Él insinuó una sonrisa.

—No me lastimaste. —Sacudió la cabeza—. No puedo decir que te entiendo, pero... —suspiró— no puedo evitar ver que hay otros, que no eres negra y que no estarías feliz en ninguno de los dos lados.

Ella abrió la boca, pero no pudo decir nada antes de que él volviera a pasar por la puerta.

—Suerte —murmuró antes de cerrarla.

Ella no volvió directamente al edificio, sino que paseó un poco por la ciudad, algunas personas la miraban con extrañeza, pero la miraban. Llegó al edificio, que estaba casi completamente destruido. Habían estado despejando los escombros durante varios días. Todavía no tenía idea de cómo quedaría al final y tampoco le importaba.

—¿Cómo lo armamos? —preguntó uno de los jóvenes.

—Como nos quede más cómodo —dijo ella.

El muchacho vaciló un instante y luego sonrió. Ella observó a Ysabel dar órdenes a diestra y siniestra, parecía estar cómoda.

—¿Serías mi subadministradora? —le propuso al acercarse a ella.

Ysabel se detuvo y la miró con el ceño fruncido. Johanna sonrió y agregó:
—Encontré una referencia en uno de los libros sobre la historia de las instituciones y...

—¿Crees que lo permitirán?

Johanna se encogió de hombros.

—El título no da ningún poder real, yo seguiría estando a cargo... —Hizo una mueca—. Sé que no sería justo, que mereces...

Ysabel levantó una mano.

—No. Lo pensé y creo que no es el momento para más cambios... tal vez más adelante.

Johanna asintió.

—Entonces..., ¿lo harías? —murmuró.

Ysabel bufó.

—¿Quién más podría? Tú no tienes idea —sonrió— y te aconsejaría que buscaras un tesorero.

Ella frunció el ceño.

—Ya lo sé —gruñó—, pero no tengo ni idea de por dónde empezar.

Tomás la visitaba casi todos los días y siempre parecía convencer a alguno de sus amigos magos blancos para que lo acompañara. A las pocas semanas, podían empezar a vivir con cierta comodidad, o sea, sin el viento del próximo otoño filtrándose por todas las paredes. Esa mañana, ella salió a dar un paseo por la ciudad. Se le ocurrió que algún comerciante la podría ayudar con lo del tesorero, aunque no hubiera casi nada que administrar. Al abrir la puerta, se encontró con dos jóvenes: una chica y un varón.

—Hola —saludaron ambos a la vez.

—Hola —dijo ella.

—Mmm, queríamos saber si ya estaban abiertas las solicitudes de aprendices.

Ella no supo qué contestar.

—¿Qué?

—Como empezaron tarde en el año, pensamos que...

—Mmm —dijo ella—, en realidad, todavía no estamos tomando aprendices.

—Pero ya tienen algunos —notó la joven.

—Sí —confirmó Johanna—, pero en realidad, ellos son... —suspiró—, en realidad, no sé qué son.

Los miró a ambos jóvenes.

—Está bien, pero les advierto que todavía estamos arreglando el edificio.

—Perfecto. —Sonrieron ambos.

—¿Y qué vamos a hacer con más bocas hambrientas? —preguntó Ysabel, después de que se los presentara.

Johanna se encogió de hombros.

—Ya encontraré algo, le preguntaré a...

En ese momento, llegó un mensajero. Le dejó un sobre y salió corriendo.

—¿Qué es? —preguntó Ysabel.

Ella abrió el papel y leyó el mensaje.

—¿Qué es? —repitió su amiga.

—Es..., es... ¿una invitación? —Levantó confundida la mirada.

—¿Para qué?

—Para una asamblea de instituciones.

Ysabel sonrió.

—Pues tendremos que buscarte algo que ponerte, así no puedes ir.

Se encontró con Tomás en la reunión y salió de allí con la ayuda de dos administradores de los magos blancos.

—Gracias —le dijo a su amigo.

—No hice mucho, ya habían decidido ayudar un poco.

—¿Por qué?

—Porque son buenos —bajó la voz— y porque prefieren un aliado a otro enemigo.

Ella vio cómo crecía su institución y se preguntó hasta dónde podría llegar. Decidió seguir empujando su magia hacia delante. Unos meses después, fue de visita a la comunidad gris. Y los invitó a regresar a la ciudad.

Algunos lo hicieron.

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en Amazon.

¿Quieres libros gratis?

Aglaya



Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.

Disponible en [Amazon](#).

El talismán del emperador



El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.

Disponible en [Amazon](#).

¿Quieres leer más tomos únicos?

Al final de este libro, encontrarás una muestra de otra de mis novelas.



Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en [Twitter](#) o [Instagram](#).

Agradecimientos

A todos aquellos que hacen la autopublicación posible.

Última publicación

Número privado



¿Te animas a contestar esa llamada?

El celular vibra mientras Mona observa la pantalla: Número privado.
Contesta.

Ahora Mona debe huir de aquello que está del otro lado de la línea.
La realidad se desdibuja a la vez que intenta mantenerse con vida y descubrir
quién la persigue.
Y el celular no deja de sonar.

Ya disponible en [Amazon](#).

Otras obras publicadas

Todo o nada



Cuentos para sentir el mundo de otra manera.

La realidad que conoces depende de tus sentidos, pero ¿qué pasa cuando ellos fallan? Si no ves, oyes, hueles... sientes como los demás, estás solo?

Disponible en [Amazon](#).

Decisiones



La vida puede cambiar en un instante, ¿y tú?

La barrera que separa todas las opciones que pudieron ocurrir en tu vida se ha roto.

Estas son las historia de Selena y Dante.

Disponible en [Amazon](#).

Un camino marcado



El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Ema sabía que estaba destinada a una vida de grandeza. Cuando la oportunidad se cruza en su camino, se lanza a una búsqueda que

puede cambiar el destino de su reino y del mundo.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro IV - El regreso



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debe actuar si no quiere perder su única oportunidad de salir victoriosa.

Todas las pistas la llevan de regreso al comienzo. Nunca se había preocupado por su pasado, hasta ahora.

Disponible en [Amazon](#).

Vidas paralelas, destinos cruzados



La vida que odias, alguien más la quiere.

Todos los días de Carola son iguales. Hasta que una noche se abre una ventana a otro mundo. Allí Carola es una bruja poderosa. Todo lo que tiene que hacer es intercambiar lugares con su doble. ¿Qué puede salir mal?

Disponible en [Amazon](#).

Por un par de alas



Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros, magia, ángeles, electrodomésticos rebeldes, viajes en el tiempo, futuros distópicos, viajes en el espacio... Hay una historia para cada uno de tus sueños o de tus pesadillas.

Disponible en [Amazon](#).

Intercambios



No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza... por muy poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío más grande del que esperaba. Ahora quiere recuperar quien fue. Solo quiere recordar en un mundo donde todos le dicen que olvide.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La vida de Micaela es un caos y se siente perdida. En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una

salida. Aunque, ¿está dispuesta a hacer sacrificios? Ya perdió una amiga, ¿qué más puede perder?

Disponible en [Amazon](#).

Todas mis partes



¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Una sociedad obligada clonarse para sobrevivir. Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada. Pero tiene un sueño y, para poder cumplirlo, solo necesita crear un clon... ¿por qué no?

Disponible en [Amazon](#).

Un último conflicto



Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Tamara no quiere problemas, pero cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti.

Ahora ella y su amigo Hugo deben huir, o pueden ayudar a los ángeles a derrotar a los monstruos. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en [Amazon](#).

La hermandad permanente



Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana nunca se sintió parte de la Hermandad, solo quiere huir de esa magia que la oprime. Con una sola decisión, cambió su destino. Tuvo la fortuna de conocer el amor. Tuvo la desgracia de conocer la verdad. Tendrá que afrontar el cambio que se avecina.

Disponible en [Amazon](#).

El despertar de las gárgolas



Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Mientras su pueblo trata de sobrevivir, Tura encuentra un poder que nadie quiere que tenga. Ella es capaz de despertar a las gárgolas que pueden salvar a su reino y elevarla a ella. Siempre quiso poder, pero ¿alguna vez supo si podría manejarlo?

Disponible en [Amazon](#).

Dejemos la historia clara

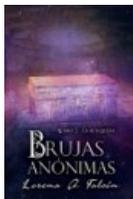


Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara, una joven bibliotecaria, encuentra una información que no puede ignorar. Acompañada de un joven que apenas conoce, Clara emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso ella cree.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Continúa la aventura de Micaela. Su vida ya no es la misma, tuvo que abandonarlo casi todo y perdió demasiado. Todo lo que la rodea son preguntas. La principal que deberá enfrentar es: ¿puede aceptar lo que le sucedió?

Disponible en [Amazon](#).

Antifaces



No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

En esta novela nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de todas sus ideas preconcebidas y a confiar en su instinto, a la vez que se reconecta con la naturaleza, la magia que fluye a través de ella y su familia.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo



Ebook gratis

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La aventura de Micaela comienza cuando una noche es atacada por una mujer misteriosa. Ahora está rodeada de brujas, vampiros, hombres lobos y hasta un duende que le ha jurado lealtad. ¡Justo a ella, que no cree en la magia!

Disponible en [Amazon](#).

La torre hundida



Un pasado incierto; una familia perdida.

Lahja no puede ignorar la necesidad de conocer sus orígenes. En contra de los deseos de su abuelo y acompañada de su único amigo, se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en [Amazon](#).

El despertar de las gárgolas (extracto)

Capítulo I

Cuando Ferran se despertó esa mañana, había un cielo azul sobre él.

—¿Acaso no había muerto? —susurró.

El sol era tibio y una leve brisa le rozaba el rostro, el aroma a hierba mojada lo envolvió. Inspiró profundamente y espiró desinflándose. Se puso de pie con lentitud. A su alrededor había miles de cuerpos, algunos inmóviles, otros que despertaban, como él. Su pueblo. Ferran sonrió.

—No sé cómo —murmuró—, pero hemos sobrevivido otra noche.

—Mi señor. —Sonó una voz a su derecha.

Ferran se volvió, el capitán del ejército estaba a su lado, como siempre.

—Biel, ¿puedes creerlo? —dijo el rey—, hemos resistido.

El oficial frunció el ceño, lo que hizo que se tensionara la cicatriz que llevaba sobre el ojo derecho. Los hombros estaban tiesos y el cuello, rígido.

—No le des más vueltas, Biel, sobrevivimos, eso es lo importante.

—Aún así, señor, es raro que se hayan retirado. ¿Por qué perseguirnos hasta aquí y luego dejarnos cuando estábamos en nuestro peor momento?

—Vamos, Biel, alégrate por una vez. —Ferran miró a la redonda—. ¿Has visto a Guifré?

—Estoy aquí, padre.

El rey se dio vuelta y sonrió a su hijo. Un joven desgarrado y huesudo le devolvió la sonrisa. La ropa sucia le colgaba en jirones por algunos lados, pero no parecía estar lastimado más allá de unos rasguños en el rostro. Ferran lo abrazó brevemente.

—Señor —interrumpió Biel—, deberíamos comenzar a organizarnos.

—Claro, claro —dijo Ferran y se irguió, con los pulgares en su cinto desgastado—. Necesitamos hacer un recuento de las personas y la comida que nos queda; ver si podemos levantar las tiendas.

—Y enviar a los exploradores, mi señor.

—Sí —suspiró el rey—, claro, los exploradores. Tratemos de mantener a la gente junta, no quiero que se desparramen, tal vez tengamos que seguir avanzando.

—Sí, señor —dijo Biel y, con un breve gesto de asentimiento al rey y al príncipe, se alejó y comenzó a dar órdenes.

Los soldados, con un ligero rastro de verde y carmesí en su uniforme

desgastado, se dispersaron al trote. Eran pocos y estaban bien entrenados, ya que pronto todas las tareas tenían un responsable asignado. Biel los supervisaba de cerca.

—Creo que hay algo en la cima de la colina, padre.

Ferran dirigió la vista hacia donde señalaba su hijo. El verde frente a él se extendía de forma uniforme y, casi imperceptiblemente, se empinaba hacia una elevación de base plana y tan extensa como para construir sobre ella.

—Sí —entornó los ojos—, parecen ser ruinas.

—Tal vez deberíamos investigar —propuso una tercera voz.

Ferran pegó un salto, como siempre que se le acercaba el mago. El hombre, bajo y regordete, solía aproximarse sin hacer ningún ruido y desaparecía con la misma sutileza. En ese momento, lucía una amplia sonrisa que cerraba sus ojos hasta convertirlos en dos rendijas luminosas.

—Hola, Jaume —saludó el príncipe con entusiasmo.

Ferran miró, con labios apretados, al hechicero y contuvo un suspiro.

—Sí —continuó Guifré—, yo también creo que deberíamos ir.

—Bien —Ferran echó una ojeada en torno a sí, los guardias reales, al menos los que quedaban, estaban allí—, demos un paseo.

Se pusieron en camino, seguidos a corta distancia por cuatro soldados. La ladera de la colina era amplia y clara. Casi no había árboles cerca y los arbustos eran demasiado bajos y ralos para que alguien pudiera ocultarse tras ellos. Se veían pocas flores dispersas y ya se estaban secando. El único aroma en el aire era el de la brisa fresca.

—¿Por qué crees que nos dejaron en paz, padre?

—Tal vez solo se cansaron.

Guifré sacudió la cabeza lentamente, con el ceño fruncido.

—Nos persiguieron hasta aquí, durante meses, a kilómetros de distancia de nuestro hogar. Anoche estábamos rodeados —se mordió el labio—, oí algunos gritos y después... creo que perdí el conocimiento.

Ferran observó, pensativo, a su hijo.

—No lo sé, realmente no lo sé, pero creo que debemos aprovechar esta oportunidad que se nos presenta.

Guifré asintió y se volvió hacia el mago.

—¿Tú qué crees, Jaume?

El hombre jadeaba por el leve ascenso. Daba pasos cortos y era el más atrasado del grupo, los soldados de retaguardia no podían evitar sobrepasarlo y tenían que frenar cada tanto. Ferran se detuvo a esperar cuando Guifré

retrocedió unos pasos y repitió la pregunta.

—Es todo muy extraño, mi joven señor, esta colina, el aire, las voces que susurran en el viento.

—¿Susurros? —dijeron Ferran y Guifré a la vez.

—Sí —asintió Jaume—, hay algo vivo por aquí, además de nosotros y de ellos.

Guifré sonrió y Ferran sacudió la cabeza. Jaume no dijo nada más hasta que llegaron a la cima. La muralla frente a ellos estaba algo deteriorada, pero se conservaba en toda su altura en muchos lugares. Aunque lo que más les sorprendió fue lo que encontraron dentro. Había una ciudad pequeña allí. Muchos de los edificios, aunque viejos, se mantenían en pie en buenas condiciones. Y, a lo lejos, se vislumbraban las torres de un enorme castillo.

—¿Habrá alguien? —preguntó Ferran al aire—. Tal vez fueron ellos los que nos protegieron anoche. ¿Escucharon la batalla?

—¿Batalla? —dijo Guifré—. No sé, no creo que haya sido eso lo..., parecía...

—Debemos ir a presentarnos, a pedirles poder acampar en la ladera o a lo mejor alojarnos en la ciudad. —El rey apresuró el paso—. Tal vez una alianza.

—Mi señor.

Ferran se volvió hacia el mago sin detenerse.

—Creo que ya nadie vive aquí —resopló Jaume a la vez que trataba de alcanzarlo.

Se habían internado en las calles empedradas hacía rato. Ferran no se había fijado en los edificios que pasaban a su lado, mientras él se empeñaba en llegar al castillo. Se detuvo y observó las casas: estaban abandonadas.

—¿Padre?

—Sí —suspiró Ferran—, parece que seguimos solos.

—No, padre —El príncipe hizo una seña hacia la dirección contraria.

El rey se dio la vuelta. El duque Acai de Reff, su primo, se acercaba por una de las calles. Iba acompañado de su consejero personal, del cual nadie recordaba su nombre, si es que alguna vez alguien lo supo. El duque se veía demasiado limpio y su ropa estaba en mejor estado que la de cualquiera de los demás, incluido el rey. A pesar de la situación, aún lucía pesados anillos en casi todos los dedos.

—Mi señor —dijo con una brevísima inclinación de la cabeza—, no sería bueno presentarse ante el soberano de este reino sin una corte que lo

acompañe.

—Me temo, primo, que no hay nadie aquí con quien hablar.

El duque frunció los labios y miró a la redonda, con las manos enlazadas en la espalda. Mantenía los hombros tensos y la cabeza erguida, lo que lo hacía parecer más alto que los demás a su alrededor.

—Mmm, sí, parece un reino abandonado —una comisura del labio se elevó cuando agregó por lo bajo—: ¡qué conveniente!

—Pero no estamos solos —le advirtió Jaume, con la mirada extraviada en las murallas que rodeaban la ciudad.

Acai frunció la nariz y se alejó unos pasos. El consejero se hizo atrás instintivamente y mantuvo la distancia.

—Mi señor —dijo el mago—, con su permiso, me gustaría investigar.

—Claro, claro —asintió Ferran.

—Nunca entenderé para qué lo mantienes, primo —manifestó el duque olvidando los títulos, cuando Jaume se hubo alejado.

Guifré echó una mirada al consejero, pero este no levantaba lo vista, y los dos primos parecían ignorar todo lo que no les incumbiera.

—Es un mago, todas las cortes lo tienen —Ferran se frotó la nuca—, además ayudó con la comida durante el asedio.

—Si tuviera una magia que valiera la pena, nos habría hecho ganar la guerra.

—No es tan fácil —dijo Guifré encarando al duque—. Jaume posee un conocimiento extenso, la magia no es sonar los dedos y listo.

Acai no desvió la mirada del rey.

—Ya que está abandonado, bien podríamos alojarnos aquí en vez de levantar las tiendas y tener que acampar como nómadas.

—Eh... —balbuceó Ferran.

—Padre, me gustaría acompañar a Jaume.

—Claro —suspiró el rey—, ve nomás.

El príncipe se alejó con más energía que decoro. Uno de los guardias lo siguió a poca distancia, con caminar relajado.

—Lo malacostumbres, debería preocuparse por la administración del reino, en lugar de esas boberías.

—Es solo un niño.

—Ya es un hombre.

—A su tiempo —dijo el rey.

—No es él el que marca los tiempos —sostuvo Acai—, los imponen las

necesidades del reinado y en este momento...

—¿Primo? —Ferran entornó los ojos—. ¿Qué implicas?

—Solo que es hora de que el muchacho madure.

—Claro —dijo el rey con lentitud—, claro, claro.

Guifré encontró una escalera para subir a la muralla por la cual caminaba Jaume. Había trepado unos cuantos escalones cuando unos dedos se cerraron alrededor de su tobillo. Perdió el agarre con la mano derecha y casi se cayó. Quedó colgado de un brazo mientras escuchaba una risa entrecortada a sus pies.

—¿Qué haces? —gritó la joven que lo miraba desde abajo.

Era una muchacha de unos veinte años. Llevaba el cabello moreno sujeto con una simple tira, pero varios rizos escapaban y revoloteaban alrededor de su rostro. Sus ojos marrones echaban chispas mientras reía.

—Voy a... —se atragantó Guifré— ver qué hace Jaume.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro —dijo Guifré con una sonrisa y se apresuró a seguir subiendo.

Tenía un ascender raro (siempre le había costado coordinar sus miembros desgarrados) y Tura lo alcanzó enseguida.

—Vamos —lo urgió—, te mueves más lento que mi abuela.

—Tú no tienes abuela.

—Pero la tuve.

—Nunca me dijiste... —Guifré se detuvo.

—Vamos, sigue subiendo. —Tura le palmeó la pantorrilla—. No es nada grave, todo el mundo tiene abuelos.

Guifré llegó a la cima impulsado por Tura. En lo alto de la muralla había un camino de ronda lo bastante ancho para que transitaran tres personas una al lado de la otra, lo que era inusual.

—No se veía tan ancha desde abajo —murmuró Guifré y cometió la equivocación de mirar en esa dirección.

Tura tiró de él cuando vio que se balanceaba hacia adelante.

—Eh, ¿qué haces?

—Nada —respondió Guifré con el rostro ceniciento—. Solo miraba.

—Pues es mejor no hacer eso. —Tura se puso de puntillas y trató de echar un vistazo entre las inmensas estatuas que invadían el adarve—. Además, si

uno sube hasta aquí es para ver hacia arriba y a lo lejos.

Guifré se acercó a ella, como era más alto podía mirar por sobre su cabeza. Tura se deslizó un poco hacia el costado, sin alejarse demasiado.

—Y ya que estamos aquí, ¿qué hacemos en la muralla?

—Estaba buscando a Jaume.

—Eso ya lo dijiste, pero ¿qué hace el mago aquí? ¿No sería más lógico que estuviera Biel?

—Supongo. —Guifré se encogió de hombros—. Lo que vino a ver Jaume es más..., digamos más sutil, dijo que sentía algo... raro.

—Pues eso no es sorpresa —opinó Tura—, es un pueblo abandonado.

—Sí, sin embargo, es extraño que las casas estén tan bien conservadas.

—Tal vez fue una enfermedad —Tura frunció la nariz—, una plaga que acabó con todos.

Guifré sacudió el cuerpo y se acomodó las gafas.

—Esperemos que no.

—¿Y qué son estas estatuas? —preguntó Tura hincando el dedo en una.

—No lo sé. —Guifré extendió el brazo, aunque no llegó a tocar la escultura—. Es insólito que estén todas aquí tan juntas unas de las otras, no dejan una buena visibilidad para los arqueros.

—Ni para nadie —agregó su amiga.

—No son estatuas —explicó el mago, que se acercaba secándose la frente con un pañuelo y bufando—. Bueno, sí lo son, aunque de una clase especial: son gárgolas.

[...]

Ya disponible en [Amazon](#) en *ebook* y tapa blanda.